HISTORIA DE LA ESTUPIDEZ HUMANA

PAUL TABORI

Ediciones elaleph.com

Editado por
el**aleph**.com

INTRODUCCIÓN

Algunos nacen estúpidos, otros alcanzan el estado de estupidez, y hay individuos a quienes la estupidez se les adhiere. Pero la mayoría son estúpidos no por influencia de sus antepasados o de sus contemporáneos. Es el resultado de un duro esfuerzo personal. Hacen el papel del tonto. En realidad, algunos sobresalen y hacen el tonto cabal y perfecto. Naturalmente, son los últimos en saberlo, y uno se resiste a ponerlos sobre aviso, pues la ignorancia de la estupidez equivale a la bienaventuranza.

La estupidez, que reviste formas tan variadas como el orgullo, la vanidad, la credulidad, el temor y el prejuicio, es blanco fundamental del escritor satírico, como Paul Tabori nos lo recuerda, agregando que "ha sobrevivido a millones de impactos directos, sin que éstos la hayan perjudicado en lo más

mínimo". Pero ha olvidado mencionar, quizás porque es demasiado evidente, que si la estupidez desapareciera, el escritor satírico carecería de tema.

Pues, como en cierta ocasión lo señaló Christopher Morley, "en un mundo perfecto nadie reiría". Es decir, no habría de que reírse, nada que fuera ridículo. Pero, ¿podría calificarse de perfecto a un mundo del que la risa estuviera ausente? Quizás la estupidez es necesaria para dar no sólo empleo al autor satírico sino también entretenimiento a dos núcleos minoritarios: 1) los que de veras son discretos, y 2) los que poseen inteligencia suficiente para comprender que son estúpidos.

Y cuando empezamos a creer que una ligera dosis de estupidez no es cosa tan temible, Tabori nos previene que, en el trascurso de la historia humana, la estupidez ha aparecido siempre en dosis abundantes y mortales. Una ligera proporción de estupidez es tan improbable como un ligero embarazo. Más aún, las consecuencias de la estupidez no sólo son cómicas sino también trágicas. Son reideras, pero ahí concluye su utilidad. En realidad, sus consecuencias negativas a todos influyen, y no sólo a quienes la padecen. El mismo factor que antaño ha determinado persecuciones y guerras, puede ser la

causa de la catástrofe definitiva en el futuro.

Pero encaremos el problema con optimismo. Acabando con la raza humana, la estupidez acabaría también con la propia estupidez. Y ése es un resultado que la sabiduría nunca supo alcanzar.

En su inquieto (y fecundo) libro, Paul Tabori describe los aspectos divertidos y las horribles consecuencias de la estupidez. El lector ríe y llora (ante el espectáculo humano) y sobre todo reflexiona. A menos, naturalmente, que el lector sea estúpido.

Pero no es probable que la persona estúpida se sienta atraída por un libro como éste. Una de las concomitantes de la estupidez es la pereza, y en nuestro tiempo hay cosas más fáciles que leer un libro (especialmente un libro sin ilustraciones y que no ha sido condensado). Tampoco trae un cadáver en la cubierta, ni una joven bella y apasionada.

Sin embargo, el lector que supere esta introducción y el breve primer capítulo hallará después abundante derramamiento de sangre y erotismo, y también ingenio, rarezas, fantasmas y exotismo. Quizás no existe argumento, porque esta obra no es de ficción, pero hay algunos episodios auténticos (o por lo menos bastante probados), cualquiera de los cuales podría servir de base a un cuento... o a una

pesadilla.

Tabori muy bien podría haber llamado a su libro: *La anatomía de la estupidez*, pues ha encarado el tema con el mismo bagaje de erudición y de entusiasmo que Robert Burton aplicó en *La Anatomía de la Melancolía*. Aquí, lo mismo que en el tratado del siglo XVII, hallamos una sorprendente colección de conocimientos raros, cuidadosamente organizados y bien presentados. Aparentemente, Tabori leyó todo lo que existe sobre el tema, de Erasmo a Shaw y de Oscar Wilde a Oscar Hammerstein.

El autor revela el tipo de curiosidad intelectual que no se atiene a las fronteras establecidas por la cátedra universitaria o por las especialidades científicas, y que es tan difícil hallar en nuestros días. A semejanza del estudioso europeo de la generación anterior, o del hombre culto del Renacimiento, pasa fácilmente de la historia a la literatura, y de ésta a la ciencia, citando raros volúmenes de autores franceses, alemanes, latinos, italianos y húngaros. Sin embargo, su prosa nunca es pesada ni pedante. En lugar de exhibir un arsenal de notas eruditas, oculta las huellas de su trabajo, del mismo modo que el carpintero elimina el aserrín dejado por la sierra.

Aunque Tabori dice modestamente de su libro

que es mero "muestrario", se trata de un muestrario profundamente significativo. Si, como dice el autor, ésta no es la historia completa de la estupidez, sólo nos resta sentirnos impresionados (y deprimidos) ante la vastedad del tema. Sería lamentable llegar a la conclusión de que es posible escribir sobre la estupidez del hombre un libro más voluminoso que sobre su sabiduría.

La fascinación que ejerce la obra de Tabori proviene precisamente de la variedad de los temas abordados. Obras antiguas, medievales y modernas le han suministrado toda suerte de hechos increíbles y de leyendas creíbles sobre este "astro siniestro que difunde la muerte en lugar de la vida". El autor cita sorprendentes ejemplos de estupidez relacionados con la codicia humana, el amor a los títulos y a las ceremonias, las complicaciones del burocratismo, las complicaciones no menos ridículas del aparato y de la jerga jurídica, la fe humana en los mitos y la incredulidad ante los hechos, el fanatismo religioso, sus absurdos y manías sexuales, y la tragicómica búsqueda de la eterna juventud.

Sí, éste es el lamentable archivo de la humana estupidez, desde los vanos ritos de Luis XIV hasta la autocastración de la secta religiosa de los skoptsi;

desde el miembro de la Academia Francesa de Ciencias que obstinadamente insistió en que el invento de Édison, el fonógrafo, era burdo truco de ventrílocuo, a la técnica de Hermippus, que aseguraba la prolongación de la vida mediante la inhalación del aliento de las jóvenes doncellas, desde la fe en la vid que producía sólidas uvas de oro, al bibliófilo italiano que consagró veinticinco años a la creación de una biblioteca de los libros más aburridos del mundo. ¡Cuán estúpidos somos los mortales!

En general, Paul Tabori se contenta con relatar la historia de la estupidez, acumulando ejemplos y más ejemplos. En su condición de estudioso objetivo, no deduce moralejas ni extrae lecciones. Sin embargo, como hombre sensible que es, experimenta dolor y desaliento. "La estupidez", nos dice con tristeza, "es el arma más destructiva del hombre, su más devastadora epidemia, su lujo más costoso".

¿Sugiere Tabori una cura efectiva de la estupidez? ¿Anticipa el pronto fin de esta peste? Tiene algunas ideas, relacionadas con la salud de la psiquis, y alienta ciertas esperanzas. Pero conoce demasiado bien a la raza humana, de modo que no puede prometer mucho. Habida cuenta de la experiencia de

siglos, abrigar mayores esperanzas sería también dar pruebas de estupidez.

I

LA CIENCIA NATURAL DE LA ESTUPIDEZ

Este libro trata de la estupidez, la tontería; la imbecilidad, la incapacidad, la torpeza, la vacuidad, la estrechez de miras, la fatuidad, la idiotez, la locura, el desvarío. Estudia a los estúpidos, los necios, los seres de inteligencia menguada, los de pocas luces, los débiles mentales, los tontos, los bobos, los superficiales; los mentecatos, los novatos y los que chochean; los simples, los desequilibrados, los chiflados, los irresponsables, los embrutecidos. En él nos proponemos presentar una galería de payasos, simplotes, badulaques, papanatas, peleles, zotes, bodoques, pazguatos, zopencos, estólidos, majaderos y energúmenos de ayer y de hoy. Describirá y

analizará hechos irracionales, insensatos, absurdos, tontos, mal concebidos, imbéciles... y por ahí adelante. ¿Hay algo más característico de nuestra humanidad que el hecho de que el *Thesaurus* de Roget consagre seis columnas a los sinónimos, verbos, nombres y adjetivos de la "estupidez", mientras la palabra "sensatez" apenas ocupa una? La locura es fácil blanco, y por su misma naturaleza la estupidez se ha prestado siempre a la sátira y la crítica. Sin embargo (y también por su propia naturaleza) ha sobrevivido a millones de impactos directos, sin que éstos la hayan perjudicado en lo más mínimo. Sobrevive, triunfante y gloriosa. Como dice Schiller, aun los dioses luchan en vano contra ella.

Pero podemos reunir toda clase de datos de carácter semántico sobre la estupidez, y a pesar de ello hallarnos muy lejos de aclarar o definir su significado. Si consultamos a los psiquiatras y a los psicoanalistas, comprobamos que se muestran muy reticentes. En el texto psiquiátrico común hallaremos amplias referencias a los complejos, desequilibrios, emociones y temores; a la histeria, la psiconeurosis, la paranoia y la obsesión; y los desórdenes psicosomáticos, las perversiones sexuales, los traumas y las fobias son objeto de cuidadosa aten-

ción. Pero la palabra “estupidez” rara vez es utilizada; y aún se evitan sus sinónimos.

¿Cuál es la razón de este hecho? Quizás, que la estupidez también implica simplicidad... y bien puede afirmarse que el psicoanálisis se siente desconcertado y derrotado por lo simple, al paso que prospera en el reino de lo complejo y de lo complicado.

He hallado una excepción (puede haber otras): el doctor Alexander Feldmann, uno de los más eminentes discípulos de Freud. Este autor ha contemplado sin temor el rostro de la estupidez, aunque no le ha consagrado mucho tiempo ni espacio en sus obras. “Contrástase siempre la estupidez”, dice, “con la sabiduría. El sabio (para usar una definición simplificada) es el que conoce las causas de las cosas. El estúpido las ignora. Algunos psicólogos creen todavía que la estupidez puede ser congénita. Este error bastante torpe proviene de confundir al instrumento con la persona que lo utiliza. Se atribuye la estupidez a defecto del cerebro; es, afírmase, cierto misterioso proceso físico que coarta la sensatez del poseedor de ese cerebro, que le impide reconocer las causas, las conexiones lógicas que existen detrás de los hechos y de los objetos, y entre

ellos”.

Bastará un ligero examen para comprender que no es así. No es la boca del hombre la que come; es el hombre que come con su boca. No camina la pierna; el hombre usa la pierna para moverse. El cerebro no piensa; se piensa con el cerebro. Si el individuo padece una falla congénita del cerebro, si el instrumento del pensamiento es defectuoso, es natural que el propio individuo no merezca el calificativo de discreto... pero en ese caso no lo llamaremos estúpido. Sería mucho más exacto afirmar que estamos ante un idiota o un loco.

¿Qué es, entonces, un estúpido? “El ser humano”, dice el doctor Feldmann, “a quien la naturaleza ha suministrado órganos sanos, y cuyo instrumento raciocinante carece de defectos, a pesar de lo cual no sabe usarlo correctamente. El defecto reside, por lo tanto, no en el instrumento, sino en su usuario, el ser humano, el ego humano que utiliza y dirige el instrumento.”

Supongamos que hemos perdido ambas piernas. Naturalmente, no podremos caminar; de todos modos, la capacidad de caminar aún se encuentra oculta en nosotros. Del mismo modo, si un hombre nace con cierto defecto cerebral, ello no lo con-

vierte necesariamente en idiota; su obligada idiotez proviene de la imperfección de su mente. Esto nada tiene que ver con la estupidez; pues un hombre cuyo cerebro sea perfecto puede, a pesar de todo, ser estúpido; el discreto puede convertirse en estúpido y el estúpido en discreto. Lo cual, naturalmente, sería imposible si la estupidez obedeciera a defectos orgánicos, pues estas fallas generalmente revisten carácter permanente y no pueden ser curadas.

Desde este punto de vista, la famosa frase de Oscar Wilde conserva su validez: "No hay más pecado que el de estupidez". Pues la estupidez es, en considerable proporción, el pecado de omisión, la perezosa y a menudo voluntaria negativa a utilizar lo que la Naturaleza nos ha dado, o la tendencia a utilizarlo erróneamente.

Debemos subrayar, aunque parezca una perogrullada, que conocimiento y sabiduría no son conceptos idénticos, ni necesariamente coexistentes. Hay hombres estúpidos que poseen amplios conocimientos; el que conoce las fechas de todas las batallas, o los datos estadísticos de las importaciones y de las exportaciones puede, a pesar de todo, ser un imbécil. Hay hombres discretos cuyos conocimientos son muy limitados. En realidad, la extraordinaria

abundancia de conocimientos a menudo disimula la estupidez, mientras que la sabiduría de un individuo puede ser evidente a pesar de su ignorancia... sobre todo si la posición que ocupa en la vida no nos permite exigirle conocimientos ni educación.

Lo mismo nos ocurre con los animales, los niños y los pueblos primitivos. Admiramos la sagacidad "natural" de los animales, la vivacidad "natural" del niño o del hombre primitivo. Hablamos de la "sabiduría" de las aves migratorias, capaces de hallar un clima más cálido cuando llega el invierno; o del niño, que sabe instintivamente cuánta leche puede absorber su cuerpo; o del salvaje que, en su medio natural, sabe adaptarse a las exigencias de la Naturaleza.

"Si nuestra pierna o nuestro brazo nos ofende" exclama con elocuencia Burton en *La anatomía de la melancolía*, "nos esforzamos, echando mano de todos los recursos posibles, por corregirla; y si se trata de una enfermedad del cuerpo, mandamos llamar a un médico; pero no prestamos atención a las enfermedades del espíritu: por una parte nos acecha la lujuria, y por otra lo hacen la envidia, la cólera y la ambición. Como otros tantos caballos desbocados nos desgarran las pasiones, que son algunas fruto de

nuestra disposición, y otras del hábito; y una es la melancolía, y otra la locura; ¿y quién busca ayuda, y reconoce su propio error, o sabe que está enfermo? Como aquel estúpido individuo que apagó la vela para que las pulgas que lo torturaban no pudiesen hallarlo...”

Burton señala aquí una de las principales características de la estupidez: apagar la vela- ahogar la luz- confundir la causa y el efecto. Las pulgas que nos pican prosperan en la oscuridad; pero nuestra estupidez supone que si no podemos verlas, ellas tampoco nos verán... del mismo modo que el hombre estúpido vive siempre en la inconciencia de su propia estupidez. El hombre realmente discreto lo es sin pensar. Su mente no es la fuente de su propia sabiduría, sino más bien el recipiente y el órgano de expresión. El ego que piensa correctamente no tiene otra tarea que la de tomar nota de los deseos instintivos. A lo sumo, decide si es conveniente o no seguir estos impulsos en las circunstancias dadas. Esta “crítica” no constituye una cualidad independiente del ego pensante, sino desarrollo final de un proceso instintivo. Cuando cobra caracteres conscientes o superconscientes, fracasa. Como previene Hazlitt: “La afectación del raciocinio ha provocado más lo-

curas y determinado más perjuicios que ningún otro factor”. En los niños y en los pueblos primitivos se observa que el pensamiento está consagrado casi exclusivamente a la autoexpresión y no a la creación. Pues toda actividad creadora es siempre resultado del instinto, por mucho que nos esforcemos por infundirle carácter consciente.

Existen individuos en quienes el instinto y el pensamiento están totalmente fusionados; en tal caso nos hallamos frente a un genio, un ser humano capaz de expresar cabalmente sus cualidades humanas. Pero esto es posible únicamente cuando el hombre no utiliza el pensamiento para disimular sus propios instintos, sino más bien para darles más perfecta expresión. Todos los grandes descubrimientos son fruto de la perfecta cooperación entre el instinto y la razón. Dice el doctor Feldmann:

“En la práctica médica a menudo observamos que los medios de expresión- el proceso de pensamiento- parece desplazar completamente los instintos, monopolizando o usurpando el lugar de éstos. El pensamiento es esencialmente una inhibición, y si domina la vida espiritual del individuo, puede determinar la parálisis total de las emociones. En este caso nos hallamos ya ante una condición

patológica, relacionada con el sentimiento de la anormalidad y de la enfermedad, capaz de provocar sufrimientos y de obligar al hombre a negar una de las más importantes manifestaciones de la vida humana: sus emociones. Por lo tanto, es posible alcanzar la sabiduría por dos caminos: absteniéndose totalmente de pensar, y confiando exclusivamente en los instintos, o pensando, pero sólo para expresar el propio yo. En su condición de seres emocionales, todos los hombres son iguales, del mismo modo que sólo existen pequeñas diferencias anatómicas entre todos los miembros de la raza humana. Por consiguiente, el hombre estúpido es tal porque no quiere o no se atreve a expresar su propio yo; o porque su aparato pensante se ha paralizado, de modo que no es apto para la autoexpresión, de modo que el individuo no puede ver u oír las directivas impartidas por sus propios instintos".

Toda actividad humana es autoexpresión. Nadie puede dar lo que no lleva en sí mismo. Cuando hablamos, o escribimos, o caminamos, o comemos, o amamos, estamos expresándonos. Y este yo que expresamos no es otra cosa que la vida instintiva, con sus dos fecundas válvulas de escape: el instinto de poder y el instinto sexual.

Los animales, los niños, los hombres primitivos se esfuerzan por expresar su voluntad y sus deseos sólo con el fin de satisfacer o de realizar su propia voluntad. El obstáculo fundamental y permanente que se opone a la realización de los deseos humanos, a la expresión de la voluntad humana, es la Naturaleza misma; pero en el transcurso del tiempo se ha desarrollado cierta instintiva cooperación entre la Naturaleza y el hombre, de modo que al fin ambos factores son casi idénticos, o, por lo menos, uno de ellos se ha subordinado completamente al otro.

La vida social del hombre y la vida cultural de la humanidad se han desarrollado de un modo extraño. La expresión de la voluntad y del deseo ha tropezado con dificultades cada vez mayores. De ellas, la primera y principal reviste carácter esencialmente ético. Pero expresar el deseo y la voluntad ha sido siempre necesidad fundamental y general del hombre, independientemente de las normas éticas a las que debió someterse. Digamos de pasada que dichas normas constituyen el fundamento de toda nuestra cultura. Pero, en esencia, todas las realizaciones culturales de la humanidad son expresiones de la voluntad humana; es decir, realizaciones de deseos

humanos.

Y ésta es la razón, afirman algunos psicólogos, de que puedan existir seres estúpidos; es decir, de que sea posible la contradicción entre el Homo sapiens y la estupidez. Si el esfuerzo por satisfacer los propios deseos o por expresar la propia voluntad tropieza con resistencias excesivas, dicha resistencia cobra carácter general, e incluye al instrumento fundamental de expresión: el pensamiento.

Quizás esto parezca demasiado retorcido y complejo, pero un ejemplo sencillo servirá de aplicación. Consideremos la estupidez aguda y temporaria que es fruto de la vergüenza. El sentimiento de vergüenza es más intenso y más frecuente durante la pubertad. Arraiga en la sexualidad, y responde al hecho de que la madurez sexual resulta cada vez más evidente. El ego, educado para negar u ocultar esta situación, siente que, sea cual fuere la actitud que adopte (hablar, caminar, etc.) siempre está expresando lo que, precisamente, se le ha enseñado a ocultar. De este modo se crea una situación en virtud de la cual el adolescente no puede expresarse. Es decir, el sujeto no quiere hacerlo. Hay un violento choque entre el deseo y la realización, entre la voluntad y las fuerzas deformadoras. En la mayoría

de los casos triunfa la represión. La derrota del deseo y de la voluntad aparece como expresión de "estupidez". Las risitas de las muchachas; el paso vacilante y torpe de los adolescentes; las extrañas contradicciones de la conducta de aquellas y de éstos, son consecuencia de este conflicto.

Durante el desarrollo del ser humano, el constante esfuerzo por obtener poder, la vergüenza subconsciente ante su propio egocentrismo, y la estupidez aguda y temporaria que esta vergüenza provoca, surgen con caracteres cada vez más destacados. Sea cual fuere el centro de la actividad individual, el hombre aspira a destacarse del resto (ya se trate de jugar a los naipes o de amasar una fortuna). Al mismo tiempo, teme que su intención sea evidente... o demasiado evidente. Procura ocultarla, pero le inquieta la posibilidad de que sus esfuerzos por disimularla fracasen, o de que se frustre su propia ambición. Por eso en muchos casos se abstiene de actuar (estupidez pasiva) o actúa erróneamente (estupidez activa).

Si este sentimiento de vergüenza se torna crónico, también la estupidez se convierte en condición crónica. Con el tiempo, el hombre olvida que su estupidez no es más que un desarrollo secundario;

siente como si su condición fuera la de un “estúpido nato”. A medida que la estupidez lo envuelve, y que se resigna a ella, le es cada vez más difícil adquirir conocimientos, y la ignorancia se suma a la estupidez, de modo que un par de anteojeras se agrega al otro.

Por consiguiente, la estupidez es esencialmente miedo, nos dice el doctor Feldmann. Es el temor a la crítica; el temor a otras personas, o al propio yo.

Por supuesto, la estupidez tiene diferentes formas y manifestaciones. Algunas personas son estúpidas sólo en su círculo familiar inmediato, o con ciertas relaciones, o en público. Algunos son estúpidos sólo cuando necesitan hablar; otros, cuando se ven obligados a escribir. Todas estas “estupideces limitadas” pueden combinarse. Ocurre a menudo que los niños se muestran brillantes e inteligentes en el hogar, pero no en la escuela; en otros casos, obtienen buenos resultados en la escuela pero en el hogar revelan escasa capacidad. Ciertas personas demuestran estupidez en las relaciones con el sexo opuesto... padecen una forma de impotencia mental. Hay hombres que preparan cuidadosamente el principio de la conversación, y luego no saben qué decir. Se retraen y renuncian a la tentativa, para evitar

la derrota. El mismo fenómeno se observa en muchas mujeres, aunque ellas pueden refugiarse, en la convención, todavía vigente, según la cual al hombre toca llevar el peso principal de la conversación.

La estupidez y el temor, ¿son sinónimos absolutos? Charles Richet, el eminente psicólogo e investigador de ciencias ocultas, encaró derechamente el problema... ¡y luego resolvió esquivarlo! Su definición es de carácter negativo: "Estúpido no es el hombre que no comprende algo, sino el que lo comprende bastante bien, y sin embargo procede como si no entendiera." Yo diría que esta frase incluye demasiados elementos negativos. El doctor L. Loewenfeld, cuya obra *Über die Dummheit* (Sobre la estupidez), de casi 400 páginas, alcanzó dos ediciones entre 1909 y 1921, enfoca el problema de la estupidez desde el punto de vista médico; pero este autor se interesa más por la clasificación que por la definición.

Agrupa del siguiente modo las formas de expresión a través de las cuales se manifiesta la estupidez:

"Estupidez general y parcial. La inteligencia defectuosa de los hombres de talento. La percepción inmadura. La escasa capacidad de juicio. La desatención, las asociaciones torpes, la mala memoria.

La torpeza, la simplicidad. La megalomanía, la vanidad. La temeridad, la sugestionabilidad. El egotismo. La estupidez y la edad; la estupidez y el sexo; la estupidez y la raza; la estupidez y la profesión; la estupidez y el medio. La estupidez en la vida económica y social; en el arte y la literatura; en la ciencia y la política."

La famosa obra del profesor W. B. Pitkin, *A Short Introduction to the History of Human Stupidity*, fue publicada en 1932, el mismo año en que publicó su libro, aún más famoso, *Life Begins at Forty!*. La "breve introducción" ocupa 574 páginas, lo cual demuestra tanto el respeto del profesor Pitkin por su tema como su propia convicción de que el asunto es prácticamente inagotable. Pero también él evita ofrecer una definición histórica o psicológica.

El propio Richet, en su breve *L homme stupide,* no encara definiciones ni clasificaciones. Describe, entre otras, las estupideces del alcohol, del opio y de la nicotina; la necedad de la riqueza y de la pobreza, de la esclavitud y del feudalismo. Aborda los problemas de la guerra, de la moda, de la semántica y de la superstición; examina brevemente la crueldad hacia los animales, la destrucción bárbara de obras de arte, el martirio de los precursores, los sistemas de

tarifas protectoras, la explotación miope del suelo, y muchos otros temas. Richet no atribuyó a su libro carácter de estudio científico; se satisfizo con presentar algunos ingeniosos y variados pensamientos y ejemplos. Algunos de sus capítulos poco tienen que ver con la estupidez, y para establecer cierta tenue relación entre el tema y el desarrollo se ve obligado a ampliar desmesuradamente el sentido de la expresión.

Max Kemmerich consagró toda su vida a reunir hechos extraños y desusados de la historia de la cultura y de la civilización. Sus obras, entre las que se cuentan *Kultur-Kuriosa, Modern-Kultur-Kuriosa*, y la extensa *Aus der Geschichte der menschlichen Dummheit* (primera edición, Munich, 1912), son esencialmente apasionados ataques contra las iglesias, contra todas las religiones establecidas y contra los dogmas religiosos. Kemmerich era librepensador, pero de un tipo especial, pues carecía del atributo más esencial del librepensador: la tolerancia. La tremenda masa de chismes históricos, rarezas y material iconoclasta que reunió incluyen apenas unas pocas contribuciones pertinentes a la historia de la humana estupidez.

Un húngaro, el doctor István Ráth-Végh, consagró casi diez años a reunir materiales y a escribir sus

tres libros sobre la estupidez humana. Los tres volúmenes se denominan *La historia cultural de la estupidez, Nuevas estupideces de la historia cultural de la humanidad*, y (título un tanto optimista) *El fin de la estupidez humana*. El doctor Ráth-Végh, juez retirado, que durante la mitad de su vida había observado las locuras y los vicios humanos con ojo frío y jurídico, estaba ampliamente equipado para la tarea: era lingüista, experto historiador y hombre de profundas simpatías liberales. Pero también tenía limitaciones, confesadas francamente por él. Puesto que escribía en la Hungría semifascista, debía limitarse al pasado y evitar cualquier referencia a la política. No intentó analizar ni realizar un estudio global; su objetivo fue entretener e instruir al lector dividiendo a las locuras humanas en distintos grupos. Las 800 páginas de sus tres volúmenes representan quizás la más rica fuente de materiales originales sobre la estupidez humana.

Remontándonos en la historia, hallamos otros exploradores de esta selva lujuriosa y prácticamente infinita. En 1785, Johann Christian Adelung (autor prolífico, lingüista, y bibliotecario jefe de la Biblioteca Real de Dresde) publicó en forma anónima su *Geschichte der menschlichen Narrheit.* Esta enorme obra

estaba compuesta por siete volúmenes, pero su título fue un error, pues poco tenía que ver con la historia. Era simplemente una colección de biografías: vidas de alquimistas, impostores y fanáticos religiosos. De ellos, sólo unos pocos eran exponentes o explotadores de la estupidez.

Sebastián Brant, hijo de un pobre tabernero de Estrasburgo, educado en los principios del humanismo en la Universidad de Basilea, publicó en 1494 su brillante *Barco de los Necios*. A bordo de esta notable nave, dirigida a Narragonia, viajaba una colección sumamente variada de tontos, descritos en 112 capítulos distintos, escritos en pareados rimados. Con el título The *Shyp of Folys* fue traducido por Alexander Barclay, el sacerdote y poeta escocés, aproximadamente catorce años después de la edición original, y difundió en toda Europa la fama de Brant. Digamos de pasada que Barclay agregó bastante al original. Brant tenía un robusto sentido del humor, y él mismo se puso a la cabeza de la "tropa de necios", porque poseía tantos libros inútiles que "no leía ni entendía". En *El barco de los necios* el sentido humanista se combinaba con un espíritu realmente poético y agudo, y podemos afirmar que, con ligeras modificaciones de forma, la mayoría de los

necios de Brant siguen a nuestro lado.

Thomas Murner, continuador e imitador de Brant, se educó en Estrasburgo, fue ordenado sacerdote a los diecinueve años, y viajó mucho; estudió en las universidades de París, Freiburg, Colonia, Rostock, Praga, Viena y Cracovia. Su *Conspiración de los Necios y La Hermandad de los Picaros* revelaron más ingenio y una verba más franca y cruel que el ataque relativamente suave que Brant llevó contra la estupidez. Clérigos, monjes y monjas, barones salteadores y ricos mercaderes, reciben todos implacable castigo; se presiente en Murner una conciencia social muy avanzada con respecto a su tiempo (aunque su vida personal poco armonizó con sus principios).

En esta incompleta lista de exploradores de la humana estupidez, he dejado para el final al más grande de ellos. *El Elogio de la locura* de Erasmo de Rotterdam es la más aguda sátira y el más profundo análisis de la tontería humana. En la epístola de introducción, dirigida a Tomás Moro, el autor nos explica cómo compuso su libro, durante sus "últimos viajes de Italia a Inglaterra". Una atractiva imagen: el rollizo holandés, que avanzaba al trote corto de su cabalgadura, deja atrás el mediodía abundoso

y claro, y se acerca al septentrión turbulento y helado, cavilando sobre la eterna estupidez de la humanidad, a la que nunca odió, y por el contrario compadeció y comprendió perfectamente.

"Supuse que este juego de mi imaginación te agradaría más que a nadie, ya que sueles gustar mucho de este género de bromas, que no carecen, a mi entender, de saber ni de gusto, y que en la condición ordinaria de la vida te comportas como Demócrito (...) Pues siempre será una injusticia que, reconociéndose a todas las clases de la sociedad el derecho a divertirse no se consienta ningún solaz a los que se dedican al estudio; sobre todo si la chanza descansa en un fondo serio y si está manejada de tal suerte que un lector que no sea completamente romo saque de ella más fruto que de las severas y aparatosas lucubraciones de ciertos escritores Y por consiguiente, si alguno se considerase ofendido, o si la conciencia le acusa o, por lo menos, teme verse retratado en ella (...) el lector avisado comprenderá desde luego que nuestro ánimo ha sido más bien agradar que morder."

He citado extensamente a Erasmo porque en estas pocas líneas de su carta de introducción se condensa casi todo el argumento de mi propio libro.

Si yo fuera absolutamente honesto (pero ningún autor puede serlo) aún reconocería que en las páginas del *Elogio de la locura* todo está dicho con más brillo, concisión e inteligencia que lo que jamás podría atreverme a esperar de mi propia prosa. Sin embargo, como la humana estupidez se reproduce y florece adoptando formas constantemente renovadas, considero que siempre hay lugar para una nueva obra que describa y explore nuestra infinita locura.

En cierto sentido, la estupidez es como la electricidad. El más moderno diccionario técnico dice de la electricidad que es "la manifestación de una forma de la energía atribuida a la separación o movimiento de ciertas partes constituyentes de un átomo, a las que se da el nombre de electrones."

En otras palabras, no sabemos qué es realmente la electricidad. Y aunque suprimamos la palabra subrayada, el resto no constituye una definición. La electricidad es la "manifestación" de algo. De modo que, al esquivar la definición de la estupidez- pues el "tenor" de Feldmann o el enfoque negativo de Richet no son, en realidad, una definición-seguimos el precedente establecido por muchos sabios.

Cuando yo era niño, tenía un tutor privado bas-

tante excéntrico. No creía en la eficacia de la memorización de versos o de fechas; y poseía audacia suficiente como para atreverse a obligar a su alumno a que hiciera trabajar su propia mente, independiente y a menudo dolorosamente. Uno de los ejercicios de lógica que me planteó consistía en establecer la relación entre el sol y una variada colección de cosas: un vestido de seda, una moneda, una pieza escultórica, el diario. No era muy difícil establecer vínculos más o menos directos entre el centro de nuestra galaxia y todo lo que existe sobre la tierra. Y, naturalmente, mi tutor trataba de demostrar que todo se origina y tiene su centro en el sol, y que nada puede desarrollarse y sobrevivir sin él.

Si no podemos definir la estupidez (o si sólo formulamos una definición parcial), por lo menos podemos tratar de relacionar con ella la mayoría de las desgracias y debilidades humanas. Pues la estupidez es como una luz negra, que difunde la muerte en lugar de la vida, que esteriliza en lugar de fecundar, que destruye en lugar de crear. Sus expresiones forman legión, y sus síntomas son infinitos. Aquí sólo podremos describir sus formas principales, y realizaremos el examen detallado del fenómeno en el cuerpo de este libro.

El prejuicio constituye ciertamente una de las formas más notables de la estupidez. Ranyard West, en su *Psychology and World Order*, resume perfectamente las características del fenómeno:

"El prejuicio humano es universal. Su fundamento es la humana necesidad de respeto. Son muchos los medios por los cuales la mente humana puede esquivar los hechos; no existen, en cambio, recursos que permitan anular el deseo individual de aprobación. Los hombres y las mujeres necesitan tener elevada opinión de sí mismos. Y con el fin de alcanzar este objetivo es preciso que nos disimulemos de mil modos distintos la realidad de los hechos. Negamos, olvidamos y justificamos nuestras propias faltas y exageramos las faltas ajenas."

Pero esto es sólo el fundamento del prejuicio. Si, por ejemplo, creemos que todos los franceses son libertinos, todos los negros negados mentales, y todos los judíos usureros, sólo de un modo vago e indefinido podemos atribuir estas posturas al "deseo de autorrespeto". Después de todo, es posible tener elevada opinión de nosotros mismos sin rebajar al prójimo.

El prejuicio racial, quizás la forma más común de este matiz de la estupidez, es más o menos uni-

versal. Así lo afirma G. M. Stratton en su *Social Psychology of International Conduct* (1929) y agrega que "es característico de la naturaleza humana este tipo particular de prejuicio". Subraya, además, otros dos importantes aspectos:

"A pesar de su universalidad, rara vez o nunca es innato el prejuicio racial. No nace con el individuo. Los niños blancos, por ejemplo, no demuestran prejuicios contra los de color, o contra las niñeras negras, hasta que los adultos se encargan de influirlos en ese sentido."

(Concepto expresado con más concisión y belleza por Oscar Hammerstein en la famosa canción de *South Pacific*: "Es necesario que te enseñen a odiar...")

Finalmente, dice G. M. Stratton: "Este universal y adquirido prejuicio «racial», en realidad nada tiene de racial. Puede observarse que no guarda relación con las características raciales; ni siquiera con las diferencias que existen entre diversos núcleos humanos, sino pura y exclusivamente con el sentimiento de una amenaza colectiva... El llamado prejuicio «racial» es en realidad una mera reacción biológica del grupo a una pérdida experimentada o inminente, una reacción que no es innata, sino fruto

de la tradición, renovada por las vivencias de nuevos perjuicios sufridos."

Por lo menos superficialmente esta explicación parece bastante razonable, y armoniza con la teoría del doctor Feldmann, según la cual toda forma de estupidez es expresión de temor.

Pero quizás la cosa no sea tan sencilla. Pues si el prejuicio racial (expresión principal de esta forma particular de imbecilidad) es simplemente asunto de "amenaza colectiva", ¿cómo se explica que lo padezcan personas que ni remotamente sufren la amenaza de negros, chinos o judíos? En cambio, la regla tiene gran número de excepciones allí donde la amenaza efectivamente existe... o por lo menos parece existir. A pesar de las opiniones del eminente señor Stratton, creo que la actitud de los que alientan prejuicios raciales o de cualquier otra naturaleza, presupone una condición mental a la que debemos denominar estupidez, aunque sólo sea por falta de palabra más apropiada. No es innata- en esto podemos coincidir con el autor de *Social Psychology of International Conduct*- y no es natural. Pero aunque ningún individuo se halle completamente liberado de prejuicios, el efecto de sus prejuicios sobre sus actos lo convierte en estúpido reaccionario o hace

de él un ser humano equilibrado. En otras palabras, el hombre discreto o inteligente podrá sublimar o superar sus prejuicios; el estúpido, será inevitablemente presa de ellos.

En términos generales, el prejuicio es ente pasivo. Quizás odiemos a todos los galeses, pero ello no significa que saldremos a la calle y acometeremos a puñetazos al primero de ellos que encontremos... aunque estuviéramos seguros de hacerlo con impunidad. En cambio, la intolerancia es casi siempre activa. El prejuicio es un motivo; la intolerancia es una fuerza propulsora. No fue prejuicio lo que impulsó a las diversas iglesias cristianas a exterminarse mutuamente los fieles; fue la intolerancia. Aquí, naturalmente, la historia es depositaria de ancha veta de estupidez. El hombre de prejuicios podrá negarse a vivir entre irlandeses o japoneses; el intolerante negará que los irlandeses o los japoneses tengan siquiera derecho a vivir. A menudo ambas formas de estupidez coexisten, o una de ellas determina el desarrollo de la otra. El hombre de prejuicios quizás se rehúse a enviar sus niños a escuelas abiertas a alumnos de cualquier raza; el intolerante hará cuanto esté a su alcance para suprimirlas.

En los capítulos que siguen expondré muchísi-

mos casos de prejuicio y de intolerancia; la ilustración histórica será harto más efectiva que cualquier teorización para demostrar la relación directa que existe entre la estupidez y el terrible precio que la humanidad debe pagar por sus prejuicios y sus actitudes de intolerancia.

La ignorancia, ¿es otra forma de la estupidez? Desde cierto punto de vista, sí... del mismo modo que la fiebre es parte de la enfermedad, sin ser la enfermedad misma. Ya hemos demostrado que el ignorante no es necesariamente estúpido, ni el estúpido es siempre ignorante. Pero ambas condiciones no pueden ser separadas absolutamente. A igualdad de posibilidades de educación, no es difícil determinar la línea que separa a la estupidez de la ignorancia. El niño o el adulto estúpidos aprenden dificultosamente conceptos útiles, aunque aprendan de corrido versos en latín o las fechas de las batallas. Por consiguiente, la estupidez alimenta y presupone la ignorancia; la condición aguda se convierte en crónica.

Estas tres formas o manifestaciones de la estupidez no son sino las más universales o comunes. La fatuidad o locura, la inconsecuencia y el fanatismo podrían ser objeto de diagnóstico y descripción

separados, como los ingredientes tóxicos de un veneno complejo.

Pero existen también formas de la estupidez que pertenecen a una profesión o a una clase: la estupidez del cirujano (tan cabalmente descrita en *Doctor s Dilemmas*, de Shaw) que sólo cree en su bisturí; la estupidez del político, que supone que sus propias promesas incumplidas se olvidan tan fácilmente como los votos que depositó durante las sesiones del Parlamento o del Congreso; la estupidez del general, que siempre está librando "la penúltima guerra". Los ejemplos son infinitos. O la estupidez de clase de la nobleza francesa antes de la Revolución; la estupidez suicida de gran parte de la historia española, incapaz de reconciliarse con la realidad o con el paso de las épocas, la estupidez de los efendis árabes, en su cerril egoísmo y en la traición a los humildes fellahin; la estupidez de los reaccionarios y de los anticuados, que impulsan la clandestinidad del vicio, en lugar de intentar su cura... Sí, la lista es interminable.

Todo esto poco importaría si el estúpido sólo pudiera perjudicarse a sí mismo. Pero la estupidez es el arma humana más letal, la más devastadora epidemia, el más costoso lujo.

El costo de la estupidez es incalculable. Los historiadores hablan de cielos, de la cultura de las pirámides y de la decadencia de Occidente. Tratan de ajustar a ciertas pautas los hechos amorfos, o niegan todo sentido y propósito al mundo y al devenir nacional. Pero no es barata simplificación afirmar que las diversas formas de la estupidez han costado a la humanidad más que todas las guerras, pestes y revoluciones.

En los últimos años, los historiadores han comenzado a convenir en la idea de que el principio de las desgracias y de la decadencia de España debe ubicarse en el período inmediato al descubrimiento de América. Naturalmente, el descubrimiento no es la causa directa de esa decadencia (aunque don Salvador de Madariaga ha desarrollado en ingenioso ensayo las buenas razones por las cuales España NO debía haber respaldado la empresa de Colón), sino la estupidez de la codicia; es decir, la codicia del metal áureo. El examen atento del problema demuestra que la riqueza que España extrajo de Perú o de Méjico costó por lo menos diez veces más en vidas, y descalabró no sólo la economía española sino también la europea. Este sentimiento de codicia es anterior a España, y no ha desaparecido en los

tiempos modernos. Hoy día, en que la mayor parte del oro mundial está guardado en los sótanos de Fort Knox, continuamos sufriendo el influjo del metal amarillo.

¿A cuántas familias, a cuántos individuos arruinó la estupidez del ansia de títulos, condecoraciones y ceremonias? En Versalles, en Viena o en El Escorial, ¿cuántos nobles hipotecaron sus propiedades y arruinaron el futuro de sus familias para gozar del favor del soberano? ¿Cuánto ingenio, esfuerzo y dinero se invirtió en la tarea de alcanzar esta o aquella distinción? ¿Cuántas obras maestras quedaron sin escribir mientras sus posibles autores hacían las visitas que son requisito de la elección a la Academia Francesa? ¿Cuánto dinero fue a parar a las arcas de los genealogistas para demostrar que tal o cual familia descendía de Hércules o del barón Smith?

Quizás la forma más costosa de estupidez es la del papeleo. El costo es doble: la burocracia no solamente absorbe parte de la fuerza útil de trabajo de la nación, sino que al mismo tiempo dificulta el trabajo del sector no burocrático. Si se utilizara en textos escolares y libros de primeras letras un décimo del papel que consumen los formularios, Libros

Blancos y reglamentaciones, se acabaría para siempre con el analfabetismo. Cuántas iniciativas frustradas, cuántas relaciones humanas destruidas a causa de la "insolencia de los empleados", a causa del desarrollo múltiple y parasitario del papeleo.

"La ley es el fundamento del mundo", dice una antigua saga. Pero también, y con mucha frecuencia, la ley ha hecho el papel del tonto. En nuestros días, un juicio consume quizás menos tiempo que en la época de Dickens, pero cuesta cinco veces más. Los abogados viven sobre todo gracias a la estupidez de la humanidad; pero ellos mismos impulsan el proceso cuando ahogan en verborrea legal lo que es obvio, demoran lo deseable y frustran el espíritu creador.

¿Cuánto ha pagado la humanidad por la estupidez de la duda? Si hubiera sido posible introducir todas las invenciones útiles e importantes sin necesidad de luchar contra las argucias y la obstrucción del escepticismo estúpido (pues también hay, naturalmente, la duda sana y constructiva), habríamos tenido una vacuna contra la viruela mucho antes de Jenner, buques de vapor antes de Fulton y aviones décadas antes de los hermanos Wright. A veces la estupidez de la codicia y la estupidez de la duda se

combinan en impía alianza (como en los casos en que una gran empresa compra la patente de una invención que amenaza su monopolio, y la archiva durante años, y quizás para siempre).

¿Y qué decir de la estupidez de la idolización del héroe? Es el fundamento de todos los gobiernos totalitarios. Ninguna nación, ni siquiera los alemanes, experimentan amor por la tiranía y la opresión. Pero cuando la estupidez del instinto gregario infecta la política, cuando la locura del masoquismo nacional se generaliza, surgen los Hitler, los Mussolini y los Stalin. Y quien crea que esto último constituye una simplificación excesiva del problema, que lea unas pocas páginas de *Mein Kampf*; que estudie los discursos de Mussolini o las declaraciones de Stalin.

No hay una sola línea que sea aceptable para la inteligencia o el cerebro normal. La mayoría de los conceptos son tan absurda tontería, que incluso un niño de diez años podría advertir la falsa lógica y la absoluta vaciedad.

Y sin embargo, ha sido y es el alimento diario de millones de seres humanos. Han creído, durante variables períodos de tiempo, que los cañones son mejores que la manteca, que cierto árido desierto

africano podía resolver el problema de la sobrepoblación italiana, y que es provechoso al proletariado trabajar en beneficio de un imperialismo burocrático que se oculta tras la barba de Carlos Marx.

¿Es necesario siquiera aludir al costo de esta estupidez masiva? Quince millones de muertos en una sola guerra, y destrucciones que no podrán ser compensadas ni en un siglo. En toda Alemania, ¿hubo alguien capaz de ponerse de pie para decirle a Hitler que era simplemente un imbécil? Hubo quienes lo calificaron de pillo, de loco, de soñador, (y algunos hay que todavía lo creen un genio), pero la estupidez era lo suficientemente profunda como para impedir que nadie hablara en voz alta. ¿Alguien se atrevió a decir a Mussolini que los italianos no estaban destinados a desempeñar el papel de nuevos romanos, y que un país podía prosperar sin necesidad de conquistas? Durante los últimos veinte años hemos pagado el precio de ese silencio, y continuaremos pagándolo durante las próximas dos generaciones, y quizás durante más tiempo aún.

¿Cuál es el costo de la credulidad, de la superstición, del prejuicio, de la ignorancia? Imposible pagarlo ni con todo el oro del universo. ¿Cuánto pagamos por las locuras del amor... o mejor dicho,

por el gran número de imbecilidades que florecen alrededor del instinto amoroso? Olvídese por un instante el aspecto moral, y piénsese en la frustración, la tortura, el poder destructivo de los amores fracasados en el curso del tiempo. Por cada obra maestra de un amante afortunado, hubo un centenar de vidas desgraciadas, un millar de amores iniciados promisoriamente pero interrumpidos mucho antes de su fin lógico.

Moliere y otros cien autores han zaherido al médico incapaz y estúpido, al farsante y al charlatán. Con todo el respeto que la noble profesión médica merece, diré que estos tipos humanos siempre existieron y siempre existirán. ¡Cuántas muertes provocaron las "curas milagrosas", cuántos cuerpos arruinados por los "elixires"! Hoy más que nunca florece la fe ciega en las drogas "milagrosas" y en las terapias mentales. La existencia de los falsos médicos de la fe y de los anuncios en los diarios indios (en los que se ofrece curar, con el mismo producto, todas las enfermedades, desde los forúnculos a la lepra) demuestra que la estupidez humana no ha cambiado.

Un tipo parecido de locura es el que hace la prosperidad del astrólogo y del palmista, del falso

médium y del adivinador de la fortuna. Y cuando las actividades de estos individuos sólo se reflejan en las columnas de los diarios y en las ferias campesinas, podemos sonreír con tolerancia. Pero toda la estupidez y la superstición relacionada con la inútil búsqueda de medios que permitan al hombre penetrar el misterio de su propio futuro, y vincular con sus propias y minúsculas preocupaciones los movimientos de las estrellas, toda esta extraña mezcla de seudo ciencia y pura charlatanería ha provocado tragedias y desastres suficientes como para llegar a la conclusión de que su costo es uno de los más elevados en el balance final de la estupidez humana. De esto último hay sólo un paso a la recurrente histeria masiva sobre el fin del mundo, proclamado para hoy o para mañana. Quizás el agricultor ya no descuida sus campos, ni el artesano su banco de trabajo, como ocurría en siglos pasados, pero el plato volador, los ensueños alimentados por el género de la ciencia ficción, y las manías religiosas y de otro carácter promueven desastres periódicos.

Éstas son sólo unas pocas manifestaciones de la estupidez humana, pero su costo total en vidas y en dinero alcanza cifras astronómicas. No pretendo insinuar que haya muchas posibilidades de que el

costo disminuya. Pero aunque poco nos aprovechará para el futuro, deberíamos por lo menos no forjarnos ilusiones con respecto a nuestro pasado y a nuestro presente. Desde el principio del mundo hemos pagado el precio de nuestra estupidez, y continuaremos haciéndolo hasta que eliminemos, mediante explosiones, toda forma de vida de la superficie de la tierra...

Este libro intenta presentar por lo menos las principales facetas de la estupidez a lo largo del desarrollo histórico y en nuestros propios días. No abriga la intención de deducir moralejas, y ni siquiera de sugerir remedios. Si bien es cierto que en Gran Bretaña a veces se condena a los delincuentes habituales a períodos de "educación correctiva", a nadie se le ha ocurrido todavía obligar a los estúpidos a someterse a un curso de sabiduría, ni ha intentado suministrarles un mínimo de inteligencia. Gastamos millones en la fabricación de bombas atómicas, pero en todo el mundo los maestros son los trabajadores intelectuales peor pagados. La conclusión que de todo ello puede extraerse es tan obvia, que creemos mejor dejar que el lector llegue a ella por sí mismo.

Entre las dos guerras en Europa Central existió un insulto favorito, que adoptaba la forma de una

pregunta. Solía preguntarse: "Dígame... ¿duele ser estúpido?" Desgraciadamente, no duele. Si la estupidez se pareciera al dolor de muelas, ya se habría buscado hace mucho lo solución del problema. Aunque, a decir verdad, la estupidez duele... sólo que rara vez le duele al estúpido.

Y ésta es la tragedia del mundo y el tema de esta obra.

II

LA VORACIDAD DE MIDAS

1.

Antes de la Primera Guerra Mundial las islas Palau (anteriormente Pelew) pertenecían a Alemania, que en 1899 las habla comprado a España. Luego, en 1918, se convirtieron en mandato japonés. Con desprecio de la obligación impuesta por la Liga de las Naciones, el Japón las convirtió en bases fortificadas, que le fueron muy útiles durante la Segunda Guerra Mundial. Las islas Palau fueron escenarios de los más sangrientos combates librados en el Pacífico, y la isla central, la de Yap, adquirió notoriedad en la historia de la guerra. Actualmente todo el grupo de islas se encuentra en manos nor-

teamericanas.

Pero mucho antes de los alemanes, los japoneses o los norteamericanos, Yap era famosa por cierta particularidad: su moneda. Aunque inocentes y primitivos, los nativos de bronceada piel conocían la institución del dinero. El único inconveniente era que Yap carecía absolutamente de metales; y si bien había abundancia de conchas, frutos y dientes de animales, los habitantes de Yap llegaron a la conclusión de que un sistema monetario fundado en estos objetos tan comunes carecería de la estabilidad necesaria. Era preciso hallar un material tipo que poseyera auténtico valor intrínseco.

En definitiva eligieron el producto de una isla situada a doscientas millas de distancia: las piedras de una gran cantera, un material perfecto para la fabricación de ruedas de molino. La isla estaba a gran distancia; extraer y dar forma a las piedras implicaba considerable esfuerzo. Por consiguiente, se dijeron los habitantes de Yap, habían hallado la moneda perfecta.

Una piedra redonda y chata de aproximadamente un pie de diámetro correspondía más o menos a media corona o a un dólar de plata. Si se la perforaba en el centro, se podía pasar un palo por el

agujero, y llevarla al mercado... aunque el portador no pudiera caminar muy erecto. Cuanto más grande la piedra, mayor su valor. La enorme piedra de molino de doce pies de diámetro era el equivalente de un billete de mil dólares; y el agujero practicado en el centro podía dar cabida al jefe indígena más corpulento.

Pero, ¿cómo se utilizaba esta moneda? ¿Era preciso trasladar estas piedras, cuyo peso era de varias toneladas, cada vez que se compraba o vendía algo? El pueblo de Yap era demasiado inteligente para acometer tan pesada tarea. Se dejaban las piedras en el sitio original, en el jardín o en el patio del primer propietario; adquirían la condición de propiedad inmueble, y se las transfería sencillamente a nombre del nuevo propietario. El pueblo de Yap carece de lenguaje escrito, de modo que el convenio era puramente verbal; pero era respetado más fielmente que un documento de cincuenta páginas redactado por un regimiento de abogados. En Yap había muchos hombres adinerados cuya "riqueza" se hallaba dispersa por toda la isla. Naturalmente, tenían derecho a visitar su propiedad, a inspeccionarla, a sentarse en el agujero central y a satisfacer su orgullo de propietarios. Y en este orgullo se complacían tanto

como el avaro que recuenta su dinero o el accionista que corta sus cupones.

Pero la historia no acaba aquí. Yap sufre a menudo tifones tropicales. Tampoco son raros los maremotos. A veces se descargaban con enorme violencia, y las grandes piedras iban a parar a las lagunas. Una vez superado el difícil momento, reparadas las chozas y enterrados los muertos, los nativos se dedicaban a buscar el dinero que habían perdido. Lo hallaban en el fondo de los lagos, claramente visible gracias a la transparencia de las aguas.

Pero, establecida la ubicación de las piedras, a nadie se le pasaba por la cabeza la idea de rescatarlas. Hubiera sido tarea muy difícil; sea como fuere jamás se realizó el intento. El dinero, la riqueza estaba allí; ni el prestigio familiar ni la situación individual sufrían porque esa riqueza estuviera sumergida en una o dos brazas de agua.

Actualmente, del 75 al 80 por ciento del oro mundial está en Fort Knox, Kentucky. Se han dispuesto complicadas precauciones contra la posibilidad de ataque atómico. Basta mover una o dos palancas para inundar los depósitos. Pero aunque el oro está en depósitos subterráneos, y fácilmente

podría quedar sumergido, el valor de la moneda norteamericana no se ha visto afectado en lo más mínimo.

El dólar es siempre el "todopoderoso dólar", porque la gente sabe que el oro está allí. Y lo mismo puede decirse de todos los países que todavía se ajustan al patrón oro. ¿Hay tanta diferencia entre el oro de Fort Knox y las ruedas de molino de Yap?

2.

La historia del oro es la historia de la humanidad. Es también un importante ingrediente de la religión, desde el becerro de oro a las estatuas doradas cubiertas de joyas de las madonnas y de los santos. La Edad Media sombría y rígida personificó la idea del oro en el judío del ghetto, ser despreciado, a menudo maltratado y cuya condición era semejante a la de un paria; un ser, en fin, excluido de la comunidad, a quien los pintores flamencos del siglo XV reflejaron con ingenuo y venenoso odio. En aquellos siglos de tosquedad y rudeza el pueblo sentía supersticioso temor del oro y de su oculto poder; los alambiques de los alquimistas eran ins-

trumentos de Satán. No existía auténtica comprensión del valor del oro; se lo condenaba a la esterilidad, y apenas intentaba multiplicarse y florecer, se lo perseguía con el hierro y el fuego.

Las primeras transacciones bancarias revistieron, a los ojos del hombre medieval, el carácter de magia pura, y los misterios del capital provocaron en él la misma inquietud que los fenómenos de cierta peligrosa alquimia. En aquella limitada edad del hierro, los judíos fueron los únicos poseedores del secreto áureo. Con la mágica llave del crédito abrieron los bazares de Oriente, y con las fórmulas de su álgebra dorada descifraron los misterios de la humanidad. Entre las poderosas murallas urbanas se levantaba el ghetto, sombrío, ominoso y extraño, con sus calles y pasajes estrechos y sinuosos; era como la montaña magnética de las Mil y Una Noches, que atraía hacia sí a las naves. Del mismo modo, el ghetto acumulaba los tesoros áureos por conducto de invisibles canales.

El orgulloso caballero golpeaba en medio de la noche a la puerta del ghetto, tras de la cual los parias del oro guardaban sus tesoros; un hombre de turbante de patriarca y oscuro caftán que le otorgaba apariencia sacerdotal, abría la puerta, lenta y

cautelosamente. Era "Nataniel", el mismo que, según aseguraban los gentiles, escupía sobre la sagrada hostia y crucificaba niños en Viernes Santo. Sin embargo, los gentiles acudían a "Nataniel"... porque necesitaban oro. Dentro de la casa, las sucias paredes exteriores se convertían en desconcertante espectáculo de belleza y esplendor. Ricas telas y vasos brillantes del Asia fabulosa, incienso indio, pesadas sedas... Detrás de las cortinas bordadas de extraña belleza, pálidas mujeres de grandes y húmedos ojos negros contemplaban al caballero que hipotecaba su tierra y su castillo por unas cuantas piezas de oro.

Los reyes hacían lo mismo: primero tomaban prestado de los judíos, luego los nombraban tesoreros y recaudadores de impuestos. Samuel Levi, tesorero del rey Pedro de Castilla, fue un mago de las finanzas. "Un hombre amable y sereno", dice el cronista, "a quien el Rey mandaba buscar cuando necesitaba dinero. Graciosamente, lo llamaba Don Samuel. Y entonces se ideaba el nuevo impuesto." En Francia, los judíos fueron precoces adeptos del nuevo arte. Después que se los expulsó, Nicholas Flamel amasó una gran riqueza mediante especulaciones con la propiedad judía. Fue su sucesor Jacques Coeur, en un período de dura prueba para el

país. Organizó el comercio levantino, explotó las minas e inventó la ciencia de la estadística; creó el sistema impositivo y aprovechó las más ricas fuentes financieras en beneficio de su país. Francia expropió la riqueza de este genio económico y lo premió desterrándolo; murió en una isla griega, pobre y olvidado.

Con el tiempo, el maltratado "prestamista" se convirtió en el respetado y poderoso banquero. Los monarcas participaron en el negocio: Luis XI en Francia, Enrique VII en Inglaterra, Fernando V en España y el emperador Carlos V en todo el mundo. Poco a poco también los gentiles conocieron los secretos del oro. Italia dio el ejemplo; los banqueros lombardos se convirtieron en el arquetipo representado otrora por los judíos. El comercio, la banca, la especulación todo lo que había sido condenado y despreciado, se desarrolló con extraordinaria pompa. En las pequeñas repúblicas se abrieron casas de cambio; a veces los hijos de los banqueros compraban con su oro la mano de princesas reales. Las banderas comerciales compitieron con las enseñas nacionales, y desde sus lagunas Venecia se elevó a las alturas del esplendor oriental. En sus *Nozze di Cana*, Paolo Veronese presenta a estos principescos

mercaderes, tipos sensuales, pero sin la debilidad oriental, huéspedes de monarcas. Todos ellos (los duques de Medici, los despóticos Sforza, que pagaron el rescate de Francisco I, y los genoveses que fundaron Galatz, sobre el Danubio, una casa de cambio en el corazón mismo del Islam) comenzaron con los métodos y con el oro de los judíos. El oro produjo milagros y creó el Renacimiento; y el metal en bruto, adquirido por los comerciantes, se purificó en la retorta del arte para transformarse en las obras maestras de Cellini y D'Arfé.

En esa época Italia dio vida a la deslumbrante escena de la segunda parte del *Fausto* de Goethe, en la que el dios de la riqueza ya no es un ser ciego y maltrecho, como en las sátiras de Luciano y de Aristófanes, sino más bien un individuo de majestuosa belleza, de apariencia divina, reclinado en carro triunfal, que saluda con mano esbelta cargada de anillos. Y con cada una de sus graciosas bendiciones, como en un cuento de hadas, llueven de los cielos gotas de diamante.

Y luego, Alemania, y el siglo de los Fugger. Las complejas operaciones bancarias pusieron fin a la época de la caballería, que había cobrado caracteres extremos. Mammón puso su planta victoriosa sobre

el cuello de San Miguel. “En Augsburgo tengo un tejedor que podría comprar fácilmente todo esto”, dijo desdeñosamente en París el emperador Carlos cuando le mostraron las joyas de la corona. Si se estudian en Munich los retratos que pintó Holbein de Antón Fugger y de su familia, pronto se advierte la presencia de una dinastía. El padre, en su chaqueta ribeteada de piel, parece un monarca nórdico, con su cabeza orgullosa y la expresión de quien tiene conciencia de su propio poder. En el otro cuadro están arrodillados sus hijos, quienes sostienen rosarios en las manos; los niños, rígidos y precozmente graves, como príncipes españoles, y las mujeres en actitud de elegante devoción, plenamente conscientes de que podrían levantar una iglesia para su santo patrón cuando se les antojara. La Madonna aparece gentil y sonriente... sobre un fondo de oro. Frente a los retratos de Holbein hay dos caballeros de Durero. Han desmontado y tienen aire sombrío y contristado. Parecen mortalmente cansados y agobiados de preocupaciones, como si dijeran: “Malos son los tiempos...” En estas obras maestras hallamos expresado todo el sorprendente contraste del siglo áureo: el ascenso del oro y la decadencia del hierro.

A medida que nos aproximamos a la época moderna, se acentúan el poder y la influencia del oro. En el siglo XVIII Inglaterra dejó de lado la armadura del guerrero y vistió la chaqueta del empleado de la casa de cambio. La India, con todas sus maravillas y sus terrores, debió sufrir la conquista. Holanda se convirtió en enorme astillero para sus mercaderes. Ambas naciones identificaron la política con el oro. El oro se convirtió en poder estatal, conquistador, soberano y civilizador... El príncipe de mercaderes que sube las escaleras de la Bolsa con un paraguas bajo el brazo, puede financiar al Gran Mogol, destronar rajás y equipar ejércitos enteros. En las oficinas revestidas de paneles de la Casa de la India se fusionan reinos lejanos y se trazan y borran las fronteras de dominios fabulosos. El mercader que fuma su pipa de arcilla a la puerta de su oscura oficina de Ámsterdam llega a los mismos mercados; y aquí es un comerciante en pimienta, y allí un príncipe... Ciertamente, estos hombres no inmovilizaban sus capitales, y sea cual fuere la opinión que nos merezcan a la luz de las modernas concepciones económicas, en esta industriosa y tenaz adquisición de riqueza había cierta dramática grandeza que los pintores holandeses del siglo XVIII supieron expre-

sar cabalmente en sus “cuadros de los mynheor”.

En Francia el oro se convirtió relativamente tarde en factor poderoso. Todo se resistía a su dominio: la aristocracia, la moral, los prejuicios y especialmente cierta repugnancia que caracterizó a la Edad Media francesa. El poder del oro se personificó en los traitants, a quienes la corona arrendaba los impuestos. En las comedias, estos vampiros eran figuras cómicas; pero en la vida real su función acarreaba resultados terriblemente trágicos. Eran ejecutores del fisco, y en el más cruel sentido de la palabra. En su carácter de extorsionadores reales con patente, eran el terror de la gente a la que saqueaban implacablemente, y a la que podían exprimir “hasta la última gota de sangre”. La riqueza escandalosa de estos individuos se tornó tan proverbial como su extrema inmoralidad, y en ellos el pueblo odiaba a la más despreciable encarnación del oro. Mientras en Inglaterra, Holanda, Italia y Alemania se obligó al oro a trabajar y a producir, en Francia permaneció estéril y aun hostil durante mucho tiempo. Adoptó la forma de capital y sólo creó provocativas formas de lujo y de frivolidad.

Pero los financistas franceses eran como becerros de oro a los que se engordaba para el sacrificio.

Saint-Simon nos ofrece la horrible descripción de estos monopolistas del oro, en quienes la grosera codicia del procónsul se unía al piratesco espíritu de extorsión del sátrapa. "Le Roi veut" (El Rey lo quiere) era la fórmula mágica de Voysin y de Desmaret. Sobre todo este último era un auténtico Ministro de la Usura; fue el mismo a quien Colbert sorprendió en delito de falsificación; después de varios años en desgracia retornó a la administración financiera y sentenció a Francia a la tortura de los "impuestos del diezmo". "Era oro", dice Saint-Simon, "del que manaba la sangre de los cuerpos torturados".

Cuando Luis el Grande necesitaba dinero para su Minotauro versallesco, los messieurs traitants eran los primeros hombres de Francia. Samuel Bernard, que se declaró en quiebra con deudas por cuarenta millones, y luego se elevó a las más altas cumbres de la riqueza, se relacionó por vía matrimonial con las antiguas familias de Molé y de Airepoix, y cierto día la corte, petrificada, lo vio caminar al lado del Rey Sol por los senderos de los jardines de Marly. Saint-Simon reflexiona sobre las humillaciones a que debían someterse aun los monarcas más poderosos. Naturalmente, se relacionaban con el oro. Y sin embargo, entonces Francia experi-

mentaba aún general resentimiento con respecto al implacable despotismo del oro; ¡no es difícil imaginar el efecto de la comedia de Moliére sobre los tensos y maltratados nervios de los contemporáneos!

Al fin, la nobleza arruinada se sometió al poder del oro. Cuando Madame de Grignan consintió en el matrimonio de su hijo con la heredera del "intendente general" Saint Arman, acuñó la frase: "De tiempo en tiempo, aún la mejor tierra debe recibir abono fresco". El conde de Evreux casó con la hija de Crozat, que le aportó una dote de dos millones, y además veinte millones "para el futuro"; pero jamás tocó ni siquiera un cabello de su esposa. Cuando se enriqueció gracias a la fantástica estafa de John Law, devolvió la dote y envió a la joven de regreso a la casa del padre.

3.

Ni la luz deslumbrante del sol naciente, ni el brillo enceguecedor del mediodía, ni el esplendor del atardecer, jamás podrían inspirar o inflamar la imaginación humana en la misma medida que el frío

centelleo del oro. Es cierto que fue frecuente la adoración religiosa del sol, pero se trataba de un culto merecido por esta divinidad honesta y fidedigna. Pues hasta ahora nunca ocurrió que el sol se pusiera sin levantarse de nuevo. El mito de Ícaro advertía a los mortales de la conveniencia de no acercarse demasiado al astro, y la suerte de Faetón enseñaba que no debía jugarse con el tiempo, determinado por la marcha del sol.

Pero piénsese en el oro, el más esquivo, el más vengativo, el más seductor de todos los dioses. Cuando no se lo busca, sus pepitas ruedan a los pies del viajero, se acumulan en las orillas de los ríos, y el metal revela sus ricas vetas al golpe casual de pico. Perseguido, centellea un instante, como una mujer juguetona... y luego se oculta para siempre, sin dejar rastros. ¡Cuán a menudo un campo de oro se convierte en zona estéril, desaparece el polvo de oro de los ríos, y en las anchas vetas de las minas el mineral se extingue súbitamente!

Mientras los españoles, obsesionados por la manía del oro, perseguían los tesoros de los caciques, llegaron a California. Allí revisaron cada choza, cada aldea, cada pueblo indígena... pero no hallaron oro. Sin embargo, les hubiera bastado inclinarse, pues las

partículas de oro estaban bajo las plantas de sus pies. Soñaban con el fabuloso Eldorado, y no sabían que ya estaban en él. ¡Cómo habrá gozado el espíritu del oro con la broma cruel que jugó a sus adoradores!

Los aventureros europeos en busca de tesoros recorrieron durante trescientos años el suelo de California; pero a nadie se le ocurrió examinar las centelleantes arenas de los arroyos, para comprobar a qué obedecían los reflejos arrancados por la luz del sol. En 1849, mientras se realizaban excavaciones para echar los cimientos de un molino, algo atrajo la atención de James Wilson Marshall, el socio de John A. Sutter; y entonces comenzó la gran fiebre del oro. El oro había esperado tres siglos, el tiempo que la estupidez humana necesitó para ver lo que estuvo siempre a la vista de todos.

El oro es un burlador, un bribón y un charlatán. Siempre logró fantástica publicidad, y lo rodearon mitos y leyendas que hallaron un público dispuesto y tontos a granel. Las antiguas crónicas abundan en relatos sobre los sorprendentes milagros del oro; y algunos de ellos han llegado hasta nuestros días.

Los centenares de toneladas del oro de Salomón, los tesoros de Midas y de Creso, las manzanas

doradas de las Hespérides, el vellón de Jasón... he aquí un hilo brillante que recorre las páginas de los anales precristianos. La riqueza de Fenicia, decía el rumor, se fundaba en el oro recibido de Hispania. Afirmábase que las naves fenicias retornaban con anclas de oro puro de sus viajes a Occidente, pues habían agotado las mercancías y debían canjear las anclas de hierro por otras del precioso metal.

En el siglo I a.C. Diodorus Siculus explicó esta edad de oro española. Afirmó que los nativos nada sabían del oro y no le atribulan valor; pero que en cierta ocasión había estallado en los Pirineos un pavoroso incendio de bosques, y que las llamas habían devastado regiones enteras, fundiendo el oro oculto en las montañas, el cual entonces fluyó cuesta abajo, en forma de arroyos del metal, con gran desconcierto de los bárbaros, que lo contemplaban por primera vez.

Pero los hombres estaban dispuestos a aceptar versiones más fantásticas aún. Muchos creían firmemente que los animales conocían también el valor del metal más apreciado y codiciado por la humanidad.

En su *De Natura Animalium*, Claudius Aelianus, el retórico romano que vivió tres o cuatrocientos

años antes de Cristo, describió a los buitres que anidaban entre las rocas estériles de Bactria. Con sus garras duras como el hierro, estas aves sagaces separaban el oro del granito, y guardaban con celo feroz los tesoros que reunían, por temor a la codicia de los humanos.

Plinio el Viejo se mostró escéptico con respecto a estos animales legendarios. Pero en cambio presentó en su *Historia Naturalis* como un "hecho científico" el caso de las hormigas recolectoras de oro:

"Son muy admiradas las antenas de hormigas indias conservadas en el Templo de Hércules, en Eritrea. En la región septentrional de la India viven hormigas del color de los gatos; su tamaño es el mismo del lobo egipcio. Extraen el oro de la tierra. Lo acumulan durante la estación de invierno; en verano se ocultan bajo tierra para huir del calor. Entonces los indios roban el oro. Pero deben actuar con mucha rapidez, pues cuando huelen la presencia del ser humano, las hormigas salen de sus agujeros, persiguen a los ladrones y, si los camellos de éstos no son suficientemente veloces, destrozan a los intrusos. Tal la velocidad y el ánimo feroz que el amor al oro despierta en estos animales." (*Tanta pernicitas feritasque est cum amore auri*. *Historia Naturalis*, XI,

XXXXVI.)

De acuerdo con Heródoto, algunas de estas hormigas habían sido capturadas y se las mantenía en la corte del rey de Persia.

Estrabón agrega en su *Geographia* que se apelaba a un ardid especial para robar el oro de las hormigas: los ladrones esparcían polvo envenenado cerca de las madrigueras, y mientras los codiciosos animales se regodeaban con el cebo, se procedía a recoger rápidamente el oro. Estrabón cita a otros autores, lo cual demuestra que los escritores antiguos no tenían la menor duda respecto de la realidad de estos extraños animales.

Sabemos que los eruditos de la Edad Media consideraban casi sacrílega cualquier expresión de escepticismo con respecto a los autores antiguos. Era posible comentar sus obras, desarrollarlas... pero no criticarlas. ¡No es de extrañar, entonces, que la historia de las hormigas recolectoras de oro se convirtiera en parte integrante del zoológico medieval!

Brunetto Latini, preceptor de Dante, miembro prominente del partido güelfo, después de diez años de exilio en Francia ocupó el puesto de canciller de Florencia. Escribió una enciclopedia en prosa, *Li Livres dou Trésor*, en el dialecto del norte de Francia.

Fue impreso por primera vez en italiano el año 1474, y hace menos de cien años se publicó una edición en el dialecto francés original. Latini realizó un cabal resumen de todos los tesoros del conocimiento medieval. Redactó una enciclopedia en gran escala: empieza con la creación del mundo y reúne todos los materiales conocidos sobre geografía, ciencias naturales, astronomía... y aún política y moral.

Las famosas hormigas fueron a refugiarse en el capítulo sobre ciencias naturales. De acuerdo con Latini, los codiciosos animales acumulaban oro no en la India, sino en una de las islas etíopes. Quien se les aproximaba perecía. Pero los astutos moros habían descubierto un hábil ardid que las despistaba. Tomaban una yegua madre, le aseguraban varios sacos a los costados, remaban hasta las orillas de la isla, y desembarcaban a la yegua... sin el potrillo. En la isla, la yegua hallaba bellos prados y pastaba hasta la caída del sol. Entretanto, las hormigas veían los sacos, y comprendían la utilidad de los mismos como recipientes del oro. Prontamente se ocupaban en llenarlos con el metal precioso. A la caída del sol, los ingeniosos etíopes acertaban al potrillo hasta la orilla del agua, frente a la isla. El animal relinchaba

quejosamente, llamando a la madre; y cuando ésta oía el llamado, corría hacia el agua, con los sacos llenos de oro, y cruzaba a nado hasta la orilla opuesta. "Et s'en vient corrant et batant outre, et tout l'or qui est en coffres".

Saltemos tres siglos. Sebastián Munster, el teólogo y cosmógrafo, publicó en 1544 la primera descripción detallada del mundo en lengua alemana, la llamada *Cosmographia Universa.* Aquí la hormiga buscadora de oro aparece reproducida en un hermoso grabado en cobre. La reproducción, un tanto primitiva, le atribuye la misma forma de la hormiga común; sólo difiere en las proporciones, considerablemente mayores.

Pero no acaba aquí la historia de este insecto de larga memoria. Christophe De Thou, presidente del Parlamento de París en la época de la matanza de San Bartolomé y uno de los jefes del partido católico (su hermano redactó el borrador del Edicto de Nantes), relata que en 1559 el Cha de Persia envió rico conjunto de regalos al sultán Solimán, entre ellos una hormiga india del tamaño de un perro de regulares proporciones, y que era un animal salvaje y montaraz. ("Inter quae erat formica indica canis mediocris magnitudine, animal mordax et saevum".)

Posteriormente, cuando los velados ojos de la ciencia comenzaron a abrirse y a ver más claramente, se realizaron algunas tentativas tendientes a explicar el mito de la hormiga. De acuerdo con una teoría, la leyenda aludía realmente al zorro siberiano, de costumbres parecidas a las del topo. Ahora bien, los hombres sabios llegaron a la conclusión de que, puesto que el zorro es animal astuto, si excavaba profundas cuevas en las montañas, seguramente no lo hacía por mera diversión... sin duda buscaba el oro de las vetas subterráneas. Pero se trata de una teoría de escaso fundamento, lo mismo que la que afirma la posibilidad de que otrora hayan existido hormigas gigantes (recuérdense las mutaciones radiactivas de cierta película de ciencia ficción) las cuales se habrían extinguido, como ocurrió a tantos otros animales históricos.

Es posible que la leyenda de la hormiga gigante admita una explicación más realista. Alguien habrá comparado el trabajo de los mineros que perforan las vetas subterráneas con la actividad de las hormigas. La comparación era adecuada y al mismo tiempo atractiva. Pasó de boca en boca. Y bien sabemos cuál puede ser la suerte de los hechos sometidos a ese tratamiento. Se agregaron circunstancias, se

bordaron detalles; algún aficionado a la murmuración quiso provocar verdadera sensación en sus oyentes; finalmente, la materia prima del rumor llegó a manos "profesionales", que le infundieron forma de estupidez duradera y casi inmortal.

4.

Hace algunos años los periódicos publicaron una nueva teoría sobre el núcleo interior de nuestro planeta. Un erudito profesor había descubierto que no estaba formado de níquel ni de hierro, sino... ¡de oro! Su teoría se fundaba en la deducción de que, cuando los elementos líquidos que constituían la masa de la tierra comenzaron a solidificarse, los metales más pesados empezaron a hundirse, mientras que se elevaban en "burbujas" los componentes más livianos. Por consiguiente, allí se encuentra todo el oro que el hombre pudiera desear... suponiendo que pueda llegar al centro de la tierra.

Hoy día adoptamos una actitud un poco cínica con respecto a estas teorías y descubrimientos. Pero si la misma teoría hubiese sido revelada en la antigüedad, la excitación habría sido tremenda, y miles

de individuos hubiesen comenzado a excavar la tierra, en busca de la gigantesca pepita de oro. Otrora, las leyendas de las minas de oro de Ofir- los tesoros de Eldorado- no fueron sueños afiebrados, sino tradiciones aceptadas.

De todas las leyendas sobre el tema, la más antigua y firmemente arraigada fue el misterio de Ofir.

En el capítulo noveno del Primer Libro de los Reyes se lee:

"E Hiram envió con la armada a sus servidores, marineros que conocían el mar, junto con los servidores de Salomón. Y llegaron a Ofir, y allí recogieron oro, cuatrocientos veinte talentos, y lo llevaron al rey Salomón."

Pocos pasajes de la Biblia provocaron tantas discusiones, tantos sufrimientos y derramamiento de sangre como estas pocas líneas.

En el original hebreo del Antiguo Testamento la palabra no es "talentos" sino *kikkar*. En su obra sobre Ofir, A. Soetbeer dice que un *kikkar* equivale a 42.6 kilogramos (aproximadamente 93 libras). Por lo tanto, la flota llevaba una carga de aproximadamente 17.892 kilogramos.

El Antiguo Testamento trae otras pocas referencias al tráfico de oro, en las que se afirma que las

naves de Salomón y de su aliado, Hiram de Tiro, visitaban Ofir una vez cada tres años y siempre retornaban completamente cargadas.

Aquí está, por lo tanto, la fuente del trono áureo de Salomón, de sus quinientos escudos de oro, de sus vasos y de otros muchos fabulosos tesoros, tan admirados por la Reina de Saba después de su largo viaje a Jerusalén.

Pero, de pronto, la Biblia enmudece. Nunca más se menciona a Ofir. Las breves referencias no traen ninguna indicación de la ubicación probable de la misteriosa Ofir. Una breve nota al pie en *The Bible of Today* (publicada en 1941) refleja las teorías antagónicas. Dice así: "Ofir: quizás puerto del Golfo Pérsico. Algunos afirman que se hallaba en la costa de África; otros, en la costa de la India."

¡Ciertamente, hay para elegir! Sin embargo, pocos problemas bíblicos han fascinado tanto a la humanidad, en el trascurso de los siglos, como la ubicación de las "minas del rey Salomón".

El problema de Ofir consumió montañas de papel y ríos de tinta. Y para resolver la cuestión fueron gastados buen número de *kikkars* en impresiones de la más diversa índole.

Al principio, todos estos esfuerzos fueron reali-

zados en gabinetes de estudio, sobre las mesas de trabajo de exploradores puramente teóricos. Los filólogos buscaron nombres geográficos de sonido o escritura semejante. Cuando aparecía alguno que satisfacía todos los requerimientos, se anunciaba el descubrimiento de Ofir. El término árabe Dophar atrajo la atención hacia Arabia; el nombre de la tribu abhira la llevó a la costa de la India. Alguien dio con un fragmento de la Biblia en el que se aludía al "oro de Parvaim" (en el Libro Segundo de las Crónicas, donde se describe el oro utilizado en la construcción del templo). De modo que los eruditos llegaron a la conclusión de que Ofir estaba obviamente en... ¡Perú! Sin embargo, "Parvaim" quería decir "regiones orientales". La expresión aludía al "oro de las regiones orientales", el oro más fino que se conocía.

Quienes identificaban el nombre bíblico con el territorio africano estaban más cerca de la solución del misterio. Pero todo esto no era otra cosa que el fútil pasatiempo de los teorizadores. La investigación cobró caracteres más serios y prácticos cuando los exploradores comenzaron a recorrer las regiones desconocidas de África.

La mayor sorpresa (y el indicio más promisorio) se halló en el África Oriental Portuguesa, cerca de la

actual Sophala. El nombre mismo resultaba interesante, pues algunas traducciones de la Biblia llaman Zophora a Ofir. La sensación fue mayor aún cuando se descubrieron antiguas minas de oro, aproximadamente a doscientas millas de la costa. Sobre la ruta que lleva a dichas minas, cerca de la moderna Zimbabwe (en Rhodesia) se hallaron las ruinas de un templo que mostraba indicios de la artesanía fenicia... el país del rey Hiram.

Y así fueron halladas las minas del rey Salomón. Pero, ¿se trataba realmente de ellas?

Los modernos exploradores de Ofir se mostraron escépticos. Era imposible, dijeron, que los judíos y los fenicios (que nada sabían de minería) hubieran creado una organización capaz de producir semejantes cantidades de oro. Tampoco era probable que hubiesen podido transportar el oro atravesando doscientas millas de jungla africana, en dirección a la costa. Si el oro habla sido extraído allí, sólo los nativos podían haberlo hecho.

Muy bien, replicaron los hombres que creían en la existencia de Ofir. Probablemente Salomón e Hiram habían conseguido el oro mediante transacciones comerciales.

Los escépticos menearon nuevamente la cabeza.

Fenicia era un país consagrado al comercio. ¿Para qué necesitaba el rey Hiram asociarse con Salomón, cuando muy bien podía encarar solo el asunto? ¡Sobre todo si se tiene en cuenta que debía aportar el capital más valioso, los expertos hombres de mar!

Aparentemente, la investigación del caso de Ofir había llegado a un punto muerto.

Aquí, Karl Nieburr, el eminente historiador, aportó una hábil interpretación. La Biblia afirma que la flota judeofenicia llevaba no sólo oro, sino también animales raros. Tukkivim, dice el texto hebreo: pavos reales, avestruces y otros semejantes. De acuerdo con Nieburr, se trata de un error del copista. La palabra correcta no es tukkivim, sino sukivim... es decir, esclavos.

En su interesante obra *Von rätselhaften Landern* (Las tierras misteriosas), Richard Hennig reconstruye toda la historia a partir de este error. (El libro fue publicado en 1925 en Munich e incluye una detallada bibliografía de la literatura sobre el caso de Ofir). Afirma el autor que Salomón y su socio no tenían minas cerca de Sophala, ni iban allí para comerciar. Simplemente, se trataba de campañas bien organizadas de piratería. El rey Hiram sabía bien lo que hacia. Su nación era un país de comerciantes y de

marinos. Durante sus viajes descubrieron Sophala, el país del oro; pero el comercio, el intercambio de mercancías, aparentemente no daba los resultados apetecidos. El áureo tesoro de los nativos debía ser obtenido por otros medios. El rey Salomón disponía de un ejército bien adiestrado. Por lo tanto, Salomón suministró los soldados, y el rey Hiram la armada. Unidos, ambos monarcas lograron abrir las vetas doradas de Ofir.

La discusión sobre Ofir, que se desarrolló a lo largo de siglos, es ejemplo típico de la elaboración de una teoría sobre la base de hechos puramente imaginarios; de la búsqueda de una región allí donde no estaba. Pero la manía del oro ha creado leyendas más fantásticas aún.

5.

Perseguía al mundo antiguo la idea de que los metales era entes orgánicos, que crecían y se desarrollaban como las plantas. Durante mucho tiempo circuló, atribuido a Aristóteles, un librito titulado Relatos milagrosos. La obra era una falsificación, pero reflejaba las creencias de la época. Uno de los

capítulos afirma que, si se entierra un trozo de oro, empieza a desarrollarse y finalmente brota del suelo. La ciencia natural del medioevo adoptó fielmente la pauta clásica y desarrolló aún más la teoría. Aquí y allá, decíase, hay en la tierra oro en estado blando, semilíquido. A veces ciertas plantas, especialmente la vid, hunden sus raíces en este oro blando y líquido, y absorben el precioso metal. De modo que el oro se eleva por las ramas, pasa a las hojas y aún al fruto.

Peter Martyr (Pietro Martire Vermigli), a quien Cranmer llevó a Londres, y que posteriormente fue profesor de teología en Oxford, declaró que en España había muchos de estos árboles "bebedores de oro". Cuando una princesa portuguesa se comprometió con un duque de Saboya, el novio envió a la dama regalos valuados en 120.000 táleros imperiales. La corte de Lisboa estaba flaca de dinero, y respondió a tanta magnanimidad con varias "curiosidades raras". Entre ellas se incluían: 1) doce negros de los cuales uno era rubio; 2) un gato de algalia, vivo; 3) una gran plancha de oro puro; 4) un arbolito de finísimo oro... cultivado naturalmente.

La mayoría de los autores afirman que la vid es el vegetal más aficionado a la dieta áurea. En Fran-

cia, una vid de oro (con brotes del mismo metal), fue hallada en los viñedos de Saint Martin la Plaint. Fue enviada al rey Enrique IV, quien sin duda se sintió muy complacido de que sus deseos se vieran satisfechos con creces por el fecundo suelo francés. Los sabios alemanes escribieron eruditas disertaciones sobre los "productos áureo" de los viñedos renanos. En los viñedos cultivados a lo largo del Danubio, del Main y del Neckar aparecieron también vástagos de oro, y luego hojas, y estas hojas continuaron desarrollándose y floreciendo.

Pero la más famosa vid áurea fue descubierta en los viñedos húngaros... o por lo menos eso creyeron los contemporáneos. Inició la leyenda Marzio Galeotto, en su colección de anécdotas consagradas al monarca húngaro Matthias Corvinus. "Mencionaré un hecho fabuloso y milagroso, el cual, según se afirma, no ocurrió en ningún otro país", escribe Galeotto. "Pues aquí el oro crece en forma de vástago, semejante a un cordel; a veces adopta la forma de zarcillos, que envuelven el cuerpo de la viña, generalmente de dos pulgadas de longitud, como los hemos visto a menudo. Dicen que con este oro natural es fácil fabricar anillos pues no es tarea complicada conseguir que el oro forme un círculo

acomodado al grosor de nuestro dedo y que constituyen excelente remedio para las torceduras. Yo mismo tengo un anillo hecho con este tipo de oro".

Y así comenzó la carrera legendaria del aurum vegetabile, el "oro que crece".

Por lo demás, es absolutamente cierto que en los viñedos húngaros se han hallado estos zarcillos de oro en forma de alambre espiralado.

Un médico alemán, E. W. Happel, reunió las observaciones contemporáneas en su libro: *Relationes Curiosae* (1683, Hamburgo). Dos de los casos habían ocurrido en Eperjes, en el norte de Hungría, y fueron informados por el doctor M. H. Franckestein, en larga carta a su amigo Sachs de Lewenheim, eminente médico de Breslau.

El viñador de un noble estaba descansando después del trabajo, y de pronto advirtió un resplandor amarillo en el suelo. Lo examinó con atención y halló que estaba enterrado profundamente. Con gran dificultad consiguió arrancar un buen trozo. Llevó el objeto al orfebre. "Es oro puro, y del más fino", dijo el experto. Feliz, el viñador vendió su hallazgo y regresó al lugar donde se había producido el milagro. Y ciertamente, el milagro hubo de repetirse: al cabo de pocos días, en el lugar del trozo arrancado

apareció otro. La autenticidad del caso está demostrada por las actas de un juicio; pues el viñador continuó llevando al orfebre los trozos de oro, hasta que al fin se difundió el rumor, y tanto el propietario del viñedo como el gobierno le iniciaron juicio por haber iniciado la explotación del oro sin la debida autorización.

Otro caso: el arado de un campesino trajo a la superficie una raíz de oro de pocas pulgadas de longitud. El hombre no advirtió el valor del objeto, y lo transformó en pieza de arreo. En cierta ocasión, había llevado cierta cantidad de madera a la ciudad de Eperjes, y se detuvo frente a la casa del orfebre; éste vio la extraña pieza, y la compró por una nada.

Todavía en el siglo XVIII muchos eruditos cavilaban sobre el caso del "oro vegetal" de Hungría. En el verano de 1718 la conocida revista *Breslauer Sammlungen* le consagró un extenso artículo; en 1726 (volumen XXXVI) publicó un informe de Kesmark, ciudad de Alta Hungría. De acuerdo con el mismo, los cosechadores de la propiedad de Andras Pongracz, un noble húngaro, hallaron una pieza de buen tamaño de "oro natural" que pusieron en manos del amo, como correspondía. Se estableció el valor del oro en 68 guldens. (En aquellos tiempos un marco

de Colonia equivalía a 72 guldens. Por consiguiente, el oro hallado era mas o menos la misma cantidad contenida en un marco de Colonia: es decir, 233,81 gramos, alrededor de 8 onzas troy.)

Pero ni esto fue suficiente para la hambrienta imaginación de los buscadores de oro. Y otro de sus alimentos fueron las uvas de oro. Son relativamente frecuentes los informes que aluden a la existencia de uvas en cuyo interior hay oro.

Matthew Held, el médico de corte de Sigmund Rackoczi, príncipe de Transilvania, relata que en un banquete celebrado en Sarospatak, la antigua ciudad universitaria del nordeste de Hungría, se sirvieron al principio uvas de piel dorada.

El príncipe Carlos Batthyany, famoso caballero de su época, presentó un racimo semejante a la emperatriz María Teresa. El hábil orfebre preparó una caja de oro, y en su interior había un ciervo de oro que sostenía en la boca las uvas de oro. Después de la disolución de la monarquía dual, la caja fue recuperada por Hungría, y conservada en el Museo Nacional de Budapest. Está clasificada con el nombre de "Caja Tokay". El racimo se secó y descompuso, pero bajo la piel de las uvas había auténticos granos de oro. Naturalmente, habían sido introducidos allí

por el hábil orfebre.

La noticia de la fruta milagrosa se difundió por doquier... y llegó a la lejana Inglaterra. Stephen Weszpremi, médico de la ciudad húngara de Debrecen, describió en 1773 el remate, durante sus años de estudiante, de los efectos de Richard Mead, el médico de la corte.

"Un lord inglés", escribe Weszpremi, "hombre muy rico, compró a muy elevado precio un racimo de uvas secas y encogidas. Se creía que provenían de Hungría y contenían gran cantidad de granos amarillos que brillaban como oro".

El rico par llevó el valioso racimo al profesor Morris, para que lo examinara. Weszpremi asistió al experimento, que resultó desalentador. El supuesto oro fue consumido por el fuego. "De modo que en breve lapso el áureo racimo húngaro del lord inglés se convirtió en cenizas, juntamente con todas las libras y los chelines que había pagado por él".

¿Cuál era el fundamento de todas estas doradas fantasías?

Las raíces, los brotes y los zarcillos de oro no eran sino restos de antiguas joyas, celtas o de otra procedencia. En situaciones de peligro, sus propietarios las enterraban, y cuando trataban de recupe-

rarlas, algunas se rompían o perdían. Quizás los propietarios habían perecido, y las joyas permanecían bajo tierra hasta que alguna raíz se enredaba en ellas y las llevaba a la superficie. Esos hilos de oro en forma de espiral abundan en los museos de todo el mundo.

En cuanto a las pepitas de oro, resultaron ser los huevos vacíos de una sabandija bastante común. El animalito salía del huevo y abandonaba la cáscara amarillenta para diversión de los coleccionistas de riquezas.

En conjunto, la leyenda no era otra cosa que el ensueño dorado concebido por la estupidez, el juego afiebrado de cerebros infectados de codicia. Pero el "áureo racimo" era uno entre muchos sueños. Los sueños rayaban muy alto, se elevaban hasta los cielos. La propia Providencia, decían los soñadores, Dios y la Causa Final habían elegido al oro como intérprete de sus mensajes proféticos a la humanidad.

En el ya mencionado ensayo de Weszpremi sobre el "oro vegetal" hay este pasaje: "Hasta ahora nos hemos comportado con respecto a nuestro oro que crece como lo hizo Jacob Horstius ante el diente áureo del muchacho silesiano, cuando se

unió a Martin Rulandus y a otros sabios menores para proclamarlo gran milagro de la naturaleza, y escribió un libro entero sobre él."

Jacob Horstius fue profesor y decano de la Universidad de Helmstat. Su libro, al que Weszpremi se refiere, fue publicado en Leipzig, en el año 1595, bajo este complicado título: *De aureo dente maxillari pueri silessii, primum, utrum eius generatio naturalis fuerit, nec ne; deinde an digna eiurs interpretatio dari quaeat.* Y la obra provocó una verdadera guerra en el mundo del saber.

El punto de partida fue el caso del niño silesiano que, créase o no, había echado una muela de oro. Una auténtica muela de oro, en el lado izquierdo de la mandíbula inferior. La posición poseía enorme significado.

Si un hombre de ciencia de esa época hubiera dicho que había visto a un niño de cuyos oídos manaba mercurio, o a quien le había crecido una uña de cobre, lo habrían encerrado sin más trámites. Pero como el metal aludido en la historia de Horstius era el oro, se consideró con gran reverencia el celestial milagro, y la ciencia aplicó todos sus poderes en un esfuerzo por resolver el enigma.

El profesor Horstius elaboró una teoría, en la

que desplegó brillante lógica.

El niño había nacido el 22 de diciembre de 1585. El sol estaba bajo el signo de Aries, en conjunción con Saturno. Debido a las favorables condiciones astrológicas, las potencias que nutrieron el cuerpo del infante trabajaron con tan extraordinario celo que produjeron oro en lugar de hueso.

Este argumento explicaba por sí solo el milagro. Pero a la influencia de las estrellas se agregaba un hecho de efectos muy conocidos por la ciencia médica. Mientras la madre llevaba en su seno al niño, había visto objetos de oro, o monedas de ese metal, y luego se había tocado uno de los molares. Es bien sabido que si una mujer embarazada desea ardientemente algo, y al mismo tiempo su mano toca su propia cara, o la nariz, o el cuello, o cualquier otra parte del cuerpo, el niño llevará la imagen del objeto deseado bajo la forma de una marca de nacimiento en el mismo sitio. [Tal la teoría contemporánea de las influencias prenatales. El doctor Joubert, un médico de gran cultura, en su libro sobre las supersticiones médicas, publicado en 1601, aconsejaba a todas las madres no tocarse el rostro en esos casos, y llevar rápidamente la mano a cierto lugar posterior... en realidad, el autor define exactamente el

sitio; pues (dice con cierta sorna) nadie verá una marca allí.]

Segundo problema: ¿Qué significa ese molar tan extraño?

Sin duda, escribe el erudito profesor, fue enviado como aviso celestial. En Hungría, la brillante victoria de Fulek, conquistada por los ejércitos cristianos sobre el turco pagano, fue seguida de sangrientas derrotas, como castigo a nuestros pecados. Pero Dios nos había dado esperanzas... pues un molar de oro significa la proximidad de una Edad de Oro. El Emperador de Roma se disponía a expulsar al turco de Europa, y luego comenzaría una Edad de Oro de mil años. Pero como la muela había aparecido en la mandíbula inferior y del lado izquierdo, era conveniente no alentar excesivas esperanzas, pues la Edad de Oro se vería precedida de inquietudes y tribulaciones.

Todo esto parecía tan lógico y promisorio que Martin Ruland, médico de Regensburg, se apresuró a escribir otro libro, apoyando todas las afirmaciones de Horstius. Por otra parte, Johann Ingolstadter se mostró escéptico y atacó a Ruland. Ruland replicó el ataque. Entonces entró en escena Duncan Liddel, quien adujo que Horstius no podía estar en

lo cierto. ¿Por qué? Porque el 22 de diciembre de 1585 el sol no podía haber estado bajo el signo de Aries. Como los argumentos de una y de otra parte se tornaban extremadamente difusos, Andreas Libovius, el muy respetado químico de Coburgo, los resumió y comentó en otro libro.

Finalmente, un médico de Breslau tuvo una idea razonable. "Examinemos al niño", propuso. (Hasta ese momento, a nadie se le había ocurrido nada parecido.) Al principio, el examen pareció favorecer a los creyentes. Un orfebre frotó el molar con cierta piedra, y se comprobó que era auténtico oro. Pero un médico local llamado Rhumbaum descubrió una grieta sospechosa en la parte superior de la muela. Examinó el sitio más atentamente, y resultó que la muela se movía. La muela estaba cubierta por una delgada capa de oro. No era una corona de oro como las que se emplean en la moderna odontología; los ingeniosos padres habían apretado un botón hueco de oro contra el molar del niño.

La bella burbuja profética reventó estrepitosamente. Cien años después los turcos fueron expulsados de Hungría (aunque no de Europa) pero aún no se vislumbra el comienzo de la Edad de Oro. O tal vez Ovidio acertó cuando dijo que la Edad de

Oro ya había llegado, y que el oro era nuestro amo; pues con oro se consigue a la mujer, y el oro paga el amor.

6.

La aureomicina es uno de los antibióticos recientes, pero el empleo medicinal del oro (aun en cantidades minúsculas) no es ciertamente un hecho nuevo. A fines de la década del veinte, un balneólogo francés daba a sus pacientes inyecciones de oro destinadas a combatir el reumatismo. Sin duda eran muy eficaces... sobre todo desde el punto de vista del médico.

Sin embargo, el oro fue empleado como droga de carácter medicinal ya en tiempos de Plinio. Posteriormente, los médicos árabes lo convirtieron en el eje de toda su farmacopea. La terapia medieval preservaba cuidadosamente las tradiciones. Era simple cuestión de lógica; el rey de todos los metales "necesariamente debía poseer mayores poderes curativos que las sustancias innobles".

La panacea favorita, casi universal, era el aurum potabile, el oro potable. Cuando aludían a sus efec-

tos, los médicos se dejaban dominar por líricos transportes. Generalmente se lo usaba como cordial, pero también era eficaz contra otras perturbaciones. Una cuenta conservada en los archivos de la corte de Luis XI demuestra que los médicos emplearon oro líquido para curar la epilepsia del monarca; y las recetas ordenadas insumieron la cantidad de 96 monedas de oro.

El oro potable era preparado de muchos modos distintos. En *De triplici vita*, de Marsilius Ficinus (publicado en 1489) aparece una receta; fue preparada para el rey húngaro Matthias Corvinus:

"Todos los autores afirman que el oro es, entre todas las sustancias, la más suave y menos sujeta a corrupción. Debido a su brillo está consagrada al Sol; su suavidad la subordina a Júpiter; por consiguiente, es capaz de moderar milagrosamente con su humedad el calor natural y de impedir la corrupción de los humores corporales. Es capaz de introducir el calor del sol y la tibieza de Júpiter en las diferentes partes del cuerpo. Con este fin es necesario refinar la sustancia extremadamente dura del oro y facilitar su absorción. Es bien sabido que las pociones que influyen al corazón son las más efectivas, si se consigue mantener sus virtudes. Con el fin de

que el organismo sufra lo menos posible, han de administrarse las más pequeñas cantidades, y con la mayor cautela. Sería más aconsejable que se prepare oro líquido libre de toda sustancia extraña. Pero hasta ahora ello sólo es posible si se fragmenta el metal o se lo bate hasta transformarlo en hojas de oro.

"Veamos cómo es posible obtener oro potable.

"Tómense flores de borraja, buglosa y melisa (al que denominamos Bálsamo común) cuando el Sol está en el signo de Leo. Hiérvanse las flores juntamente con azúcar blanca disuelta en agua de rosas; por cada onza del cocimiento agréguense tres hojas de oro. Ha de tomárselo con el estómago vacío, en pequeña cantidad de vino de color dorado."

Atribuíase mayor eficacia al oro si se lo calentaba a fuego lento antes de agregarlo al cocimiento. Pero debía ser oro puro, no adulterado. El oro húngaro (particularmente las monedas del rey Matías, con el cuervo de su escudo de armas) gozaba de la más elevada reputación. Se lo utilizaba también como remedio contra la ictericia, pues los médicos consideraban simplemente lógico que la enfermedad que tornaba amarillo al paciente debía ser curada mediante un metal amarillo; del mismo modo

que los puntos rojos del sarampión cedían más rápidamente cuando se envolvía al enfermo en sábanas rojas.

Tanto en el caso del sarampión como en el de la viruela el oro desempeñaba un papel curativo. ¿Acaso había algo mejor para impedir las feas marcas faciales que el oro, el cual- como todo el mundo sabía- era un maravilloso cosmético? Alrededor de 1726 se acuñaron en Francia nuevas monedas de oro. Los especialistas en belleza aconsejaron a las damas frotarse los labios con esas monedas. Pues, según afirmaban, el oro atraía la sangre, y los delicados labios cobrarían un hermoso color sin necesidad de apelar al lápiz labial.

Una teoría semejante recomendaba el oro para las mujeres bellas que habían enfermado de viruela. Una delgada hoja de oro era aplicada sobre el rostro de la paciente; el estelar efecto del oro debía impedir la maligna obra de destrucción de la viruela. Ese fue el método aplicado a la condesa Nicholas Bercsenyi, segundo jefe del príncipe Francis Rakoczi en la lucha de los húngaros contra los Habsburgo. Desgraciadamente, el resultado no fue muy bueno. Kelemen Mikes, secretario de Rakoczi y amanuense, que escribió una larga y brillante serie de cartas des-

de el exilio que sufrió entre los turcos el príncipe derrotado, informó el 28 de diciembre de 1718:

"Las damas de calidad reciben tratamiento distinto del que se aplica a las mujeres comunes. Tan pronto como la condesa cayó enferma, se reunió un ejército de médicos; y cada uno tenía su propia opinión sobre el modo de impedir las señales de la enfermedad y de preservar la belleza de la dama. Uno de ellos aconsejó cubrir de oro el rostro de la enferma. Aceptóse el consejo; fue cubierta con hojas de oro, convirtiéndola en una imagen viviente. Después, debió permanecer recluida cierto tiempo, pero al fin fue preciso quitar el oro; pues no podía caminar con el rostro dorado, y además sus mejillas rojas eran más bellas que las doradas. Se presentó entonces el dilema: ¿Cómo eliminar las hojas de oro? Ni aguas ni pociones daban el menor resultado; finalmente, fue preciso usar agujas para liberar las mejillas; tuvieron éxito en todo, menos en las hojas que cubrían la nariz, donde el oro se había secado de tal modo que la tarea resultó casi imposible. Al fin lo lograron, pero la piel conservó un tono oscuro. Razón por la cual a nadie aconsejo que se deje dorar la cara."

La terapia áurea tuvo muchas otras variantes.

Los convalecientes masticaban delgadas hojas de oro para recuperar fuerzas. Los antiguos venecianos sazonaban sus comidas con limaduras de oro. Las verrugas de Luis XIV fueron eliminados por el doctor Vallot con "aceite de oro". El doctor Cabanés nos informa que el noble metal fue empleado a veces con fines más vulgares: como ingredientes de lavativas o enemas.

Es difícil descubrir para qué servía el perfume de oro. Fue inventado por un orfebre de París llamado Tritton de Nanteville. Los diarios alemanes le consagraron cierta atención en 1766, pero negaron todo valor práctico a la invención... probablemente por envidia nacionalista.

Algunos médicos prudentes temían que el oro, tomado directamente, pudiera perjudicar al paciente. De modo que inventaron un método sumamente ingenioso con el fin de aplicarlo indirectamente. Mezclaron limaduras de oro en el alimento de las gallinas. A ésta les tocaba afrontar el riesgo, y poco importaba si el oro las perjudicaba; cuando llegara ese momento, la carne del animal habría absorbido la "virtud" del metal y el ave sería sacrificada. La carne de la gallina así alimentada era un medicamento tan efectivo como cualquier otro preparado a

base de oro. Pero se prevenía al paciente que no debía comer la molleja. No porque pudiera perjudicarle, sino porque quizás contenía un poco de oro, utilizable nuevamente. Por la misma razón, debía mantenerse a la gallina en una jaula, no fuera que el pródigo animal malgastara el precioso metal entre las flores del campo.

Toda la terapia áurea fue resumida en una frase por Samuel Koleseri, que publicó en 1717, cuando más difundida se hallaba esta manía, un libro titulado *Auraria Romano-Dacica*. Allí decía:

“¿Qué correspondencia guardan en medicina el Valor y la Eficacia? Todo esto se parece a la lógica del joven campesino cuyo padre enfermó. El hombre deseaba dar al anciano algún alimento exquisito. De modo que compró un canario de hermosa voz y lo frió para su doliente padre.”

7.

La más deslumbrante y trágica personificación del oro fue el sueño de Eldorado.

El primer grupo de aventureros partió a su conquista en 1530. La última expedición tuvo lugar en

1618. Estos hombres audaces soportaron las más horribles privaciones, y su voluntad los llevó a realizar fantásticas hazañas. Sufrieron los tormentos del hambre, porque los movía un hambre devoradora... lo que los antiguos llamaron auri sacra fames.

La lengua se les adhirió al paladar; tenían la garganta más seca que las arenas del desierto; pero eso era nada comparado con la sed que sólo podía calmar un mar de oro.

En sus vagabundeos se vieron acechados por innúmeros peligros: las exhalaciones ponzoñosas de los pantanos, los mosquitos portadores de la malaria, el veneno paralizante de las flechas indias. Todo lo soportaron, pues en sus venas ardía el veneno del oro.

Cruzaron las junglas sin caminos, vadearon las rápidas corrientes de ríos desconocidos, treparon montañas cubiertas de nieve, recorrieron miles de millas. Nunca sintieron la fatiga, pues pensaban hallar descanso y recompensa bajo las cúpulas doradas de la ciudad de Manoa.

Estos héroes, aventureros, asesinos y superhombres no sabían que estaban persiguiendo una quimera, un sueño insustancial, un tema de leyenda. La estupidez de estos hombres rozaba lo he-

roico y lo trágico; pero fue una estupidez costosa y sanguinaria.

Cuando los españoles interrumpieron la matanza de indios y comenzaron a hablar con ellos, se enteraron de una leyenda que les aceleró los latidos del corazón y les hizo hervir la sangre en las venas por el deseo y la codicia del oro.

Hay un país, dijeron los indios, cuyo rey o sumo sacerdote se cubre con polvo de oro en un festival religioso anual. Y luego se limpia el oro en un lago sagrado. Todo esto ocurre en una legendaria ciudad llamada Manoa u Omoa, la capital de un país en el que hay cantidades fabulosas de oro y de piedras preciosas.

Esto fue suficiente para inflamar la imaginación de los españoles. Bautizaron "El dorado" al mítico rey sacerdote. Luego aplicaron el mismo nombre, por extensión, a la propia ciudad de Manoa; y finalmente, llamaron así a todo aquel país mítico.

Los rumores de la existencia de esta región habían llegado de tiempo en tiempo a oídos de los españoles. Prescott explica en su *Historia de la Conquista del Perú* cómo, en 1511, cuando Vasco Núñez de Balboa estaba pesando cierta cantidad de oro que había obtenido de los nativos, "un joven jefe bárba-

ro allí presente dio un puñetazo a la balanza, y arrojando al suelo el deslumbrante metal, exclamó: «Si esto es lo que ustedes tanto aprecian, al extremo de que por conseguirlo están dispuestos a abandonar sus lejanos hogares y a arriesgar la vida, puedo señalarles una región donde comen y beben en vajilla de oro, y donde el oro es tan barato como entre ustedes el hierro»". El mito cobró impulso, hasta que se habló de montañas de oro que se elevaban al cielo, enceguecíendo al espectador cuando sobre ellas se reflejaba la luz del sol.

Naturalmente, los españoles hallaron oro en Méjico y en Perú; pero no era bastante. Su codicia del brillante metal era insaciable; y, como es natural, no eran ellos únicos en quienes alentaba ese sentimiento.

Posteriormente apareció un español que afirmó haber estado en Manoa, y que declaró haber sido huésped del propio "Eldorado". Éste, Juan Martínez, era teniente de Diego de Ordaz. El propio Ordaz era uno de los oficiales de la expedición de Cortés; pertenecía a la casa del gobernador Velásquez, gran enemigo de Cortés. El conquistador de Méjico lo tenía por espía de sus propios actos, y en varias ocasiones procuró desembarazarse de él. A

su vez, Ordaz disputó con Martínez, a quien acusaba de insubordinación. Lo sentenció a muerte, pero la pena fue conmutada por otra un poco menos drástica; Martínez fue depositado en una canoa sin remos y la embarcación lanzada a la deriva sobre las aguas del Orinoco. Martínez, relató después que había sido recogido por algunos indios amigos, y llevado a Manoa, donde lo presentaron como curiosidad al cacique reinante (pues en esos parajes jamás habían visto a un blanco). Allí pasó siete meses maravillosos. Martínez aseguró que la Ciudad del Oro era exactamente como había sido descrita en repetidas ocasiones... o más fabulosa aún, pues en una sola calle había tres mil orfebres que trabajaban día y noche. Después de siete meses, "Eldorado" envió graciosamente de retorno a Martínez, con adecuada escolta y todo el oro que sus acompañantes podían transportar. ¿Dónde estaba el oro? Desgraciadamente, en el trayecto una tribu de indios había atacado la columna, matando a la escolta y apoderándose del metal.

Todo lo cual fue materia de un informe escrito por Juan Martínez. Cuando Sir Walter Raleigh cayó sobre Trinidad e incendió la capital española en un gesto un tanto inamistoso, el atemorizado goberna-

dor español trató de calmarlo con el informe de Martínez, probablemente porque abrigaba la esperanza de que Raleigh y sus hombres se consagraran a la búsqueda de Eldorado... o, por lo menos, se alejaran bastante de Trinidad. El gobernador juró que el informe original de Martínez se hallaba en la capital de Puerto Rico, conservado en los archivos oficiales.

Aunque parezca extraño, Sir Walter creyó en el relato. Su expedición partió en 1595... y fracasó, lo mismo que las anteriores. De acuerdo con Raleigh, "Eldorado" o Manoa era una ciudad sobre el lago Parima, en Guayana. Así lo informó a la Reina Isabel, y agregó a la historia del gobernador de Trinidad varios datos reunidos por Francisco López de Gomara en su *Historia general de las Indias* (Medina, 1553). Gomara nunca había estado en el Nuevo Mundo; pero, de acuerdo con Prescott, "disponía, gracias a su situación, de los mejores medios de información". Probablemente es bastante fidedigno con respecto a la conquista de Méjico y del Perú, pero por lo que se refiere a "Eldorado", el erudito profesor de retórica de Alcalá demostró tanta credulidad como sus colegas más ingenuos. He aquí su descripción del palacio del cacique Guaynacapa:

"Toda su vajilla, aún la que se emplea en la cocina, es de oro. En sus departamentos hay enormes estatuas de oro puro. Hay también reproducciones de tamaño natural de todos los animales de su país, cuadrúpedos, aves o peces. Tiene un jardín privado, donde descansa; y allí, todos los árboles, arbustos, flores y plantas son de oro purísimo. También posee inmensas cantidades de oro, en forma de lingotes, apilados como si se tratara de simples trozos de madera".

Más tarde, el erudito Alejandro von Humboldt realizó un valeroso esfuerzo con el fin de desacreditar la leyenda de "Eldorado" y de demostrar la inexistencia de esa región. De acuerdo con Humboldt, en el territorio entre el Amazonas y el Orinoco hay gran cantidad de una sustancia dorada, carente de todo valor, la mica. A menudo cubre las laderas de las montañas, y los rayos del sol poniente le arrancan reflejos dorados. Los guerreros de algunas tribus emplean el polvo de mica para frotarse la piel, en lugar de aplicarse tatuajes o pintura.

Los indios odiaban a los conquistadores españoles, y utilizaron estos hechos para desorientarlos y seducirlos. Martínez desarrolló la leyenda, e inventó la historia de su propia visita a "Eldorado" para

aprovechar la gloria del "descubridor", y también para hacer olvidar su pasado poco limpio. Su famoso informe jamás fue hallado, y el jardín dorado del cacique Guaynacapa surgió en la fértil y crédula imaginación de Gomara.

La historia de la humanidad conoce pocos casos en que tan ridículos cuentos de hadas hayan sido aceptados no sólo por belicosos aventureros, sino también por gobiernos de espíritu muy concreto, y por fríos financistas.

Tracemos con la mayor brevedad posible el balance del mítico sueño de Eldorado:

1530. Ambros Dalfinger, financiado por la banca de Welser, en Augsburgo, parte con doscientos soldados y varios centenares de esclavos. Los esclavos marchaban encadenados, sujetos por anchos collares de hierro. Si alguno de ellos caía, agotado o enfermo, no se perdía tiempo en quitarle el collar ni en socorrerlo; simplemente, se le cortaba la cabeza, y el látigo apuraba la marcha del resto. No hallaron el famoso Eldorado; y Dalfinger fue muerto por una flecha india.

1536. Otro alemán, Georg Hohemut (por lo menos el nombre era de buen presagio, pues significa "elevado coraje") partió con unos pocos centena-

res de aventureros alemanes y españoles. La expedición fue un completo fracaso. Hohemut fue muerto por un asesino español a sueldo, que lo apuñaló en el lecho.

1541. La última expedición alemana, bajo la dirección de Felipe von Hutten. Al regreso de la inútil búsqueda, su jefe fue decapitado por el gobernador de Venezuela.

1552. El primer intento serio de los españoles, dirigido por Don Pedro de Ursúa, un noble de Navarra. Con el fin de intimidar a las tribus salvajes, invitó a los jefes a una comida, y allí los asesinó a todos. El lugarteniente de Ursúa, Pedro Ramiro, fue asesinado por dos oficiales durante una disputa. Ursúa mandó decapitar a los dos oficiales.

1560. Segunda expedición de Ursúa. Su nuevo lugarteniente, Aguirre, organizó una conspiración contra Ursúa, y éste fue asesinado por sus propios soldados.

1561. Bajo la dirección de Aguirre, la expedición se convirtió en banda de delincuentes que saqueaban y asesinaban. Sin embargo, a veces andaban tan escasos de alimentos que se veían obligados a contar los granos de cereal con que se alimentaban. Por orden de Aguirre, Martín Pérez asesinó a Sancho

Pizarro, de cuya lealtad Aguirre sospechaba. Luego vino el turno de Pérez, también asesinado. Un lugarteniente de Aguirre, Antonio Llamosa, bebió la sangre de Pérez para demostrar su lealtad. Aguirre, que evidentemente era un maníaco sadista, hizo ejecutar a más de sesenta personas con los más fútiles pretextos. En cinco meses de actividad saqueó cuatro ciudades y diezmó a sus propios españoles... entre ellos a tres sacerdotes y cinco mujeres. Las tropas enviadas para capturarlo rodearon el campamento, y los hombres de Aguirre desertaron. Cuando comprendió que no había modo de huir mató a puñaladas a su propia hija. Fue atrapado y muerto. Su leal compañero, Llamosa, el bebedor de sangre, fue ahorcado junto con otros cómplices.

1595-1618. Varias expediciones emprendidas por Sir Walter Raleigh. Con sus propios recursos equipó naves, y gastó más de 40.000 libras en la fútil búsqueda. Su prisión y eventualmente su ejecución se debieron indirectamente a esa enloquecedora búsqueda de Eldorado.

Ríos de sangre... y todo por un sueño que ni siquiera era eso.

"Eldorado" fue sólo el más notable ejemplo de las innumerables leyendas nacidas en torno del oro

y de sus desequilibrados y absurdos perseguidores. Se buscaba oro por doquier: en las montañas, en el desierto, en la selva... y aun bajo el mar. ¡Piénsese en el dinero y las vidas sacrificados al galeón Tobermory, hundido en las proximidades de la isla de Mull, que ha resistido los intentos realizados durante tres siglos para recuperar el supuesto tesoro de la Armada! ¡Piénsese en las expediciones a la isla de los Cocos, en la búsqueda del tesoro de los piratas! Súmese el costo en vidas humanas y en esfuerzo- échese la cuenta en dinero, si así se lo prefiere- y el balance será índice de la estupidez humana, siempre dispuesta a ganar que la tontería merece siempre.

8.

Pero si fue difícil hallar, y más aún conservar el oro, siempre se soñó con la existencia de un atajo. Ese fue el sueño del alquimista. Y si los alquimistas no produjeron oro para quienes los patrocinaban, con cierta frecuencia lo obtuvieron para sí mismos, gracias a la inagotable veta de la estupidez humana.

Hace algunos años vino a mis manos una antigua guía austríaca. Su autor fue J. B. Küchelbecher;

y su impresionante título, *Allerneueste Nachricht vom Römisch-Kayserl. Hofe, nebs einer ausführlichen Historischen Beschreibung der Kayserlichen Residenz-Stadt Wien* (Las últimas noticias de la Corte Imperial Romana, con una detallada descripción histórica de Viena, la Ciudad de Residencia Imperial). La "Corte Imperial Romana" era la corte de los Habsburgo, amos del Sacro Imperio Romano. El libro, publicado en 1730, incluye un capítulo consagrado al Tesoro Imperial de Viena, y en él se enumeran casi todas las piezas que dicho tesoro contenía. Entre ellas se hallaba un trozo de oro valuado en trescientos ducados que cierto alquimista, J. K. Richthausen, había producido a partir del plomo. Había realizado la hazaña en presencia de Su Majestad Real e Imperial, Fernando III, como lo demuestra la inscripción sobre la pepita más grande (Exhibitum Pragae d. 15. Jan 1658. in praesentia Sacrae Caes. Maj. Ferdinand III). Otra pieza de la misma sección era un gran medallón redondo, con los retratos en relieve de cuarenta y un miembros de la casa de Habsburgo. El medallón y la cadena habían sido de plata, pero un alquimista checo, Wenzel Seyler, los había "trasmutado parcialmente" en oro.

Sabemos algo de la carrera de ambos alquimis-

tas. Richthausen recibió de Fernando III el título de barón. Leopoldo I ennobleció a Seyler y ordenó acuñar medallas especiales con su "oro artificial", y sobre ellas se grabó la siguiente inscripción: Aus Wenzel Seylers Pulvers Macht bin ich von Zinn zu Gold gemacht (Por el poder del polvo de Wenzel Seyler, de plomo que era me convertí en oro).

En muchas otras colecciones había oro producido por alquimistas. Aquí, medallas envueltas en terciopelo proclamaban orgullosamente la historia de las transmutaciones mágicas, allí, una copa de oro atestiguaba que había sido nada más que hierro antes de que, el arte misterioso de los alquimistas la transformara en el precioso metal. Küchelbecher vio un clavo en la colección del Gran Duque de Toscana; era mitad hierro, mitad oro. Los objetos de "plata artificial" constituían hazañas más modestas; entre ellos se hallaban los llamados táleros Kronemann, "manufacturados" por el barón Kronemann, alquimista de la corte de Cristián Ernesto, elector de Brandeburgo. El "material original" era plomo y mercurio.

Los Habsburgo se hallaban particularmente interesados en la alquimia. El emperador Rodolfo, que prefería residir en Praga y no en Viena, buscaba

en sus ratos de ocio el Elixir de la Vida y el Elemento Esencial. Tenía a su servicio una docena de alquimistas, y para ellos construyó una hilera de casitas en el Hradsin, el castillo medieval que se elevaba sobre la ciudad de Praga. Eran tan pequeñas que parecían celdas o jaulas. Contábase que si un alquimista incurría en el desagrado del Emperador, se lo arrojaba desde las almenas sobre las afiladas rocas de la ladera... y que varios sufrieron esa ingrata muerte.

La emperatriz María Teresa era una mujer inteligente; emitió un decreto en virtud del cual se prohibía la fabricación de oro en sus dominios. Pero sus sucesores no siguieron tan discreto ejemplo. Corría ya el año 1860, cuando la corte de Viena cayó en el lazo que le tendieron tres estafadores internacionales. Parece casi increíble, pero la verdad es que durante dos años enteros estos sujetos trabajaron en la Casa de Moneda imperial, bajo la supervisión de los profesores del Instituto Tecnológico de Viena. ¡Habían prometido convertir cinco millones de guldens de plata en oro por valor de ochenta millones! La administración de la Casa de Moneda ya había preparado el presupuesto de la "fábrica de oro" proyectada, cuando al fin la Corte Imperial recuperó el

sentido. Se expulsó a los impostores, se concedió el retiro al director de la Casa de Moneda y todos los documentos relativos a la ridícula aventura fueron escondidos en los archivos secretos. Allí fueron hallados en 1919, después del derrumbe de la monarquía austrohúngara, y publicados para sorpresa y diversión de la misma gente cuyos abuelos habían debido pagar el costo de esta gigantesca locura.

Durante mil años ardió el fuego en los hornos misteriosos de los alquimistas, durante mil años los gobernantes codiciosos persiguieron la quimera del oro artificial. Lo único que obtuvieron fueron algunas curiosidades conservadas en los estantes de los museos. Jamás se formularon una simple y elemental pregunta: ¿por qué el poseedor de tan vital secreto lo ofrecía a otros, en lugar de reservarlo para su único y exclusivo beneficio? Les hubiera bastado "fabricar" unos pocos centenares de barras para comprarse un ducado o un pequeño principado.

¿Cuál era el secreto de los Richthausen y de los Seyler... y de otros muchos? Un ardid extremadamente hábil, cuyo éxito se debía exclusivamente a que se hacía víctima de él a gente que quería creer, que estaba muy dispuesta a dejarse engañar. He hallado el relato circunstanciado de una de estas im-

posturas, y por ella podremos quizás explicarnos el mecanismo de las restantes. El relato aparece en un folleto publicado en 1649 y reimpreso en 1655, bajo el siguiente título: *Usufur, ein List- und Lustiger Betrug* (Usufur- un astuto y divertido engaño). Su héroe fue un personaje que se presentó bajo el nombre de Daniel de Transilvania; su víctima, el Gran Duque de Toscana.

Este Daniel comenzó su carrera como charlatán en la ciudad de Padua. Ciertamente, llama la atención que un farsante pudiera instalarse a la sombra de la Universidad de Padua y reunir dos mil ducados de oro en poco años. Según parece, ayudaba realmente a sus enfermos, lo cual no debe sorprendernos, porque en aquellos tiempos llamar a un médico equivalía a evocar la sombra del Ángel de la Muerte. Un médico experto, conocedor de su arte, empezaba por sangrar, aplicaba lavativas, ponía sanguijuelas y administraba eméticos; y una vez que había logrado debilitar al paciente, le hacía tragar las más atroces medicinas, de modo que el torturado "sujeto" perdía todo deseo de vivir. En cambio, las píldoras de maese Daniel eran absolutamente inofensivas, y no perturbaban el pacífico trabajo terapéutico de la Naturaleza.

Pero el charlatán de Padua alimentaba más elevadas ambiciones. No lo satisfacía el lento desarrollo de su fortuna. Preparó los detalles de su gran impostura con el cuidado que un buen general habría puesto en el plan general de una gran campaña. En primer lugar, difundió la noticia de que había descubierto un misterioso polvo de inigualada eficacia. Se trataba del famoso usufur. No se ocupaba personalmente en la venta; lo suministraba a los farmacéuticos y luego indicaba a los pacientes que lo compraran en los negocios. Las infinitesimales cantidades de usufur no podían perjudicar a los enfermos; por consiguiente, a menudo curaban. La fama de la nueva droga maravillosa se difundió por toda Italia. Daniel se negó a satisfacer encargos y pedidos que no provinieran de los farmacéuticos florentinos... y ése fue el segundo paso de su cuidadoso plan.

El tercer paso consistió en ir a Florencia y solicitar audiencia al Gran Duque. Sabía que el amo de Toscana era apasionado creyente en la alquimia. Daniel reveló que había hallado el secreto de la fabricación del oro, y lo ofreció al duque. Sólo pedía, en cambio, 20.000 ducados de oro; y ello sólo en caso de tener éxito. La oferta parecía razonable, y el

Gran Duque la aceptó; sólo exigió que se realizara primero una "prueba". Daniel se prestó gustoso. Fue llevado al laboratorio privado del duque, e inmediatamente comenzó la gran operación. Fundió y mezcló cobre y estaño; agregó cierto misterioso polvo a los metales fundidos, y enfrió la mezcla y mostró a todos la amalgama: era oro. El orfebre de la corte examinó el resultado y declaró que la mezcla de cobre y de estaño se había convertido realmente en oro. Y entonces Daniel reveló el gran secreto: su panacea universal, el usufur, había logrado el milagro. Y podía conseguirse usufur en la tienda de cualquier farmacéutico. El Gran Duque envió inmediatamente mensajeros a varias farmacias, elegidas al azar; él mismo fundió los metales y realizó la mezcla, y todos las pruebas dieron el mismo resultado: en la retorta aparecía oro.

Daniel de Transilvania se vio abrumado de honores. Fue alojado en el palacio ducal, se sentó a la mesa del duque, y dos chambelanes y cuatro valets recibieron orden de atender a su servicio. Cuando salía del castillo, seis guardias acompañaban el carruaje... lo cual, si bien se mira, era merecido honor para tan grande hombre. El Gran Duque se sintió incapaz de controlar su exuberante felicidad; y re-

solvió que en adelante él mismo se ocuparía en fabricar su propio oro. Tan conmovido estaba ante su buena fortuna, que depositó una calavera sobre el escritorio de su estudio, para que le recordara constantemente que todo ser humano es mortal, poniendo freno así a su propio exceso de confianza y de orgullo.

Daniel de Transilvania había cumplido su parte del acuerdo, y comenzó a insinuar indirectas sobre los 20.000 ducados. Dejó entrever que debía dar dote adecuada a sus hijas. También solicitó una breve licencia, pues debía arreglar ciertos asuntos familiares en Francia. Se le concedió la licencia y se le pagó el dinero. El Gran Duque agregó algunos preciosos dones: diamantes, un vaso de jaspe, una cadena de oro y rubíes. Y prometió que a su retorno Daniel sería nombrado canciller de Estado, recibiría un palacio y se le tratarla como hermano. Y en ese papel, Daniel debía considerar como propio todo lo que el Gran Duque poseía. (Excepto la Gran Duquesa, agrega cautamente el cronista de la época.)

Una guardia de honor escoltó a Daniel hasta Leghorn, desde donde una nave debía llevarlo a Marsella. Daniel se mostró muy generoso. Distribuyó trescientos táleros entre los soldados, regaló una

cadena de oro al comandante de la tropa, y le entregó una carta que debía poner en manos del Gran Duque. Y la misiva decía:

"¡Alteza serenísima! No podré pagaros las múltiples mercedes con que me habéis abrumado como no sea mediante una franca confesión. En caso de que Vuestra Gracia se proponga continuar la fabricación de oro, debo prevenirle que jamás obtendrá más oro que la cantidad contenida en el Usufur. Mi intervención en el asunto se limitó a reducir un poco de oro puro al estado de polvo, y a venderlo en cierta mezcla a los farmacéuticos. Una vez consumido el polvo, Vuestra Gracia no podrá fabricar más oro. Ruego a Vuestra Gracia que me perdone el engaño; las amabilidades que ha sabido dispensarme, quiera el Señor recompensárselas de un modo o de otro. Y os pido un último favor: el reconocimiento de que he sido moderado, y no llegué a engañaros más cruelmente aún. Y antes de despedirme, dejadme deciros que no soy transilvano, sino italiano; tampoco me llamo Daniel, sino de otro modo. Deseándoos la mejor salud, y recomendando a Vuestra Gracia a la infinita piedad de Dios, se despide Vuestro Obediente Servidor, el descubridor del Usufur."

Una vez que pasó el primer ataque de indignación, el Gran Duque tomó a broma la impostura... o por lo menos, así lo afirma el cronista de la época. Sea como fuere, no cabe duda de que Europa entera festejó el engaño.

El caso del crédulo Gran Duque nos mueve a risa, y estamos seguros de que nada semejante podría ocurrir en la época moderna. Pero el alquimista prospera en el siglo XX con la misma frecuencia y goza de idéntico prestigio. Por otra parte, encuentra tontos y víctimas tan fácilmente como "Daniel de Transilvania" hace dos siglos. Uno de los más atrevidos y exitosos "fabricantes de oro" operó en Alemania poco antes del régimen de Hitler. Heinrich Kurschildgen era un joven de escasa educación, obrero de una fábrica de tinturas... hasta que cierto día decidió convertirse en inventor. Equipó un pequeño taller, al que dio el nombre de laboratorio, obtuvo dos patentes, y sobre tan frágil fundamento levantó un sorprendente edificio de realizaciones imaginarias.

Su primera víctima fue un profesor de la Universidad de Colonia; Kurschildgen explicó al erudito caballero que había descubierto el modo de tornar radiactiva cualquier sustancia mediante ciertos rayos

misteriosos. El profesor le creyó quizás el joven revelaba una frágil chispa de auténtico brillo y contribuyó con su “opinión experta”, la cual de ese modo vino a respaldar las afirmaciones del “inventor”. Ahora, el “genio” autodidacta se convirtió en alquimista hecho y derecho, y desarrolló su “magnífica invención”; mediante la transformación de la materia inorgánica en sustancia radiactiva podía, según afirmaba, fisionar el átomo y por consiguiente fabricar oro.

Cualquiera hubiese creído que las víctimas potenciales recordarían la infinita serie de reyes, duques, nobles, abades y pueblo común que en el pasado habían sido objeto de engaños. Pero es indudable que Kurschildgen eligió hombres de corta memoria o de extrema codicia. Un abogado de Dusseldorf le entregó veinte mil marcos; un importante hombre de negocios de Colonia aportó cincuenta mil para los trabajos destinados a “perfeccionar” el gran invento. Muy pronto los círculos políticos derechistas de Alemania se interesaron en el “talentoso hijo de la patria”. Si se lograba fabricar oro, Alemania podría desembarazarse de la carga de las reparaciones, reconstruir su maltrecha economía y crear un nuevo ejército.

Kurschildgen comenzó a volar muy alto. Primero se entrevistó con Herr Perponcher, secretario del Partido Nacional Alemán, luego con el profesor Hennig, otro miembro prominente de la misma organización política, y finalmente con el gran Hugenberg en persona, el millonario que controlaba un vasto imperio industrial, periodístico y cinematográfico. (Digamos de pasada que el oro era sólo uno de los "descubrimientos" del obrero de Hilden. "Inventó" una máquina que curaba el cáncer; un artefacto que con sus "rayos" detenía cualquier motor; un método destinado a purificar el acero... en realidad, parecía un genio universal.) Recibió ofertas de Estados Unidos y de Gran Bretaña, y un rico banquero suizo decidió pagarle un salario anual de veinticuatro mil francos y mantuvo al inventor y a su familia durante un año.

Finalmente, sobrevino el desastre, se desenmascararon los ardides de Kurschildgen, se demostró lo infundado de sus afirmaciones y fue condenado a diez años de prisión. Sin embargo, durante un período casi igual de tiempo consiguió desorientar y engañar a algunos de los mejores cerebros de Alemania. Y lo consiguió gracias a la estúpida codicia que el oro despierta.

Si la fabricación del oro, el redescubrimiento del inexistente secreto de los alquimistas, siempre halló esperanzados favorecedores, los tesoros perdidos (nuevos o antiguos) también fueron cebo de la credulidad. Esta antigua treta ha sido practicada una y otra vez. Uno de sus más hábiles exponentes en los últimos años fue un alemán del Báltico llamado Gerhard von Redziwski, que alegaba haber descubierto en Siberia gran cantidad de oro, y que organizó una compañía con el fin de explotarlo. Tenía también otro rubro comercial: persuadió a varios hombres de negocios alemanes para que financiaran una expedición a Prusia Oriental, con el fin de recuperar el oro del ejército ruso que, según se afirmaba, había sido arrojado a uno de los lagos Masurianos en el curso de la Primera Guerra Mundial. Sus víctimas estaban dispersas por todo el Reich, desde Saarbrücken a Neubabelsberg, y desde Neukoln a Grosslichterfelde; y Redziwski (que desapareció a tiempo) ganó indudablemente bastante oro, si no para sus crédulos fieles, por lo menos para sí mismo.

Una de las tentativas tragicómicas de convertir plomo en oro fue la que realizó Joseph Melville, hombre de ciencia de cierta reputación. Sus extra-

ños experimentos fueron conocidos del público cuando un joven irrumpió en su laboratorio de Londres y le disparó varios tiros. Melville se arrojó sobre el agresor y consiguió desarmarlo. No acudió a la policía, y todo el incidente habría permanecido secreto si uno de los vecinos de Melville, que oyó los disparos, no hubiera armado escándalo. El asaltante fue arrestado; resultó ser el hijo de un rico hombre de negocios, propietario de una cadena de panaderías. Y durante el proceso salió a luz todo el asunto.

Después de muchos años de trabajo científico serio, Melville se había dedicado a la alquimia. Estudió las obras de los "fabricantes de oro" medievales y llegó a la conclusión de que no se habían equivocado al usar limaduras de hierro como materia prima. Esto constituía, sin embargo, la etapa final, y debía ser alcanzada gradualmente. El primer paso debía ser la transformación de plomo en oro. Sostuvo haber conseguido la transformación de plata en oro, pero consideraba que ese resultado carecía de importancia, y concentró todos sus esfuerzo en los experimentos con plomo. En 1926 pronunció una conferencia en la sociedad alquimista de Londres, y en ella exhibió un gran trozo de oro,

explicando con cierto detalle cómo lo había fabricado... a partir del plomo. Entre el público se hallaba el señor Glean, el rico panadero, a quien impresionaron mucho las afirmaciones de Melville, y quien le ofreció formar una sociedad para dedicarse a la fabricación de oro... la cual, dicho sea de pasada, debía ser más provechosa que la de pan.

El laboratorio del moderno alquimista fue instalado en el sótano de la panadería central, y Melville trabajó noche y día con el fin de mejorar su método de "trasmutación". Pero los trabajos insumían más y más dinero. El señor Glean pagaba sin murmurar, con la esperanza del éxito. Finalmente, se cansó de esperar y exigió que Melville produjera inmediatamente el oro prometido. El alquimista pidió una semana de gracia y durante los siete días restantes apenas salió del laboratorio, en el que destilaba, fundía, martillaba y mezclaba su mágica poción. Al cabo de una semana retiró de la retorta la misteriosa mezcla. Pero era el mismo plomo de siempre, sin el menor rastro de oro. Después de lo cual, el señor Glean expulsó a Melville con todos sus aparatos y exigió la devolución del dinero adelantado. Melville se rehusó a pagar y desapareció. Entonces, el señor Glean (hijo) juró venganza, pro-

bablemente porque su propio patrimonio había disminuido considerablemente. Melville había instalado un pequeño laboratorio en el sótano de una casa del East End, y allí continuaba sus experimentos. El joven Glean consiguió hallarlo. Cuando irrumpió en el laboratorio, depositó un trozo de plomo sobre el escritorio de Melville, y le gritó:

-¡Transforme esto en oro, ahora mismo... o devuelva el dinero de mi padre!

Melville pidió tiempo. El señor Glean (hijo) perdió la paciencia y le disparó un par de balas, las que felizmente no dieron en el blanco. Después del proceso el impaciente joven fue puesto en libertad condicional, y la familia Glean renunció para siempre al sueño de transformar plomo (y las ganancias obtenidas con el pan) en oro.

9.

¿Y qué decir de los que hallaron oro, de los favorecidos por la fortuna?

Hugo von Castiglione fue el amo de un enorme imperio financiero e industrial en Europa Central y Oriental... hasta que se excedió en los cálculos y el

gigantesco edificio se derrumbó, arrastrando en la caída a millones de seres humildes. La policía confiscó los papeles privados de Castiglione. Entre ellos hallaron algunas anotaciones que reflejaban la filosofía de este fabricante de oro a quien la fortuna sonreía. Algunas frases parecen parodias de Samuel Smiles; pero se trata de conceptos que eran tomados muy en serio, como lo demuestra la existencia del propio Castiglione.

"No es ladrón el que roba, sino el que se deja sorprender.

Suerte es todo lo que me favorece. Verdadera suerte es lo que me favorece y perjudica a otros.

Generosidad es el acto que después lamentamos.

Hay hombres orgullosos de su pobreza. Son los poetas. Hay mujeres orgullosas de su fealdad. Son las intelectuales. Huye de ambos como de la peste.

Nunca hagas mal innecesariamente. Hazlo en la medida que te de provecho y placer.

Quien tiene menos que yo es un imbécil; quien tiene más, es un ladrón.

Dicen de mí que soy ladrón, sinvergüenza y estafador. No discutiré estas afirmaciones. Pero no cabe duda de que si fuera pobre y miserable, me

considerarían un tipo agradable y simpático, buen mozo y atractivo. La gente me compadecería y me dejaría morir de hambre. Evidentemente, no deseo correr esa suerte. Poseo un corazón tierno y no quiero que el mundo sufra achaques de conciencia por mi causa. Prefiero ser yo quien sufra por el mundo. Mi corazón está mejor equipado para la tarea.

Todo cuanto aún no ha sido descubierto, me pertenece.

Todo cuanto han descubierto otros, me lo robaron.

El otro día uno de mis rivales me elogió. Dijo: «A este hombre no es posible sacarle dinero».

Si conseguiste engañar a alguien, no te enorgullezcas de tu genio. Quizás fue pura suerte y no talento."

Esta es la voz de Midas. El oro ha sido su "alimento metálico" desde el principio de los tiempos. La estupidez lo ha cebado y continuará haciéndolo mientras exista el mundo.

III

DESPUÉS DE USTED, SEÑOR

La ceremonia realza todas las cosas

SELDEN.

1.

Tuvo que ser (casi podríamos decir que inevitablemente) un historiador alemán, Johann Christian Lünig, quien consagrara casi dos décadas a la tarea de reunir material para su *magnum opus,* a la que denominó *Theatrum Ceremoniale,* y que publicó en Leipzig el año 1719. Es una obra en dos volúmenes, y pesa aproximadamente veinte libras. Describe, analiza, explica y detalla todo el ceremonial que regía la vida de las cortes europeas imperiales, reales y du-

cales; es decir, que la regía con todo el vigor de un código legal supremo. Además, el decidido autor (decidido a no ahorrar nada a sus lectores) describe una serie de acontecimientos cortesanos, e incluye el detalle exacto de la etiqueta y organización. Consagra varias páginas a la llegada de cierto minúsculo príncipe alemán a un sitio, a su partida en dirección a otro lugar, a una visita ducal, o a cierta actividad real.

El libro de Lünig fue en realidad una tremenda colección de material en bruto, sin mayor sistema ni correlación. Otro autor, Julius Bernhard von Rohr se sintió tentado de construir sobre ese fundamento un sistema "científico" completo. Diez años después de la aparición del libro de Lünig, publicó en Berlín su *Einleitung zur Ceremonial-Wiesenschaft der grossen Herren* (Introducción a la ciencia del ceremonial de los Grandes Señores). Titulo bastante modesto; sin duda von Rohr confiaba en que el pequeño injerto que había plantado se transformaría en robusto roble. Creía firmemente que había fundado una nueva rama de la ciencia... y que su obra era una importante contribución al cuerpo del conocimiento humano. Lünig compartía la opinión de Selden sobre la necesidad de la ceremonia, y la re-

sumía con impecable lealtad:

"Dado que nuestros gobernantes personifican en el mundo la imagen del Todopoderoso, es necesario que tengan el mayor parecido posible con el Señor. Dios es el principio del orden, el cual se manifiesta en todo lo creado. Cuanto más deseen sus representantes mundanos parecerse a El, mayor ha de ser el orden que deberá regir sus vidas y sus actos. Es más probable que la chusma siga el ejemplo de su gobernante, que no los mandatos de la ley. Si el pueblo observa que en la vida del amo hay un orden útil, lo seguirá; lo cual promueve la prosperidad y el bienestar de todo el país. Si la gente contempla por doquier confusión y desorden, llegará a la conclusión de que ese gobernante no es la auténtica imagen del original (es decir, de Dios). Desaparece el respeto, y esas naciones se convierten en víctimas del caos. Por eso los grandes monarcas han dictado leyes que sus siervos deben obedecer y que el propio soberano acata."

Parece un poco exagerado afirmar que todos los reyes y príncipes son "imágenes de Dios"... especialmente porque algunos de ellos vivían de un modo que mal podía ser considerado santo. Pero por lo menos Herr Lünig ofrece una teoría y una justifica-

ción. Y, después de todo, buen número de emperadores y de reyes afirmaron que gobernaron "por la Gracia de Dios", o que contaban con alguna otra forma de aprobación directamente emanada de la Divinidad.

Que los gobernantes son los alter ego de Dios era principio fundamental del Imperio Bizantino; aunque, por supuesto, esta misma norma había sido aceptada, en distintas formas, en países tan diversos como Egipto, la India y los imperios precolombinos de América del Sur, sin hablar del período final del Imperio Romano, que se enorgullecía de poseer unos cuantos "dioses", además de Claudio.

En el año 404 de nuestra era los emperadores Arcadio y Honorio consideraron necesario disciplinar a los funcionarios de la corte. Arcadio, español por nacimiento, fue el primer emperador del Imperio Romano de Oriente; a la muerte de su padre Teodosio I, se dividió por vez primera el Imperio Romano. Honorio, su hermano menor, nació en Constantinopla, heredó la mitad occidental del Imperio, y residió casi siempre en Milán y en Rávena. Ninguno de ellos fue modelo de gobernante; fueron manejados por sus esposas, por eunucos, por prefectos pretorianos y por otros favoritos. Sin embar-

go, ninguno de ellos dudó jamás de su propia divinidad. He aquí la cláusula final del edicto conjunto: "Todos aquellos que, movidos de audacia sacrílega, desafíen nuestra divinidad, serán privados de sus empleos y de su propiedad".

Destaquemos que esta orden tonante fue emitida no por emperadores romanos paganos, sino más bien por gobernantes cristianos. La carta escrita o dictada por un emperador bizantino tenía carácter sagrado, y sus leyes eran "revelaciones celestiales". Y para dirigirse oficialmente a tan exaltados personajes era preciso usar la fórmula "Vuestra Eternidad".

En su carácter de "imagen de Dios", el emperador exigía adoratio, adoración. La despiadada etiqueta de la corte obligaba no sólo a sus propios súbditos sino también a los enviados extranjeros a postrarse en presencia del emperador. Liutprand, obispo de Cremona y autor de varias importantes obras históricas, fue embajador del rey de Italia ante la corte de Bizancio. Al principio rehusó postrarse ante ningún ser humano, pero al fin se vio obligado a ceder. En el informe de su embajada describe el acto de presentación de sus credenciales.

El emperador estaba sentado en un trono de

oro, bajo la sombra de un árbol del mismo metal. Era un árbol completo, con sus correspondientes ramas y hojas de oro. Sobre las ramas había pájaros mecánicos hábilmente construidos; a ambos lados del trono, leones de tamaño natural, fundidos en oro puro, clavaban en el visitante sus ojos de rubí. Cuando el enviado entró en la sala, los pájaros mecánicos comenzaron a gorjear y los leones a rugir. Se disiparon los escrúpulos del obispo; inmediatamente se postró, y lo mismo hicieron sus dos acompañantes. Pero cuando levantó nuevamente los ojos, el emperador y el trono habían desaparecido. Una maquinaria secreta los había elevado a considerable altura, y los ojos del emperador despedían "rayos divinos" que sorprendieron e intimidaron a los embajadores.

Durante el reinado de Diocleciano los títulos fueron establecidos y descritos con minucioso cuidado. El propio emperador era el "Amo Sacratísimo". Se lo denominaba también Jovian o Dominus. Su compañero en el gobierno, Marco Aurelio Valerio Maximiano, recibió el sobrenombre de "Herculius", o Segundo Augusto. Los dos césares a quienes Diocleciano y Maximiano eligieron como representantes y sucesores, Cayo Valerio Galerio y Flavio

Valerio Constancio, fueron también llamados "sacrosantos", y los miembros de su familia fueron todos nobilissimi y nobilissima. Pero esto fue sólo el principio. Estaban los Siete Ilustres, el Chambelán principal, el representante de éste (que era ministro del Interior), el canciller o Quaestor Sacri Palatii, el ministro de Finanzas, y, finalmente, el comandante en jefe de la caballería y la infantería. Todos ellos eran miembros del Consistorio Sagrado. Los patricios y los gobernadores principales tenían el título de spectabili; es decir, "expectables"; los Sumos Sacerdotes eran honorati, los senadores clarissimi, los jueces perfectissimi, los chambelanes egregii, tanto si actuaban en las chancillerías como si trabajaban en la corte. Los funcionarios civiles como inferiores eran los decurii, los recaudadores de impuestos, que sólo merecían el calificativo de respectabili.

Estos eran los títulos... pero también existían reglas exactas sobre el modo de dirigirse a estos dignatarios. A algunos debía decírseles "Vuestra Ponderosidad", y a otros "Vuestra Sabiduría". Ciertos funcionarios podían sentirse ofendidos si se les decía "Vuestra Amplitud", en lugar de "Vuestra Excelsitud". Expresiones como "Vuestra Veneración" o "Vuestra Sagacidad" eran utilizados con

minucioso cuidado, con la debida consideración tanto a la importancia como a la jerarquía de cada funcionario. Se necesitaba un par de años de estudio profundos antes de conocer a fondo la baraúnda de títulos y de fórmulas.

2.

Otros gobernantes europeos no exigían el mismo tributo de humildad que era obligado en la corte de Bizancio. (Aunque, como podemos verlo en *Ana y el rey de Siam*, la postración completa subsistió en Siam y en otros países asiáticos hasta bien entrado el siglo XIX y aún durante el siglo XX). Se contentaban con una reverencia o genuflexión. Parece que esta forma de homenaje, elegante pero incómoda, fue desarrollada por la notoria etiqueta española. La hallamos en Madrid y en Viena; es probable que en esta última ciudad haya sido adoptado al mismo tiempo que otras tradiciones españolas de los Habsburgo. Tanto les agradaba a los emperadores de Austria, que procuraron aumentar las oportunidades en que el cortesano debía caer de rodillas. Todos los peticionantes debían caer sobre ambas

rodillas cuando entregaban sus documentos; en otras ocasiones, bastaba una sola rodilla. Cuando el emperador atravesaba la ciudad, todos debían arrodillarse; no se exceptuaban de ello ni siquiera los altos dignatarios, si sus carruajes se cruzaban con el del emperador. En ese caso, debían descender del vehículo y arrodillarse en la calle.

Bajo el reinado de María Teresa se prestó menos atención a la regla. Cuando Lessing, el gran crítico y dramaturgo, fue recibido en audiencia, este hombre de letras, poco habituado a las costumbres de los cortesanos, tropezó con sus propias piernas, pero la emperatriz lo dispensó graciosamente del ejercicio.

José II, un hombre que estaba muy avanzado con respecto a su tiempo, y que además odiaba las ceremonias, abolió completamente la comedia. El mismo día de su ascenso al trono emitió una proclama en la que prohibía toda clase de “hazañas gimnásticas”. En eso seguía la pauta fijada por Federico el Grande, que el 30 de agosto de 1783 emitió una proclama, leída en todas las iglesias, en virtud de la cual se prohibía la genuflexión; pues ese homenaje, decía el documento, se debía sólo a Dios y no a un ser humano.

A pesar de toda la idolatría que caracterizó a la

corte de Versalles, en esto no siguió el ejemplo español. Por una u otra razón, se trataba de una práctica reñida con la tradición francesa. En cambio, las piernas de los cortesanos ingleses sufrían duras pruebas, impuestas por las minucias del ceremonial. En 1547, el mariscal Vieilleville fue invitado a almorzar con el rey Eduardo VI. En sus memorias describe la escena con conmovida indignación:

"Los Caballeros de la Jarretera servían la mesa. Llevaban los platos, y cuando se acercaban a la alta mesa, se arrodillaban. Recibía los platos el Lord Chambelán, y de rodillas los ofrecía al Rey. A los franceses nos parece harto extraño que caballeros de las más famosas familias de Inglaterra, estadistas y generales eminentes debían arrodillarse de ese modo; cuando entre nosotros aún los pajes sólo se arrodillan en la puerta, en el momento de entrar al salón."

Durante el reinado de Isabel las rodillas tuvieron que trabajar más aún. Paul Henzner, el viajero alemán, relata en su *Itinerarium Gernmniae, Galliae, Angliae, etc.* (Nuremberg, 1612) cómo se tendía la mesa de la reina. Cierto dignatario de la corte, a quien no pudo identificar, entró primero con un bastón, seguido por otro caballero que llevaba un mantel.

Ambos hicieron tres genuflexiones frente a la mesa vacía y el segundo caballero tendió el mantel; nuevamente tres genuflexiones, y salieron solemnemente. Después, entraron otros dos caballeros; uno de ellos llevaba un salero, un plato y el pan; el otro, provisto también de un bastón de ceremonias, lo precedía con gran dignidad. También hicieron tres genuflexiones antes y después de depositar los objetos. Luego aparecieron dos damas, con el cubierto (hasta ese momento, no había tenedores). Como de costumbre, tres genuflexiones. Sonó una fanfarria y redoblaron los tambores; aparecieron los soldados de la guardia real y depositaron sobre la mesa veinticuatro platos de oro. La reina no había aparecido aún, pero en cambio entró una tropa de damas de compañía. Levantaron los platos (con apropiadas reverencias) y los trasladaron a las habitaciones interiores... pues Isabel había decidido comer sola. Eligió un plato o dos, y los otros volvieron a la sala de banquetes, donde fueron consumidos por las damas de compañía.

Esta costumbre se mantuvo hasta el reinado de Carlos II. El conde Filiberto de Gramont, el de la lengua viperina y mirar agudo, contempló las genuflexiones de los servidores la primera vez que fue

invitado a un banquete de la corte. El conde, que había sido desterrado de Francia a causa de cierto escandaloso affaire con una delas amantes de Luis XIX, fue preguntado por Carlos:

-¿Verdad que no es lo mismo en su país? ¿Sirven de este modo al rey de Francia?

El conde no pudo reprimir su ingenio malicioso.

-Debo confesaros que no, majestad. Pero también he de reconocer mi error. Al principio creía que estos caballeros se arrodillaban para disculparse por el pésimo alimento que sirven a Vuestra Majestad.

En la corte de Viena en 1731 todavía se combinaba la genuflexión y el besamanos, como lo explica Johann B. Küchelbecher en su *Allerneueste Nachricht vom Römisch-Kayserl. Hofe* (Hanover, 1730):

"El más señalado favor que el plebeyo puede recibir es que se le permita besar la mano de su Majestad Imperial. Ocurre del siguiente modo: quien solicita este supremo favor debe presentarse primero ante el Chambelán principal y solicitar su ayuda. Si el Chambelán principal está dispuesto a concederla, fija inmediatamente el día en que se otorgará el favor real. En la fecha señalada, la persona se presenta en la residencia imperial y se reúne con el

Chambelán principal. Se la coloca a poca distancia de la puerta por la cual pasa el emperador cuando se dirige a la mesa. Apenas aparece el emperador, la persona admitida para el besamanos dobla una rodilla y besa las manos del emperador y de la emperatriz, mientras éstos pasan; y los monarcas extienden la mano con ese fin. Ello ocurre casi diariamente, y especialmente los días festivos, cuando casi todos son admitidos a la ceremonia del besamanos."

Sin duda, era un señalado favor, aunque dispensado democráticamente.

3.

Naturalmente, el arquetipo de toda ceremonia fue la famosa (o notoria) etiqueta española. Era tan rígida, y provocaba tantas anomalías que había de suministrar a los cronistas y a los coleccionistas de anécdotas material casi inagotable.

El mortal común no podía tocar la persona augusta de la realeza española. En cierta ocasión, el caballo de la reina española se encabritó y desmontó a su majestad; pero el pie de ésta quedó aferrado al

estribo. Intervinieron dos oficiales y la liberaron, salvándola de una muerte segura. Pero los valerosos guerreros huyeron inmediatamente como alma que lleva el diablo, saliendo del país para evitar la pena máxima en que habían incurrido por haber puesto sus manos sobre el cuerpo sacrosanto de la reina.

Felipe III sufrió quemaduras mortales frente a su propia chimenea, porque los cortesanos no lograron hallar a tiempo al grande de España a quien correspondía mover el sillón del rey.

En invierno la reina de España debía estar en el lecho a las nueve de la noche. Si olvidaba la norma, y se demoraba en la mesa, sus damas de compañía se arrojaban sobre ella, la desvestían y la arrastraban a la cama.

La prometida de Felipe IV, María Ana de Austria, fue recibida ceremoniosamente en cada una de las ciudades que atravesó durante el viaje a Madrid. En cierto lugar el alcalde intentó regalarle un par de medias de seda, obra maestra de la artesanía local. Sin embargo, el mayordomo apartó la caja con las medias y declaró solemnemente: “Ya es tiempo de que sepáis, señor alcalde, que la reina de España no tiene piernas”. De acuerdo con la leyenda, la prometida del rey se desmayó, horrorizada, porque cre-

yó que tan pronto llegara a Madrid le amputarían las piernas para satisfacer las exigencias de la etiqueta.

La anécdota que ahora relataremos es la más conocida de todas. Tuvo cierto papel en la Revolución Francesa. En el debate sobre la Constitución, un miembro de la Asamblea Nacional propuso una petición al rey, la que debía comenzar con la frase: ¡"La Nación deposita su homenaje a los pies de Su Majestad!" Pero Mirabeau echó a perder la hermosa frase: "¡El Rey no tiene pies!" rugió con su voz de león.

Pero las anécdotas, los relatos, las leyendas tenaces tienen alas y pies. Circulan por el mundo, y pasan de un siglo a otro. Cuando pretendemos investigar su origen, nos perdemos en una maraña impenetrable. No hay pruebas fehacientes de que estos ridículos excesos de la etiqueta española hayan sido siempre reales. Lünig se muestra muy cauteloso en sus alusiones, y remite- para "mayores detalles"- a las memorias de la condesa d'Aulnoy.

Marie Catherine Jumel de Berneville, condesa d'Aulnoy (u Aunoy) fue una de las primeras intelectuales, y escribió gran número de cuentos de hadas y novelas, además de libros de viajes y memorias. La mayoría de sus obras ha caído en el

olvido, aunque *L oiseau bleu* inspiró el bello *Pájaro azul* de Maeterlinck. En 1690 publicó sus memorias de la corte española. Este libro se convirtió en fuente de todos los mitos, leyendas y anécdotas posteriores; aun Isaac d'Israeli lo utilizó para componer su *Curiosities of Literature;* y graves historiadores le atribuyeron veracidad absoluta. Sin embargo, es muy probable que la condesa aplicara a sus memorias los métodos propios del cuento de hadas y que presentara como hecho real muchos chismes o anécdotas de carácter satírico.

Sin embargo, es perfectamente cierto que los reyes de España, intoxicados por su propio poder absoluto, se convirtieron en prisioneros de una etiqueta absolutamente rígida, cuyo formalismo ellos mismos desarrollaron. Se ataron de pies y manos... aunque las ligaduras estuvieran entretejidas con hilos de oro. Cada hora de sus vidas estaba estrictamente regulada por un horario inmutable. Aun la vida amorosa del rey de España estaba regida por la etiqueta. Lünig, súbdito leal que carecía absolutamente del sentido del humor, describe el momento de exaltación en que el rey sale con el propósito de hacer una visita nocturna a su reina:

“Calza pantuflas, y cubre sus hombros un

manto de seda negra. En la derecha lleva una espada desnuda, en la izquierda una linterna. Del brazo izquierdo cuelga una botella, que no sirve para beber sino para otros propósitos nocturnos (... nicht zum trincken, sondern sonst bey Nacht-Zeiten gebraucht wird)."

Realmente, la figura de ese amante era sin duda un espectáculo terrorífico.

4.

Los primeros reyes franceses odiaban la idea de silenciar la voz fresca y libre del ingenio gálico con la mordaza de la etiqueta y del ceremonial. Adoptaron las tradiciones de la corte borgoñona, pero tuvieron buen cuidado de reservarse oportunidades que les permitían establecer contacto directo con el mundo de los mortales comunes. Enrique IV favoreció el uso de un lenguaje directo y franco. Prohibió a sus hijos que lo llamaran "Monsieur"... quería ser sencillamente "papá". Tampoco aceptó la estúpida institución de las cortes alemanas..." los niños de azotes". Eran hijos de nobles, compañeros de juegos de los jóvenes príncipes de la sangre; y cuan-

do éstos últimos se portaban mal, los "niños de azotes" recibían el castigo correspondiente. Enrique IV dio instrucciones especiales al tutor de su hijo para que le aplicara una buena azotaina cuando el niño se portara mal. En una carta fechada el 14 de noviembre de 1607 escribe lo siguiente: "Deseo y ordeno que el Delfín sea castigado siempre que se muestre obstinado o culpable de inconducta; por experiencia personal sé que nada aprovecha tanto a un niño como una buena paliza".

El gran cambio sobrevino bajo el reinado de Luis XIV. El monarca amaba la vida de la corte, y se complacía en el eterno movimiento y en el caleidoscópico color de Versalles. Pero dicho movimiento debía ser orbital: Luis XIV era el Sol, alrededor del cual giraba todo el universo, y su persona era la única fuente de calor y de luz.

Reorganizó y desarrolló la etiqueta española de acuerdo con sus propios gustos. Conservó el cuello ajustado, pero en lugar del rígido corte español, procuró obtener un toque de belleza con encaje de Chantilly. He aquí lo que dice Voltaire en su *Época de Luis XIV*:

"Deseaba que la gloria que emanaba de su propia persona se reflejara en los que le rodeaban, de

manera que todos los nobles debían ser honrados, pero ninguno poderoso, ni siquiera su hermano o el Príncipe. Con este fin falló en favor de los pares el largo pleito que sostenían con los presidentes del parlamento. Estos últimos reclamaban el privilegio de hablar antes que los pares, y de hecho se habían posesionado de él. Luis decidió, en el curso de un consejo extraordinario, que en presencia del rey, y durante las sesiones de la Alta Cámara en su carácter de cuerpo judicial, los pares debían hablar antes que los presidentes, como si dicha prerrogativa se originara directamente en la presencia del monarca; y en el caso de las asambleas que no eran cuerpos judiciales, permitió la vigencia de la antigua costumbre.

"Con el fin de distinguir a los principales cortesanos, se idearon casacas azules, bordadas de oro y plata. Los hombres dominados por la vanidad consideraban señalado favor el permiso de usar estas prendas. Eran casi tan ansiadas como el collar de la orden de San Luis. Cabe mencionar, ya que aquí se trata de pequeños detalles, que entonces se llevaban las casacas sobre un jubón, adornado con cintas, y sobre esta casaca se ajustaba un tahalí, del que colgaba la espada. Alrededor del cuello se usaba tam-

bién una suerte de cinta de encaje, y un sombrero con dos filas de plumas. Esta moda, que duró hasta 1684, prevaleció en toda Europa, con excepción de España y Portugal. Casi todos los países se enorgullecían de imitar a la corte de Luis XIV.

"Introdujo en su casa un sistema que todavía perdura (Voltaire escribía en 1752), reguló las jerarquías y funciones, y creó nuevos puestos para el servicio de su propia persona, entre ellos el de Gran Maestre del Guardarropa. Restableció las mesas establecidas por Francisco I, y aumentó su número. Doce de ellas estaban reservadas para los oficiales que cenaban en la presencia del rey, y se las tendía con el mismo cuidado y profusión que se puede observar en la mesa de muchos soberanos."

"Creó nuevos puestos para el servicio de su persona". La frase parece inofensiva y razonable. Pero en este caso Voltaire se expresa con excesiva moderación... o quizás con indispensable prudencia. (Dos capítulos de su libro debieron ser omitidos durante mucho tiempo.) Veamos un poco... ¿qué hay detrás de esta frase inocente? Asistamos al momento en que el rey despierta, y examinemos el caso desde el punto de vista del siglo XX.

Era deber del jefe de lacayos separar las cortinas

de la cama real, al principio de la mañana. Su Muy Cristiana Majestad se dignaba abrir un ojo, y luego el otro. Los lacayos permitían el paso a los dignatarios autorizados a presenciar la solemne ceremonia. Entraban los príncipes de la sangre, seguidos por el chambelán principal de la corte, el Gran Maestre del Guardarropa mencionado por Voltaire, y cuatro chambelanes comunes de la corte.

Se levanta el telón... y comienza la ceremonia del despertar.

El rey descendía del famoso lecho colocado en el centro preciso del palacio... el foco de Versalles, del mismo modo que el sol era el centro del sistema solar, y el Rey Sol lo era de su corte. Después de breve plegaria, el jefe de lacayos derramaba sobre las manos reales unas pocas gotas de eau de vie perfumada, las que representaban las abluciones. El Primer Chambelán ofrecía las zapatillas reales, luego entregaba la bata real al Gran Maestre del Guardarropa, y ayudaba a Su Majestad a vestirla. El rey se sentaba en su sillón. El barbero de la corte quitaba el gorro de dormir real y peinaba los cabellos del monarca, mientras el primer Chambelán sostenía un espejo.

No se trata de detalles muy interesantes, pero en

la vida de Versalles poseían enorme significado y gran importancia. Acomodar las zapatillas en el pie real o ayudar a Su Majestad a ponerse la bata representaban señalados favores que todos los cortesanos envidiaban amargamente.

El orden estricto que se seguía durante la ceremonia fue establecido por el propio rey, y debía ser acatado sin el más leve desvío. Hasta el día de la muerte o enfermedad final del monarca, el primer chambelán fue siempre el encargado de acercarle las zapatillas, y el Gran Maestre del Guardarropa se ocupó en pasarle la bata. Proponer un cambio del ceremonial hubiera sido inconcebible y habría equivalido a una revolución.

Esta era la primera parte, el aspecto íntimo del despertar. Seguía luego el segundo acto, más solemne.

Los servidores apostados a la entrada de la habitación abrían las amplias puertas. Entraba la corte. Duques y pares, embajadores, mariscales de Francia, ministros de la Corona, presidentes de los parlamentos... dignatarios de todo tipo y pelaje. Ocupaban los lugares cuidadosamente establecidos de antemano, del lado exterior de la barrera dorada que dividía el dormitorio en dos partes, y contemplaban

el espectáculo con silenciosa ansiedad. Era, ciertamente, un espectáculo de gran gala, en el cual representaba el primer papel, como siempre, el supremo dignatario y principal actor de Francia.

Escena primera: El rey se quita la bata. El Gran Maestre del Guardarropa ayudaba por la derecha, el jefe de lacayos por la izquierda. Sin duda, la bata era una prenda menos trascendente que la camisa. Mucho más complejo era el acto en virtud del cual el rey se despojaba de la camisa de noche y se ponía la camisa de día. Un caballero de cámara la entregaba al primer chambelán, que la pasaba al duque de Orleáns, cuyo rango sólo era inferior al del propio rey. El rey recibía la camisa de manos del duque, se la ponía sobre los hombros, y con la ayuda de dos chambelanes se quitaba la camisa de noche y se acomodaba la de día.

La función de gala continuaba. Los funcionarios de la corte ayudaban a Su Majestad a completar su arreglo, a ponerse los zapatos, a asegurar las hebillas de diamantes, a colgar la espada y la cinta de la orden elegida por el monarca. El Gran Maestre del Guardarropa (generalmente el duque de más edad) desempeñaba un papel importantísimo. Sostenía en sus manos las ropas usadas el día anterior mientras

el rey retiraba los pequeños objetos de uso diario y los trasladaba a los bolsillos de la ropa que estaba vistiendo; también presentaba al monarca en una bandeja de oro, tres pañuelos bordados, para que el rey eligiera uno; y entregaba a Su Majestad el sombrero, los guantes y el bastón.

En los días nublados, si se necesitaba luz, se daba también una oportunidad a algún miembro del público. El chambelán principal preguntaba en voz baja al rey quién debía sostener el candelabro. Su Majestad nombraba a este o a aquel dignatario, que con el pecho hinchado de orgullo se encargaba de sostener el candelabro de dos brazos durante el tiempo que duraba el tocado real. Obsérvese bien: candelabro de dos brazos... pues Luis había regulado también el empleo de velas y de candelabros en el complicado sistema de la etiqueta de la corte. Sólo el rey tenía derecho a un candelabro de dos brazos, los demás debían contentarse con un candelabro de un brazo.

Este principio fue aplicado a todos los aspectos de la vida. Luis gustaba de las chaquetas recamadas de oro... por consiguiente, hubiera sido inconcebible que el mortal común usara nada semejante. Pero, como raro favor, permitía que ciertos individuos

meritorios recamaran de oro sus chaquetas. Se otorgaba un permiso escrito, firmado por Su Majestad y refrendado por el primer ministro. Esas chaquetas tenían un nombre especial: justaucorps á brevet, chaquetas certificadas".

Cuando el espectáculo cotidiano concluía, el rey abandonaba la cámara y los cortesanos lo seguían. Pero en la cámara real se desarrollaba entonces una breve "ceremonia secundaria". Era preciso arreglar el lecho real. No, por cierto, apresuradamente, como suele ocurrir con la mayoría de las camas comunes. Este procedimiento tenía también sus reglas escritas. Un lacayo se colocaba a la cabecera de la cama, y el otro a los pies, y el tapicero de palacio arreglaba el augusto lecho. Debía hallarse presente uno de los chambelanes, con el fin de vigilar el cumplimiento de las reglas de la operación.

La propia cama, lo mismo que los restantes muebles o artículos de uso cotidiano, debía ser tratada con el debido respeto. Quien pasaba la barrera que dividía la cámara estaba obligado a realizar una genuflexión ante el lecho.

La costumbre del despertar fue adoptada por muchas cortes europeas. Johann Küchelbecher describe en 1732 una ceremonia semejante en el *Ho-*

fburg de Viena. La principal diferencia era aquí que el rey cumplía la ceremonia en una habitación cercana a la cámara, a la que entraba cubierto con una bata. Allí, sus chambelanes lo vestían, lavaban y peinaban. El lever de los Habsburgo era más exclusivo que el de Versalles; no se admitía a nadie sin un examen estricto de sus antepasados y de la pureza de su sangre.

Aún más complicado era el ceremonial de la mesa.

Cuando llegaba el momento de la comida de Luis XIV, el ujier principal golpeaba con su bastón la puerta de los Guardias Reales, y reclamaba en voz alta: "¡Caballeros, cubierto para el Rey!"

Cada uno de los oficiales de la Guardia Real recogía el plato o cubierto que le había sido encomendado, y la procesión se encaminaba hacia el gran salón comedor; a la cabeza marchaba el ujier principal, luego los oficiales, y a ambos lados los guardias. Depositaban la carga sobre la mesa de servicio, y por el momento sus funciones habían concluido; tender la mesa era tarea de incumbencia de otros funcionarios de la corte. Una vez que habían cumplido su misión, el chambelán de servicio cortaba el pan e inspeccionaba la vajilla. Después de

comprobar que todo estaba en orden, el ujier principal rugía nuevamente: "¡Caballeros, carne para el rey!"

Los guardias se ponían en posición de firmes y cierto número de dignatarios de la corte marchaban a la habitación vecina, donde examinaban atentamente los platos destinados a la mesa real. El chambelán de la corte los disponía en correcto orden; luego tomaba dos rebanadas de pan y las empapaba ligeramente en la salsa o jugo de las viandas. Probaba una y ofrecía la otra al mayordomo principal. Si estos altos dignatarios consideraban que los platos tenían buen sabor, la procesión se formaba nuevamente; a la cabeza se colocaba otra vez el ujier principal con su bastón, detrás el chambelán de la corte con su vara de oro, luego el chambelán con un plato, el mayordomo principal con el segundo, el inspector de la cocina real con el tercero, y detrás varios dignatarios de diferentes categorías. Los platos eran escoltados por guardias armados de carabinas... ¡probablemente para evitar que alguien robara los alimentos!

Una vez que los preciosos alimentos habían llegada al comedor, se anunciaba al rey- con arreglo a formalidades estrictamente prescritas- que el al-

muerzo o la cena estaban servidos. El servicio de la mesa era tarea de seis nobles chambelanes. Uno cortaba la carne, otro la servía, el tercero la ofrecía, y así sucesivamente. Cuando el rey deseaba beber, el copero de la corte exclamaba: “¡Bebida para el Rey!”

Doblaba la rodilla frente a Su Majestad, se dirigía a la alacena y recibía del bodeguero de la corte una bandeja con dos jarros de cristal. Uno contenía vino, el otro agua. Otra genuflexión, y entregaba la bandeja al chambelán encargado del servicio; este último mezclaba un poco de vino y agua en su propio vaso, probaba el líquido, y luego devolvía la bandeja al copero. Después de este procedimiento solemne y ceremonioso el rey podía beber al fin.

Con cada plato se repetía la misma ceremonia.

Cuando el día tan minuciosamente regulado acababa y el rey se retiraba, se reproducían las ceremonias del lever, pero a la inversa, como en un film que la cámara pasara de adelante para atrás. Baste decir que las abluciones nocturnas eran un poco más abundantes que las escasas gotas de eau de vie de la mañana. Se disponía una toalla sobre dos bandejas de oro, y un extremo estaba húmedo, y el otro seco. El rey utilizaba la parte húmeda para frotarse la cara y las manos, y se quitaba la humedad

con la parte seca de la toalla. Innecesario es subrayar que la presentación de la toalla era función muy honrosa, y estaba reservada a los príncipes de la sangre. La etiqueta de la corte distinguía los diferentes aspectos de este sencillo acto con minuciosa delicadeza. Si también estaban presentes los hijos o los nietos del monarca, la toalla pasaba de manos del chambelán principal al príncipe de más elevada jerarquía. Si alrededor del rey había otros príncipes de la sangre, entregaba la toalla uno de los lacayos.

Este mínimo detalle nos indica que el Rey Sol estaba bañado en gloria, en la humilde adoración de sus súbditos, y en muchas otras cosas... pero nunca en agua.

Esta cotidiana idolatría ocupaba a un enjambre de dignatarios y funcionarios de la corte, de complicados y extensos títulos. La cocina real ocupaba no menos de noventa y seis supervisores nobles, entre ellos treinta y seis mayordomos, dieciséis inspectores, doce chambelanes y un chambelán principal. El personal de la cocina sumaba cuatrocientos cuarenta y ocho individuos, sin contar los servidores empleados en ella y los servidores que atendían a los servidores.

Tan gigantesco incremento de las jerarquías

cortesanas tenía cierto fundamento real. En la deslumbrante corte de este monarca de suprema vanidad vivía un hombre equilibrado y comprensivo: Colbert, el ministro de finanzas. Se le ocurrió a Colbert que, si era necesario que el país se viera agobiado por los impuestos, bien podía establecerse un impuesto sobre la vanidad. Colbert vendía los títulos y las jerarquías de la corte. El más barato era el título de maestro de cocina: costaba sólo ocho mil francos. En proporción con el grado de importancia, se elevaba el costo: el mayordomo principal, por ejemplo, pagaba un millón y medio de francos por su deslumbrante puesto. Colbert confirió a esta dudosa transacción cierto aire de respetabilidad prometiendo pagar un interés anual sobre el capital que se depositaba. Sin duda, se pagaba el interés, pero los compradores sabían muy bien que jamás volverían a ver su capital, y trataban de compensarse por otros medios. De acuerdo con los cálculos de los historiadores, robaron cinco veces más que el interés de la inversión realizada.

Todo esto podría haber sido un fenómeno sin importancia, un capítulo ridículo pero secundario de la historia de la estupidez humana. Sin embargo, su costo fue enorme, no sólo para Francia sino para

Europa en general. Por doquier aparecieron pequeñas (y a veces no tan pequeñas) reproducciones de la corte de Versalles. Los pequeños príncipes alemanes, así como los grandes duques y los nobles quisieron imitar al Rey Sol. Innumerables dominios y principados se arruinaron debido al estúpido deseo de emular a Luis XIV. Los soldados de Hesse que fueron vendidos y terminaron sus días en tierra extranjera, las innumerables y sucias "empresas comerciales" de los amos continentales se originaron principalmente en este sentimiento de vanidad. El Rey Sol podía sentirse orgulloso; era el centro no sólo de su corte y de Francia, sino de todo el mundo civilizado.

5.

Cuando moría un rey de Francia, se embalsamaba el cadáver y se lo enterraba después de cuarenta días. Entretanto, el ataúd descansaba en un féretro ricamente decorado, cubierto de brocato dorado y ribeteado de armiño. Sobre el féretro se colocaba una efigie de cera del difunto, con una corona en la cabeza y un cetro en la mano.

Se dispensaban a esta efigie de cera los mismos honores que al propio rey en vida, cuando se levantaba por la mañana, comía durante el día y se acostaba por la noche. Naturalmente, se omitían las ceremonias del lever y el coucher, pero se observaba cuidadosamente toda la etiqueta de las comidas. Los oficiales de la corte traían los platos con el mismo ceremonial complicado; los altos dignatarios los pasaban y los aceptaban con idéntica solemnidad; con grave expresión mezclaban y paladeaban el vino; y cuando ofrecían las perfumadas servilletas, observaban celosamente los derechos de precedencia. Además de los chambelanes, estaba presente toda la corte; todo aquel que tenla derecho a asistir a los banquetes reales insistía en presenciar la alimentación de la efigie de cera.

Y la figura de cera contemplaba silenciosamente las entradas y salidas, y las reverencias y genuflexiones. Pero su rostro pintado no sonreía.

¿Cuál fue el origen de este estúpido ceremonial?

Ciertamente, tuvo cierto papel en ello la infinita vanidad de los cortesanos. Durante cuarenta días podían continuar representando sus papeles, y gozando de sus privilegios y jerarquías. Tan pronto se asignaba cierta función a un cortesano, era imposi-

ble detener a los demás. El segundo insistía en sus derechos, y lo mismo hacía el tercero o el quincuagésimo. Por consiguiente, no era mala idea alimentar la vanidad de estos hombres permitiéndoles dar de almorzar y de cenar a la efigie de cera.

Pero, ¿dónde se originó la idea misma?

Para descubrirlo, es preciso remontarse a la época de los emperadores romanos.

Herodiano, el historiador griego que escribió una historia de Roma entre los años 180 y 238 de nuestra era, nos da la respuesta. Este autor explica que después de la muerte de un emperador, se depositaba la imagen de cera sobre un diván de marfil colocado en el salón del palacio. Los senadores, vestidos de luto, pasaban el día alrededor del emperador de cera, cuyo rostro tenía la palidez de la muerte. Afuera, el populacho espera y observa. De tanto en tanto los médicos examinan al invalido de cera e informan con tristeza que está empeorando. Al séptimo día se anuncia oficialmente la muerte. Entonces se realiza la apotheosis, el funeral real; se enciende tremenda hoguera y se deifica al emperador.

Luis XVIII fue el último monarca francés para quien se preparó una imagen de cera. Pero se su-

primió la ceremonia de las comidas. Pues era famoso el tremendo apetito del rey ciudadano, y los ministros de su sucesor temieron que la risa homérica de la multitud conmoviera las ventanas del palacio.

La realeza difunta también acarreaba problemas. John Stow nos cuenta que Enrique I, después de fallecer, mató a su propio médico:

"Se había prometido gran recompensa al médico para que abriera su cabeza [la del rey] y extrajera el cerebro, pero el hedor lo mató, y por consiguiente no pudo gozar de la recompensa prometida."

Los ojos, el cerebro y las entrañas del rey fueron enterrados en Ruán; el resto de su cuerpo fue cubierto de sal y envuelto en cueros vacunos, "debido al hedor que envenenaba a los que estaban alrededor". Y todo por la locura de haberse hartado de lampreas.

El entierro de Enrique VIII tampoco fue muy ceremonioso. Un documento contemporáneo, conservado en la colección Sloane, relata que el cadáver pasó una noche entera en un convento profanado que había servido de cárcel a Catalina Howard:

"El rey, a quien llevaban a Windsor para ser enterrado, estuvo toda la noche entre las derruidas murallas de Sión; y como el ataúd de plomo sufrió

por el movimiento del carruaje, la sangre de Enrique manchó el piso de la iglesia.

"Por la mañana vinieron plomeros para soldar el ataúd, y entre ellos- tiemblo al escribir esto- apareció súbitamente un perro, que lamió la sangre del rey..."

¡Largo camino se habla recorrido desde la efigie de cera celosamente alimentada durante cuarenta días!

6.

En 1810 la mitad occidental de Haití se convirtió en república. Su presidente fue el general Henri Christophe, nacido esclavo en Granada, y hábil lugarteniente de Pierre Dominique Toussaint L'Ouverture en la revolución de 1791 contra los franceses.

La carrera de Christophe había sido meteórica. Nacido en la esclavitud, se liberó por sus propios esfuerzos, y luego fue cocinero de un conde francés. Posteriormente se consagró a la carrera de las armas, y demostró su valor en varias guerras de menor importancia, hasta que alcanzó la jerarquía de

general.

Debe decirse en su honor que permaneció fiel a su esposa a través de todas las vicisitudes de su carrera. Ella era haitiana, y también había sido cocinera. Napoleón era el ideal y modelo de Christophe. El corso había comenzado desde abajo; ¿por qué no podía emularlo?

Durante su presidencia, obtenida gracias al asesinato de Jean Jaeques Dessalines- el emperador Jacques I de tan particular estilo- Christophe echó los cimientos de su Propia realeza. El ceremonial y la etiqueta fueron regulados de acuerdo con el modelo francés. Se ha conservado un ejemplar de la Gaceta Oficial haitiana, en el que se describen detalladamente las festividades del cumpleaños de la esposa del presidente.

El titular del amarillento diario (en francés) dice así:

GACETA OFICIAL DEL ESTADO DE HAITÍ
30 DE AGOSTO DE 1810
SÉPTIMO AÑO DE LA INDEPENDENCIA

"El 15 de agosto", dice el editorial, "se vio señalado por un sentimiento de general regocijo. To-

dos se sintieron poseídos por el exaltado entusiasmo que generalmente acompaña el cumpleaños de Su Alteza, la esposa del Presidente. Como los auténticos patriotas haitianos se interesan por los más menudos detalles relacionados con el objeto de su cariño y respeto, daremos un relato minucioso de todos los brillantes éxtasis que han hecho tan soberbia esta magnífica fiesta".

Los soberbios éxtasis comenzaron la noche anterior, cuando varias salvas dieron la señal "para el estallido de la alegre y general intoxicación". En las cimas de las montañas se encendieron hogueras. Se iluminó la capital. Se desplegaron estandartes y carteles en los que se expresaba la lealtad y el aprecio inspirados por las cualidades de la "virtuosa consorte". A medianoche se celebró un concierto al aire libre, en el que "se cantaron varios solos y duetos en elogio del cumpleaños, con el fuego interior y el hondo poder expresivo que sólo el tributo a la virtud puede inspirar. Después de la serenata el público se retiró de mala gana a dormir, para levantarse a primera hora de la mañana, al son de pífanos y trompetas, que señalaban la aproximación del momento apasionadamente esperado y el principio de la grata pompa de las festividades".

Los distinguidos huéspedes se reunieron a las seis de la mañana (hora bastante temprana, de acuerdo con las normas europeas) en el palacio, donde el Maestro de Ceremonias presentó a Su Gracia y Alteza, la Consorte del Presidente. El primer ministro pronunció un discurso de salutación, que concluyó con una plegaria de agradecimiento al Todopoderoso por haber hecho al afortunado Haití el don de Su obra maestra, Su Gracia y Alteza, la Consorte del Presidente. (Así dice la Gaceta Oficial.)

Aunque muy conmovida, Su Gracia replicó brevemente. De todos modos, aún esas pocas palabras fueron una hazaña, pues no sabía leer ni escribir, y debió aprender el discurso de memoria y de oídas.

"¡Caballeros!", dijo. "Mi corazón, que aprecia cabalmente vuestro homenaje, sólo desea ser cada día más digno del respeto y del amor del pueblo haitiano".

Debe reconocerse que fue un discurso sencillo e inteligente. Sin embargo, para la Gaceta Oficial fue algo apenas menos precioso que una oración de Demóstenes o que la sabiduría del rey Salomón.

"Ante estas palabras, inspiradas por la personificación misma de la Modestia y de la Bondad, el pú-

blico reunido emitió un murmullo de profundo afecto. El viajero extraviado en el desierto, que al fin da con una fuente refrescante y allí sacia su sed, no puede sentir mayor placer que el que embargó el alma del pueblo haitiano cuando oyó tan nobles palabras.”

Enfermante servilismo, nauseabundas adulaciones, se dirá. Algo que sólo es posible entre estos pobres negros, que tratan de imitar a otros países más civilizados y también más artificiosos.

Podemos reír ante el florido estilo y la infantil adulación de la Gaceta Oficial. Pero compárense los fragmentos anteriores con estas líneas:

“Fue siempre gran amigo y sabio consejero de los trabajadores intelectuales, y especialmente de los literatos. Confirió a los escritores el orgulloso título y la misión: ¡ser los constructores del espíritu! Y él concibió el lema eterno de la literatura mundial progresista: ¡escribir la verdad!”

“El movimiento mundial de la paz vio en él al hombre cuyas palabras y cuya actividad científica y política se orientó siempre hacia el futuro pacífico de la humanidad. Su último discurso llamó a todos los hombres honestos a defender la paz, la libertad, la independencia nacional y los derechos humanos.

Estas palabras constituyen los hitos deslumbrantes e inmortales de los partidarios de la paz, y les indican exactamente el camino a seguir.”

¿Hay tanta diferencia entre la Gaceta Oficial haitiana de 1810 y la Gaceta Literaria húngara del 21 de diciembre de 1954? ¿Entre la descripción de la fiesta de cumpleaños de la consorte de Henri Christophe y el articulo en que se celebró (póstumamente) el septuagésimo quinto cumpleaños de cierto José Vissarionovich Dzhugaslivili... es decir, de José Stalin?

El presidente Christophe no lo fue por mucho tiempo. El 2 de junio de 1811 “él y su esposa fueron coronados solemnemente en Cape Francoise” (informa el Annual Register):

“como rey y reina de Haití, por un arzobispo titular, después de lo cual ofreció una espléndida fiesta, en la que estuvieron presentes dos capitanes ingleses y todos los marinos de las naves mercantes inglesas y norteamericanas. Su Majestad bebió a la salud de su hermano, el Rey de Gran Bretaña, y votó por su éxito en la lucha contra el tirano francés. Ha creado varios grados de nobleza, y ha decretado la organización de una guardia real, de una orden de caballería y de una jerarquía eclesiástica; y

probablemente representará su papel de monarca con tanta dignidad aparente como cualquiera de los que últimamente se han elevado a esa jerarquía en Europa.”

¡Pero el Annual Register se quedaba corto! El nuevo rey ansiaba realizar los mayores esfuerzos en beneficio de la gloria y del brillo de su corte. Seguía imitando a su modelo, Napoleón, a cuya “reciente corona” el Annual Register se refería con mal disimulada sorna en la frase final del párrafo citado. El Almanaque de la Corte de Haití para el año 1813 menciona a los miembros de la familia real y a los dignatarios de la corte. He aquí algunos párrafos:

La familia real: Su Majestad, Henri I, rey de Haití, y Su Consorte, Su Majestad Maríe Ludovique, reina de Haití. Los niños reales, a saber, el Delfín, seguido del príncipe Jacob Víctor, las princesas Emethyste y Athenais Henriette, de las cuales la princesa Emethyste lleva el titulo de Madame Premiere.

Príncipes y princesas de la sangre: El príncipe Noele, hermano de Su Majestad la Reina. Madame Celestine, esposa de aquel. El príncipe Jean, primo de Su Majestad el rey. Madame Marie Augustine, viuda del finado príncipe Gonaives.

Los pares del dominio: El príncipe Noele, coronel de guardias. El príncipe Jean, gran almirante. Los mariscales del dominio. (Aquí viene la lista de duques y condes.)

Los pares de la corona: El Despensero principal, el Copero principal, el Lord Chambelán, el Maestro jefe de los establos, el Lord Maestre de la Caza, el Lord Maestre de Ceremonias.

La casa real de la reina: Un Despensero principal, dos Damas de Compañía principales, doce Damas de Compañía comunes, un Chambelán principal, dos Chambelanes, cuatro Mayordomos del establo, un secretario privado y una nube de pajes.

El Delfín tenía otra casa, y a ella estaban asignados un Gran Mayordomo y dos tutores.

¿Dónde encontró Henri Christophe, ex esclavo y ex cocinero, tantos dignatarios y funcionarios?

El Almanaque de la Corte nos informa que Su Majestad estableció una nobleza hereditaria. Para empezar creó once duques, veinte vizcondes, treinta y nueve barones y once caballeros.

El Almanaque, que trae abundante información, detalla el ceremonial de la corte. Sus Majestades recibían todos los jueves. El rey y la reina se sentaban en sillones; los otros lo hacían con arreglo al rango

de cada uno, exactamente como en la corte francesa antes de la Revolución. Las princesas de la sangre ocupaban sillas de respaldo alto, pero las otras damas debían contentarse con taburetes... es decir, asientos de escasa altura y sin respaldo.

Se prohibía a los invitados saludarse entre sí en presencia de Sus Majestades. También estaba prohibido dirigirse a Sus Majestades sin previo permiso del Maestro de Ceremonias.

Y así por el estilo. Hasta el 8 de octubre de 1820, en que estalló una revuelta militar. El rey Henri vio conmoverse y vacilar su trono, y se pegó un tiro.

La familia real negra, la corte negra, los pares negros... todo se sumergió en el olvido, sin dejar rastros.

Sin embargo, menos de treinta años después resurgió en Haití la gloria de la corona. Pero esta vez no fue una simple corona real, sino imperial.

Faustin Elie Soulouque fue general y político. A la edad de sesenta y dos años fue elegido presidente; dos años después, en 1849, se proclamó emperador, con el nombre de Faustin I. La importante ceremonia tuvo lugar el 26 de agosto de 1849. Como no se disponía de una corona de oro se improvisó un ar-

tefacto de cartón dorado, que el presidente del Senado depositó solemnemente sobre la cabeza del nuevo emperador. Faustin I se sintió tan profundamente conmovido, que eligió palabras un tanto inapropiadas para iniciar sus funciones, pues exclamó: “¡Viva la libertad! ¡Viva la igualdad!”

Faustin I organizó su corte imperial sobre el molde de la que había tenido Henri I. Creó pares y altos dignatarios, fundó una orden de caballería. Entre los funcionarios de la corte había un Lord Gran Panadero, instituido a imitación del Grand Penatier francés. Se produjo cierta confusión, pues nadie atinaba a establecer las funciones reales de este caballero. Desconcertado, el hombre pidió audiencia al Emperador, pero éste resolvió muy graciosamente el problema: “C'est quelque chose de bon” (Es algo bueno).

El nombre de Lord Gran Panadero era conde de la Limonada. Lo cual parece un tanto extraño. Pero había otro llamado duque de la Mermelada. Y cuando se repasan los títulos de la nueva aristocracia, se descubren otros títulos sorprendentes:

Duque de las Mejillas Rojas (Duc de Dondon). Duque del Puesto Avanzado (Duc de l'Avancée). Conde del Río Torrencial (Comte d'Avalasse). Con-

de del Terrier Rojo (Comte du Terrier Rouge). Barón de la Jeringa (Baron de la Seringue). Barón Agujero Sucio (Baron de Sale-Trou). Conde Número Dos (Comte de Numero-Deux).

Qué había detrás de toda esta imbecilidad haitiana?

Cuando el emperador Faustin creaba un par, también daba al beneficiario cierta extensión de tierra plantaciones más o menos extensas confiscadas a sus antiguos propietarios. Era bien sabido que la nobleza de Francia, a la que tanto se imitaba, tomaba su nombre de las propiedades que ocupaba, por lo cual se consideró aconsejable que la nueva aristocracia negra se denominara según la propiedad de cada uno. Pero las plantaciones no tenían nombres tan atractivos o melodiosos como los antiguos castillos de la nobleza francesa; los viejos propietarios las habían bautizado con los nombres de los productos elaborados, o de acuerdo con la ubicación de la propiedad, o con cierta particular cualidad del suelo, etc. Así, la patente de nobleza del hombre que poseía limonares era el título de conde de la Limonada; el nuevo propietario de una fábrica de jaleas se enorgullecía de que lo llamaran duque de la Mermelada. Es muy posible que pocos de ellos

comprendieran las particulares connotaciones de algunos de los nuevos títulos.

El 18 de abril de 1852 el emperador Faustin decidió coronarse, junto con su esposa, por segunda vez. En esta ocasión utilizaron una auténtica corona de oro, y la ceremonia se ajustó a los lineamientos generales de la coronación imperial de Napoleón. Al lector que desee representarse la escena, le bastará recordar el famoso cuadro de David, pero cambiando la pigmentación de los personajes, de modo que tendrá ante sí pares negros, mariscales mulatos, y damas de compañía de piel de ébano o cuarteronas.

Réstanos describir la Guardia Real. Eran los favoritos del emperador... y gastó una fortuna en ellos. Ordenó magníficos uniformes, que fueron encargados a Marsella. La firma comercial entregó magníficos uniformes; y como adorno complementario, cada uno de ellos llevaba una pequeña placa de metal.

Cierto día llegó a Haití un viajero francés, y asistió a una revista de los Guardias Reales. Las extrañas plaquitas de metal atrajeron su atención. Se acercó a uno de los guardias y examinó atentamente el objeto. Sobre la placa había una inscripción en letras muy pequeñas. No se trataba de un lema im-

perial, sino de una leyenda muy comercial y prosaica. Decía: "Sardines a l'huile. Barton et Cie. Lorient".

¡El contratista marsellés no corría muchos riesgos! Sabía que ni los guardias reales ni el propio emperador habían aprendido a leer, y por lo tanto consideró, que no era peligroso adherir a los uniformes placas de metal recortadas de viejas latas de sardinas.

Desgraciadamente, la Guardia Real no se mostró digna de su magnífico uniforme. En 1859, cuando estalló la inevitable revolución, desertó desvergonzadamente y abandonó al emperador; de modo que Faustin I resolvió olvidarse de mermeladas, limonadas y demás miembros de la nobleza Con toda su familia huyó a Jamaica, y allí terminó su vida, en el exilio, siguiendo así hasta el fin a su modelo napoleónico.

Los extraños títulos, las ridículas pretensiones de los negros nos mueven a risa. Pero la raza blanca no tiene derecho a sentirse muy superior. He aquí una lista de títulos y jerarquías recogida de la prensa de los Estados Unidos:

Portero ayudante en ejercicio (del Senado de los Estados Unidos).

Presidente general de las Hijas de la Revolución Norteamericana.

Editor Emérito Extranjero.

Gran Brujo Imperial.

Gran Dragón de Florida.

Caballero de la Camelia Blanca.

Kleagle de California.

Alguno de estos títulos, ¿es menos original que el de duque de las Mejillas Rojas o barón de la Jeringa? Sin duda, varios de ellos pertenecen a organizaciones muy especiales, como el Ku Klux Klan, pero su existencia demuestra que aún en los democráticos Estados Unidos la gente gusta de los títulos... sobre todo cuando son propios.

7.

En el Imperio Bizantino se hallaban rígidamente regulados no sólo los títulos y el ceremonial de la corte, sino también las modas. Únicamente el emperador tenía derecho a usar zapatos rojos. Era uno de los signos exteriores del poder imperial, como la diadema. Después de la caída de Constantinopla, los zapatos rojos realizaron un largo viaje en el tiempo

y en el espacio, y finalmente aparecieron en París. La travesía fue áspera, sin duda, pues los zapatos perdieron suela y parte superior, y sólo quedó el taco. El taco rojo- talon rouge- se convirtió en parte integral del vestido de la corte; y distinguía al noble agregado a la corte del resto de los mortales.

Cada corte se convirtió en un mundo cerrado; un mundo pequeño o grande, deslumbrante como Versalles o sombrío como El Escorial. Y también formaban un mundo los castillos de los príncipes alemanes, que se esforzaban con todos los recursos a su alcance por emular a sus grandes modelos. Este mundo no era esférico; se parecía a una pirámide graduada. En el vértice se hallaba el rey o el emperador; sobre las gradas, que se ensanchaban paulatinamente, se hallaban, de pie o arrodillados, los cortesanos, cada uno en el lugar señalado, de acuerdo con las reglas minuciosamente reguladas de la jerarquía y de la precedencia.

Jerarquía, grado, posición, nivel... ¡el sueño y la ambición de todo cortesano! Preceder a otro, aunque sólo fuera en un grado, acercarse otro escalón al ídolo de las alturas... aunque el trono no fuera el ceremonioso sillón de oro donde se tomaban decisiones de Estado, sino un mueble mucho más pro-

saico con un agujero en el centro.

A riesgo de que se nos considere un poco escatológicos, debemos consagrar cierto espacio al ceremonial y a la mística de este artículo doméstico. Francisco I, rey de Francia, había introducido ya el cargo de portador de la silla (porte-chaise d'affaires). Los dignatarios honrados con ese título desempeñaban sus funciones ataviados con uniformes especialmente diseñados, cubiertos de medallas y portando espada. Las tareas relacionadas con la chaise eran de las más codiciadas en la corte, pues si los resultados eran satisfactorios, Su Majestad dispensaba sus favores con generosidad. Otrora, el espectáculo revestía carácter más o menos público. Sin embargo, Luis XIV, hombre de gran delicadeza y tacto, decidió que acto tan íntimo no debía ser ejecutado ante los ojos de una multitud muy numerosa. Cuando usaba el poco atractivo trono, durante media hora, poco más o menos, sólo permitía la presencia de los príncipes y princesas de la sangre, de Madame de Maintenon, de sus ministros, y de los principales dignatarios de la corte... es decir, un grupo de apenas cincuenta personas.

La llamada chaise percée merecía el respeto que se le tenía, pues se la construía con la pompa y el

lujo apropiados. Catalina de Médicis tenía dos: una forrada de terciopelo azul, y otra de terciopelo rojo. Después de la muerte de su esposo mandó construir otra silla, forrada en terciopelo negro, como expresión de duelo.

Cuando Fernando IV, rey de Nápoles, iba al teatro, un destacamento especial de guardias reales, dirigido por un coronel, lo acompañaba llevando el importante artefacto. Y cada vez que el monarca visitaba el teatro, se repetía el interesante espectáculo: un destacamento de guardias en uniforme de gala, marchaba con antorchas del palacio al teatro, y en el medio iba el augusto trono privado. Por donde pasaba la extraña procesión, los soldados saludaban, y los oficiales se cuadraban en posición de firmes, con la espada desenvainada.

Los problemas extremadamente delicados de precedencia y de jerarquía a menudo exigían las más minuciosas distinciones y obligaban a intervenir a los propios gobernantes. Aun el más insignificante príncipe alemán emitía decretos oficiales destinados a regular la precedencia en la corte. Por ejemplo, Carlos Teodoro, Elector de Pfalz, puso a todos los empleados y servidores relacionados con los establos bajo las órdenes de su Lord Mayordomo del

Establo... pero los tutores y los instructores de los nobles pajes también pertenecían a esta categoría: Praeceptores et Professores Philosophiae, dice el texto, de modo que evidentemente el Elector no se refería a los profesores de equitación. Los gentiles filósofos probablemente aceptaron con resignación que su rango en la corte fuera el mismo de los palafreneros y de los cocheros; después de todo, era evidente que los caballos ducales tenían precedencia sobre los vulgares jacos. Pero habrán lamentado lo reducido de sus salarios... y con toda razón. Se pagaba al cochero ducal trescientos guldens anuales, y doscientos cincuenta a su ayudante. Los doce trompeteros de la corte también recibían doscientos cincuenta guldens; pero los professores philosophiae debían contentarse con doscientos guldens. (Sin duda se les tenía tanto respeto como a "Papá Haydn", a quien el príncipe Esterhazy contrató para dirigir la orquesta ducal lo que seguramente le permitió vivir mejor; pero debió llevar librea, y su contrato incluía una cláusula según la cual debía estar limpio y sobrio "durante las horas de trabajo". Quizás el grado honorario que Oxford le concedió, ayudó a disipar el amargo regusto que le habrá producido ese tratamiento.)

La compleja trama de la precedencia en la corte merece estudio objetivo. El enfoque más efectivo consiste en examinar el sistema de la corte de Versalles. Estudiemos la circulación de la sangre en este complicado organismo, pues aquí la fiebre de jerarcomanía alcanzó su punto más alto.

En el más elevado escalón de la pirámide se hallaban los príncipes de la sangre, otros príncipes, y los pares, nimbados de áurea gloria. Los pares eran los nobles hereditarios y los magnates de Francia, y pertenecían simultáneamente al parlement y al Consejo de Estado. Este grupo, el más elevado de todos, detentaba los más altos privilegios y la suprema jerarquía. El resto de la nobleza venía después a gran distancia de aquellos.

Debemos destacar que existía considerable diferencia entre Jerarquía y poder. Un hombre podía ser un ministro todopoderoso, un general victorioso, un gobernador colonial, o presidente de un parlement de gran autoridad; en la vida de la corte su rango era muy inferior al de un joven príncipe que acababa de salir de la adolescencia. En campaña, los mariscales de Francia tenían precedencia sobre los príncipes y los pares, pero en la vida de la corte carecían de rango, y sus esposas no tenían derecho al

codiciado y envidiado tabouret.

"¡El divino tabouret!" como lo llama Mlle. de Sévigné en una de sus cartas. El taburete era un mueble sin brazos ni respaldo, más parecido a una sillita plegable que a un sillón. Sin embargo, a pesar de su insignificancia, desempeñó extraordinario papel en la vida de la corte francesa.

Cuando el rey o la reina tomaban asiento en el círculo de la corte, todos los caballeros tenían derecho a sentarse... no en un sillón, sino sólo en uno de esos famosos tabourets. De todos modos, las damas condenadas a mantenerse de pie podían alentar ciertas esperanzas. Se les permitía compartir el privilegio del tabouret... cuando el rey y la reina no estaban presentes. La posibilidad de dicha eventualidad fue cuidadosamente estudiada por la etiqueta de la corte, y sus reglas se combinaron en un sistema. Se desarrolló una ley del taburete, del mismo modo que en el curso de la historia se desenvolvieron paulatinamente las tradiciones legales.

Seamos un poco más específicos:

Los hijos de la familia real se sentaban en tabourets en presencia de sus padres; en otras ocasiones, podían ocupar sillones. Los nietos reales podían solicitar tabourets sólo cuando los hijos del rey es-

taban presentes; en las restantes ocasiones, también ellos podían acomodarse en sillones. Las princesas de la sangre debían contentarse con tabourets en presencia de la pareja real y de los hijos de ésta; pero en presencia de los nietos del rey gozaban de un privilegio especial: un sillón sin brazos, pero que por lo menos tenía respaldo donde apoyarse. Tampoco se las privaba totalmente de la gloria implícita en el sillón... pero en presencia de damas de rango inferior.

Estas normas no agotaban los problemas ni las posibilidades; era preciso considerar la situación de los altos dignatarios del Estado y de la corte. Los cardenales debían estar de pie en presencia del rey; pero en compañía de la Reina y de los niños reales se les ofrecía tabourets; cuando sólo estaban presentes príncipes y princesas de la sangre, podían reclamar sillones. Los príncipes extranjeros y los grandes de España debían estar de pie ante la pareja real y sus hijos; frente a los nietos reales podían ocupar un tabouret; en presencia de príncipes y de princesas de la sangre tenían derecho a sentarse en sillones. (Sin duda había considerable desplazamiento de muebles en la corte francesa, al compás de las idas y venidas de la familia real.)

La ley del tabouret incluye muchos otros aspectos, pero no podemos ocuparnos de todos. Quizás sea éste el lugar apropiado para citar el libro de Marzio Galeotto sobre la casa del rey Matthias Corvinus de Hungría. Beatriz, la esposa italiana del rey, introdujo una práctica particular: si ella se sentaba, lo mismo podían hacer las damas de compañía; y estaban autorizadas a hacerlo sobre cualquier tipo de silla, sin necesidad de permiso especial. Un cortesano muy escrupuloso mencionó el hecho al rey Matthias, y criticó la falta de formalidad; sin duda, mucho mejor era dejar de pie a las damas.

-Oh, no, que se sienten- replicó Su Majestad- son tan terriblemente feas, que mucho más ofenderían la vista del espectador si se quedaran de pie.

La ley del tabouret es sólo una pequeña muestra de la tremenda variedad de privilegios y derechos de que gozaba la alta nobleza. Era una dieta refinada y sutil con la que se alimentaba la vanidad, y el goce era más intenso porque todo se hacía públicamente.

En las recepciones de la corte las damas de rango inferior besaban el ruedo de la túnica de la reina. También las princesas y las esposas de los pares tenían derecho a rendir este homenaje, pero el privilegio estaba claramente determinado: se les permitía

besar la tela un poco por encima del ruedo.

La cola de los vestidos también estaba estrictamente regulada, según nos explica Saint- Simon:

La reina- once anas.

Hijas de la pareja real- nueve anas.

Nietas de la pareja real- siete anas.

Princesas de la sangre- cinco anas.

Otras princesas- tres anas.

Y como una ana equivale a una yarda, o poco más, aún las simples princesas disponían de tela suficiente para dar a sus vestidos una cola majestuosa.

Las damas de compañía bebían de una pequeña copa. Privilegio de las princesas era que, además, se les diera un platito de vidrio. En cierta ocasión Mlle. de Valois, princesa de la sangre, tuvo por compañera de viaje a la duquesa de Villars, una simple princesa que no era de sangre real. En realidad, ambas tenían derecho al platito de vidrio. La lucha comenzó durante la primera comida. Mademoiselle de Valois exigió que NO se ofreciera el plato a su compañera; pues en ese caso, ¿cómo podía establecer su precedencia una princesa de la sangre? A su vez, madame de Villars declaró que tenía derecho a recibir el plato, dado su rango de princesa. Esta grave discusión acabó en ruptura total. Como era im-

posible resolver el problema, pues se carecía de tradición práctica con respecto a los platos de vidrio, decidieron abstenerse de beber durante todas las comidas que se hicieron en ese viaje, prefiriendo las torturas de la sed antes que ceder un ápice.

En todo caso, estas damas litigiosas comían juntas. No era el caso de aquel conde alemán, de quien C. Meiners relata en su *Geschichte des weiblichen Geschlechtes* (Historia del sexo femenino, Hanover, 1788) que se casó con una archiduquesa austriaca. Era un matrimonio de amor, pero el pobre conde se quejaba amargamente: “Podemos dormir en el mismo lecho, pero no se nos permite comer a la misma mesa”.

Minima non curat praetor, afirma el proverbio latino. “Las cosas pequeñas poco importan”. Quizás así es, amenos que se esté infectado del virus de la vanidad. Pues en Versalles aún las cosas más fútiles poseían prodigiosa importancia.

Era privilegio de las princesas poner un toldo escarlata sobre el techo de sus carruajes. Pero los hijos y los nietos de la pareja real necesitaban distinguirse de algún modo. Gozaban, pues, del privilegio especial de llevar el toldo escarlata clavado al techo del carruaje. Esta situación suscitó un grave pro-

blema, pues el príncipe Condé (príncipe de la sangre) exigió el mismo derecho para las princesas de la sangre. Pero las intrigas de la corte impidieron la audaz innovación, de modo que el indignado Condé arrancó completamente el toldo escarlata del carruaje de su esposa y (con gran consternación de todo el mundo) entró sin él al palacio real.

Entró al palacio... he aquí una observación importante. Los carruajes de los nobles de rango inferior al de príncipe no podían traspasar el patio interior; una vez llegados a la porte-cochere debían detenerse, y sus ocupantes caminaban hasta la entrada.

Si el rey visitaba uno de sus castillos en provincias, toda la corte lo seguía. En los castillos se reservaba a cada uno la correspondiente habitación. Pajes de librea azul escribían con tiza sobre la puerta el nombre del personaje de la corte Monsieur X o Madame Y. Pero ni siquiera esta sencilla tarea se salvaba de la comedia de la precedencia. El absurdo de la etiqueta gobernaba en los corredores de Marly o de Fontainebleau. Las damas y los caballeros de rango excepcional tenían derecho a una palabra suplementaria: pour, para Monsieur X o Madame Y.

Las cuatro letras de la palabra pour, trazadas con

tiza, constituían valiosa distinción. Sólo se concedía a los príncipes de la sangre, a los cardenales y a la realeza extranjera, de modo que esta delicada distinción convertía al rey en anfitrión personal de sus huéspedes privilegiados.

Los embajadores extranjeros expresaron la más profunda indignación ante la ausencia del pour en sus respectivas puertas. Pero todos los esfuerzos fueron en vano; Luis XIV se negó obstinadamente a rectificar su decisión. El día que la princesa D'Ursins conquistó el privilegio se produjo tremenda sensación. La dama consiguió probar que era miembro de cierta familia real extranjera... y poco después el paje vestido de azul aparecía frente a la puerta de la habitación ocupada por la princesa y agregaba solemnemente las cuatro letras.

"Francia entera", escribió feliz madame D'Ursins a su esposo, "se apresuró a felicitarme porque habla alcanzado este pour deseado con pasión. Todos me demostraron extraordinario respeto. El caso ha provocado gran sensación en París". (Henri Brochet: *Le rang et Vétiquette sous Vancien régime,* Paris, 1934.)

Mayor aún fue la sensación (casi un terremoto o una erupción volcánica) cuando los dos hijos de

Luis XIV y de Mlle. de Montespan atravesaron la cámara del Parlement de París. Sí, la atravesaron, y por el medio.

¿Por qué esa sensación? Debemos recordar que Luis quería más a los bastardos reales que a sus propios hijos legítimos. Los abrumó de títulos y de honores. Uno de ellos, el duque de Maine, fue coronel a la madura edad de cuatro años, y cuando cumplió los doce fue nombrado gobernador real de Languedoc. El otro, el conde de Tolosa, tenla once años cuando fue nombrado gobernador... pero cuando cumplió los cinco años su padre lo había hecho Gran Almirante de Francia. Ambos realizaron una magnifica carrera; pero desde el punto de vista de la precedencia sus progresos no fueron muy notables. Los legítimos príncipes de la sangre tenían un rango superior. Era preciso hallar remedio al problema. El 29 de julio de 1714 apareció un edicto real, que reguló la función de los dos niños en el Parlement de París y les concedió los mismos derechos que poseían los príncipes de la sangre.

Bajo el ancien régime, el Parlement de París era en realidad la Suprema Corte de Francia. Sus miembros eran los pares, los príncipes y las princesas de la sangre. Estos últimos gozaban de considerables

privilegios. Cuando se leía la nómina, el presidente no mencionaba los nombres de los príncipes; se limitaba a mirarlos. Cuando se dirigía a ellos, se descubría. Al llegar o al partir, dos porteros los escoltaban. Pero esto era sólo el comienzo. El verdadero privilegio se expresaba en el modo de ocupar sus respectivos asientos. Los pares y los simples príncipes no podían cruzar el salón para llegar a sus sillas, y debían caminar a lo largo de las paredes. Sólo el presidente y los príncipes de la sangre podían cruzar por el centro del salón.

Saint-Simon describe detalladamente el día memorable en que los dos bastardos reales alcanzaron tan glorioso privilegio. Fue, sin duda, una gran ocasión.

8.

Cuando el rey Juan Sobieski de Polonia derrotó al Gran Visir turco Kara Mustafá y levantó el sitio de Viena, se reunió en solemne encuentro con Leopoldo, el emperador Habsburgo. El palatino o virrey polaco se postró a los pies del emperador y quiso besarle las botas. Sobieski se encolerizó y lo

obligó a incorporarse.

"¡Palatin! ¡Point de bassesse!" le gritó.

La palabra tiene muchos significados: bajeza, mezquindad, vulgaridad, acto bajo o mezquino. Pero la mejor traducción es servilismo.

La palabra servilismo proviene del latín servus, servidor; pero en Occidente el servidor rara vez o nunca ha sido abyecto esclavo. Pocos son los amos que exigieron que se les besara o lamiera las botas. En Inglaterra esa actitud fue siempre objeto de desprecio; en los Estados Unidos decayó y murió, ahogada por el vigoroso aire de la democracia.

Pero el servilismo reviste muchas formas, y el servilismo del cortesano fue siempre el más estúpido de todos. Este servilismo se expresa del modo más notable y vigoroso en la actitud que afirma que "la sangre real no es motivo de deshonra". Tanto el simple burgués como el altanero par se sentían igualmente orgullosos y felices de que sus hijas, o quizás la propia esposa, sirvieran al placer del príncipe o del monarca. El adulterio fue un pasatiempo en Francia bajo Luis XII, la norma bajo Luis XIV y un deber durante la Regencia. La *Chronique scandaleuse* de las cortes abunda en episodios de esta naturaleza. Su expresión culminante fue quizás el famoso

Pare de Cerfs de Luis XIV. Pero las galantes aventuras de Carlos II o las aventuras eróticas de Augusto el Fuerte fueron apenas menos generales y famosas. En *Galanteries des rois de France*, de Sauval; en *Les favorites des rois* de France, de Chateauneuf; en *Amours et galanteries des rois de France,* de SaintEdna, o en los seis volúmenes de Jean Hervez (*La Régence galante; Les maitresses de Louis XV,* etc.) el estudioso de los recovecos de la historia hallará amplio material. La *Saxe galante,* el libro del barón Pollnitz sobre la vida amorosa de Augusto el Fuerte, alcanzó una docena de ediciones. No hay escasez de material cuando se investiga la estupidez del servilismo.

El cocu, el esposo cornudo, es figura bastante familiar. Hay muchas teorías sobre el motivo de que se atribuya al esposo engañado la posesión de cuernos visibles o invisibles. "Llevar cuernos", dice el *Brewer Dictionary of Phrase and Fable*, "es ser marido engañado. Es probable que esta antigua expresión se relaciones con la caza. En la estación del apareamiento, el ciervo elige varias hembras, que constituyen su harén, hasta que otro ciervo desafía sus derechos. Si cae derrotado, permanecerá solo hasta que encuentre un ciervo más débil, que tendrá que abandonar su propio harén. Como los ciervos tie-

nen cuernos, y otros machos les arrebatan sus compañeros, es evidente la aplicación a la frase en cuestión”.

Pues yo creo que es cualquier cosa menos “evidente”; pues en el caso de los ciervos el “cornudo” es el macho fuerte, el que tiene éxito; sin embargo, hay otras teorías: Llevar cuernos: Esta expresión se origina en la antigua práctica de adherir o injertar las espuelas de un gallo castrado a la raíz de la cresta extirpada, donde crecían y se convertían en cuernos, a veces de varias pulgadas de longitud.

En apoyo de esta teoría se hace referencia a la palabra alemana Hahnrei, de la que se afirma que significa tanto capón como cornudo. El único inconveniente de esta teoría reside en que capón, en alemán, no es Hahnrei, sino Kapaun o Kapphahn. De todos modos, podemos dejar el problema librado a la sabiduría de los filólogos.

Hay una explicación más probable, que relaciona al cornudo y a sus cuernos con Andrónico I, emperador de Bizancio, que reinó durante dos años y fue nieto de Alejo I (Comneno). Gran parte de su vida sufrió las consecuencias de su propia conducta, harto licenciosa. Pasé doce años en prisión hasta que, en un intento de recuperar el poder, fue derri-

bado por Isaac Angelus y asesinado por la multitud enfurecida. Elegía sus amantes entre las esposas de los dignatarios de la corte. Como forma de compensación, se regalaba al esposo un extenso territorio o parque de caza; y corno símbolo de su nueva propiedad, el beneficiario podía clavar las astas de un ciervo sobre la puerta de su residencia. Y todo el que pasaba frente a una puerta así cornificada podía hacerse una idea bastante clara del grado de fidelidad conyugal de ese hogar.

Equivocada o cierta, por lo menos esta explicación refleja la opinión y la creencia públicas.

Véanse las reacciones de Edward Hyde, Lord Clarendon, cuya hija Ana se convirtió en esposa secreta del duque de York, el futuro Jacobo II. Lo abrumaba la idea de que la realeza "se había mezclado con sangre común", aunque en el caso se tratara de su propia hija. Y en una reunión del Consejo se expresó así:

"Prefería con mucho que su hija fuera la prostituta del duque, y no la esposa; pues no estaba obligado a proteger a una prostituta del más grande de los príncipes; y que la indignidad que él mismo padecía, con placer la sometería al mejor juicio de Dios.

"Pero si hubiera razón para sospechar la existencia de otra situación, estaba dispuesto a emitir un juicio positivo, con el cual, así lo esperaba, habrían de coincidir sus señorías:

"Que el rey ordenara el inmediato envío de a mujer a la Torre, donde debía ser encerrada en una mazmorra, bajo estricta guardia, para que nadie pudiera verla; y que luego se aprobara un acta del Parlamento, para que se la decapitara... a lo cual no sólo prestaría su consentimiento, pues de buena gana sería el primero en proponerlo..." (Clarendon, Life).

No es de extrañar que el conde perdiera el favor de Carlos II, ni que fuera acusado y desterrado, y acabara sus días en el exilio. Su peculiar sentido moral era, hasta cierto punto, servilismo a la inversa; no hubiera tenido inconveniente en que su hija fuera concubina del duque de York, pero la consideraba indigna de ser la esposa del duque de modo que, contra su propia voluntad, vino a ser el abuelo de la reina María y de la reina Ana.

En el hogar de una familia de clase media de la ciudad de Augsburgo se conserva el recuerdo de un episodio más inocente. Allí, bajo vidrio, está el retrato de cera y la golilla de encaje de Gustavo Adolfo, rey de Suecia. Relata la historia de estas reliquias

una tableta de mármol adherida al vidrio:

"Esta golilla fue usada por el rey de Suecia, Gustavo Adolfo, que la regaló a mi bien amada esposa, Jacobina Lauber, en ocasión de la visita del muy respetado rey a Augsburgo. Como mi bien amada esposa era la más hermosa doncella de nuestra ciudad, fue muy graciosamente elegida por Su Majestad como compañera de danza en el baile de gala organizado por el alcalde y los regidores. El motivo del gracioso don fue que, cuando Su Majestad intentó entretenerse con la doncella arriba mencionada, ella rechazó con virginal modestia ciertas familiaridades, y causó con sus dedos los agujeros que se observan en esta golilla."

La golilla exhibe considerables deterioros, lo que demuestra que el encuentro fue más que tormentoso. Se la ha considerado una curiosidad notable, pues en su *Den kwürdigkeiten* (*Memorabilia*, Ulm, 1819) Samuel Bauer le consagra un capítulo entero.

El conde La Garde, en sus memorias sobre la vida alegre del Congreso de Viena (1815), relata la aventura de la condesa húngara Kohary. Después de una función de gala, el numeroso público que descendía la gran escalinata de la Ópera se vio obligado a esperar que los diversos emperadores y reyes su-

bieran a sus respectivos carruajes. En medio de la apretada multitud alguien tuvo la malhadada idea de pellizcar a la condesa en un lugar particularmente delicado de su anatomía. La condesa era una altiva belleza magiar, y sin vacilar se volvió y aplicó al ofensor dos violentas bofetadas. Y no se intimidó al descubrir que se trataba de Lord Steward, medio hermano de Lord Castlereagh y embajador británico en Viena.

Durante los siglos XV y XVI los zares de Rusia elegían esposa de acuerdo con un método un poco extraño. Organizaban en todo el país la búsqueda de candidatas y las reunían en Nidji-Novgorod, la capital, donde se celebraba un gran concurso de belleza. Eran elegibles todas las muchachas sanas y bellas, sin que importara que fuesen ricas o pobres, nobles o plebeyas. He aquí el úkase emitido por Iván el Terrible en 1546:

"En nombre de Iván Vassilievich, Gran Príncipe de todas las Rusias, dado en Novgorod, nuestra capital, a los príncipes y boyardos que habiten a una distancia de cincuenta a doscientas verstas de Novgorod. He elegido a N....... y a N....... y les he confiado la tarea de examinar a todas aquellas de vuestras hijas que puedan hallarse en condiciones de

ser nuestra prometida. Tan pronto recibáis esta carta, los que tengan hijas solteras deberán acudir inmediatamente con ellas a Novgorod Grande... Quienes oculten a sus hijas y no las presenten a nuestros boyardos se atraerán grandes desgracias y terribles castigos. Circulad esta carta entre vosotros, sin que esté más de una hora en poder de cada uno."

Una vez que los enviados del zar habían seleccionado a las candidatas de cada capital de provincia, las más bellas eran enviadas a Moscú. El primer zar que eligió esposa en tan singulares condiciones fue Vassili Ivanovich. En Moscú se reunieron mil quinientas jóvenes, cada una de ellas acompañada de su familia. Iván el Terrible eligió del mismo modo a su primera y bien amada esposa, Anastasia Romanov. Su tercer matrimonio fue también resultado de un concurso de belleza del que participaron dos mil jóvenes, Después de cuidadosos exámenes, este numeroso grupo quedó reducido a dos docenas de muchachas, y luego a una docena, todas atentamente revisadas por médicos y parteras. Las doce jóvenes eran igualmente sanas y fuertes, e igualmente bellas. Después de mucha reflexión, el zar eligió a María Sobakin y (puesto que se había toma-

do tanto trabajo) eligió también novia para su hijo Iván, una muchacha llamada Eudocia Saburov.

El príncipe A. Galitzin relata que, después de enviudar, Alexis Romanov hizo una visita al boyardo Matveev, propietario de una bella y bien organizada finca. El dueño de casa presentó ante el zar a la joven Natalia Narichkin, huérfana de un viejo amigo. Alexis se enamoró de ella y pocos días después regresó a pedirla en matrimonio. Matveev cayó de rodillas y rogó al zar que no violara la costumbre; si se casaba con la joven sin el habitual concurso de belleza, tanto la joven como Matveev, que era su tutor, serían asesinados por los rivales encolerizados. Alexis aceptó; sesenta jóvenes fueron enviadas al Kremlin, y se efectuó un concurso falso, en el que todo estaba resuelto de antemano. Natalia contrajo matrimonio con Alexis y fue madre de Pedro el Grande.

9.

El servilismo, la humildad, la degradación han sobrevivido al paso de los siglos y no son fenómenos raros ni sorprendentes. Los aristócratas cono-

cían sus deberes para con la realeza. Pero es realmente extraño que los ídolos vivientes pudieran soportar tanto incienso y adulación durante tanto tiempo y en dosis tan repetidas.

Aquí, la estupidez era bifronte: se expresaba tanto en el gobernante como en el súbdito. Desconcierta comprobar que las "divinidades humanas" aceptaban sin el menor sonrojo estos desvergonzados himnos de alabanza. También aquí los mejores ejemplos son los franceses; en otros países hubo idéntico grado de obediencia y de humillación, pero la literatura francesa ofrece la mejor documentación.

Ronsard fue celebrado por sus contemporáneos como príncipe de los poetas y poeta de los príncipes. En este último papel concibió una oda a Enrique III... que, como todos sabían, era el más inmoral y el peor de todos los reyes que habían ocupado el trono de Francia. El ritmo es exquisito, y las rimas son verdaderos cantos de la lengua francesa; pero sería lamentable pérdida de tiempo intentar reproducirlos en verso. Veamos la traducción, en sencilla prosa:

"Europa, Asia y África son muy pequeños para ti, que serás Monarca del universo entero; El Cielo reveló la existencia de América en el centro del

océano, para que el Gran Todo fuera dominio francés, obedeciera vuestras órdenes y, así como vuestro cetro subyugó al Polo Norte, triunfara también sobre el Sur. Cuando seáis Amo del Globo, cerraréis por doquier los templos de la Guerra; la paz y la virtud florecerán en la tierra. Júpiter y Enrique compartirán el mundo; uno, como emperador de los Cielos, y el otro como emperador de la Tierra."

Quizás corresponda citar el texto original de las últimas dos líneas.

Jupiter et Henri le monde partiront

L'un Empereur du Ciel, et l'autre de la Terre.

Infortunadamente, este bello sueño de paz jamás cobró realidad.

El incienso más espeso y nauseabundo fue el que se quemó en honor de Luis XIV. El turista que recorre los salones y las cámaras de Versalles se detiene, desconcertado y sorprendido, ante los brillantes murales de la Galerie des Glaces; en ellos Luis aparece en el papel de victorioso señor de la guerra, héroe de cien batallas, y conquistador de pueblos. Las desvergonzadas falsificaciones y deformaciones de los serviles pintores cubrieron hectáreas de tela, hasta que al fin el propio Luis acabó por creer que él, y no sus generales, era quien había

ganado las batallas. Bien es cierto que nadie pintó las batallas que Luis perdió.

Le Brun, que trabajó durante dieciocho años en la decoración del palacio de Versalles, quizás se excusaba íntimamente con el argumento de que los cuadros habían sido ordenados, y los temas decididos de antemano, de modo que se limitaba a hacer todo lo posible con los materiales dados. Pero nadie obligó a la Academia Francesa, al grupo de los inmortales, a ofrecer un premio por un ensayo que respondiera a la siguiente pregunta: "¿Cuál de las virtudes del Rey merece el primer lugar?" Aunque evidentemente era de gran interés público dilucidar con claridad tan esencial problema, los académicos cambiaron de idea y el concurso fue olvidado deliberadamente.

Durante el mismo reinado otro incidente echó a perder el historial de la Academia.

El 1 de octubre de 1684 murió el gran Corneille, y quedó vacante su puesto en la Academia. El duque de Maine, de catorce años de edad, era ya, como sabemos, gobernador de Languedoc; pero en la ocasión concibió más elevadas ambiciones. Comunicó a Racine, director de la Academia, su deseo de suceder a Corneille. Racine convocó una reunión de

los Inmortales, y les presentó el pedido. La ilustre reunión encargó a su director que transmitiera este humilde mensaje: “Aunque no hubiera vacante, no hay miembro de la Academia que no esté dispuesto a morir con una sonrisa en los labios para dejar su lugar al Duque.”

Esta vez correspondió al propio Rey Sol (como que no estaba en juego su persona) impedir la elección del bastardo real.

No es que Luis XIV fuera siempre tan escrupuloso. En cierta ocasión se celebró en Versalles un baile de máscaras. Uno de los cortesanos se disfrazó de abogado, con túnica y peluca. Sobre el pecho llevaba una placa con cuatro versos. De acuerdo con la copla, el supuesto abogado consideraba que Luis era el más grande de todos los mortales, y por eso estaba seguro de ganar el juicio:

De tant d'Avocats que nous sommes,
Je ne scaurais plaider qu avec un bon succes,
Je soutiens que Louis est le plus grand des hommes,
Et je suis asseuré de gagner mon proces.

El fiel cortesano presentó su poema al rey, que tuvo la amabilidad de aceptarlo y de recompensar la “ingeniosa idea” con su real aprobación.

La “literatura de los lacayos” floreció lujuriosa durante el reinado del Rey Sol. Con este material se podrían llenar varios volúmenes, los que servirían como elemento de prueba en el proceso a la estupidez humana. Los impresores solían estar a la altura de los autores. Cierto Colombar publicó un ensayo sobre las hazañas del rey en la caza y en el tiro. Después de esforzados e ingeniosos cálculos, llegó a la conclusión de que hasta ese preciso momento Su Majestad había derribado 104 ciervos, 27 corzos y 57 liebres, además de 50 jabalíes y 4 lobos. Cálculos detallados demostraron que el monarca había recorrido exactamente 3.255 millas mientras practicaba el noble deporte.

La manifestación menos ingeniosa de servilismo era la imitación: pensar como el príncipe; proceder como él se dignaba hacerlo; o aun copiar cierto minúsculo detalle exterior, algún insignificante amaneramiento que identificara al imitador con su ídolo real.

Cuando al fin María Antonieta quedó embarazada, las damas de la corte adoptaron la moda de la maternidad con la velocidad de un incendio en matorral reseco. Se idearon polleras forradas con almohadillas diestramente dispuestas... y todas pare-

cían embarazadas. Pero no era suficiente: el éxito exigía mayor astucia y aplicación. De tiempo en tiempo cambiaban la ubicación y el tamaño de las almohadillas, para armonizar con el bendito estado de Su Majestad. Las "polleras estacionales" dieron abundante trabajo a los modistas. Se las denominaba quart de terme, demi-terme, etc. de acuerdo con la proporción de los inevitables nueve meses que ellas representaban.

Cuando el pequeño delfín llegó al mundo (un mundo que sería su refugio, pero no por mucho tiempo) se le convirtió inmediatamente en caballero de la Orden de San Luis, y en propietario de varios regimientos. Su primer acto público, ante los dignatarios de la corte, fue obedecer a las exigencias de la naturaleza, gesto habitual en la mayoría de los niños de pecho. Este augusto proceso biológico fue aplaudido con delicia por los espectadores. Pocos días después, los tejedores de París, los tintoreros y los diseñadores estaban muy atareados produciendo el color de última moda, denominado Caca Dauphin. Se trata de un hecho histórico y no de una invención republicana.

En la corte de Versalles se produjo un hecho más excitante aún, de trascendentes y graves conse-

cuencias. En las crónicas de la corte fue el episodio conocido como la "Fístula de Luis XIV". Es una historia muy larga, pero será mejor que la relatemos brevemente, despojada de sus innumerables detalles.

El Rey Sol tenía una fístula, es decir, una úlcera profunda. Se hallaba en un sitio un tanto embarazoso. Después de muchos fútiles intentos de curarla, resolvió permitir una intervención quirúrgica. El trascendental acontecimiento tuvo lugar el 18 de noviembre de 1686, en presencia de Madame de Maintenon y de Louvois. La operación fue un éxito... tanto para el paciente como para los médicos. El primer cirujano recibió un título de nobleza y trescientas mil libras, los tres ayudantes cuarenta, ochenta y cien mil libras, respectivamente; y los cuatro farmacéuticos doce mil libras cada uno.

Es fácil imaginar la tensión y la expectativa que se apoderaron de Versalles antes de la operación, en su transcurso y después. Durante meses fue el único tema de conversación. Quienes padecían la misma dolencia se consideraban muy afortunados. Los cirujanos practicaban en estos felices pacientes la *opération du Roi*, y el propio monarca recibía informes sobre la evolución del enfermo. Se trataba

de una extraordinaria distinción, que elevaba al feliz mortal sobre los sombríos abismos de la envidia general. Naturalmente, esta situación tuvo extrañas consecuencias. Muchos que no tenían ninguna fístula acudían secretamente a los cirujanos y les ofrecían grandes sumas para que practicaran la operación real. Dionis, uno de los más conocidos cirujanos de París, tuvo a su puerta por lo menos a treinta y cinco nobles, todos los cuales rogaban que se los operara... por supuesto, sin el menor motivo. El médico se negó firmemente, ante lo cual sus presuntos pacientes se enfurecieron y reclamaron ser "atendidos", arguyendo que la operación podía ser dañina para ellos, no para los médicos, y que por lo tanto la negativa de los galenos carecía de razón.

En su juventud, Luis XIV se complacía en aparecer sobre el escenario, en ballets y espectaculares producciones musicales. Naturalmente, se le proclamó el más grande actor de todos los tiempos. Otro soberano, Federico Guillermo I de Prusia, favoreció el arte pictórico. Sus cuadros inundaron los museos alemanes. Era un artista por demás diligente, aunque el tiempo que podía consagrar al trabajo creador era muy limitado. Pintaba todos los días, de dos a tres de la tarde. A las tres de la tarde inte-

rrumpía la labor, ante la llegada de su ayudante de campo, que acudía en busca del santo y seña. Los productos del pincel real eran regalados a los generales y a los ministros favoritos; sin duda ese favor les agradaba más que un ascenso o que una recompensa en metálico. Su gracia real era inagotable; y aún se extendía a las damas de Berlín, a las que jovialmente pellizcaba en cierta parte de su anatomía cuando por la mañana las encontraba en la calle... hora en que, de acuerdo con sus ideas muy estrictas, debían hallarse ocupadas en la cocina. (Kinder, Kirche, Küche,- niños, iglesia, cocina- fue una trinidad instituida por Federico Guillermo; una trinidad que ha sobrevivido en la era nazi.)

Para algunos de sus ministros era cosa natural recibir las instrucciones reales en forma pictórica. Los abogados de Berlín habían descubierto un ardid muy eficaz para llegar al rey. Federico Guillermo tenía pasión por los hombres de elevada estatura; había reclutado personalmente a los famosos granaderos, todos los cuales debían tener más de seis pies de altura. Los abogados berlineses sobornaban a uno u otro de los amados guardias, para que presentara peticiones al rey en el sentido deseado por el letrado, como si el guardia estuviese interesado per-

sonalmente en el caso. Si el rey estaba de buen humor, cualquiera de los langer Kerl (tipos altos) podía obtener casi todo lo que pidiese. Pero se descubrió el ardid y Federico Guillermo se encolerizó, ordenó a Cocceji, su ministro de Estado, que redactara un decreto que prohibiese esas estratagemas y castigase al abogado que las utilizara. El ministro redactó un borrador de decreto, pero debía consultar al monarca sobre la pena. El rey estaba pintando, y de excelente humor, pero no se sentía inclinado a interrumpir el impulso creador. De modo que sobre el borde de la tela dibujó un patíbulo, un patíbulo del cual colgaba un abogado; y a un lado, como para subrayar la desgracia del hombre de leyes, se balanceaba un perro. El ministró tomó debida nota de la decisión de Su Majestad, y completó el decreto: "Todos los abogados que en el futuro utilicen la intervención de los granaderos reales serán colgados en compañía de un perro." Ya estaba impreso el decreto cuando se descubrió el exceso de celo y de servilismo del ministro. Se retiró el decreto, y se destruyó también el pictograma real.

Pero el rey continuó pintando, hasta que, casi paralizado por la artritis, apenas pudo sostener el pincel. Aun entonces persistió, y firmaba sus telas:

Fridericus Wilhelmus in tormentis pinxit. Y los cuadros que no se regalaban, eran vendidos a precios reales... a quienes buscaban el favor real.

IV

EL ÁRBOL GENEALÓGICO

1.

El título que los amos de Birmania exhibían orgullosamente era: “Rey de Reyes, a Quien todos los restantes príncipes acatan; Regulador de las Estaciones; Todopoderoso Director de Mareas y Torrentes; Hermano Menor del Sol; Propietario de los Veinticuatro Paraguas”.

Los príncipes malayos de Sumatra se denominaban:

“Amo del Universo, Cuyo Cuerpo brilla como el Sol; a quien Dios ha creado tan perfecto como la Luna Llena; Cuyos Ojos brillan como la Estrella del Norte; Que, al elevarse, arroja sombra sobre todo

Su dominio; Cuyos Pies huelen dulcemente...” etc.

En cuanto al atributo mencionado en último término, sabemos que Enrique IV de Francia era famoso precisamente por lo contrario; quizás por eso se contentaba con que se dirigieran a él con el simple apelativo de “Sire”.

El Cha de Persia, el Gran Turco o los maharajaes de la India exigían que sus respectivos nombres fueran seguidos de una florida hilera de pomposo títulos.

La manía de los títulos fue don de Asia a Europa. Floreció con particular lujuria en las cortes de los pequeños príncipes alemanes. Aunque parezca extraño, no era exactamente el gobernante quien promovía esta fiebre obsesiva; en realidad, se alimentaba sobre todo en la vanidad de la nobleza inferior y de los burgueses. Los príncipes gobernantes se contentaban con el título de Durchlaucht (Alteza Serena), aunque este título se convirtió posteriormente en otro más impresionante: Allerdurchlauchtigster (Alteza Serenísima). Los reyes exigían que, además, se les diera el título de Grossmachtigster (Muy Todopoderoso), sin duda un poco tautológico. Un Libro de Títulos (*Titularbuch*) publicado durante el reinado del emperador Habs-

burgo Leopoldo II declaraba que el emperador de Austria tenía derecho a ser llamado Unüberwindlichster (Muy Inconquistable). Su Majestad Imperial se arrogó el título durante dos breves años; como falleció antes de la declaración de la guerra contra la Francia revolucionaria, no presenció la burla que de su titulo hizo el Corso.

Más o menos a mediados del siglo XV se llamó a los condes Wohlgeborner (Bien nacidos), pero debieron esperar dos siglos hasta ascender a Hochgeborner (de alta cuna). Aunque parezca raro, cuando ambos se unían para formar Hochwohlgeborner (de buena y elevada cuna) indicaban un rango inferior... el de barón. Pero si se trataba de un "barón imperial", el título se convertía en algo impresionante: Reichsfreyhochwohlgeborner (De buena, libre, alta e imperial cuna).

La "nobleza ordinaria" también siguió la moda de los gregüescos, que al principio insumían veinticinco anas de tela, hasta que la locura exhibicionista aumentó la longitud a ochenta, noventa y aún ciento treinta anas.

Samuel Baur, deán de Gotinga, en su obra *Historische Memorabilien* (Augsburgo, 1834) recogió las modificaciones sufridas por los títulos de nobleza

en el trascurso de tres siglos. Es imposible traducir alguno de ellos. Podemos traducir los títulos de Ehrbar, Wohledler, Hocheler, Hochedelgeborner y Hochwohlgeborner, por "Honorable, Muy Noble, Muy Honorable, Muy Alto y Muy Noble, Muy Alto y Muy Honorable"... aunque no sea muy fácil pronunciarlos. Pero, ¿qué decir de Ehrenvester y de Gestrenger? El primero alude al que defiende su propio honor; el segundo tiene un acento profundamente servil, como si un siervo o súbdito se regocijara en la severidad de su amo.

De acuerdo con Baur, los títulos de nobleza evolucionaron así:

1446: Ehrbarer Junker. (Honorable noble: En realidad, Junker significa noble joven.)

1460: Gestrenger Herr (Amo severo a pesar de que el diccionario trae el significado de "gracioso".)

1569: Ehrenvester. (En términos generales, "de elevados principios".)

1577: Ehrenvester und Ehrbar. (Honorable y de elevados principios.)

1590: EdIer, ehrenvester und gestrenger Junker.

(Combinación de los tres títulos anteriores.)

1600: Wohledler, gestrenger, grossgünstiger Junker.

(Muy noble, de elevados principios y muy favorable.)

1624: WohledIer, gestrenger, vester und mannhafter grossgünstiger Junker, mächtiger Forderer. (Muy noble, de elevados principios, firme, viril, favorable, poderoso patrono.)

1676: Hochedelgeborner, WoNgeborner, gestrenger, vester und mannhafter, grossgünstiger Junker, mächtiger Förderer. (Más o menos lo mismo que el anterior, excepto el agregado de “elevado y noble nacimiento” y de “bien nacido”.)

1706: Hochwohlgeborner... y todo lo demás, como en 1676. (Una ligera modificación: la composición de la palabra que significa “de elevado y noble nacimiento”.)

1707: Hochwohlgeborner, gnädiger, etc. (Aquí se ha agregado “gracioso”.)

Como se ve, los mortales comunes tenían que tomar, aliento para dirigirse a los nobles. Y el uso constante empañaba la gloria de los títulos. Del mismo modo que las buenas amas de casa se sentían felices de poder comprar las ropas usadas de las damas nobles, los burgueses se apoderaban de los títulos desechados. El regidor urbano ingresaba en el consejo municipal con el título de Wohlgeborner

(bien nacido), aunque fuera jorobado o rengo, incorporaban nuevos apéndices (propios de la casa media) a los títulos nobiliarios en desuso y alimentaban su propia vanidad con este plumaje de pavo real.

El *Titularbuch,* publicado a fines del siglo XVIII, trae instrucciones completas sobre el modo de encabezar cartas a personas de cualquier rango y función.

Quien se dirigía al alcalde de una ciudad libre del Imperio, debía comenzar así: "Al bien nacido, estricto, de elevados principios, de grande y eminente erudición, de grande y eminente sabiduría, Alcalde...

(Aquí las referencias a la erudición y a la sabiduría eran atributos particulares de la clase media.)

Un médico de la corte tenía también sus propios títulos: "Al médico de alta cuna, de gran experiencia y elevados principios, muy erudito N. N., famoso doctor en ciencias médicas, alto médico de la corte ducal".

La imbecilidad de esta manía de los títulos se difundió por toda la sociedad de clase media... hasta los mayordomos y zapateros remendones.

Quien se dirigía a un estudiante universitario debía utilizar la siguiente fórmula: "Al noble y muy

erudito Herr. N. N., que se aplica diligentemente a la sabiduría". Los vendedores de libros, los fabricantes de pelucas y los joyeros exigían el adjetivo de "distinguido". Un sastre era hombre "cuidadoso y de elevados principios" (Dem Ehrenvesten und Vorsichtigen Meister N. N., Schnider zu X.). Un fabricante de botas tenía idéntico derecho a ser llamado "cuidadoso", pero cierto delicado matiz lo hacia "respetable" en lugar de hombre de "elevados principios". El mayordomo ducal, que no era miembro de ninguna corporación, debía contentarse con el titulo de "bien nombrado" (Wohlbestalltet*)*.

Las mujeres, naturalmente, no tenían derecho a tan sonoros y complicados títulos. En Alemania y en Austria se limitaban a apoderarse de un fragmento de las funciones, actividades o profesiones de sus esposos. Así, se convirtieron en Frau Doktor, Frau Professor, Frau General, Frau Rat (Consejero). Hasta cierto punto, esto era razonable. Pero una vez comenzada la infección, no hubo modo de atajarla. Y así aparecieron la señora Recaudadora de Impuestos, la señora Trompetera de la Corte, la señora Húsar de Cámara, la señora Guardabosque Montado, la señora Fabricante de botones para la Corte, la señora Armera Ducal y así por el estilo.

Y las damas, benditas sean, arraigaron firmemente en los títulos. El trascurso de los siglos no logró conmoverlas. Hacía mucho tiempo que la mayoría de los hombres había dejado de lado los ridículos títulos y condecoraciones, y ellas todavía se adherían tenazmente a los suyos. Hace veinticinco años los diarios de Munich publicaron cierto día las siguientes noticias fúnebres:

Frau Walburga T., 36, Steuerassistengattin (Esposa del recaudador de impuestos delegado).

Martha M., 3, Oberwachtmeisterskind (Hija del veterano sargento de policía).

Elizabeth H., 77, Hofrathstocheter (Hija del consejero de la corte).

Quizás el descarrío de los europeos continentales suscite en nosotros una sonrisa. Pero consultemos el *Almanach* de Whitaker de hace apenas diez años. Incluye un extenso capítulo sobre las “Fórmulas de encabezamiento”. Allí nos enteramos de que el título de los arzobispos es: “El Muy Reverendo, Su Gracia el Lord Arzobispo de...”, y que es preciso dirigirse a ellos con la fórmula “Milord arzobispo” o “Vuestra Gracia”. Los arzobispos y cardenales de la Iglesia Católica Romana tienen también gran variedad de títulos y de fórmulas, que

van de "Su Eminencia el Cardenal..." o "Su Eminencia el cardenal arzobispo de..." a "El muy reverendo arzobispo de..." Los obispos son "Virtuosos reverendos..." Una baronesa es simplemente "La baronesa", pero al dirigirse a ella es necesario utilizar la fórmula "Milady". He aquí una lista parcial de otros títulos y fórmulas:

Baronets- Sir (con el nombre de pila), y por escrito "Sir Robert A... Bt."

Esposas de los baronets- "Vuestra señoría" o "Lady A..." sin nombre de pila, A MENOS que se trate de la hija de un duque, de un marqués, o de un conde, en cuyo caso se dirá "Milady Mary A..." ; si se trata de la hija de un vizconde o de un barón "La Honorable Lady A..."

Barones- "El Justo y Honorable Lord... y recibirá el tratamiento de "Milord..." Sin embargo, el caso merece una importante nota al pie. Los miembros del Consejo Privado "de acuerdo con una costumbre largamente establecida" también tienen derecho a ser llamados "El Justo y Honorable"; pero un príncipe de la sangre incorporado al Consejo Privado es siempre "Su Alteza Real", un duque sigue siendo "Su Gracia"... y así sucesivamente. El título de los pares de rango inferior al de marqués, sean o

no consejeros privados, es el de "Justo y Honorable", sin la palabra "El", aunque de costumbre se agrega esta última partícula.

Obispos- Título: "El Justo y Reverendo Lord Obispo de..." , pero la fórmula de tratamiento es "Milord". Los obispos de la Iglesia Católica Romana reciben el tratamiento siguiente: "El Justo y Reverendo Obispo de..." Para ellos, nada de "milord".

Rabino principal- "El muy reverendo..."

Condesas- Título: "La condesa de..." pero fórmula de tratamiento: "Milady".

Y así continúa la lista, que incluye, entre otros rangos, jueces de los tribunales de condado, Dame Commanders y Dames Grand Cross, duquesas, duques, condes, caballeros de diversas categorías, marqueses, pares, consejeros privados, jueces municipales, duques reales, vizcondesas y vizcondes, sin olvidar a las esposas de los baronets y de los caballeros. A veces las diferencias entre los distintos tratamientos son un tanto engañosas, pero con buena memoria y sangre fría se consigue sobrevivir al tema.

¿Y en los democráticos Estados Unidos? Los títulos no son muchos; de todos modos, el *Information Please Almanach* llena con ellos nada menos que

cuatro páginas... desde el presidente (que es "Honorable") a un capellán del ejército o de la armada (que recibe el simple tratamiento de "capellán").

Naturalmente, los títulos y las fórmulas de tratamiento son necesarios. Sólo cuando se convierten en ídolos y en materia prima de un snobismo insoportable se incorporan a la historia de la estupidez humana. Infortunadamente, ello ocurre con bastante frecuencia. Mientras escribo esto, me viene a la memoria un anuncio escrito a mano, desplegado en la vidriera de un café balcánico... un lugar muy sucio y de pésima reputación. Decía así:

AQUÍ TODO EL MUNDO ES HERR DOCTOR

¡Y no cabe duda de que el propietario había dado en la tecla!

2.

Pocos son los hombres inmunes al orgullo más o menos inocente de su genealogía. Nos gusta hablar de nuestros padres y de nuestros abuelos, sin que para el caso importe si fueron santos o pecadores. Para los que no han conseguido distinguirse, la

genealogía familiar es a menudo un factor vital. Y aún hay quienes como aquel horrible extrovertido, Mr. Bounderby, en *Hard Times* experimentan una suerte de maligno orgullo a la inversa en el hecho de venir del arroyo, aunque sabemos que en el caso de Mr. Bounderby ello era pura imaginación.

Se ha dicho de la genealogía que es la ciencia de los snobs, y ciertamente, en su nombre se han cometido los más extraños crímenes intelectuales (y también reales). Nadie negará que se trata de un tema fascinante; es también muy amplio, y en relación con el problema de la estupidez humana sólo necesitamos examinar un aspecto: el de esos antropoides que trepan a los árboles genealógicos ajenos; es decir, los "Fabricantes de antepasados nobles". No aludo con esto a los genealogistas serios y reputados, como los eruditos editores del Debrett, de los que hay muchos, sino más bien a esas serviles criaturas que han utilizado sus conocimientos y su capacidad literaria para elucubrar fantásticas tablas genealógicas de príncipes y de nobles. A través de la manipulación de enorme masa de hechos, han procurado demostrar que, por ejemplo, los antepasados de su patrocinador lucharon en Troya contra los griegos... o fueron reyes y profetas del Antiguo

Testamento.

Hace algunos años se halló un interesante documento en los archivos del Ministerio de Guerra de Gran Bretaña.

Contenía la genealogía de los reyes anglosajones, la que se remontaba directamente al propio Adán. Sin duda, la Biblia afirma que todos descendemos de Adán; pero pocos son los mortales comunes que pueden permitirse probarlas diversas etapas de esta línea genealógica. Para costear investigación semejante, es preciso ser rico y poderoso.

Cuando se lee un documento de este tipo, se experimenta la tentación de desecharlo como estúpido ejemplo del snobismo de los antiguos. Es indudablemente tonto, pero sería grave error negarle significado. Antaño estos ficticios árboles genealógicos tenían gran importancia; en su preparación se ocupaba una multitud de eruditos; los resultados de la investigación se publicaban en libros cuidadosamente impresos, y las masas pagaban piadosos tributo a la ilustre familia vinculada con el propio Salvador. Y como veremos, no se trata de una broma de gusto más que dudoso.

Esta absurda exageración que no comprendía la blasfemia cometida; la vanidad que no retrocedía

ante la figura misma de Jesús... todo ello revela cuán profundamente inficionada de estupidez estaba el alma humana. La moderna concepción de la filosofía de la historia coloca a la historia de las ideas muy por encima del materialismo histórico. Sin embargo, cuando examinamos el gran número de obras consagradas a la historia espiritual de la humanidad, no hallamos entre ellas una enciclopedia completa de la estupidez humana. Este libro no aspira a llenar ese vacío; pero es evidente que existe necesidad de una obra de ese tipo. Aunque tal vez jamás sea posible escribirla, porque el tema es excesivamente vasto.

Los árboles genealógicos espurios y fantásticos representan un capítulo importante de esta enciclopedia inédita. El documento hallado en los archivos de Londres probablemente se basa en el trabajo de Statyer, quien compiló una genealogía para Jacobo I, la que también comenzaba con Adán. Prudencio de Sandoval (1550-1621), historiador español y obispo de Pamplona, había precedido a Statyer al trazar el árbol genealógico de Carlos V. Con el fin de demostrar que la casa real española era más antigua que cualquier otra dinastía europea, Sandoval consagró tremendo celo e industria a la tarea, remontándose a lo largo de ciento veinte generacio-

nes, hasta llegar al Padre Adán.

A principios del siglo XVII, Johannes Messenius, el poeta, dramaturgo e historiador sueco, emprendió una tarea semejante. Demostró que los reyes de Suecia descendían en línea directa de Adán, y en sus tablas cronológicas utilizó ampliamente la genealogía del Antiguo Testamento.

Es preciso discernir la intención que se escondía tras de esta inmensa labor. Adán no era el antepasado importante; después de todo, lo era también de toda la humanidad. Pero si se remontaba la genealogía familiar, una vez que los exploradores habían llegado a Abraham no era difícil DESCENDER, siguiendo los detalles incluidos en el Evangelio de San Mateo, y establecer vínculos familiares con San José. Poco importaba que la familia así glorificada fuera católica o protestante; tampoco era obstáculo el sacrilegio o la blasfemia que así se cometía.

Estos nobles y monarcas que sacrificaban el buen gusto, bien merecida tenían la sátira de Boileau, en la que expresaba su ansiedad... Pues, ¿acaso no podía existir cierta solución de continuidad, oculta o inexplorada, en la línea de antepasados? Después de todo, las mujeres son criaturas frágiles, y el adulterio no era de ningún modo raro entre la

realeza y la nobleza:

“Mais qui m`assurera que en long cercle d’ans

A leurs fameux époux vos Ayeules fidelles

Au douceurs des galans furent toujours rebelles?”

La gloria de los “descendientes directos” de Adán, el orgullo de las casas reales inglesa, española y sueca provocaban considerable envidia... pero también emulación. Una antigua familia de la aristocracia francesa, el clan de los Lévis, recogió el desafío. Se trataba de una familia rica, muy rica y distinguida, que habla figurado en la historia de Francia desde el siglo XI, y habla dado al país varios mariscales, embajadores, gobernadores y otros dignatarios. Posteriormente se elevaron al rango ducal. Pero, no contentos con la fama y el honor que otros podían alcanzar, contrataron a un genealogista, el cual muy pronto descubrió que la familia descendía de la tribu de Leví, de destacado papel en el Antiguo Testamento. El punto de partida fue el nombre del clan; y no fue difícil reunir los datos necesarios, utilizando un poco de imaginación y deformando bastante los hechos. En esos tiempos, ¿quién se hubiera atrevido a poner en duda la verdad de esa afirmación?

Desde ese día, la familia Lévis se mostró extremadamente orgullosa de su parentesco bíblico. Relacionadas con este orgullo excesivo circulaban muchas anécdotas más o menos auténticas. Lady Sydney Morgan, en uno de sus libros de viajes por Francia (publicado en 1818) relata la visita a uno de los de los castillos de los Lévis. En uno de los salones encontró un gran cuadro al óleo de la Sagrada Virgen, sentada en su trono, y frente a ella, arrodillado, uno de los Lévis. Con arreglo a la antigua y repulsiva tradición artística (cuya moderna contrapartida son los "globos" con leyendas en las historietas cómicas), de la boca de la Virgen salía una cinta con estas palabras: Mon cousin, couvrez vous... (Primo mío, cubrios)

¡La Virgen pedía a su primo que se cubriera y que no hiciera cumplidos!

Cuando uno de los duques de Lévis subía a su carruaje para asistir al servicio divino en Notre Dame, decía en voz alta a su cochero: "¡Chez ma cousine, cocher!" (¡a lo de mi prima, cochero!)

Esta estupidez parece bien autenticada (Peignot la refiere en su *Predicatoriana,* Dijon, 1841, página 181, nota). A principios del siglo XIX la familia Lévis aún se aferraba a la leyenda de su antigua ascen-

dencia hebrea. Y el ejemplo fue contagioso. Cierta dama, miembro de la antigua familia alemana de los Dalberg, también encargó un cuadro, en el que uno de sus antepasados aparecía arrodillado frente a la Virgen, y ésta decía: "¡Levántate, querido pariente!"

Los barones Pons eran menos ambiciosos... reclamaban por antepasado a Poncio Pilatos. En cierto ocasión se encontraron los jefes de las familias Lévis y Pons. El duque de Lévis se volvió con aire de reproche hacia el barón de Pons: "¡Bien, barón, debéis reconocer que vuestros parientes han maltratado rudamente a los míos!" (Albert Cim: *Nouvelles récréations littéraires*, París, 1921).

Valiosa contrapartida del famoso cuadro de los Lévis era el que poseía la familia francesa de los Croy, igualmente antigua. El cuadro representaba el Diluvio. Entre las olas se elevaba una mano que sostenía un rollo de pergamino, y también alcanzaba a verse la cabeza de un hombre, que apenas emergía de las aguas. Y de la boca del hombre que se ahogaba surgía una leyenda: "¡Salvad los documentos de la familia Croy!" (*Sauvez les titres de la maison de Croy. Baur: Denkwürdigkeiten,* Ulm, 1819).

Otra familia que aspiraba a vincularse con el Antiguo Testamento era el clan de los Jessé. El ge-

nealogista familiar también fundó su trabajo en el nombre de la familia, relacionándolo con el pasaje del Evangelio según San Mateo que dice: "Obed engendró a Jesse, y Jesse al rey David". En 1688 se nombró una comisión oficial, con el fin de investigar las afirmaciones de la familia Jessé. La comisión produjo un documento que se ha conservado. En él se examinan el escudo de la familia y buena cantidad de documentos. Las conclusiones finales afirman que se trata de una reivindicación bien fundada y que es muy probable que exista cierta relación entre la familia Jessé y el rey David. ("... ce que contribue beaucoup a persuader l'opinión publique que cette race tient en quelque facon a cette grande race de Jessé, la plus noble, la plus glorieuse et la plus connue du monde." El informe completo de la comisión fue publicado por H. Gourdon de Genouillac en *Les mysteres de blason,* París, 1868, página 73 y siguientes.)

La familia provenzal de Baux reivindicaba antepasados un poco más modestos. Se trataba de un clan distinguido y poderoso; algunos de sus miembros se elevaron a la jerarquía de príncipes reinantes. El escudo de armas era una estrella de plata en campo rojo. La estrella indicaba que la familia des-

cendía en línea directa de uno de los tres Reyes Magos, Baltasar. Los eruditos historiadores de Marsella aceptaron gravemente la afirmación, como si se tratara de un hecho probado... aunque entre ellos había hombres tan amantes de la verdad como el consejero estatal Antoine de Ruffi. Ruffi era hombre extremadamente recto; cuando alimentaba una mínima duda sobre alguno de sus fallos en un juicio civil, pagaba al perdedor la suma exacta que éste había perdido. Sin embargo, sus nobles escrúpulos y su rígido sentido de la justicia no le impidieron aceptar que el rey Baltasar era un auténtico antepasado de la familia Baux.

También los Habsburgo estuvieron a punto de incurrir en pecado de genealogía. Sólo un pequeño detalle los obligó a desistir de la ascendencia bíblica... y por consiguiente "no aria".

El emperador Maximiliano tenía a su servicio un historiador, Johann Stab, o Stabius, según la latinización habitual de los apellidos. Era hombre muy erudito y un poco poeta; en 1502, el Colegio de Poetas de Viena lo coronó solemnemente "Hijo Favorito de las Musas". Debía su carrera sobre todo al favor del emperador, y trató de demostrar su gratitud. Estableció el árbol genealógico de los Habs-

burgo, en el que Cam, el hijo de Noé, aparecía como antepasado de la dinastía imperial; y determinó las sucesivas generaciones con la lógica perfecta de un desequilibrado. Interesaba mucho al emperador la antigua gloria de la familia, y por cierto no se oponía a que sus cortesanos descubrieran su parentesco con diversos santos y héroes clásicos.

Pero, ¿Noé antepasado de los Habsburgo? La cosa era un poco sospechosa.

Maximiliano consideró conveniente remitir el problema a la facultad de teología de la Universidad de Viena.

Por supuesto, los eruditos caballeros no se sintieron muy cómodos en sus sítiales. Era inútil maldecir a Stabius, cuyo servilismo había originado el problema... de todos modos, ya no podían esquivarlo. Felizmente para ellos, lograron posponer la solución de mes en mes... hasta que, a su debido tiempo, el emperador falleció. Su sucesor no demostró interés por los parentescos bíblicos, y la "obra maestra" de Stabius fue archivada discretamente. (La historia del caso aparece en M. Bermann, *Alt und Neu Wien*, Viena, 1880.)

La manufactura de árboles genealógicos se convirtió en ocupación literaria más y mas popular. Era

un buen método de ganar dinero. No menos de cincuenta y nueve autores trabajaron en la genealogía de la casa de Brandeburgo. Consagraron extraordinaria laboriosidad al importante material, reunieron todas las fuentes imaginables, revisaron archivos, y exploraron cementerios. El resultado final fue publicado con este esplendoroso título: *Brandenburgischer Ceder-Hain* (Bosquecillo de cedros brandenburgués). Un trabajo similar fue el *Trophaeum Domus Estorás,* ricamente ilustrado con grabados, que establece el origen de la familia húngara de los Esterhazy en... ¡Atila, el "azote de Occidente", el rey de los hunos!

3.

Es prueba significativa de la vanidad humana el hecho de que alguna gente, en su anhelo de hallar antecesores ilustres, no se oponga a que el vínculo sea fruto del amor adúltero o del nacimientos de bastardos. "La sangre real a nadie ensucia", declaraban (lo mismo que los serviles cortesanos cuyas esposas eran amantes del rey). Esta particular mentalidad explica la fantástica genealogía que algu-

nos "leales" cortesanos presentaron a Napoleón.

Los genealogistas del bonapartismo comenzaron con la leyenda del Hombre de la Máscara de Hierro.

En aquellos tiempos aún se creía que el misterioso prisionero de la Bastilla, que sólo podía aparecer con el rostro cubierto por una máscara de hierro, no era otro que el que había sido el hermano mellizo de Luis XIV. Afirmábase que había sido sepultado en la Bastilla porque, habiendo nacido pocos minutos antes que el Rey Sol, tenía mayores derechos al trono. El barón Gleichen fue aún más lejos. Sostuvo que el Hombre de la Máscara de Hierro era el verdadero rey, y que Luis era hijo del culpable amor de la reina con Mazarino. Después de la muerte de Luis XIII, decía Gleichen, la pareja culpable cambió los niños, y el hijo bastardo de Ana de Austria ascendió al trono, mientras que el auténtico Delfín se veía obligado a llevar la máscara de hierro por el resto de su vida, para que nadie pudiera ver su rostro, en el que se reconocerían los rasgos propios de los Borbones.

Hoy puede afirmarse que el misterioso prisionero era el conde italiano Matthioli, embajador del duque de Mantua. El noble conde se había hecho culpable de espionaje, y Luis XIV se enfureció de

tal modo que, con desprecio del derecho internacional, ordenó el arresto del Matthioli; fue encarcelado primero en la Fortaleza de Pignerol, luego en la isla Santa Margarita y finalmente en la Bastilla (donde murió en 1703). La "máscara de hierro" era en realidad de seda, y constituía una especial concesión que se hacía al detenido; se le permitía pasear por el patio interior de la prisión, pero sólo cuando llevaba la máscara. Las delicadas complicaciones internacionales justificaban esta pequeña precaución.

Los genealogistas inventaron una bella fábula para establecer cierta relación entre Napoleón y el Hombre de la Máscara de Hierro. De acuerdo con esta versión, la hija del gobernador de la Isla de Santa Margarita se apiadó del pobre prisionero; se enamoraron, y la joven concibió un hijo. Naturalmente, era preciso sacar de la cárcel al niño,. Una persona de confianza lo llevó a Córcega, donde llegó a la edad adulta. Usaba el nombre de la madre y aquí aparecía el vínculo que era Bonpart. El resto no exigió mucha imaginación. Bonpart se convirtió en Bonaparte, o en su forma italiana, Buonaparte. Los Bonaparte eran descendientes de este hijo del amor, y Napoleón era bisnieto del Hombre de la Máscara de Hierro, el cual, a su vez, era el legítimo

heredero del trono francés. De modo que el Corso no era un simple usurpador, y por el contrario tenía todo el derecho del mundo al título y a la gloria imperiales.

No fueron pocos los que aceptaron este fárrago de tonterías. Funck Brentano publicó el texto de un mural en el que se advertía a los rebeldes de la Vendée que no debían creer en los "ponzoñosos rumores" según los cuales Napoleón era descendiente de los Borbones y tenía derecho a gobernar a Francia.

¿Y qué opinaba el propio Napoleón?

"¡Tonterías" declaró. "¡La historia de la familia Bonaparte empezó el 18 Brumario!"

Uno de los más serviles y desvergonzados fabricantes de árboles genealógicos fue Antoine du Pinet (1515-1584), traductor de Plinio y autor de muchos libros eruditos.

Se le encomendó la tarea de establecer los antecedentes de la ilustre familia Agoult. Eligió como punto de partida la figura de un lobo que aparecía dibujado en el escudo de armas de la familia. Sobre tan frágiles cimientos levantó un inexistente Imperio Pomeranio, creó una legendaria princesa Valdugue, y un joven llamado Hugo, que también era totalmente inventado. Un asunto amoroso, un hijo...

y el resto es fácil de imaginar. El niño fue enviado secretamente a casa de una niñera, pero en el bosque un lobo se apoderó del infante, lo llevó a su cubil, y allí lo crió, junto a sus propios cachorros. Luego, el rey fue a cazar y mató a la loba. Se descubrió todo, y el joven recibió la bendición paterna; hay luego un matrimonio, un tanto tardío. El muchacho creció, contrajo matrimonio con la hija del emperador de Bizancio; el hijo de este joven casó con una princesa de la familia real rusa... y así por el estilo, por los siglos de los siglos, hasta llegar a Dietrich, el sajón.

La familia Agoult aceptó esta insensatez sin formular la menor objeción. En cambio, Pierre Bayle atacó rudamente a Pinet, y lo declaró indigno del título de historiador.

Pero, ¿qué habría dicho Bayle si hubiera leído el sabroso relato de Saxo Grammaticus, el historiador del siglo XII, sobre la joven noble que, mientras se paseaba por el bosque, fue secuestrada por un oso? El enamorado animal la llevó a su cueva y allí la tuvo durante varios meses. Le daba alimento y bebida y... bueno, fácil es conjeturar el resto. Unos cazadores mataron a la bestia, y devolvieron a su hogar a la muchacha. Pocos meses después dio a luz un niño

perfecto... sólo que un poco más peludo que lo normal. El niño fue bautizado con el nombre de Bjorn (Oso). Se convirtió en un hombre fuerte y poderoso, y fue un jefe justo y recto. Pues cuando halló a los cazadores, los ejecutó, diciendo: que les debía gratitud por haber salvado a su madre; ¡pero que el honor lo obligaba a vengar la muerte de su padre! Los descendientes de Bjorn fueron los reyes de Dinamarca.

Sin duda el relato de la muchacha que concibió un hijo después de vagabundear por el bosque es absolutamente verídico. No es improbable que, cuando su airado padre la interrogó, haya replicado con una sonrisita tonta: "Fue Bjorn..."

El más absurdo árbol genealógico fue indudablemente el que preparó Etienne de Lusignan (1537-1590). Este erudito historiador era pariente lejano de la gran familia Lusignan, que había gobernado a Chipre durante más de tres siglos. Su escudo de armas mostraba una sirena, que sostenía un espejo en la mano izquierda, mientras se peinaba los cabellos con la derecha.

Era Melusina (o Melisenda), el hada más famosa de los romances franceses, la heroína de los romances escritos en el siglo XV por Jean d'Arras, y tam-

bién de innumerables libros y relatos. Fue una muchacha de áspero carácter, que encerró al padre en una alta montaña porque trató mal a la madre de Melusina. Por este acto irrespetuoso fue condenada a convertirse todos los sábados en serpiente de la cintura para abajo. Se enamoró de Raymond, conde de Lusignan, y casó con él, pero hizo jurar a su esposo que jamás la visitaría en sábado, ni tratarla de saber lo que hacía ese día. Durante cierto tiempo Raymond cumplió su promesa y ambos vivieron felices. Tuvieron varios hijos. Pero un día el conde no pudo dominar su curiosidad; se ocultó en la habitación a la que Melusina solía retirarse, y fue testigo de la transformación de su esposa. Melusina se vio obligada a abandonar a su esposo, y "a vagar por doquier como un espectro"... aunque otras versiones afirman que el conde la encerró en la mazmorra del castillo.

Este cuento de hadas sin duda sedujo a la aristocracia francesa. Por lo menos cuatro casas (Lusignan, Rohan, Luxemburgo y Sassenaye) incluyeron a Melusina entre sus antepasados.

En realidad, esta invención genealógica carecía de todo fundamento. Los Lusignan vivían en un antiguo castillo que, según se afirmaba, estaba en-

cantado por la infeliz Melusina. En Francia, un súbito grito se llama aún hoy un cri de Mélusine, aludiendo a la exclamación desesperada de Melusina cuando fue descubierta por el esposo. En Poitou todavía se preparan tortas de jengibre, que llevan impresas la imagen de una bella mujer, bien coiffée, con una cola de serpiente. Se hornean para la feria de Mayo, alrededor de Lusignan, y todavía reciben el nombre de Mélusines.

Afírmase que Melusina aparece cuando un miembro de la familia Lusignan está próximo a morir; y entonces vuelve alrededor del castillo, lanzando quejosos gritos. De acuerdo con ciertos historiadores, el origen de la leyenda es el nombre de Lucina, la diosa romana de las parturientas, a quien las madres, en el momento de dar a luz, llamaban en ayuda con sus gritos de dolor. Mater Lucina se convirtió en Mére Lucine, y finalmente en Mélusine. Sea cual fuere la verdad de esta teoría, los Lusignan poseen un escudo de armas extraordinariamente atractivo: una bañera de plata, con duelas celestas y brillante entre ellas el cuerpo desnudo de la hermosa sirena...

No todos los escudos de armas eran tan pintorescos. Carlos XI de Francia dio patente de nobleza

al esposo de su niñera. El escudo de armas elegido fue al mismo tiempo eficaz y simbólico: una vaca de plata con una corona entre los cuernos, sobre un campo rojo.

En 1430 el rey Segismundo ennobleció a Miguel Dabi, barbero de la corte. El escudo de armas fue diseñado por el propio beneficiario. Tenía tres molares, mientras una mano que se elevaba sostenía orgullosamente un cuarto.

Más sorprendente aún fue el escudo de armas de Steven Varallyay, burgués de Hust, en Alta Hungría, elevado a la nobleza en 1599. Fue recompensado por el príncipe húngaro Andrés Bathory... y la recompensa quiso premiar la extraordinaria habilidad con que maese Varallyay ejecutaba ciertas operaciones destinadas a mitigar el ardor de los padrillos de la caballeriza del príncipe. En campo de azur el brazo derecho de un hombre levantaba un mazo de madera; debajo se veía la vívida e inequívoca representación de la parte de la anatomía del padrillo que sufría la operación.

4.

Las universidades alemanas de los siglos XVI y XVII produjeron bachilleres y doctores como si ya se hubiera inventado la producción en serie. Se desarrolló una nueva clase social: la aristocracia de los sabios. Los hombres de ciencia eran muy respetados (casi tanto como los científicos de la era atómica); los príncipes honraban a los sabios, el pueblo les temía y admiraba. No es de extrañar, pues, que se hincharan de orgullo; ese sentimiento se desarrolló con un ritmo desconocido hasta entonces. Pero había un inconveniente: la nueva aristocracia carecía de los nombres distinguidos y sonoros, de la pátina de vejez de la aristocracia de cuna. Tuvieron que conquistar la inmortalidad con los nombres sencillos y aún vulgares de sus padres, y estos nombres se destacaban ingratamente a pesar de las montañas de pulida prosa latina con que pretendían cubrirlos.

Schurtzfleisch (Carne de delantal) o Lammerschwanz (Cola de cordero) no eran nombres muy apropiados para ascender al Olimpo. Podía temerse que las Musas arrojaran a puntapiés a semejantes candidatos a la fama. Era preciso hallar el modo de pulir, de tornar aceptables nombres tan

toscos y vulgares.

Uno de los métodos fue un tanto primitivo. Consistió en agregar simplemente la terminación latina "us" al nombre alemán. Así, Conrad Samuel Schurtzfleisehius, el erudito profesor de la Universidad de Wittenberg se vio liberado del vergonzoso recordatorio de su humilde cuna, y el "us" (como el francés "de" y el alemán "von") lo convirtió en meritorio miembro de la orden de los sabios.

Los autores de libros importantes usaron durante siglos este "us", y al cabo alcanzaron cierta nobleza y distinción; si alguien podía ostentar este "us", se le consideraba hombre de profundos conocimientos; en cambio, los mortales comunes no tenían derecho a usarlo. En las portadas de los libros y en las citas era posible distinguir a un sabio gracias al aristocrático "us", que no sólo tenía buen sonido, sino que también era práctico... porque se podía declinarlo. Si alguien, por ejemplo, se llamaba sencillamente "Bullinger", el texto latino lo condenaba a eterna rigidez, en su condición de obstinado e inflexible nominativo. Pero "Bullingerus" tenía toda la gracia y la flexibilidad de una palabra latina; era posible declinar todos los casos, y decir Bullingerum, Bullingeri, Bullingero. Y si varios miembros de la

misma familia figuraban en el mundo de las letras, se los podía enumerar gracias a las formas "Bullingeros, Bullingerorum..." etc.

Sin embargo, aparentemente nadie comprendió cuán estúpido y bárbaro era agregar la partícula latina "us" a un nombre alemán; los monstruos así concebidos pasaban de contrabando a los textos clásicos, y destruían la armonía de conjunto... aunque algunas obras estuvieran escritas en latín macarrónico. La cosa no tenía tan mal aspecto cuando se trataba de nombres sencillos, por ejemplo Hallerus, Gesnerus, Mollerus, Happebus, Morhoflus, Gerhardus, Forsterus; y además, centenares de nombres alemanes latinizados se popularizaron a lo largo de siglos de uso; el lector los aceptaba, y olvidaba gradualmente su grotesca incongruencia. Pero nombres como Buxtorfius, Nierembergius, Ravenspergius, Schwenckfeldius, y Pufendorfius, resultan un poco extraños, y en el caso de Schreckefuchsius, el erudito profesor de matemáticas de la Universidad de Freiburg, la latinización no mejoraba mucho la situación.

Los propietarios de estos nombres alemanes duros y guturales llegaron a la conclusión de que el "us" no los hacía melodiosos ni clásicos; de modo

que adoptaron otro método: tradujeron sus nombres poco elegantes al griego y al latín, y la pilosa oruga teutónica se convirtió entonces en mariposa clásica de hermosos colores. El excelente Lammerschwanz (cola de cordero) se convirtió en Casparus Arnurus, y con ese nombre comenzó a enseñar lógica y ética en la Universidad de Jena; el erudito doctor Rindfleisch (Carne de vaca) se convirtió en Bucretius; el pomeranio Brodkorb (Canasta de pan) firmó sus trabajos con el magnífico nombre de Artocophinus.

He aquí una pequeña colección de estas mágicas transformaciones, con las traducciones aproximadas de los nombres alemanes:

Oecolampadius era: Hausschein (Brillo de la casa).

Melanchton era: Schwarzfeld (Campo negro).

Apianus era: Bienewitz (Ingenio de abeja).

Copernicus era: Köppernik.

Angelocrator era: Engelhart (Angel duro).

Archimagrius era: Küchenmaster (Maestro de cocina).

Lycosthenes era: Wolfhart (Lobo duro).

Opsopoeus era: Koch (Cocinero).

Osiander era: Hosenenderle (Puntita de los

pantalones).

Pelargus era: Storch (Cigueña)

Siderocratas era: Eisenmenger (Mezclador de hierro).

Avenarius era: Habermann.

Camerarius era: Kammermeister (Chambelán).

Parsimonius era: Karg (Escaso, parco).

Pierius era: Birnfeld (Huerta de perales).

Ursisalius era: Beersprung (Salto de oso).

Malleolus era: Hemmerlin (Martillito).

Pepericornus era: Pfefferkorn (Grano de pimienta).

Otras naciones adoptaron esta tonta moda. Así, el suizo Chauvin latinizó su honesto nombre y lo convirtió en Calvinus. Y el belga Weier se convirtió en Wierus, el polaco Stojinszky en Statorius, el francés Ouvrier en Operarius, y el inglés Bridgewater en Aquapontanus.

Podríamos agregar miles de nombres a la lista. Ni siquiera la sangrienta sátira de la *Epistolas Obscurorum Virorum* pudo curar a los aludidos de la manía de la "clasicización", a pesar de que las famosas cartas utilizaban nombres como Mammotrectus, Buntemantellus, Pultronius, Cultrifex, Pardormannus, Fornacifisis, etc. Fue obra de la suerte que el

inventor de la imprenta, Hans Gensfleisch, naciera demasiado temprano como para aficionarse a tales locuras. Si hubiera vivido cien años después, ahora hablaríamos de Ansericarnosus en lugar de referirnos a las Biblias de Gutemberg.

Debo confesar que la moderna manía de los seudónimos me parece muy íntimamente relacionada con esta costumbre de los siglos XVI y XVII. Puedo comprender inmediatamente por qué Samuel Spewack escribe novelas policiales bajo el nombre de "A. A. Abbot" (además, lo coloca automáticamente al principio de cualquier lista alfabética), o por qué Euphrasia Emeline Cox prefiere llamarse Lewis Cox. Pero, ¿por qué demonios J. C. Squire se convirtió en Solomon Eagle o Robert William Alexander se disfrazó de Joan Butler? ¿Acaso Clement Dane es más eufónico que Winifred Ashton? ¿O Kirk Deming es mejor que Harry Sinclair Drago? Incluso prefiero Cecil William Mercer a Dornford Yates, o Grace Zaring Stoile a Ethel Vance... pero quizás estas damas y estos caballeros aciertan cuando prefieren Peter Trent a Lawrence Nelson, o Anya Seton en lugar de señora de Hamilton Chase.

5.

La nueva aristocracia adquirió hermosos nombres, pero aún carecía de antecedentes y de árboles genealógicos. Era preciso remediar esta situación; los nuevos e impresionantes nombres necesitaban el respaldo de una firme reivindicación del título nobiliario. Así, comenzó a prestarse atención a las respectivas historias familiares, y se procuró tomar nota de todos los Smith, Jones y Miller que habían sido famosos, sin hablar de los Schmidt, los Wolfy los Müller (Pido disculpas: se trata de los Schmidius, los Wolfius y los Müllerus). Goez, superintendente de Lubeck, escribió un libro sobre los Schmidt famosos, y lo tituló *De clanis Schmidiis.* (Se publicaron obras semejantes en Inglaterra, en Estados Unidos, y sobre todo en Escocia.)

Los Wolf fueron inmortalizados en una tesis doctoral que un erudito miembro del numeroso clan presentó a la Universidad de Leipzig (*De Nominibus Lupinus*).

En cuanto a los Müller, existió el proyecto de consagrarles una extensa obra; desgraciadamente, sólo se dio cima a un fragmento. En su obra Ho-

monymoscopia, Johannes Mollerus, profesor de Flensburgo, prometió escribir la historia de los Müller, y aún anticipó el título: *Mola Musarum Castalia* (lo cual puede traducirse aproximadamente como El molino, fuente de Castalia de las Musas). Como Müller significa molinero, el resultado es un bonito juego de palabras. El erudito historiador danés se proponía reunir bajo este sonoro título a todos los hombres de ciencia cuyo nombre tuviera relación con molinos y con el oficio de molinero. Pensaba ocuparse de los bien conocidos Moller, Müller, Molitor, Molinary, Molinas, Molinnetto, Myliuses, Meulens, Mollenbeck, Mühlrad, Mühlberg, Mühlbach, Mills, Millar, Miller, Millins, Mills, Milmores, Milnes, Milners... y aun del clan húngaro de los Molnarus. Pero, para grave y eterno detrimento de la gloria de molinos y de molineros, la gran obra nunca apareció. El autor sólo dio un anticipo, bajo la forma de un apéndice a su Homonymoscopia, en el que enumeró cincuenta Müller, con una detallada descripción de la obra cumplida por cada uno. Los otros Müller sólo aparecieron en cifras estadísticas, y el breve extracto hizo agua la boca de los historiadores, aunque el apetito de éstos habría de permanecer eternamente insatisfecho.

De todos modos, el profesor Mollerus publicó algunas estadísticas sobre los nombres de pila del clan Müller-Miller. Había cuatro Juanes entre los Molitor, 8 entre los Myliuses, 3 entre los Molanos, 4 entre los Mühlmann, y ninguno entre los Mülpfort. Por otra parte, hasta 1697 los sencillos Müller tenían nada menos que 44 Juanes o Johann. En las filas del mismo clan aparecían 9 Andrés, 3 Arnoldos, 2 Baltasares, 5 Bernardos, 2 Carlos, 6 Gaspares, 7 Cristinos, 6 Danieles, 7 Joaquines, 2 Tobías... y así por el estilo. Había también 4 Juanes Jorges y 4 Juanes Jacobos, lo cual elevaba el número de Juanes a un total general de 52.

Pero lo anterior es poco comparado con el caso de los Mayer, uno de los apellidos alemanes más comunes, mas frecuente que todos los Smith, Jones y Robinson reunidos. El excelente doctor Paulini, uno de los más versátiles y benévolos autores del barroco, preparó la lista de los Mayer famosos. Clasificó 207 nombres, con arreglo a la actividad en que se habían destacado (derecho, medicina, teología, etc.). Incluyó todas las variaciones del apellido: Mayer, Maier, Meyer, Meier... y aun los que eran Meyer "sólo a medias", como Strohmeyer, Stolmayer, Listmayer, Gastmayer, Ziegenmayer, Spitmeyer,

Kirchmeyer, Stallmeyer, Hintermeyer, Wischmeyer, Distermeyer, Hunermeyer, Múnchmeyer, Buchmeyer, Hundemeyer y otros muchos. El doctor Paullini reconoció que el profesor Joaquín Mayer, de Gotinga, lo había ayudado mucho.

Parece que esta plétora de Mayer provocó considerable sensación en el mundo de la ciencia y de la genealogía, pues el profesor Joaquín Mayer inició investigaciones independientes y combinó los resultados de su arduo trabajo en un librito muy interesante, publicado bajo el título de *Antiquitates Meierianae* (Gottinga, 1700).

Hasta ese momento, los filólogos habían creído que el apellido Mayer o Meier provenía del latín major, y significaba simplemente una persona de cierta autoridad puesta al frente de los servidores, etc. En las propiedades rurales eran mayordomos; en las aldeas, regidores o alcaldes. Pero el profesor Mayer, de Gottinga, descubrió que se trataba de un error; los ancestrales Mayer formaban un núcleo mucho más distinguido. El nombre se originaba, según este estudioso, en el céltico mar, mär, mir, que significaba "caballo" y posteriormente, por vía de transferencia, "jinete". Los antiguos germanos, lo mismo que los franceses hoy, escribían ai el sonido

ä, de modo que mär se convirtió en Mair y posteriormente en Maier.

Una vez aclarada esta etimología, el mundo de la ciencia no tuvo inconveniente en aceptar las posteriores deducciones del profesor de Gottinga. De acuerdo con ellas, los antepasados de los Mayer eran caballeros y, como pertenecían a la aristocracia, probablemente dieron algunos príncipes a la antigua Germania. Aun Italia los honró, como lo demuestra el caso de la familia Marius, que dio siete cónsules a Roma. Profundizando más aún el tema, el erudito profesor llegó al Dios de la Guerra, cuyo nombre era también de origen celta. La palabra mar significaba "caballo, jinete, guerrero". El propio Marte era un antiguo Mayer, para mayor gloria y honor de la familia. (El profesor excluyó al clan Marcius, probablemente porque se sintió avergonzado de Coriolano.)

También en Francia los Mayer habían conquistado una posición importante. De sus filas salieron los Maires du Palais, los Maierus Palatinus, es decir, la más elevada dignidad palaciega. Aún hoy el Lord Mayor es el principal magistrado en cualquier ciudad. Ciertamente, los Mayer llegaron muy lejos... por lo menos en la tarea de prestar el nombre de la

familia para la denominación de altas funciones.

Desgraciadamente, después los Mayer alemanes se empobrecieron y perdieron el lustre que les otorgaba tan noble origen. Pero aun en la pobreza los Mayer hicieron cuanto estuvo a su alcance para aumentar la gloria y la fama del clan: en 1598 la esposa del campesino Hans Maier dio a luz trillizos, hecho que en sí mismo quizás no haya sido hazaña muy considerable; pero ese mismo año las ovejas del pobre Maier produjeron tres corderos cada una, y aún su vaca comprendió que estaba obligada a añadir tres terneros a la prosperidad general de la casa.

Pero no acaba aquí la gloria de los Mayer. El nombre sirvió para designar naciones, ciudades y ríos. La tribu de los Marcoman, hombres viriles y de inclinaciones guerreras, sin duda pertenecía al mismo núcleo familiar. Entre las ciudades, Marburg, Merseburg, Wismar, y aun la holandesa Alkmaar son monumentos a la antigua y olvidada fama. Lo mismo puede decirse del río Morava (de acuerdo con el viejo nombre de Marus o Mairus); y del Maros, que corre a través de Hungría y de Rumania.

El profesor Mayer no se detuvo en los confines de Europa. Franqueando sucesivos escalones celtas, escitas y tártaros, siguió la pista del gran clan hasta

el lejano Oriente. Las palabras tártaras Mirza, Murza significaban "jefe de jinetes", y el término Emir, del mismo origen, indicaba una jerarquía importante, tanto entre los persas como entre los árabes. Y todos eran Mayer. Finalmente, el buen profesor hizo flamear su bandera sobre el noble edificio que habla erigido en honor de su familia. Los Mayer, afirmó, incluso habían producido un profeta en beneficio de la humanidad, pues el profeta Elijah era conocido en Palestina por el nombre de Mar-Elijah.

Hoy, la fantástica filología y las conclusiones poco científicas del profesor del siglo XVIII nos mueven a risa. Pero sus investigaciones fueron consideradas muy seriamente durante casi dos siglos.

La locura de la vanidad es tenaz y desafía a la propia realidad.

V

LA ESTUPIDEZ DEL BUROCRATISMO

1.

Dice un proverbio turco: "Si Alá te da autoridad, también te dará la inteligencia necesaria para que sepas mandar". Como muchos proverbios, éste es al mismo tiempo peligroso y falso. Por lo que se refiere a la burocracia, la adquisición de autoridad muy frecuentemente determina la pérdida de la inteligencia, la atrofia de la mente y un estado crónico de estupidez.

Nadie negará que los funcionarios gubernamentales son seres humanos. Y no cabe duda de que la mayoría son excelentes esposos, padres afectuosos y buenos ciudadanos. Pero, sea cual fue-

re la edad del sujeto, o el país en que desempeñan sus funciones, tan pronto se apoderan de un escritorio y de un mueble para archivo de papeles le ocurre algo misterioso y terrible. La letra reemplaza al espíritu, el precedente anula a la iniciativa, y la norma se sobrepone a la piedad y a la comprensión. Hay muchas excepciones, pero cada una de ellas constituye la confirmación de la regla. Las oficinas gubernamentales son viveros de estupidez, y desempeñan el mismo papel que las aguas estancadas en el caso del mosquito anopheles. Es inevitable: aún el burócrata más inteligente sucumbe a la infección.

El papeleo oficial, símbolo de la burocracia, es casi tan antiguo como la humanidad. Los egipcios tenían una burocracia muy desarrollada; el imperio de Diocleciano, que ya se agrietaba por todas partes, se sostenía precariamente en pie gracias a una administración de fantástica complicación. Esos inocentes papeles han sido vestidura de tiranuelos y cadenas de la libertad y de la empresa privada. Thackeray concibió la teoría de que Hércules niño luchó contra montañas de papeles oficiales, no contra serpientes. Shakespeare lanzó sus dardos contra la "insolencia del burócrata". Los romances

de Voltaire satirizaron al mismo tiempo a sacerdotes y a políticos, pero el gran escritor reservó sus flechas más agudas para los "caballeros de la ignorancia, los paladines del papelerío, los campeones de la confusión". Es decir, la burocracia.

A Dickens corresponde el mérito de haber identificado a la burocracia con la ineficacia y la estupidez. En la inmortal figura de Bumble creó el arquetipo del burócrata torpe y miope, y desde entonces el personaje ha hecho carrera. La cálida indignación de Dickens despojó al burócrata de toda su vanidad y autosuficiencia, aunque no lo mató, porque en realidad es inmortal. Carlyle se mostró más violento aún en su ataque a la burocracia, a la que odiaba tanto que a veces perdía todo sentido de la proporción (aunque también era capaz de mostrar sentido práctico). Enfurecido por las reglas y normas del Museo Británico, fundó con varios amigos una gran institución, la London Library, cuyos suscriptores podían llevar libros a casa (privilegio que la biblioteca del Museo Británico todavía niega a sus lectores).

Para mí, el perfecto burócrata estará siempre representado por el Schupo (policía) berlinés, a quien conocí poco después de llegar a la capital alemana.

Necesitaba ir a una calle de los suburbios del oeste de la ciudad, y me dirigí al policía de uniforme verde. Me escuchó atentamente, y luego me suministró la información necesaria con voz seca y rápida. Las instrucciones eran muy complicadas, e implicaban dos cambios de ómnibus, varios desvíos a la derecha y a la izquierda, el cruce de algunas plazas y unos cuantos detalles más. Me fatigué del asunto a mitad de la explicación y decidí que, una vez en camino, preguntarla nuevamente. De modo que agradecí cortésmente al Schupo y empecé a alejarme. Pero su mano enguantada me aferró del hombro y me obligó a dar media vuelta.

-¡No me agradezca!- ladró- ¡Repítalo!

2.

El primer síntoma de la incapacidad mental del burócrata es su lenguaje. Del mismo modo que ciertos desórdenes mentales provocan tartamudeo, ecolalia y otros defectos del habla, así la burocracia crea un lenguaje burocrático. Eric Partridge ofrece una definición de notable moderación, pues afirma que es el “tipo de fraseo que ha sido asociado a me-

nudo justificadamente con las oficinas del gobierno". Y cita en su brillante *Usage and Abusage* un breve pasaje que se refiere a los pequeños comerciantes:

"... los siguientes artículos de esta ley se aplicarán solamente a los comercios, es decir a aquellos artículos de la sección seis y de la sección ocho que se refieren a la aprobación por los ocupantes de negocios, de las órdenes emitidas con arreglo a las secciones de los artículos del párrafo c) de la subsección 1) de la sección siete y a los artículos del párrafo a) de la sección doce..."

Se trata de un caso relativamente benigno. A propósito, recordamos ahora la réplica de un departamento del gobierno al pedido de provisión de un libro. Se informaba al solicitante que estaba "autorizado a conseguir la obra en cuestión mediante compra realizada por los conductos comerciales normales". En otras palabras, se le autorizaba a comprarlo en una librería.

La pasión por las palabras largas, por las frases complicadas, por la expresión tautológica es innata en el burócrata. En Gran Bretaña la enfermedad alcanzó tal gravedad (y provocó tan considerable pérdida de tiempo) que Sir Ernest Gowers, miem-

bro eminente del servicio civil, decidió escribir un libro titulado *Plain Words* (Palabras francas). En él procuró demostrar cómo se podía emplear un lenguaje mejor y más sencillo. El libro fue aclamado... y prácticamente no tuvo la menor influencia. Un ministerio ordenó veinte ejemplares, y una semana después produjo la siguiente obra maestra:

"El consumidor individual rara vez utiliza simultáneamente todas las luces y demás artefactos eléctricos. Por consiguiente, la máxima demanda en un momento dado (la "demanda máxima del consumidor") es menor que la suma total que se obtendría si todas las lamparillas eléctricas y todos los artefactos (la "capacidad instalada del consumidor") funcionaran simultáneamente".

El asunto parece muy impresionante, hasta que se elimina el exceso de palabras. Y entonces se descubre el verdadero significado del párrafo: que si se encienden todas las luces de la casa y se conectan todos los artefactos eléctricos, se gastará más corriente que en caso de utilizar menor número de luces y de aparatos. Pues una de las características más destacadas de la estupidez burocrática es hacer complejo lo que es simple, sinuoso lo directo, y convertir al clisé en profunda y reveladora verdad.

Véase, por ejemplo, esta fórmula mágica:

$$\frac{P}{PO} = R + B\text{-}\frac{S}{SO} + C\text{-}\frac{M}{NO} + B\text{-}\frac{V}{VA} + A\text{-}\frac{N}{NA}$$

Se trata, sin duda, del método de producción de la bomba de hidrógeno, o del elixir Supremo de la Vida. En realidad, es la fórmula oficial que los empresarios fúnebres de Francia deben aplicar cuando calculan el precio de los funerales en cualquier ciudad de más de 20.000 habitantes.

No he podido conseguir el significado de todas las letras. Pero M sobre NO, por ejemplo, representa la variación del precio del forraje destinado a los caballos que tiran del vehículo en el que se transporta el ataúd. ¡No es de extrañar que la tasa de natalidad haya aumentado mucho en Francia, al paso que ha disminuido la de mortalidad! Es evidente que la gente teme morir.

Si los empresarios fúnebres de Francia se ven en dificultades, ¿qué decir de los dentistas ingleses? Pues con arreglo a las disposiciones del *National Realth Service*, deben calcular sus honorarios sobre la base de las siguientes instrucciones:

“El párrafo II del artículo 3 del reglamento re-

formado deberá ser sustituido por el siguiente párrafo:

II. En cualquiera de los meses del mismo año la remuneración no excederá la que resulte de sumar a la remuneración de los meses anteriores del año, la cantidad que sea el producto de la suma standard multiplicada por el número de meses del año que haya expirado al fin del mes para el cual se está realizando el cálculo, agregado a la mitad de cualquier exceso autorizado de honorarios respecto de ese producto que, salvo los artículos de este reglamento, hubiera derecho a cobrar en dichos meses, excluyendo, para todos los fines de este párrafo, el mes de enero de 1949."

Después de luchar con esta kilométrica frase, el dentista tiene todo el derecho del mundo a equivocarse de muela. Y todavía nadie ha aclarado por qué el pobre enero de 1949 ha sido excluido de todo el arreglo.

Se creería que en los Estados Unidos, habida cuenta del genio norteamericano para la frase directa y sencilla, la permanente transformación y el enriquecimiento del idioma evita estos fangales burocráticos. Pero la burocracia es la misma en todo el mundo. Un plomero de Nueva York preguntó al

Bureau of Standards de los Estados Unidos si aconsejaba el uso de ácido clorhídrico para la limpieza de cañerías tapadas; recibió esta breve y desconcertante respuesta:

"La eficacia del ácido clorhídrico es indiscutible, pero el residuo corrosivo es incompatible con la permanencia del metal."

El buen hombre necesitó un buen rato para descubrir el significado de la frase: "¡No use ácido clorhídrico! ¡Se comerá las cañerías!"

Y un funcionario de Washington informó a su superior:

"El contacto verbal con el señor Blank respecto de la notificación de promoción adjunta ha puesto de relieve la formulación adjunta en la que se destaca que prefiere declinar el nombramiento."

Treinta y una palabras en lugar de cinco: "Blank no desea el empleo".

En Nueva Zelandia un funcionario del gobierno inspeccionó cierta propiedad propuesta para asiento de un campo de deportes. Su informe fue perfecto ejemplo de burocratismo:

"De la diferencia de elevación con respecto a la escasa profundidad de la propiedad se deduce claramente que el contorno impide toda posibilidad de

desarrollo razonable con fines de recreación activa."

También en este caso llevó cierto tiempo descubrir que el lote tenía una pendiente muy pronunciada.

El humor inconsciente caracteriza a la estupidez tanto como el papeleo interminable. He aquí un párrafo de cierta reglamentación británica:

"En la Categoría Nueces (descascaradas) (que no son maníes), la expresión Nueces se refiere a dichas nueces, distintas de los maníes, las cuales, si no fuera por esta disposición de enmienda, no merecerían la denominación de Nueces (descascaradas) (distintas de los maníes), por tratarse de Nueces (descascaradas)."

Gracias a una dosis considerable de control de mí mismo, me abstendré de formular el comentario que este párrafo merece.

Sir Alan Herbert, novelista, político e ingenio brillante, resumió el espíritu de la burocracia cuando "tradujo" la frase famosa de Nelson, "Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber", al lenguaje burocrático:

"Inglaterra presume que, en relación con la actual situación de emergencia, el personal encarará los problemas, y realizará apropiadamente las fun-

ciones asignadas a los respectivos grupos ocupacionales.”

Felizmente, Nelson no sucumbió a esta enfermedad verbal, pues de lo contrario es muy probable que Trafalgar se hubiera perdido.

3.

Las guerras modernas han diezmado a muchos países; pero cada una de ellas han engendrado millones de burócratas. Engordan con la escasez y prosperan en los momentos de crisis. La paz jamás puede ofrecerles tantas oportunidades de ejercer sus pequeñas tiranías, de utilizar el papeleo para regimentar al individuo y de amargar la vida de sus semejantes. Ninguna guerra fue ganada por funcionarios; varias estuvieron a punto de ser perdidas por ellos.

Uno de los más valiosos ejemplares de mi colección de tonterías burocráticas data de la Primera Guerra Mundial, y es francés. El fonctionnaire francés ha sido inmortalizado y crucificado por muchas plumas brillantes, desde Rabelais a Moliére y de Balzac a Tristan Bernard; pero ninguno de ellos in-

ventó tan maravilloso monumento al burocratismo como el que me comunicó el venerable Charles Humbert, ex senador por el departamento de Meuse.

El asunto comenzó el 14 de noviembre de 1915, cuando el ministro de Guerra dirigió una carta al comandante en jefe. El gobierno había ordenado la formación de un censo de todos los obreros metalúrgicos y afines que prestaban servicio en el ejército. Sin embargo, uno de los regimientos de infantería territorial resistió la medida y prohibió a sus hombres que inscribieran sus nombres... probablemente porque el comandante de la unidad temía perder algunos de sus hombres en beneficio de la industria de municiones.

La carta del ministro, debidamente firmada por el subsecretario de Estado, fue recibida al día siguiente por la Primera Sección del Comandante en Jefe en Remiremont. Fue enviada al Estado Mayor general del Séptimo Ejército, en Belfort, el 17 de noviembre, y remitida al día siguiente al comandante general de la Undécima División. En el trayecto el documento había adquirido cinco sellos y once firmas (todo ello, en el curso de tres días). El general pasó la carta al Deuxieme Bureau, la sección

de inteligencia de la división. Allí descansó cuatro días, durante los cuales, evidentemente, se reflexionó profundamente sobre el candidato a chivo emisario. Finalmente, el 23 de noviembre, se eligió para ese papel al coronel jefe del regimiento territorial. El 29 de noviembre el coronel envió una respuesta en la cual, con contenida cólera, señalaba que en su regimiento se había preparado la nómina de trabajadores metalúrgicos tres meses antes, y que, por consiguiente, el ministro de Guerra no podía acusarlo a él de insubordinación.

El Deuxieme Bureau decidió realizar una nueva tentativa. Esta vez la víctima elegida fue el regimiento 105. El 6 de diciembre el coronel del regimiento 105 replicaba que había realizado el censo el día 30 de octubre; y para mayor seguridad, repetía las cifras. Belfort hizo otra tentativa el regimiento 209 y recibió otra indignada respuesta. De modo que devolvió el documento (cubierto ahora de sellos negros y firmas ilegibles) al Estado Mayor general del Séptimo Ejército. El 8 de diciembre el Estado Mayor informó respetuosamente que todos los regimientos territoriales habían obedecido la orden del Ministerio. Sin embargo, parece que el comandante en jefe logró interceptar la comunicación, y

montó en cólera. El 11 de diciembre devolvió el documento al comando general del grupo Belfort, con esta observación: "Ustedes no han contestado la pregunta. ¿Se prohibió o no se prohibió a los soldados participar en el censo general de obreros?"

Es probable que el general que comandaba el grupo de Belfort se haya encogido de hombros, haya lanzado un juramento gálico, y luego comenzara todo de nuevo. Envió la carpeta que ahora era bastante más abultada al comandante general de la 105 División, y exigió "acción inmediata". Al día siguiente, el general de la 105 división remitió la documentación al coronel de la brigada 209. El coronel no tenía a quién regalársela, y replicó que él jamás había prohibido a sus hombres nada que no fuera desertar; y ciertamente, no les había impedido registrarse como obreros metalúrgicos. De todos modos, necesitaba cascos de acero; ¿podía hacer algo el general?

El Estado Mayor de la 105 división se negó a intervenir en tan frívolo asunto. Una vez recibido el informe del coronel, envió la carpeta al general a cargo de la brigada 214, quien, a su vez, lo pasó al teniente coronel al mando de la brigada territorial 346. Este teniente coronel fue más lejos aún que sus

colegas. Replicó que no había prohibido a ninguno de sus soldados ni tampoco a los oficiales inscribirse en las listas de obreros metalúrgicos.

La carpeta regresó a las oficinas del general en jefe del Séptimo Ejército. El calendario señalaba ya el 27 de diciembre, y el general replicó al comandante en jefe que ningún regimiento territorial había dejado de cumplir con su deber y, por favor, ¿no se podía dar por terminado el asunto?

Dos días después, el comandante en jefe devolvió toda la correspondencia al subsecretario de Guerra. El 3 de enero, el documento (cubierto de firmas y sellos) llegó al punto de partida. Mejor dicho, debió llegar. Pero un funcionario de escaso espíritu patriótico lo robó y lo entregó al senador Humbert. Y fue discutido en el Senado francés y en la prensa. Y quince años después, el senador me lo regaló.

Entre las dos guerras mejoramos nuestras armas, nuestras tácticas y, naturalmente, nuestra burocracia. Pero en el curso de la Segunda Guerra Mundial, el burocratismo prosperó, con más fuerza e impulso que nunca.

Nada, por pequeño o insignificante que fuera, escapó al control de la burocracia. En el período en

que los Estados Unidos padecieron cierta escasez de carne, Wáshington pidió a Hollywood que no incluyera en las películas escenas de espantadas de ganado; probablemente por temor a que la vista de tanto ganado en pie provocara una revolución de los que ya habían agotado las tarjetas de racionamiento de carne.

Pero el ejemplo clásico de burocratismo en tiempos de guerra fue publicado por el New Yorker en 1944. El hecho ocurrió en Fort Monmouth, lo cual puede o no haber tenido cierto valor profético, en vista de las investigaciones que posteriormente habría de realizar el senador McCarthy. Citemos el articulo del señor White:

"Así como la yarda lineal se define mediante dos hilos tendidos sobre una barra de aleación de platino conservados en un depósito del gobierno, la burocracia se define mediante un documento que obra en nuestro poder: el formulario de tres páginas que debe ser llenado por el civil empleado en Fort Monmouth que haya perdido un níquel en una máquina automática y desee el reembolso de la suma perdida. Incluye dieciséis preguntas que deben ser contestadas bajo juramento, ante notario público: fecha, nombre, puesto y sueldo, dirección local y

número de teléfono, dirección particular y número de teléfono, suma perdida y tipo de máquina en la que se perdió el dinero, ubicación de la máquina, explicación detallada de la pérdida ("Adhiéranse y numérense hojas adicionales"), nombre y dirección de empleadores anteriores, descripción del níquel ("Fecha u otros elementos de identificación, mutilaciones, etc."), nombre y dirección de cualquier testigo de la pérdida, nombre y dirección de tres referencias, clasificación militar, nombre del padre y nombre de soltera de la madre, declaración de ciudadanía del solicitante y de ambos padres, y una declaración, con fechas y lugares, de todas las penas judiciales, incluidas las condenas por violaciones de las leyes de tránsito. El formulario concluye con la siguiente frase: «POR LO TANTO, respetuosamente solicito el reintegro de la cantidad de... centavos»... Si el punto de hervor del agua puede ser denominado arbitrariamente 100º C., bien podemos llamar a la burocracia en estado de fusión 100º C. F. M. (Cuestionario de Fort Monmouth), y éste será el punto de partida de la discusión ulterior..."

Me temo que el señor White está en un error. A riesgo de molestar a mis lectores norteamericanos, debo señalar que los británicos superan al hombre

que redactó el cuestionario de Fort Monmouth. Todavía existen unas cuantas cosas en las que el Viejo Mundo es ligeramente superior al Nuevo, y el burocratismo es una de ellas.

Véase el caso del profesional que solicitó cupones de nafta durante la última guerra para viajar entre su casa y su oficina. Se rechazó la primera solicitud, y se indicó al peticionante que podía viajar en ómnibus. El hombre escribió nuevamente, señalando que el primer ómnibus partía de la zona a las 9 de la mañana, y que, por consiguiente, llegaría tarde al trabajo. Después de considerable demora, recibió un pequeño número de cupones. La carta adjunta decía:

"Después de examinar su pedido, se le han concedido X unidades que le permitirán utilizar su coche sólo para llegar hasta el lugar de trabajo; pues le advertimos que deberá regresar a su residencia por medio del transporte público."

El profesional tragó saliva y preguntó si debía comprar un automóvil nuevo (imposible de obtener durante la guerra) cinco veces por semana. Pero no hubo respuesta a su pregunta.

El uso de petróleo o de nafta estaba reglamentado por centenares de párrafos, cláusulas y sub-

cláusulas. Los empresarios de pompas fúnebres de Francia tuvieron que luchar solamente con la fórmula que les permitía calcular el costo de un funeral; sus colegas británicos hallaron que los carruajes donde se transporte el ataúd estaban clasificados como "vehículos comerciales", empleaban nafta especialmente teñida de rojo, y en cambio los vehículos que transportaban a deudos y amigos eran "coches de alquiler", que usaban nafta blanca. Y sólo a último momento se evitó que éstos fueran clasificados como vehículos de placer".

Otro caso de burocratismo absurdo fue el del hombre de Kensington, Londres, que perdió una pierna a principios de la guerra. De acuerdo con los reglamentos, tenía derecho a una ración extra de jabón, de modo que presentó la correspondiente solicitud. A su debido tiempo recibió los cupones complementarios... por seis meses. Cuando pasó ese medio año, solicitó más cupones. Una comunicación oficial le indicó que podría obtenerlos si presentaba un certificado que atestiguara que aún carecía de la pierna.

El burocratismo es al mismo tiempo estúpido y pomposo, y tiende a atribuir gran importancia al secreto y a la reserva de las actuaciones. Las dos

palabras: "secreto militar" han servido para disimular multitud de pecados y de ineptitudes en todas las guerras, de modo que hoy son ya ligeramente ridículas... especialmente desde que se transformaron en "secreto supremo" o en "altamente confidencial".

Véase el caso de la mujer de Providencia que durante la última guerra recibió un misterioso y excitante llamado telefónico... Larga distancia deseaba saber si ella aceptaba una comunicación de Miami. "No podemos decirle quién la llama", informó la operadora. "Es un secreto militar". La dama no era tonta y tenía un hijo en las fuerzas armadas, de modo que aceptó el llamado y comprobó que su conjetura no andaba descaminada. Efectivamente, era el hijo que estaba en la marina. Las primeras palabras del muchacho fueron: "Hola, mamá, habla George. No puedo decirte dónde estoy... ¡secreto militar!"

Durante la ofensiva aérea contra Londres, los amplios refugios subterráneos del Ministerio de Información (alojados en la Universidad de Londres), sirvieron de oficinas a una muchedumbre de periodistas, la mayoría de ellos británicos, y algunos norteamericanos y continentales. Había una estricta división entre ambos grupos. Mientras se desarro-

llaban los ataques aéreos, afluía al local la información sobre los lugares alcanzados y el grado de gravedad de los daños. No era posible publicar el nombre de los lugares bombardeados, pero los diarios podían referirse a "una escuela en el norte de Londres", o a "una iglesia en la City". Se consideraba que esta información era altamente confidencial, y era leída a los corresponsales británicos agregados al Ministerio en una habitación interior del refugio, donde no se admitía la presencia de corresponsales extranjeros.

Hasta aquí, todo parece normal. Pero a veces el lugar era un poco ruidoso, y el funcionario ministerial debía levantar la voz para hacerse oír. No había puertas que separaran a las distintas habitaciones del refugio. Y no era preciso aguzar el oído para distinguir las voz estentórea que rugía a pocos metros de distancia. A veces, esta lamentable falta de formalismo iba más lejos aún. Por ejemplo, cuando algunos de los periodistas británicos se hallaban en el bar, comiendo o charlando, la secretísima lista de los daños aparecía adherida a una vitrina de noticias, de modo que todo el mundo pudiera verla. Así, los periodistas no británicos no sólo debían ser discretamente sordos, sino también ciegos.

Al principio de la guerra, cuando se arrojaron sobre Alemania las primeras hojas de propaganda, un colega suizo y yo acudimos a un alto funcionario del Ministerio y le pedimos una copia del material lanzado por los británicos. Se negó en redondo. Apelamos a una autoridad superior, y se nos rechazó nuevamente. Exasperados, pedimos una explicación. Entonces se nos dijo solemnemente, y sin el menor rastro de ironía: "Oh, no podemos hacer tal cosa ¡Sería revelar información al enemigo!"

Después de esto, bien podemos considerar leve el caso en que el ejército norteamericano debió organizar el envío de soldados calificados a ciertos colegios, con el fin de que siguieran cursos de ingeniería. Dada la naturaleza de la mentalidad burocrática, no debe extrañarnos que la inscripción en los diversos institutos de enseñanza se hiciera por orden alfabético, con el resultado de que trescientos hombres fueron enviados a un pequeño colegio sureño. De los trescientos, doscientos noventa y ocho se llamaban Brown, lo cual sin duda facilitó mucho la tarea del personal administrativo y docente.

Todos sabemos que la guerra es un infierno. Y el burocratismo contribuye a avivar las llamas, y a ahondar el dolor de las heridas.

4.

En *El Inspector General*, Gogol erigió inmortal monumento a la estupidez de los burócratas. El joven y hábil aventurero que engaña a toda la ciudad tiene éxito no por la falta de honradez sino por la imbecilidad de los distintos funcionarios. Y son funcionarios gubernamentales precisamente porque son estúpidos, afirma Gogol; y si en definitiva resultan más lamentables que ridículos, ello se debe también a la desusada profundidad de la estupidez que padecen.

El burocratismo es ciertamente peligroso cuando está aislado en los límites de una oficina del gobierno; lo es aún más cuando toma contacto con la vida real. Los impuestos, los derechos aduaneros, la agricultura, las reglamentaciones industriales y comerciales, son todas esferas que han dado materia para innumerables bromas e infinitas dificultades en nuestras vidas agobiadas por el peso de la burocracia.

Tomemos, ante todo, el caso de los impuestos. Afirmase que un impuesto popular es un ente imposible... tanto, por lo menos, como un recaudador

de impuestos popular. Los recaudadores británicos se han quejado de su condición de parias sociales... Ningún club de cierta categoría los acepta como miembros, porque se teme la posibilidad de que se dediquen al espionaje aun fuera de las horas de trabajo. Lo cual, naturalmente, es injusto; pero también, por otra parte, bastante razonable.

Tomemos un año que podemos considerar promedio durante el cual sólo dos personas en todo el territorio de Estados Unidos se vieron empujadas al suicidio por la necesidad de llenar los formularios. Una de ellas llegó a realizar la tarea, y garabateó una nota: “Creo que estoy enloqueciendo”... y se pegó un tiro. La otra fue un hombre que mató a su esposa y luego se suicidó con un rifle, dejando el formulario en blanco sobre el escritorio como último mensaje al mundo. En su crónica sobre estos episodios, el New Yorker agregó que “varias personas habían debido ser internadas en instituciones para enfermos mentales... pero siempre es difícil establecer si hubo otros factores que contribuyeron al desenlace”. Ese mismo año un hombre fue multado en Londres, de acuerdo con una ley de 1745, por “arrojar dinero al recaudador de impuestos al mismo tiempo que formulaba comentarios insultantes”.

La pena parece bastante leve. Sin embargo, todo esto ha ocurrido en la etapa en que sólo se trata de llenar los formularios, sin efectuar todavía pago de ninguna clase. La etapa final ha determinado aun mayores tragedias y angustias.

El recaudador de impuestos y su mentalidad burocrática pueden inmovilizar y arruinar muchas industrias y negocios. Ocurrió en la región de los Midlands que uno de estos caballeros visitó una fábrica con el fin de fijar el impuesto a las ventas de los artículos producidos en el establecimiento. El inspector fijó la vista en un llavero de cuero de chancho. Durante más de un año se había vendido con sólo el 33□ % de impuesto sobre la venta. Pero en esa ocasión el inspector advirtió un hecho inquietante y perturbador. El llavero tenía una aplicación de cuero dedos pulgadas de largo. Lo cual significaba que debía pagar el impuesto; lo cual, a su vez, elevaba el precio de fábrica de 2 chelines 2 peniques a 3 chelines 8 peniques.

El inspector se marchó para reflexionar sobre el caso, y más tarde telefoneó a la fábrica. Media pulgada, dijo, permitiría la venta del llavero libre de impuestos. El director de la compañía entendió que debía quitar media pulgada de la lengüeta de cuero.

Pero a vuelta de correo le llegó una carta del inspector: “No he dicho reducir media pulgada... sino a media pulgada”. Después de esta decisión final la fábrica interrumpió la producción de los llaveros. Pues con una lengüeta de sólo media pulgada las llaves corrían peligro de caerse.

Hay ejemplos más notables aún de los actitudes peculiares de los inspectores británicos del impuesto sobre las ventas. Una jarra de metal es objeto de adorno, y tiene un impuesto del 33□ %; si puede ser utilizada para contener agua caliente, está libre de impuestos. Una campanilla de forma normal sufre el 33□ % de impuesto; si la campanilla tiene la forma de una mujer vestida de crinolina, el impuesto se eleva al 100%, porque se trata “de una figura animada”. No hay impuesto sobre los barómetros, pero el que tenga forma de rueda de timón, con agarraderas salientes, tiene el 100% de impuesto. Un juego de cubiertos sufre un impuesto del 66□ %; pero si los cubiertos están no sólo en la caja sino también en la tapa, se reduce el impuesto a la mitad. Una valija de cuero tiene el 100%... si cierra. En caso contrario, se la clasifica como bolsón para compras y no tiene impuestos, aunque lleve un cierre relámpago lateral. El impuesto sobre los cepillos y

los peines, si no se venden en una caja, es del 33□ %; sobre los espejos, del 100%. Si los cepillos, el peine y el espejo se venden en una caja, soportan un impuesto del 100%.

En Gran Bretaña había al fin de la última guerra 22.000 decretos y normas que afectaban a la actividad comercial, reunidos en 28 sólidos volúmenes, cuyo precio era de 65 libras. Desde la introducción del impuesto sobre las ventas, se vende un promedio de ocho ejemplares diarios. Y todo fabricante que infrinja una sola cláusula se hace pasible de acción legal inmediata y posiblemente de una multa sustancial.

A veces el inspector de impuestos se convierte en personaje de una historia de Kafka, completamente divorciada de la realidad. Cierto ciudadano norteamericano descubrió, en el acto de llenar su planilla de impuestos, que el año anterior había pagado setenta y dos dólares de más, y pidió que se le acreditaran sobre el impuesto del año en curso. Pocas semanas después recibió un cheque de setenta y dos dólares, reembolsados por el gobierno. Ignorante de que la augusta Oficina de Impuestos Internos nada sabía del asunto, ingresó el cheque y gastó el dinero. El 15 de junio, con la factura de la segun-

da cuota del impuesto anual, recibió un aviso en el sentido de que se le habían acreditado setenta y dos dólares del pago efectuado el año anterior, de acuerdo con el pedido formulado por el propio interesado. Consciente de que llevaba al gobierno setenta y dos dólares de ventaja (y de que posiblemente era culpable de algo) escribió a su recaudador de impuestos internos, explicando detalladamente todo el asunto. Y pocos días después recibió la siguiente respuesta: "Estimado señor: Cuando se considere su declaración, su pedido de que se le acrediten setenta y dos dólares a su cuenta de este año por el exceso pagado el año anterior será casi seguramente rechazado".

De todos modos, el caso anterior constituye una experiencia agradable comparada con la que vivió la señora Jean Stephens, de Saint John Wood, Londres. La señora Stephens era telefonista de un exportador del West End. Cierto día la mujer que limpiaba su departamento le dio una idea. La mujer dijo que muchas personas de su país (Irlanda del Sur) deseaban trabajar en Inglaterra. "Fundaré una agencia de servicio doméstico", decidió la señora Stephens. Pero como no estaba muy segura del aspecto financiero del problema, pidió consejo a la

oficina impositiva local. Preguntó lo siguiente: "Si encuentro un sitio apropiado y abro el negocio, ¿qué impuesto deberé pagar?" El empleado replicó que debería presentar una declaración de ingresos una vez iniciado el negocio. Entretanto, anotó la dirección de la señora Stephens.

Seis semanas después, llegaron los primeros formularios, en los que se exigía el pago de impuestos sobre los ingresos del negocio. Pero la señora Stephens continuaba en su puesto de telefonista. Aún no había hallado local. Telefoneó a la oficina de impuestos y explicó la situación. Fue inútil. Seis semanas después (y desde entonces con matemática regularidad) llegaron nuevos formularios, exigiendo el pago de los correspondientes impuestos. Finalmente, llegó un cálculo concreto. El negocio, afirmábase, producía 500 libras anuales. Correspondía pagar el primer semestre de impuestos, es decir, 112,10 libras. Cuando la señora Stephens protestó, señalando que era imposible gravar un negocio inexistente, se le indicó firmemente que eso estaba fuera de la cuestión; se había realizado un cálculo, y lo único que podía hacer era apelar la estimación practicada... y dentro de los veintiún días, pues de lo contrario se vería obligada a pagar el im-

puesto total.

Quizás G. B. Stern estuvo en lo cierto cuando dijo: "El recaudador del impuesto sobre la renta posiblemente es un tiburón, aunque yo jamás lo he visto, ni como pez ni como ser humano; pues sólo me he relacionado con una colección de formularios en sobres especiales, cuya repelente transparencia permitía distinguir mi nombre y dirección en el encabezamiento de la carta".

Los funcionarios de la aduana, pilares de la honestidad y sin duda hombres de considerable capacidad intelectual en la vida privada, también sufren la letal influencia del burocratismo. De lo contrario, ¿cómo explicar el triste caso del agricultor galense que poseía un magnífico rebaño de ganado Suffolk? Solicitó una licencia para exportar varios animales. Fue concedida, "con la condición de que se adhirieran placas de bronce a los cuernos de los animales".

Pero el ganado de Suffolk es famoso porque carece de cuernos.

O el caso de aquellos inspectores de aduana yugoslavos, que adoptaron una actitud muy suspicaz ante varias cajas de película virgen que una compañía alemana quiso importar para el rodaje de un film. Insistieron en abrir todas las cajas. La película,

expuesta a la luz, se arruinó completamente. Pero los reglamentos habían sido cumplidos al pie de la letra.

O el caso del navegante aficionado cuyo velero (con motor fuera de borda) rompió amarras en su fondeadero de la costa oriental de Gran Bretaña. Nada supo de la nave durante dos semanas, y entonces llegó una carta muy cortés, fechada en un pequeño puerto belga. La embarcación había sido hallada por un pesquero belga, y llevada a puerto. Todo estaba a salvo, incluidos los aparejos de pesca y una botella de oporto. ¿Tendría el propietario la bondad de retirar la embarcación?

Muy complacido, el hombre se preparó para recuperar su velero. Pero la cosa no era tan sencilla. Necesitaba una licencia de importación de la Junta de Comercio antes de reintegrar la nave a puerto inglés. Y tres veces le negaron el permiso que solicitaba... ¡porque era necesario proteger a la industria naviera británica!

Quizás el caso más lamentable fue el de Mr. Alfred Foster, a quien un amigo de Helsinki, Finlandia, envió una bolsa de papas (159 libras, para ser exactos). La Aduana afirmó: "Usted necesita una licencia de importación". La Junta de Comercio

afirmó: “Usted necesita un certificado sanitario. Debemos asegurarnos de que esas papas no han crecido en tierras infestadas y que no se ha hallado mosca colorada en un radio de 31 millas del lote donde se cultivaron las papas”. Además, el señor Foster sólo podía consumir 22 libras de papas, y la Junta de Comercio deseaba conocer el nombre y dirección de todas las personas que recibirían el resto de las papas.

El señor Foster escribió a su amigo finlandés y le pidió que no olvidara el certificado sanitario. Y pronto recibió la respuesta: “Demasiado tarde. Las papas ya llegaron a puerto Salford. Y, de todos modos, aquí en Finlandia nunca supimos que fuera preciso certificar la salud de las papas”.

En este punto las relaciones entre el señor Foster y el gobierno británico comenzaron a complicarse. La Junta de Comercio archivó la lista de los probables consumidores de las papas, y entregó al señor Foster la licencia de importación. Sin embargo, la Aduana retuvo las papas hasta la eventual presentación del certificado sanitario. El Ministerio de Agricultura no podía suministrar el documento porque no había intervenido en el cultivo de los tubérculos.

El asunto descansó pacíficamente unas ocho semanas. Finalmente, llegó una carta: "Sin certificado, no hay papas. Destrúyalas o envíelas de regreso a Helsinki". Ahora bien, Helsinki está por mar a 1.200 millas de Inglaterra, y el señor Foster hubiera debido gastar más devolviéndolas que comprando la misma cantidad en Inglaterra. De todos modos, creyó que era una lástima destruirlas, a pesar de que ya estaban completamente brotadas, de modo que preguntó a la Aduana si era posible regalarlas al capitán del carguero finlandés que las había transportado. La respuesta fue negativa. De modo que las papas fueron destruidas y el burócrata imbécil se sintió feliz.

5.

Sería un error creer que la estupidez del burocratismo se limita a los funcionarios gubernamentales. Es enfermedad contagiosa, y puede florecer en cualquier organización que ejerza autoridad sobre las actividades humanas. Y se desarrolla particularmente en los sindicatos.

La Unión de Plomeros de Gran Bretaña, por

ejemplo, lucha colectivamente contra las bicicletas. Ha prohibido estrictamente a sus miembros la concurrencia al trabajo en ese tipo de vehículo. Sir John W. Stephenson, secretario de la Unión de Plomeros, ha explicado la prohibición con la maravillosa lógica del burócrata:

"Nuestra regla se remonta a los primeros tiempos de la bicicleta, cuando los empleadores ponían como condición indispensable que sus asalariados fueran al trabajo en bicicleta. El sindicato consideró injusto que sus miembros más ancianos se vieran obligados a andar en bicicleta. Y otros plomeros no comprendían la necesidad de gastar dinero en la compra de una bicicleta."

De modo que andar en bicicleta se convirtió en infracción a las normas sindicales, punible con una multa de 20 chelines, que se aplicaba a todo plomero que utilizara ese vehículo para ir al trabajo... sin que importara si el interesado estaba o no de acuerdo. Sin embargo, los ayudantes de los plomeros pueden utilizar bicicletas. Sólo les está prohibido a los oficiales plomeros... lo cual, naturalmente, es fruto de la perfecta lógica burocrática. En este sentido, los Estados Unidos son mucho más tolerantes. En Dakota del Norte, por ejemplo, un maquinista

de locomotora que quería llevarse el tren a casa, al final de la jornada, tenía derecho a ello, siempre que consiguiera los indispensables ayudantes. De lo contrario, debía abandonar el tren y pagarse el billete de regreso. Los maestros de escuela de Pennsylvania podían encerar los pisos de la escuela los sábados, para ganar un poco más de dinero... siempre que los ordenanzas regulares no aceptaran esas tareas.

Considérese, en cambio, el triste caso de la señora Muriel George, que quería ser peluquera en Northumberland. Su esposo, el señor Ronald George, era gerente ayudante de la sociedad cooperativa local. La señora abrió una peluquería en un edificio recién construido, y tuvo bastante éxito. Pero entonces intervino la cooperativa y declaró: "Eso no es posible. En nuestra organización hay un departamento de peluquería; usted no puede competir con nosotros mientras su esposo trabaja en la organización".

Se desarrolló una prolongada batalla, pues los directores de la sociedad ofrecieron al señor George la alternativa de renunciar o de inducir a su esposa a cerrar el negocio. El matrimonio George se negó a aceptar ninguna de las dos posibilidades. En defini-

tiva, se vieron obligados a abandonar su hogar y el negocio, para mudarse a otra parte del país, donde el señor George consiguió empleo en una cooperativa que no tenía departamento de peluquería.

Quizás el lector recuerde la lucha más o menos semejante que Anton Karas, el famoso tocador de cítara de *El tercer hombre* tuvo que librar cuando quiso abrir una Heuriger (posada) en el suburbio vienés de Sievering. Invirtió todos sus ahorros en la aventura y solicitó una licencia. Pero tropezó con la oposición de la corporación de taberneros. "Si las autoridades permiten el funcionamiento del negocio de Karas", declaró solemnemente la organización de patrones, "ello equivaldría a la aplicación en Austria del principio de libre empresa".

¡Sin duda, una perspectiva terrible! Karas fue multado en 15 libras mientras se sustanciaba la apelación contra el primer fallo, que ordenaba el cierre del negocio. La Corte declaró: "La culpabilidad del acusado resulta probada por sus anuncios en diarios y por su propia confesión de que ha servido porciones de pollo frito con vino". A pesar de esta espantosa confesión, Karas apeló a la Corte Constitucional, y entretanto continuó en su desafiante actitud de servir pollo y vino al mismo tiempo

que tocaba el tema de Harry Lime.

Perdió la apelación. Otro tabernero del mismo distrito decidió retirarse y por una suma sustancial le vendió su licencia. Y entonces la unión de patronos taberneros pareció satisfecha... pues se había mantenido el sagrado principio del monopolio de la venta de pollo frito y vino.

La estupidez burocrática se esfuerza también por interferir en el funcionamiento de la Naturaleza. En Egipto, la señora Nazla el Hakim, directora de una escuela de El Cairo, llamó a todas las maestras y les espetó una conferencia. Después de criticar el trabajo, la apariencia general y la moral de sus subordinadas, dijo lo siguiente: "Puedo autorizarlas a tener hijos sólo durante el mes de junio. De lo contrario, se perturba el desarrollo normal del año escolar".

El amor puede reírse de muchas cosas... pero no de las directoras de escuela. Y las maestras de El Cairo se vieron obligadas a vivir en constante temor, no fuera que la cigüeña demostrara hacia la directora menos respeto que el que las propias maestras debían expresar.

La burocracia tampoco cree en la justicia. Hace algunos años se incendió la casa del brigadier C. E.

Hudson, en Chudleigh, Devon. El brigadier Hudson llamó a la telefonista y le pidió que enviara a los bomberos. Acudieron con mucha demora, y la casa resultó completamente destruida. ¿Qué había ocurrido? Como siempre, la burocracia. La telefonista sospechó que se trataba de una broma. De modo que telefoneó al sargento de la policía local. El buen hombre dormía profundamente. Al fin se levantó, se vistió, y fue en su coche hasta la casa. Cuando comprobó que el incendio era real, telefoneó al cuerpo de bomberos.

Luego, vino el epílogo... un ejemplo perfecto de lo que significa añadir el insulto a la injuria. Pues la Administración de Correos pidió al brigadier que pagara el teléfono destruido durante el incendio de la casa. Muy irritado, el militar replicó que bien podían olvidarse del reclamo, "en vista de que el instrumento podía haberse salvado si el servicio telefónico hubiera funcionado más eficazmente". Pero la Administración de Correos se mostró inflexible. Según parece, perder la casa no era suficiente; el infortunado brigadier tuvo que pagar el instrumento que, precisamente, no le había suministrado la ayuda que tanto necesitaba.

En cierto sentido, las democracias occidentales

son afortunadas, pues en ellas es posible ventilar públicamente las estupideces cometidas por la burocracia. A veces se logra presionar a través de la opinión pública, y entonces se remedian ciertas situaciones. (Aunque a menudo son soluciones tardías e inadecuadas.) Pero en los países totalitarios las víctimas no pueden acudir siguiera a ese recurso (o por lo menos su utilización está severamente restringida). En los países comunistas la llamada "autocrítica marxista" es generalmente un arma empleada contra quienes (voluntaria o involuntariamente) se han apartado de la línea del partido; y aunque Pravda e Izvestia publiquen una columna de abusos y de estupideces burocráticas, en general el poderoso aparato del Estado sólo puede ser atacado por motivos políticos nunca por razón de su ineficiencia. Pues la burocracia es la nueva clase gobernante; el jefe partidario ha reemplazado al noble y al capitalista. En muchos casos se ha convertido en clase hereditaria, pues los funcionarios comunistas se preocupan de conseguir excelentes sinecuras para los miembros de su familia.

No es necesario señalar que la burocracia comunista es ineficaz. Los rusos siempre tuvieron la manía de los dokumenti, y muchos planes quinque-

nales se ahogaron en un mar de papeles. Nunca olvidaré la figura del sargento ruso, con su manchada túnica y sus bien lustradas charreteras, que examino nuestros pasaportes en la frontera de la zona ruso británica de Austria. Insistió en que le presentáramos dokumenti, hasta que al fin nos vimos obligados a entregarle cuentas de hotel, menús, y el itinerario mimeografiado de la Asociación de Automovilistas. Estudió celosamente el material durante más de media hora; y como sostenía algunos de los papeles al revés, no creo que haya obtenido mucha información de todo ello. Pero la considerable masa de papeles seguramente lo convenció de que éramos personas que viajábamos legalmente, de modo que al fin nos dejó pasar... aunque no de muy buena gana.

Cuán estúpido puede ser el burocratismo comunista lo demuestra el lamentable caso de una gran fábrica húngara, que debía ser completada para cierta fecha, pues sus productos estaban destinados a alimentar otra media docena de fábricas. Se daban fechas y más fechas, pero la fábrica no estaba lista. Se concedieron otros tres meses; sin embargo, faltaba mucho para completar el trabajo.

Al fin, se envió una comisión especial al lugar de

la construcción. Volvió con informes alarmantes: a ese paso, dijo, jamás se concluiría el trabajo. Tantos departamentos habían participado en la planificación de la fábrica, era tanta la gente que procuraba esquivar responsabilidades, que en el lugar de las obras reinaba el más completo caos. Entre otras cosas, los planes establecían la construcción de dos edificios diferentes en el mismo lote; y durante meses nadie se había atrevido a señalar el error. Un grupo de obreros estaba levantando un galpón en un extremo, y otra cuadrilla había recibido orden de derribarlo, porque se habían modificado los planes; pero el capataz de la primera cuadrilla no había recibido aviso de los cambios introducidos. Se había comenzado la construcción de un gran edificio para la administración antes de haber excavado el lugar para los correspondientes cimientos; se habían tendido rieles sobre un lote destinado a construcción... y así por el estilo, hasta que, presas de la más absoluta desesperación, en la imposibilidad de poner orden en la confusión, resolvieron abandonar todo el proyecto.

6.

El lector dirá que he presentado aquí una selección deliberadamente unilateral de casos particulares; que casi todos los burócratas son eficientes e irreprochables. No es mi intención afirmar que la gran mayoría de los burócratas o empleados son estúpidos; pero sí creo que cada habitante de este planeta puede citar por lo menos un ejemplo de estupidez burocrática. Muchos podemos citar una veintena o más aún. Y si se suman todos los casos aislados, resulta un total impresionante.

No es de extrañar, pues, que hayamos desarrollado una suerte de órgano protector contra la burocracia; y que en nuestros planes y cálculos dejemos cierto espacio para los extravíos y las estupideces del aparato burocrático.

El arquetipo clásico del humilde ciudadano que se defiende contra las fuerzas ciegas e intangibles de la burocracia es el buen soldado Schweik, el héroe cómico de nuestra época. Enfrenta a la estupidez con estupidez; pero la suya es una especie de idiotez inspirada, con la que procura asegurar su propia supervivencia. Y su astucia es mucho mayor que la de los héroes de Kafka, que luchan contra fuerzas cie-

gas identificadas por algunos críticos con la formidable burocracia de los Habsburgo, y por otros con el pecado original de la humanidad. Schweik sobrevive y siempre sobrevivirá, pues la burocracia no puede atrapar a un sujeto tan resbaladizo, ni envolver a un individuo cuya pasividad es expresión de la más cabal agilidad.

En nuestro mundo moderno Schweik tiene muchos descendientes y camaradas. Así, por ejemplo, una firma británica de fabricantes de muebles escribió a uno de sus clientes: "Señor: Después que usted nos envió su estimada orden por 20 sillones medianos de roble, la Junta de Comercio dividió la orden y aprobó la entrega de sólo diez unidades. Le rogaríamos que nos envíe otra orden por 20 sillones para que la Junta de Comercio la reduzca a la mitad y tengamos de ese modo la cantidad necesaria de unidades". Y a una joven norteamericana que solicitaba un nuevo talonario de cupones de racionamiento, para reemplazar al que había perdido, se le pidió que relatara detalladamente lo que había hecho para hallar el anterior. Y respondió con magnífica sencillez: "Miré en todas partes". Creo que esta mujer había heredado parte del espíritu inmortal de Schweik; lo mismo que el caballero norteamericano

que introdujo mil cigarrillos en Dinamarca, a pesar de que los reglamentos sólo autorizan cincuenta por cada viajero. La noche antes de salir de Nueva York, este ingenioso turista encendió uno por uno los cigarrillos, aspiré una pitada y los apagó. Había hallado el punto ciego de la ley... la cual no prohibía la introducción de colillas de cigarrillos.

Simpatizo con el hombre que, cuando encuentra la pregunta "Raza" en una solicitud de visa, contesta simplemente con la palabra: "Humana". Admiro el espíritu de una mujer norteamericana que durante la última guerra estuvo empleada en el Ministerio de Marina. Decidió renunciar. Cuando comunicó sus intenciones, sus superiores le explicaron que el asunto no era tan sencillo. Debía explicar por escrito los motivos de su decisión, obtener el permiso correspondiente y esperar que adiestraran a su reemplazante... y así por el estilo. La mujer regresó a su escritorio, caviló durante algunos instantes, y luego mecanografió brevemente una hoja de papel, que introdujo en un sobre. En la cubierta del sobre escribió: "No abrir hasta las 3.30 p.m.", y la entregó al jefe de sección. Como buen burócrata que era, el hombre abrió el sobre a las 3.30 en punto. El mensaje que halló adentro era seco y definitivo: "Me

marché a casa".

Casi idéntico ingenio demostró un jefe de departamento de un gran edificio gubernamental de Londres que se vio trasladado de un día para otro, con todo su personal, a un salón excesivamente pequeño para las necesidades del trabajo. Como la sala vecina estaba vacía, solicitó se le permitiera ocuparla, pero el pedido fue denegado. Era preciso adoptar una decisión rápida, de modo que consiguió una mesa y varias sillas, y puso a dos de sus empleados a trabajar en la habitación de marras. Luego pidió nuevamente, por conducto oficial, que se le permitiera utilizar el sitio. Después de varias semanas de espera, se repitió la misma negativa anterior. Pasaron otras tantas semanas, y al fin se encontró casualmente con el funcionario encargado de la distribución de los locales; consiguió acorralarlo, y le preguntó por qué no le cedían aquel sitio (supuestamente) vacío. El hombre respondió que "se reservaba la habitación para darle el mejor destino posible". El departamento necesitó siete meses para descubrir lo que había ocurrido... y entonces se concedió autorización; al mismo tiempo, se aplicó una reprimenda al jefe de departamento por "haber adoptado una actitud unilateral". Soportó la repren-

sión con auténtica paciencia cristiana.

7.

El señor Philip Fothergill, presidente del Partido Liberal británico, pronunció hace años un discurso en el que resumió la estupidez y la malignidad del burocratismo, mediante una versión moderna de la parábola del buen samaritano:

"El samaritano halló al hombre herido a la vera del camino, y telefoneó a los hospitales de Jerusalén y de Jericó. Debido a cierta desgraciada desinteligencia entre ambas instituciones, se produjo una demora de varias horas en el envío de una ambulancia, y cuando el vehículo llegó al lugar la víctima ya había muerto.

"No es posible censurar la actitud del samaritano que hizo tan poco. Debe recordarse que era ciudadano de una potencia sospechosa. Más aún, la visa de su pasaporte probablemente estaba vencida, y si hubiera caído en manos de la policía local seguramente habría sido encarcelado o deportado por las autoridades judías, en su condición de extranjero indeseable"...

Sería posible escribir nuevamente cada uno de los cuentos de hadas, cada parábola, cada relato de heroísmo según se vería afectado hoy por la estupidez burocrática. Pero ésta no es, ciertamente, una fuerza mítica o alegórica. En sus efectos generales, es quizás la forma más peligrosa y destructiva de la estupidez.

8.

Cuando el burocratismo alcanza su forma más elevada, más peligrosa y más aristocrática recibe el nombre de protocolo diplomático, de etiqueta internacional, de procedimiento propio del servicio exterior. Sea que debamos ver en el diplomático a un hombre "pagado para mentir", como afirmó cierto francés cínico, o a un "espía glorificado y privilegiado", como afirmó un norteamericano, está sometido a leyes y a reglamentos que en algunos casos tienen siglos de antigüedad, y son hoy aún más insensatos que originalmente.

Durante una generación entera una tremenda acumulación de archivos amontonó polvo en la biblioteca de la corte y del Estado de Baviera, en Mu-

nich. A principios dela década de 1870, Sebastián Brunner, prelado papal e ilustre historiador, examinó esta terrible montaña de papel y publicó los resultados de su trabajo en dos interesantes volúmenes (*Der Humor in der Diplomatie*, "El humor en la diplomacia", Viena, 1872). Los archivos que había estudiado contenían los informes de los embajadores imperiales de Austria en Baviera de 1750 a 1790. Cómo estos informes estaban en Munich, cuando originalmente habían sido dirigidos a Viena, es un misterio que el propio Brunner no fue capaz de resolver. Como lo indica el título de la obra, se trata de un trabajo humorístico; lo cual no significa, naturalmente, que Sus Excelencias desplegaran mucho ingenio o que en sus despachos relataran historias cómicas. Las citas que monseñor Brunner utiliza son todas extremadamente decorosas y el estilo es un tanto pedestre; los autores jamás habrán creído posible que los lectores modernos hallaran nada reidero en sus largas, solemnes y pomposas parrafadas.

Se trata de un desfile de mezquinas intrigas de la corte; las conspiraciones y tramoyas de dignatarios sin importancia, los problemas de título, de rango y de precedencia; es decir, hormigas convertidas en

elefantes y montículos elevados a la categoría de montañas.

El 10 de abril de 1756 el embajador austríaco se queja amargamente de que sus sirvientes- ¡vestidos de librea!- deben pagar cierto derecho de peaje si llegan a las puertas de Munich después del toque de queda. Pregunta si los lacayos del embajador bávaro en Viena están sometidos a la misma exacción. Recibe una respuesta afirmativa. De modo que el embajador austríaco decide amenazar con el despido a cualquiera de sus servidores que se demore fuera de su residencia... cuando viste la librea que le sirve de uniforme. La discusión de este problema insumió trece hojas de papel de oficio. Finalmente, el 30 de abril, el embajador informa el canciller austríaco, príncipe Kaunitz, que el Elector de Baviera ha renunciado graciosamente al pago del peaje. "No podría decir si este desenlace favorable fue resultado de mi firmeza tenaz o si el Elector deseaba demostrar los sentimientos personales que le inspiro o si constituye el reconocimiento de la diferencia que existe entre un representante imperial y el de un electorado".

El 6 de abril de 1770, cuatro páginas para informar sobre los preparativos de la visita a Munich

de una archiduquesa austríaca. Había obstáculos casi insuperables. El embajador austríaco exigía que la guardia de nobles que acompañaba a la archiduquesa pudiera cabalgar hasta el patio interior del palacio del Elector. El Elector se negó obstinadamente; la visitante podría ser acompañada solamente hasta las puertas del palacio. Y en esta ocasión de nada sirvió la tenacidad; el gobernante bávaro no cedió.

27 de marzo de 1778: Una conferencia, presidida por el Elector, para decidir un candente problema: si la cinta de la Orden bávara de San Jorge debía ser llevada sobre el hombro izquierdo o sobre el derecho. La conferencia se inclinó por este último criterio. El embajador se sorprendió mucho cuando, en la primera recepción de la corte después de la mencionada conferencia, el Elector llevó su propia cinta sobre el hombro izquierdo. El informe agregaba una circunstancia atenuante: "Sin embargo, Su Excelencia tuvo cuidado de llevar el Vellón de Oro en un lugar muy conspicuo".

En la masa de informes, los problemas y las discusiones sobre cuestiones de precedencia ocupan un lugar prominente. Los enviados se aferraban a estos asuntos con desesperada tenacidad. No se

avenían a ceder ni una pulgada de los privilegios debidos a sus respectivos amos. El principio fundamental era doble: obtener el homenaje debido al señor de cada cual, e impedir que el embajador o el ministro de otra corte gozara de los mismos privilegios.

En 1761, el conde Podstaski participó en la elección del obispo de Passau, en carácter de representante del emperador. No se trataba de una ceremonia eclesiástica, sino civil; el emperador, en su condición de señor, otorgaba las propiedades episcopales al nuevo obispo, Clemens, príncipe real de la casa de Sajonia. Se trataba de una brillante y memorable ocasión.

Pero desde el principio mismo se produjo un lamentable choque entre el enviado imperial y el capítulo de Passau. El conde señaló el caso de una ceremonia similar, realizada en 1723, y exigió que los dos canónigos designados para recibirlo, rodeados por todo el séquito episcopal, lo esperaran al pie de la primera escalera, y que la misma escolta ceremonial lo acompañara mientras subía la segunda escalera, hasta el salón donde se realizaba la ceremonia de investidura. Por su parte, el maestro de ceremonias del capítulo presentó al conde un ante-

cedente aún más antiguo, que se remontaba a 1680; de acuerdo con este último, los dos canónigos no estaban obligados a recibir al enviado imperial al pie del primer tramo de escaleras, sino en el descanso entre el primer tramo y el segundo. Debido al apremio de tiempo, el conde se vio obligado a ceder, pero aclaró terminantemente que se reservaba sus derechos y que no consideraba la emergencia como precedente para el futuro.

Tuvo mucho más éxito cuando se discutió la disposición de los asientos. Durante la elección se sentó bajo un baldaquín negro, sobre un sillón cubierto de paño negro. Cuando el capítulo lo llamó, su sillón se distinguía de los ocupados por los canónigos gracias a un ribete dorado. Durante el banquete de celebración el sillón que ocupaba estaba forrado de terciopelo rojo. Bebió a la salud del emperador en un vaso de cristal servido en bandeja de oro; en cambio, brindó por el capítulo y por sus miembros en un vaso común; a su vez, el nuevo obispo bebió a la salud del conde en un vaso con tapa de plata.

Tampoco omite el conde la descripción de su ubicación en la mesa del Consejo. Los canónigos, a dextro latere, se hallaban cerca de la mesa; los que

estaban a la izquierda retiraron sus sillas para que el enviado imperial pudiera llegar a la mesa con toda dignidad y seguridad.

Al estudiar estos detalles, se advierte cuán difícil fue sin duda la vida de un diplomático. No es de extrañar, entonces, que todavía en la década de 1950, el señor Marcus Cheke, vicemariscal del servicio diplomático de Su Majestad, tuviera que componer una guía especial de las cortesías que necesitan desplegar los jóvenes diplomáticos británicos; para lo cual creó un mítico John Bull que va a Mauritania como tercer secretario del embajador de Su Majestad, Sir Henry Sello (como se ve, aquí aún los nombres tienen carácter burocrático). El pobre y juvenil John Bull comete una gaffe tras otra, y se ve superado y desbordado por el tercer secretario de la embajada de Holanda, un hombre mucho más experimentado. Este último vive sus días como un perfecto diplomático:

"Almuerza con un banquero, toma cóctels en alguna de las legaciones, cena con un diputado, pasa la velada en casa de una dama que es amiga intima del Ministro de Finanzas"

Parece un programa muy divertido, aunque cabe su poner que el tercer secretario dedica muy poco

tiempo al trabajo de la oficina. El señor Cheke da buenos consejos sobre la conducta en las comidas oficiales, recepciones, fiestas, partidas de bridge "en la casa de un extranjero", relaciones con la prensa, y aún funerales:

"Muchas conexiones políticas muy interesantes han sido establecidas por el jefe de una misión extranjera en el curso de un convulsivo apretón de manos mientras desfilaba el cortejo fúnebre, y se han consolidado ofreciendo a esa relación reciente trasladarla a su casa desde el cementerio, en el coche del embajador."

Duda: ¿Qué ocurre si la persona que es una "conexión política muy interesante" a) está demasiado abrumada por el dolor para estrechar manos, convulsivamente o de cualquier otro modo, o b) tiene su propio automóvil?

Es posible que para el joven John Bull la etiqueta sea menos rígida y la precedencia menos imperativa; pero sus antecesores en la diplomacia necesitaban estar constantemente en guardia, pues no podían prever cuándo darían el paso en falso que podía significar una vergonzosa caída. Por eso estaban siempre inquietos, siempre alertas, ocupados en librar eterna guerra de guerrillas sobre privilegios y

precedencias.

El conde Ottingen, enviado del emperador Leopoldo I, se reunió con los embajadores del Sultán en un lugar denominado Zalankemen, Hungría oriental. En el acto de desmontar, ambos grupos se vigilaban con ojos de lince, pues quien tocaba primero el suelo debía realizar una humilde reverencia frente al otro, todavía sentado en su montura. El conde austríaco era viejo y corpulento, y no estaba en condiciones de desmontar de un salto. Mientras forcejeaba por bajar del caballo, los representantes turcos permanecieron en la misma postura, con un pie en el estribo. Finalmente, el conde logró llegar al suelo... y en el mismo instante los turcos también tocaron tierra.

La planta del pie no era la única parte del cuerpo que desempeñaba un papel importante en la diplomacia; también era preciso vigilar otra región del cuerpo, ubicada en un lugar muy diferente. La tradición afirmaba que quien se sentaba primero adquiría preeminencia. En la conferencia de paz de Karlowac, se aplicó una ingeniosa idea con el fin de satisfacer los escrúpulos de precedencia de los representantes austrohúngaros, turcos, polacos y venecianos. Se construyó un salón circular, formado

por una sola cámara, con una mesa redonda en el medio. El pabellón de madera tenía cuatro puertas, y las tiendas de los enviados estaban frente a las cuatro entradas. A una señal convenida los embajadores abandonaban simultáneamente sus respectivas tiendas, abrían con estricta precisión la puerta que correspondía a cada uno y se sentaban en el mismo instante en los respectivos sillones. De ese modo, ninguno reconocía preeminencia a los demás, y se salvaguardaba la dignidad de las cuatro potencias.

Un problema semejante inspiró la misma solución a John o'Groat o por lo menos, así lo afirma la leyenda. John o'Groat (o Jan Groot) fue de Holanda a Escocia con sus dos hermanos, durante el reinado de Jacobo IV, y se estableció sobre la costa nordeste de Escocia. Con el tiempo, los o'Groat prosperaron, y su número aumentó; al cabo, se contaban ocho familias del mismo nombre. Una vez por año se reunían en la casa construida por el fundador de la familia; pero llegó el momento en que se planteó el espinoso problema de la precedencia, y John o'Groat prometió que la próxima vez que acudieran todos quedarían satisfechos. Construyó una sala de forma octogonal, con una puerta en cada uno de los

lados, y en el centro del recinto colocó una mesa también octogonal. Y esta construcción en las proximidades de Duncansby Head fue llamada después la "casa de John o'Groat".

En cierta ocasión Federico el Grande nombró embajador en la corte de Versalles a un coronel, y el militar en cuestión tenía sólo una mano. La corte francesa quedó sumida en profunda perplejidad. Se les ocurrió que si nombraban embajador en Berlín a un hombre entero, el Rey de Prusia se reiría de los franceses. Se discutió y examinó el problema, hasta que al fin hallaron un diplomático que sólo tenía una pierna... que debió exclusivamente a esa deficiencia el nombramiento de embajador en la corte de Prusia.

Quizás se trata solamente de una anécdota, o de una invención satírica, pero la obra *Some choice observations of Sir John Finett, Knight and master of the ceremonies, etc.* (1565) incluye únicamente hechos relacionados con las curiosidades de la burocracia y del ceremonial. Sus "observaciones selectas" fueron publicadas sólo después de la muerte del autor; nunca pensó darlas a conocer, y escribió sus memorias sólo por placer personal.

Sir John se vio en graves dificultades con el

obstinado embajador veneciano. El astuto italiano había sido invitado a cierto festival de la corte, pero antes de comprometerse, mandó buscar al maestro de ceremonias y pidió que le repitiera, palabra por palabra, el texto de la invitación enviada al embajador francés. Luego, insistió en que su invitación fuera redactada exactamente del mismo modo, sin omisión de una coma o de una mayúscula. Sir John aceptó y se marchó a casa, abrigando la esperanza de haber resuelto el problema. Poco después llegó otro mensajero, jadeante y excitado: el enviado veneciano deseaba saber si también estaría presente el representante del Gran Duque. Sí, replicó Sir John. En ese caso, dijo el mensajero, rogaba al maestro de ceremonias que le informara cuál de los dos (el representante del Gran Duque o el enviado de Venecia) recibiría PRIMERO la invitación, porque de ello dependía la asistencia del diplomático veneciano. ¿Qué podía hacer Sir John? Aseguró al representante de la República que él sería el favorecido.

La maniobra diplomática más exitosa del maestro de ceremonias fue su arbitraje entre los embajadores español y francés, cuyas disputas eran interminables. El problema era grave, y hubo de celebrarse una conferencia. ¿Cuál de los dos debía

sentarse a la derecha del nuncio papal? Por desgracia, el mencionado nuncio sólo tenía un lado derecho. Sir John se vio en un aprieto, pero al fin descubrió una solución brillante. Pidió al representante papal que mandara buscar al nuncio residente en París. Monseñor se echó a reír e hizo lo que se le pedía. Ahora era muy natural que el nuncio de París se sentara a la derecha del londinense. Y por su parte, los dos belicosos embajadores podían hacerlo donde mejor quisieran. El francés eligió el asiento de la izquierda, porque de ese modo estaba más cerca del nuncio de Londres; el español votó por el de la derecha, porque así, aunque a un asiento de distancia, el lugar que ocupaba era más distinguido. Y ambos se sintieron satisfechos.

A veces era inútil apelar a ardides o a recursos ingeniosos. Los propios embajadores resolvían el asunto apelando a la fuerza.

Así ocurrió en Londres, en septiembre de 1661. Llegó un nuevo embajador sueco, que en su propia nave remontó el Támesis. Con arreglo a la etiqueta de la corte, el carruaje real lo esperaba en la Torre; el enviado subía al coche y era trasladado a Whitehall. Los carruajes de los restantes diplomáticos extranjeros solían unirse a la procesión. Y aquí sur-

gió la violenta disputa: ¿Cuál de los carruajes debía seguir inmediatamente al que ocupaba el embajador sueco? ¿El español o el francés? El rey Carlos se encogió de hombros y declaró que los caballeros en cuestión bien podían arreglárselas solos. Así lo hicieron, de acuerdo con sus propios métodos diplomáticos.

El gobierno inglés sabía que este ajuste de cuentas podía degenerar en batalla campal; por consiguiente, procuró mantener a sus propios ciudadanos fuera del asunto. Las tropas formaron una sólida muralla destinada a impedir el paso de los curiosos. Los ingleses no se inquietaron mucho ante la posibilidad de que hubiera cierto número de cabezas rotas, o de que se produjeran situaciones más graves aún, siempre que el caso afectara solamente a extranjeros.

El embajador sueco debía llegar a las tres de la tarde. El cortejo español apareció a las diez de la mañana... es decir, el carruaje y cincuenta hombres armados. Los franceses acudieron un poco más tarde, y ocuparon una posición menos ventajosa. Por otra parte, reunieron para la ocasión unos ciento cincuenta hombres: cien soldados a pie y cincuenta jinetes.

Apareció la nave con el embajador: el enviado sueco desembarcó y ocupó su sitio en el carruaje real. Apenas éste inició su marcha, los antagonistas, que habían estado lanzándose miradas de fuego, se arrojaron al ataque. Los españoles formaron una línea para proteger su propio carruaje, que aprovechando su mejor posición avanzó en pos del diplomático sueco. Los franceses lanzaron una andanada y luego desenvainaron las espadas. Fue una batalla en toda regla. Los españoles lucharon con desesperada furia, y no cedían una pulgada al número superior de los franceses. Hubo doce muertos y cuarenta heridos. Es decir, hubo otra víctima... un burgués de Londres cuya curiosidad resultó fatal, y que recibió un balazo en la cabeza.

Aparentemente, los franceses eran mejores tácticos, pese a todo el heroísmo de sus oponentes. Habían puesto en reserva otra tropa montada, con la misión de perseguir al carruaje español, atacarlo y cortar las tiraderas del vehículo. Todo se desarrolló de acuerdo con el plan, salva que, milagrosamente, las espadas no hacían mella en las tiras de cuero. Pues los españoles fueron más astutos aún: habían puesto cadenas de hierro en lugar de tiraderas comunes, y las habían cubierto de cuero para disimular

los eslabones de metal.

Concluyó la batalla, pero la disputa continuó desarrollándose con más furia que antes. Luis XIV, encolerizado, se arrancó la peluca. Envió de vuelta al embajador español, y llamó al representante francés en Madrid. Pareció que estallaba la guerra. Pero España tenía conciencia de su propia debilidad, y debió ceder. En presencia de la. corte de Versalles y de veintiséis enviados extranjeros, el marqués de Fuentes, embajador de España, formuló una solemne declaración, en la que España reconocía la precedencia de Francia. Para conmemorar este acontecimiento, de tan trascendental importancia, Luis mandó acuñar una medalla. De un lado había una cabeza coronada de laureles, del otro estaba el rey sentado bajo el baldaquín de su trono, y ante el monarca el embajador español, en actitud, de evidente humildad, rodeado por los restantes diplomáticos extranjeros. La inscripción de la medalla decía: IUS PRAECEDENDI ASSERTUM, CONFITENTE HISPANORUM ORATORE. ¡Lo cual valía sin duda tanto como una docena de campañas victoriosas!

VI

LA ESTUPIDEZ DE LA JUSTICIA

1.

Antaño, el juez se ponía sus vestiduras, se ajustaba la peluca, y abandonaba su condición de ser humano. Era una máquina que dispensaba justicia... o lo que entonces se consideraba justicia. Expulsaba de su mente la frase de San Pablo: "Pues la letra mata, pero el espíritu da vida." San Lucas lo expresó con mayor claridad aún: "¡Desgraciados de vosotros, abogados! ¡Pues habéis perdido la llave del saber!"

El juez- el juez que condena, el hombre del párrafo y del precedente- no se interesaba por la persona del acusado ni por la intención que el hecho

ocultaba, sino sólo por el hecho mismo. Las penas prescritas por la ley eran aplicadas sin piedad. No había circunstancias atenuantes, ni piedad, ni comprensión.

Eran los jueces que aplicaban el concepto de retribución, y que han sobrevivido hasta nuestros días. En el otro extremo de la escala se encuentran los jueces demasiado humanos. Parecen particularmente frecuentes en los Estados Unidos, donde un magistrado de Nueva York invitó al acusado a sentarse con él y a tomar una taza de café; donde otro, en Greenville, Mississippi, resolvió poner a votación de los espectadores si cierto asesino convicto debía morir en la silla eléctrica o ser condenado a prisión perpetua. Finalmente se resolvió sentenciarlo a prisión, por la holgada mayoría de quinientos noventa votos contra diez. O está el caso del juez de circuito de Harlan, Kentucky, que entró tambaleando al tribunal, después de una francachela, y descubrió que acusadores y acusados estaban cansados de esperarlo. Al día siguiente se aplicó a sí mismo una multa de doce dólares por haber bebido en exceso, pero no se puede afirmar que esa medida lograra restaurar su deteriorada dignidad.

El juez medieval, con toda su terrible majestad,

jamás se habría hecho culpable de semejante conducta. Podía emborracharse, pero ciertamente jamás se aplicaba multas. Tampoco era raro que enviara niños al patíbulo. En la famosa Biblioteca Széchenyi de Budapest hallé una detallada descripción del proceso de una niña de trece anos, Margarete Dissler, que en 1780, en pleno período del Iluminismo, fue sentenciada a morir decapitada. En el volumen correspondiente a 1681 del *Sonntagischer Postilion* de Berlín (N° 30) hay un informe sobre el caso de una muchacha de catorce años de edad, que fue sorprendida cuando pegaba fuego a una casa. Hoy diríamos que se trata de una piromaníaca, y trataríamos de curarla mediante un cuidadoso tratamiento psiquiátrico. En 1681 fue condenada a muerte, decapitada y su cuerpo quemado públicamente. El *Vossische Zeitung* trae en el número 112 de 1749 la crónica del proceso a una bruja, en la región de Baviera. La bruja fue quemada, y se descubrió que había iniciado en sus "malignas prácticas" a una niña de ocho años. La niña fue arrastrada al patíbulo, donde el verdugo le abrió las venas.

Tiempos de horror, que es mejor olvidar. Excepto que, en la Alemania nazi y en Rusia comunista, la edad límite para la responsabilidad penal ha

descendido hasta el punto en que muchachos y niñas adolescentes han sido enviados a prisiones, campos de concentración o, en centenares de casos, ejecutados por el hacha o por el pelotón de fusilamiento. A medida que desaparecía el sentido de justicia de estos países, se revivían sin vacilar principios y castigos propios del Medioevo.

Hoy, una sirvienta que cediera a la tentación y robara unos pocos chelines sufriría una multa o sería puesta en libertad condicional; hace un siglo o dos era colgada.

Hoy, la infortunada madre soltera que destruye a su hijo en un acceso de terror, va a la cárcel por pocos meses o años; antaño, era enterrada viva, y se le clavaba una estaca en el corazón.

La justicia de épocas más primitivas no renunciaba a sus rígidas exigencias de retribución aunque el malhechor escapara. Se aplicaba la sentencia in effigie. Si el delincuente había sido condenado a muerte, se fabricaba un muñeco de paja; el artefacto era transportado a la plaza principal de la ciudad, donde se armaba el patíbulo.

Allí, en presencia de la efigie, se leía solemnemente la sentencia; y luego se ordenaba al verdugo que cumpliera su deber. Sin olvidar una sola de las

exigentes normas de su oficio, el verdugo ahorcaba al “condenado”. Únicamente omitían llamar a un médico para que certificara la muerte.

Si la sentencia era particularmente severa y ordenaba quemar el cuerpo, también se ejecutaba esa parte; el verdugo retiraba el cuerpo “muerto” del criminal y colocaba el “cadáver” sobre una hoguera, para edificación y entretenimiento del público.

La letra implacable y feroz de la ley debía ser aplicada rigurosamente, aunque el criminal estuviera muerto.

El inhumano principio de la retribución (desde cierto punto de vista podría hablarse de una “retribución nacionalizada”) debía obtener satisfacción.

Un buen ejemplo de lo antedicho es la exhumación de Cromwell y de sus compañeros, que habían sido sepultados en la abadía de Westminster. Los regicidas debían ser castigados aún en la tumba. El 30 de enero de 1661 (aniversario de la ejecución de Carlos I) los ataúdes de Cromwell y de sus dos asociados fueron retirados de sus sitios y los cadáveres descompuestos fueron llevados a Tyburn. Allí se los dejó colgados hasta el anochecer, en que fueron decapitados y enterrados bajo el patíbulo. Naturalmente, este raro espectáculo atrajo considerable

público. Las damas de la aristocracia consideraron un deber acercarse a Tyburn y recrear sus ojos en la novedosa escena. Sin duda tenían excelentes nervios. Pepys registra en su diario los acontecimientos del día: oyó un sermón, recibió una carta de su hermano y llamó a Lady Batten... que acababa de regresar de Tyburn, con la señora Pepys. Es evidente que el hecho le pareció bastante natural, pues en sus anotaciones no formula ningún comentario sobre la excursión.

Es característico del formalismo del antiguo sistema judicial que los casos criminales se desarrollaran de acuerdo con las mismas reglas y procedimientos aplicados a los casos en que se juzgaba a personas vivas. La única diferencia consistía en que se nombraba a un representante del cadáver, para que desempeñara el papel de abogado defensor... pues desgraciadamente el cadáver no podía argumentar. He aquí el procedimiento en el caso de los suicidas, según el relato de un informe fechado en 1725:

"El fiscal del Rey en Fontain-des-Nonnes inició juicio criminal contra Jacques de la Porte, empleado del tribunal de Marcilly, en su carácter de defensor del cadáver de Charles Hayon. En el curso de la au-

diencia se estableció que el arriba mencionado Charles Hayon, residente en Chaussée, se mató voluntaria y malignamente, atándose las piernas y arrojándose al arroyo, donde se ahogó. Se sentenció al cadáver a permanecer boca abajo, desnudo, sobre una parrilla de madera, y a ser arrastrado en ese estado por las calles de la comuna de Chaussée."

Se han conservado también los documentos del proceso en que se juzgó el cadáver del asesino de Enrique III (*Collection des meilleurs dissertations, etc.,* por C. Leber, J. B. Salgues & J. Cohen, París, 1826. El informe aparece en el volumen XVIII de la serie.)

Nueve testigos fueron llamados a declarar, y todos declararon bajo juramento que Jacques, Clément había apuñalado al rey, y que entonces los guardias reales y los cortesanos se habían arrojado sobre el asesino, matándolo en pocos instantes. Todos conocían bien el episodio, pero ello poco importaba. Se leyó la sentencia en nombre de Enrique IV, sucesor del monarca asesinado, y después del preámbulo habitual, se estableció lo siguiente:

"Su Majestad, después de oír la recomendación del Consejo Judicial, ordeno que el cadáver del arriba mencionado Clément sea descuartizado atando cuatro caballos a los cuatro miembros, y luego

quemado, y las cenizas arrojadas al río, para destruir todo rastro de su recuerdo. Dado en Saint Cloud, el 2 de agosto de 1589. Firmado: Enrique."

Y más abajo se lee una anotación:

"Sentencia ejecutada el mismo día"

En Francia el descuartizamiento era sentencia reservada a los regicidas. Enrique IV no sabía que también él caería víctima de la daga de un asesino, y que Ravaillac, su matador, sufriría vivo la misma suerte que corrió el cadáver de Clément.

¡"Para eliminar todo rastro de su recuerdo"! ¿Acaso el gobierno soviético no siguió el ejemplo del siglo XVI cuando ordenó a los suscriptores de la Enciclopedia Soviética eliminar las páginas que contenían la biografía y la fotografía de Lavrenti Beria? ¿O cuando Goebbels ordenó que Lorelei, de Heine, fuera incluido en los libros de texto alemanes con la indicación: "Autor desconocido"? El principio es el mismo, aunque las aplicaciones (o los sujetos sufrientes) sean distintos.

La cosa era un poco menos trágica cuando la ley descargaba sobre objetos todo su draconiano vigor.

El 8 de abril de 1498, la muchedumbre florentina, que se había rebelado contra Savonarola, saqueó el monasterio de San Marcos. Uno de los adeptos

del gran reformador echó a vuelo las campanas. Al oír la señal, la gente del monasterio se reunió y resistió un tiempo; al fin, la turba triunfó. El resto es historia bien conocida. Pero poca gente sabe que la horrible muerte de Savonarola en la hoguera no satisfizo el espíritu de venganza del partido victorioso. También la campana debía ser castigada. Ese mismo verano los prohombres de la ciudad dieron su fallo. La campana fue retirada de la torre y, arrastrada por asnos, fue paseada por toda la ciudad, mientras el verdugo la azotaba... lo mismo, precisamente, que hicieron los esbirros de Jerjes con el Helesponto.

2.

Aún más extraños que los casos relativos a cadáveres o a objetos inanimados fueron los juicios en que se acusaba a animales.

Mucho se ha escrito sobre estas extrañas aberraciones, blanco fácil de muchos humoristas. Pero la ley de la Edad Media (y aún de épocas más modernas) castigaba a los animales sobre la base de un sistema lógico.

Algunos de estos juicios buscaban la eliminación

o expulsión de plagas animales. Esta categoría de procesos caía bajo la autoridad de los tribunales eclesiásticos... quizás porque la Biblia se ocupa de tantos casos y tribulaciones semejantes.

La otra categoría era el juicio a animales que delinquían "individualmente"; aquí, el objetivo era castigarlos por sus "malvadas actitudes". Estos eran juzgados por los tribunales civiles.

De todos los desastres naturales sufridos durante la Edad Media, las plagas animales eran los más espectaculares y más temidos. Langostas, orugas, escarabajos, serpientes, ranas, ratas, ratones, topos... parecía que periódicamente se rompía el equilibrio de la Naturaleza, y estas pequeñas pestes se combinaban para devastar regiones enteras. Se arruinaban las cosechas, y a menudo se padecía hambre. La ciencia medieval nada podía hacer. La gente no obtenía ayuda de los eruditos, y se volvía hacia el cielo y la religión.

Tan súbitos y despiadados ataques sólo podían explicarse mediante la acción de una fuerza demoníaca y sobrehumana. No era que las langostas devoraran las cosechas, ni que los ratones royeran las raíces... el demonio o sus ayudantes se habían posesionado de los dañinos animales.

El pueblo aterrorizado esperaba que sus sacerdotes combatieran la plaga maldiciendo o exorcizando al Espíritu Maligno.

Pero esta excomunión o exorcización tenía sus propias reglas, estrictamente determinadas. El formalismo de la Edad Media habla arraigado en la ley canónica tan profundamente como en el derecho civil; ello es fácil de explicar, pues en ambas esferas eran casi siempre juristas legos los que deformaban y retorcían, tejían y entretejían, corregían y fabricaban, los párrafos y las cláusulas.

Por consiguiente era preciso observar los formalismos legales y las reglas del tribunal aún en el proceso de la excomunión: acusación, nombramiento de un defensor, proceso, discurso de la acusación y discurso de la defensa, sentencia. Todo lo cual hoy nos parece bastante cómico; pero desde el punto de vista de la época no era más extraño que muchas tradiciones que han sobrevivido hasta nuestros días. Aún se busca pólvora oculta en los sótanos del Parlamento británico, lo mismo que en tiempos de Guy Fawkes; no hace mucho tiempo un abogado de Jersey planteó ante el Tribunal Real el antiguo derecho normando a echar mano del *Clameur de Haro* en un litigio de tierras. El alguacil sigue

recorriendo los caminos ingleses, y todavía es posible que nos lleven a la cárcel por deudas. Y en todos los países existen idénticas supervivencias de las instituciones y de los procedimientos legales antiguos.

La primera sentencia del tribunal eclesiástico era una admonición (monitoire), y servía como advertencia a los criminales. Si no se obtenía el resultado deseado, seguía la excomunión o maledictio. Ninguna de estas dos medidas iba dirigida contra los animales, sino contra el demonio que se había posesionado de ellos.

A veces los tribunales civiles ensayaban el mismo procedimiento. Se trataba, en la mayoría de los casos, de caricaturas de los juicios eclesiásticos. F. Nork, en su obra *Sitten und Gebräuche der Deutschen* (Stuttgart, 1849) reproduce las actas de un proceso de este tipo, efectuado en la comuna de Glurns, Suiza.

"El día de Santa Ursula, Anno Domini 1519, Simon Fliss, residente de Stilfs, compareció ante Wilhelín von Hasslingen, juez y alcalde de la comuna de Glurns, y declaró en nombre del pueblo de Stilfs que deseaba iniciar proceso contra los ratones del campo, con arreglo a lo prescripto por ley. Y

como la ley instituye que los ratones deben ser defendidos, pidió a las autoridades que nombraran a dicho defensor, para que los ratones no tuvieran motivo de queja. En respuesta al pedido, Wilhelm von Hasslingen nombró a Hans Grienebner, residente de Glurns, para dicho cargo, y lo confirmó en el mismo. Después de lo cual Simón Fliss nombró al acusador en representación de la comuna de Stilfs, que fue Minig von Tartsch."

Este importante proceso se prolongó mucho tiempo, o quizás el tribunal se reunía en sesión plenaria sólo dos veces por año, pues la audiencia final tuvo lugar en 1520, el miércoles siguiente al día de San Felipe y San Jacobo.

El juez fue Conrad Spergser, capitán de mercenarios en el ejército del Condestable. Y hubo diez jurados.

"Minig von Tartsch, en representación de todo el pueblo de la comuna de Stilfs, declaró que había citado ese día a Hans Grienebner, abogado defensor de las bestias irracionales conocidas por el nombre de ratones de campo, después de lo cual el arriba mencionado Hans Grienebner compareció y se dio a conocer en su función de abogado defensor de los ratones.

"Minig Waltsch, residente de Sulden, fue llamado en calidad de testigo, y declaró que durante los últimos dieciocho años acostumbraba cruzar los campos de Stilfs, y que había visto los daños considerables producidos por los ratones de campo, y que apenas habían dejado un poco de heno para uso de los campesinos.

"Niklas Stocker, residente de Stilfs, atestiguó que ayudaba en el trabajo de los campos comunales, y que siempre había visto que esos animales, cuyo nombre no conocía, causaban grandes daños a los agricultores, y eso era especialmente visible en otoño, en la época de la segunda siega.

"Vilas von Raining reside ahora en las proximidades de Stilfs, pero durante diez años ha sido miembro de la comuna. Testifica que puede apoyar la declaración de Niklas Stocker, y aun la refuerza afirmando que muy a menudo ha visto con sus propios ojos a los mencionados ratones.

"Después de lo cual, todos los testigos confirmaron bajo juramento sus respectivos testimonios."

Es evidente que el tribunal se abstuvo de interrogar a los campesinos de Stilfs, que eran parte interesada, y que demostró su absoluta imparcialidad al elegir testigos independientes y sin prejuicios: dos

campesinos de la vecindad y un peón.

"ACUSACIÓN: Minig von Tartsch acusa a los ratones de campo del daño que han causado y afirma que si esta situación continúa y no se procede a la eliminación de los dañinos animales, sus clientes no podrán pagar los impuestos, y se verán obligados a irse a otro sitio.

"ALEGATO DE LA DEFENSA: Hans Griebner, en su condición de abogado de la defensa, declara en respuesta a esta acusación: Ha comprendido la acusación, pero es bien sabido que sus clientes también son útiles desde cierto punto de vista (destruyen las larvas de algunos insectos) y por consiguiente espera que el tribunal no les retirará su protección. Sin embargo, si ése fuera el caso, ruega a la corte que comprometa a la acusación a suministrar a los acusados alguna residencia donde puedan vivir en paz- y también para que, mientras se mudan, los protejan de perros y de gatos-; y finalmente, si alguna de sus clientes estuviera embarazada, que se le conceda un plazo suficiente para que den a luz y puedan llevarse sus crías.

"SENTENCIA: Después de haber escuchado a la acusación, a la defensa y a los testigos, el tribunal decretó que las bestias dañinas conocidas bajo el

nombre de ratones de campo serán conjuradas a marcharse de los campos y prados de la comuna de Stilfs en el plazo de catorce días, y que se les prohíbe eternamente todo intento de retorno; pero que si alguno de los animales estuviera embarazado o impedido de viajar debido a su extremada juventud, se le concederán otros catorce días, bajo la protección del tribunal... pero los que están en condiciones de viajar, deben partir dentro de los primeros catorce días."

Es evidente que se observaron estrictamente las formas legales, y que el tribunal fue tan imparcial en el fallo como en la conducción de la audiencia. No había otra alternativa que declarar culpables a los ratones, pues sus actividades dañinas habían sido demostradas por testigos excepcionales. Pero se demostró consideración para algunos de los acusados, de acuerdo con la práctica de la época, que concedía ciertos privilegios a las mujeres embarazadas. Por otra parte, el tribunal rechazó firmemente la sugestión de la defensa: no proveyó otro territorio para el establecimiento de los ratones; debían marcharse, adonde quisieran o pudieran hacerlo.

Ignoramos si los ratones de campo se enteraron de la sentencia.

Los procesos individuales a animales "culpables" eran muy distintos. En ellos, el juez aplicaba el antiquísimo principio del ius talionis: ojo por ojo, diente por diente. Si era posible aplicar penas in absentia, o aun castigar a los cadáveres, ¿por qué no se podía castigar a las bestias criminales? La sombría concepción de la retribución y de la disuasión exigía dicho castigo: ¿Acaso la Diosa de la Justicia no tenía los ojos cubiertos por una venda? Indudablemente, no podía o no quería ver si el hacha del verdugo caía sobre un hombre o una bestia.

E. P. Evans consagró al tema todo un libro. En *The Criminal Persecution and Capital Punishment of Animals* (Londres, 1906) dedica diez páginas a enumerar los libros y estudios que se ocupan del problema; y en los últimos cincuenta años han aparecido docenas de obras consagradas a la exploración de esta extraña región de la experiencia humana.

La primera sentencia de que se tiene noticia fue fallada en 1266 contra un cerdo; la última fue la condena a muerte de una yegua, en 1692. La serie de procesos increíblemente grotescos se prolongó durante más de cuatro siglos. Se han conservado más de noventa protocolos e informes auténticos... Si se tiene en cuenta la tremenda devastación pro-

ducida por incendios, guerras, y por el descuido general de la humanidad, se trata de una cifra extraordinaria. La mayoría de los casos ocurrieron en Francia, pero también hay ejemplos en Alemania, Suiza e Italia. No hay muchos datos fidedignos sobre los casos británicos, pero algunas líneas de Shakespeare demuestran que la ejecución judicial de animales no era rara. En El mercader de Venecia, Graciano ataca en estos términos al despiadado Shylock:

"Tu alma feroz animaba sin duda a un lobo que, ahorcado por haberse comido a un hombre, dejó escapar de la horca su alma cruel y fue a hospedarse en tu cuerpo mientras te hallabas en las entrañas de tu impía madre."

El proceso criminal incumbía al tribunal competente. El fiscal de la Corona desarrollaba la acusación. A veces se suministraba defensor al acusado. Se citaba a los testigos, y en ocasiones se examinaba el teatro del crimen; por supuesto, se tomaba cuidadosa nota de todas las actuaciones. A veces, de acuerdo con ciertas reglas de procedimiento, se torturaba al cerdo acusado, y sus chillidos de dolor eran considerados confesión de la culpa. Durante el proceso el animal acusado estaba sometido a confi-

namiento solitario, en las mismas cárceles, al cuidado de los mismos guardianes que los delincuentes humanos. De acuerdo con los recibos oficiales, las autoridades asignaban la misma suma para el mantenimiento de los animales que para los hombres. Existía sólo una dificultad. Según las reglas, debía llevarse registro de los prisioneros. ¿Qué nombre aplicar a los animales encarcelados? El espíritu burocrático exigía satisfacción; de modo que los presos cuadrúpedos eran registrados bajo el nombre de su dueño; por ejemplo, el "cerdo de X. Y.". Si durante el proceso se probaba la culpabilidad del acusado, el tribunal dictaba sentencia. En un caso ocurrido en 1499 la sentencia fue leída al animal, con toda formalidad, en la prisión donde transcurrían sus tristes y nerviosos días de arresto. Se lo acusaba de asesinato, y fue debidamente ejecutado. Entre los métodos de ejecución, se consideraba a la horca el más vergonzoso. Pero había casos todavía más graves, en que el animal había destrozado o corneado a su víctima con "particular crueldad". Para castigar estos crímenes se quitaba la vida al maligno animal con los métodos más severos. En 1463 dos cerdos fueron enterrados vivos; en 1386 un cerdo fue llevado al sitio de la ejecución en un

trineo de madera.

El verdugo ejecutaba públicamente la sentencia de muerte, y lo hacía con el mayor formalismo. Por lo demás, recibía sus honorarios habituales. En los archivos de Meulan, Francia, se ha conservado una cuenta de gastos relacionada con la ejecución de un cerdo, en 1403. El importante documento dice así:

"Por alimentos para el cerdo encarcelado- 6 groats de París.

"Ítem: pago al verdugo que viajó desde París para ejecutar la sentencia, por orden del Juez- 54 groats de París.

"Ítem: alquiler del carro que llevó al cerdo al lugar de ejecución- 6 groats de París.

"Ítem: por la cuerda para atarlo y amordazarlo 2 groats de París y 8 denarios.

"Ítem: por guantes- 2 denarios de París."

La cuenta de gastos demuestra que el verdugo usó guantes... como si hubiera estado ejecutando a un criminal humano. A veces se cortaba el hocico del cerdo, y sobre la cabeza desfigurada se colocaba una máscara de facciones humanas; y a veces se vestía al animal con chaqueta y briches, para que la ilusión fuera mayor.

La mayoría de los acusados eran cerdos, lo que

demuestra el fantástico descuido de los padres, que merecían una buena azotaina, pues las víctimas eran casi siempre niños. Según parece, los toros y los caballos se comportaban mucho mejor y más raros aún eran los casos en que se acusaba a mulas y a asnos. En 1462 ahorcaron a un gato porque había muerto a un niño en la cuna.

Cuando se trataba de delitos menores, el animal acusado evitaba la sentencia de muerte. En 1395 se dictó en Cerdeña una ley sobre los asnos que se introducían en prados prohibidos. La primera vez se cortaba una oreja del delincuente; si la bestia se mostraba obstinada y reincidía, le cortaban la otra oreja. Fue quizás el único caso de la historia del mundo en que una pena concebida con el propósito de provocar sufrimiento, adoptaba la forma de eliminación de las orejas asnales, en sí mismas símbolos de desgracia.

Se conocen escasos detalles sobre el proceso ruso contra un carnero recalcitrante aficionado a atropellar a la gente. Sólo sabemos que la agresiva bestia fue condenada a exilio en Siberia. No han quedado testimonios sobre el modo de ejecución de la sentencia, ni sobre la suerte ulterior del carnero, condenado a comer el amargo pan del exilio.

En cambio, conocemos mejor lo ocurrido al perro que mordió a un regidor en cierta aldea de la Baja Austria. El dueño del perro demostró su inocencia y fue absuelto; pero el perro debió expiar su culpa. Fue condenado a un año y un día de cárcel. Para que el castigo fuera más severo, no debía cumplirse en la cárcel común, sino en una jaula colocada en la plaza del mercado. La jaula de hierro recibía, el nombre de Narrenketterlein (La jaulita de los tontos); servía de picota y era utilizada para albergar a delincuentes expuestos a la burla pública.

A veces se suscitaban graves choques de autoridad y de competencia. En 1314 un toro atravesó enfurecido la aldea francesa de Moisy, y corneó a un hombre. El conde de Valois, cuya propiedad limitaba con la aldea, se enteró del caso y ordenó el "arresto" del toro, y dispuso que se le iniciara juicio criminal. Los emisarios del conde fueron a Moisy y comenzaron una investigación en regla. Interrogaron a varios testigos y el toro fue hallado culpable de asesinato intencional. El tribunal feudal del conde pronunció la sentencia y el toro fue ahorcado en el patíbulo de la aldea.

Pero en este punto el alcalde y los regidores de la aldea comprendieron que el conde de Valois no

tenía derecho a adoptar tan grave actitud fuera de su propiedad. Se apeló la sentencia... y se pidió al parlement del condado que revisara la sentencia. El parlement se vio en un aprieto, pues los aldeanos tenían razón; por otra parte, era un tanto peligroso desafiar al poderoso conde. Finalmente, se aprobó una resolución sensata y prudente, en virtud de la cual se decretaba que el conde no tenía derecho a interferir en la jurisdicción de la aldea, pero que, por otra parte, el toro había merecido la horca.

Hay también pruebas de la magnanimidad y del perdón reales.

En septiembre de 1379, tres cerdos, apacentados en el prado de la aldea de Jussey, atacaron al hijito del porquero y lo destrozaron. El hecho causó tremenda conmoción, los cerdos huyeron asustados y en la confusión la piara del señor feudal vecino se mezcló con la piara de la aldea. Con el propósito de calmar la indignación del pueblo, el alcalde ordenó una investigación criminal, y encerró a las dos piaras en una gran pocilga. Sin embargo, una vez tranquilizados los ánimos, tanto el señor feudal como los regidores de la aldea reflexionaron más serenamente sobre el problema.

El duque de Borgoña era el juez supremo de la

región; era muy posible que no se contentara con el castigo de los tres principales delincuentes, y que ordenara la ejecución de los dos rebaños, acusados de complicidad. En tal caso las pérdidas serían muy considerables, pues estaba prohibido vender o comer la carne de animales ejecutados; sus cadáveres eran arrojados a los perros o enterrados al pie del patíbulo. De modo que el alcalde de la aldea se fue derecho a ver a su señor, Felipe el Temerario, duque de Borgoña. Su intervención alcanzó el éxito esperado, pues el duque perdonó graciosamente a los restantes animales. El juez presidente del tribunal ducal recibió orden de contentarse con la ejecución de los tres principales acusados, mientras los otros- “a pesar de hallarse presentes en el momento del horrible asesinato”- eran puestos en libertad, como mero acto de perdón.

No es tarea fácil descifrar el antiguo y complicado lenguaje jurídico de un caso de esta naturaleza; pero puede servir de ejemplo de la extraordinaria seriedad con que se encaraban estos juicios a animales. Aquí, el acusado fue también un cerdo- una puerca, para ser exactos- acusada, conjuntamente con sus seis lechones, de haber provocado la muerte de un niño de cinco años. Ocurrió en Savigny, den-

tro de los límites señoriales de la condesa viuda de Savigny. Citóse también al propietario de la marrana, en su carácter de co-acusado, pero no se le impuso ninguna pena. He aquí el texto del acta:

"Ante nosotros, el noble Justicia Nicolás Quarroillon, se realizó una audiencia en Savigny, el 10 de enero de 1457, en presencia de los testigos nombrados y debidamente convocados.

"Martin Huguemin, letrado de Madame de Savigny, acusa a Jean Bailly, residente de Savigny, de negligencia culpable, pues una puerca y seis lechones, de propiedad del mencionado Bailly, y que ahora están bajo la custodia de Madame de Savigny, el martes anterior a la última Navidad asesinaron voluntaria y maliciosamente a cierto Jean Martin, un niño de cinco años de edad. Como el letrado antes mencionado desea que el tribunal de la arriba mencionada Madame de Savigny haga justicia, preguntamos al acusado si desea declarar en el asunto de la puerca y de los lechones. Después de haber sido prevenido una, dos y tres veces, y contestado que hasta el momento no formulaba ninguna objeción contra la autoridad del tribunal, y que podía declarar lo que quisiera sobre el caso de la culpabilidad y del castigo de la puerca arriba mencionada: el acusado

declaró que nada tenía que decir; después de lo cual, el letrado arriba mencionado nos pidió que sin más trámites falláramos el caso.

Por consiguiente informamos a todos aquellos a quienes pueda interesar que hemos pronunciado la siguiente sentencia:

"Visto que los hechos que la parte acusadora nos ha presentado están completamente probados, y con referencia a las costumbres legales y a las leyes del ducado de Borgoña, afirmamos y declaramos que la puerca de propiedad de Jean Bailly deberá ser colgada de las dos patas traseras en el patíbulo levantado sobre el territorio de la arriba mencionada Madame de Savigny. En cuanto a los lechones de la arriba mencionada puerca, declaramos aquí que aunque se halló a dichos lechones cubiertos de sangre, la culpabilidad de los mismos no está suficientemente probada, de modo que deberá abrirse juicio por separado, y se los remitirá en custodia de Jean Bailly, hasta la fecha del nuevo proceso, siempre que Jean Bailly deposite una garantía de cien groats, para el caso de que se falle la culpabilidad de los lechones.

"Después de pronunciado el fallo, el letrado arriba mencionado solicitó que fuera pasado por

escrito, por lo cual yo, Huguenin de Montgachot, notario de la corte de Su Alteza el duque de Borgoña, he redactado este documento, el día más arriba señalado y en presencia de los testigos nombrados. Ita est."

Con referencia a este complejo asunto, el bravo Montgachot, notario de la corte de Su Alteza, debió redactar tres documentos más. Uno de ellos era la declaración de Jean Bailly, propietario de los animales, que declaró carecer de un solo groat para formar la fianza requerida, y que afirmó también que no estaba dispuesto a garantizar la futura conducta de los lechones. El segundo protocolo se refiere a la ejecución de la vieja puerca, y atestigua que se desarrolló correctamente. Más interesante aún es el tercero, que resolvió la situación de los lechones, ahora huérfanos. El segundo proceso se realizó el 2 de febrero, con el mismo juez y en presencia de los mismos testigos. La sentencia reveló considerable sabiduría. En ella se afirmaba que, como el propietario de los lechones no estaba dispuesto a depositar la fianza, debía considerarse que los animalitos habían sido abandonados, y eran bienes mostrencos, por lo cual correspondía entregarlos a Madame de Savigny.

De modo que todos quedaron satisfechos. El campesino que criaba cerdos evitó pagar compensación, la señora del feudo se apropió de los lechones, los funcionarios recibieron sus honorarios, y los jóvenes lechones triunfaron sin detrimento de su buen nombre y honor.

3.

A veces la jurisprudencia adquiría tintes románticos. Por lo menos, ése es el único adjetivo aplicable al grupo de luminarias jurídicas que surgió a principios del siglo XVIII, especialmente en las universidades alemanas. Las ideas de estos hombres fertilizaron el árido suelo del derecho y promovieron el desarrollo de extrañas flores. Cuando se estudian las disertaciones, comentarios, las disputas y las monografías de la época (material por cierto muy abundante) el lector siente que se abre camino en un campo de flores silvestres. Porque se trata de un terreno al mismo tiempo florido y silvestre, y constituye amplia prueba de que la locura humana es simplemente inagotable.

Estos estudiosos del derecho no se ocupaban de

las distintas instituciones jurídicas. En nuestros días tenemos obras consagradas a la herencia, al derecho penal o al canónico. Los profesores alemanes del barroco encaraban el asunto de manera muy distinta. Elegían una persona o un objeto y lo seguían o transportaban por todo el ámbito de las instituciones legales.

Así, se escribieron libros sobre la situación jurídica de los molineros, los panaderos, los herreros, los trompeteros... y aún de las prostitutas. Con profunda gravedad discutían el derecho aplicable a los perros, a las palomas, o a las abejas. Llenaron resmas de papel sobre la jurisprudencia de las cartas de amor y sobre el problema legal de las bofetadas. Y todo ello con el típico desborde verbal propio del barroco, con formas tan abundantes como vacías, con dialéctica repetida hasta el cansancio. Un enfoque realmente romántico del derecho.

De jure canum- tal el título que Heinrich Klüver, abogado de Wittenberg, dio en 1734 a su "disertación popular" sobre la situación jurídica de los perros. Y es, en realidad, un maravilloso exponente del pensamiento barroco.

El primer capítulo está consagrado a una apología de los perros, con relatos instructivos relativos a

la lealtad y a la inteligencia de estos animales. Dos de las anécdotas dan una idea del grado de preocupación de Herr Klüver por los hechos y por la verdad:

"La gallina de una pobre viuda puso cierto número de huevos, pero no tuvo tiempo de empollarlos, porque infortunadamente murió. La pobre mujer se sentía muy inquieta, pues se ganaba la vida criando pollos. Pero su perrito pareció comprender el aprieto en que se hallaba la mujer, pues se acostó sobre los huevos y los empolló.

"La bruja de cierta aldea preparó una comida especial, a base de carne de pollo, con la cual esperaba convertir a sus gallinas en maravillosas ponedoras. Pero el perro le robó la comida... ¿y cuál fue el resultado? Comenzó a poner huevos, y así continuó mientras duró el efecto de la comida mágica."

Los problemas concretos suscitados por la situación jurídica de los perros aparecen en el tercer capítulo. Nos encontramos con perros guardianes, perros de caza y perros rabiosos como personajes de diversos problemas jurídicos. Luego, aparece el hombre de la perrera. Su función no es tan simple como podría creerse. De acuerdo con las antiguas reglas de las corporaciones, el hombre que había

cumplido funciones de "perrero" no podía ingresar en una corporación... porque se consideraba que su profesión era "deshonrosa". Ahora bien, puede ocurrir que un honesto artesano mate un perro. El problema legal es el siguiente: ¿habrá de considerárselo "perrero temporario o profesional"?

Los perros del doctor Klüver incursionaban también en la ley de sucesión. Así, descubrimos que un perro no puede ser considerado propiedad hereditaria, de modo que constituye patrimonio legítimo del viudo o de la viuda. Por otra parte, él o ella tienen derecho a retener el collar si éste es de cuero; pero si es de plata deberá entregarlo a los herederos directos.

El autor repasa y examina una serie de jugosos problemas legales; pero quizás convenga que pasemos a otra de sus obras maestras, la que estudia el caso del niño nacido en una diligencia. Este importante estudio mereció los honores de varias ediciones sucesivas.

El título completo del meduloso trabajo es *Kurtzes bedencken über Juristische Frage: Ob eine schwangere Frau, wenn sie wahrend der Reise auf dem Wagen eines Kindes genesen, für selbiges Fuhr-Lohn zu geben gehalten sey* (Jena, 1709). (Breve examen del problema jurídico:

si una mujer embarazada, que da a luz un niño mientras viaja en una diligencia, está obligada o no a pagar el billete del recién nacido.)

Antes de que el niño nazca en la diligencia, el autor se pregunta si una mujer debe viajar sola. Cita al profesor Beier, de la Universidad de Jena, que se declaraba terminantemente contra tan impropias andanzas, "quia suspectum reddunt pudicitiam". El doctor Klüver admite también que la modestia y la virtud de una mujer sola pueden resultar sospechosas. Pero descubre una importante circunstancia atenuante: es muy posible, dice, que la dama se vea requerida por asuntos de gravedad, y no pueda evitar el viaje. Y si alguno de sus compañeros de viaje diera pruebas de extremada bajeza y le hiciera proposiciones indecorosas, el buen doctor aconseja a la dama utilizar una frase que dejará aplastado al importuno: "Si realmente me amáis, no tratéis de robarme aquello que precisamente me hace digna del amor." Para que el efecto sea mayor, la brillante frase aparece citada en francés, palabra por palabra, como si el autor la hubiera leído en algún libro francés de anécdotas (Si vous m'aimez, vous ne songerez pas a me ravir ce qui me rend aimable.)

Después de esta introducción, llegamos al

acontecimiento que es la materia de toda la disertación: la dama, que viaja sola en la diligencia, inesperadamente da a luz. El autor no demuestra el menor interés por comadronas o por médicos. Sólo le preocupa el problema legal: ¿Es necesario pagar el billete del niño recién nacido?

Hay dos posibilidades:

1) Que la dama haya alquilado todo el vehículo... en cuyo caso tiene derecho a llevar tantos pasajeros como desee, y el conductor no puede exigir pago adicional. El niño puede ser considerado un "pasajero invitado".

2) Que ella haya comprado un solo billete, en cuyo caso el problema es de naturaleza totalmente distinta. Esta posibilidad fue analizada por varios jurisconsultos, y la opinión fue que el niño no necesitaba pagar billete: "quia portus est portio mulieris, vel viscerum."

El doctor Klüver adhirió a esta opinión, aunque por razones completamente distintas, y según parece escribió su estudio con el fin de exponer sus originales y sorprendentes conclusiones en lugar de los puntos de vista "anticuados" de sus colegas. Sostuvo que la afirmación según la cual el niño formaba parte del cuerpo de la madre (como cualquiera de

los órganos internos) carecía de validez. O, mejor dicho, era válida, pero sólo mientras el niño no hubiera nacido. Tan pronto se desprendía del vientre de la madre debía ser considerado una personalidad independiente.

¿Cuáles eran los nuevos y decisivos argumentos?

a) El niño no ocupaba asiento, de modo que el conductor no sufría ninguna pérdida. En caso de que la madre no tuviera en su regazo al recién nacido, no era necesario asignarle un asiento, pues bastaba depositarlo sobre la paja que cubría el piso de la diligencia.

b) El conductor había advertido seguramente que la pasajera estaba embarazada, y por lo tanto debía hallarse preparado para un "aumento" del número de pasajeros.

El asunto era evidente por sí mismo. ¿Pero cambiaba la situación si la futura madre se mostraba previsora y llevaba consigo una cuna? Sí, porque la cuna ocupaba espacio en la diligencia. En tal caso era preciso pagar... no por el niño, sino por la cuna. Sin embargo, el pago no correspondía si el conductor podía demostrar que el lugar ocupado por la cuna hubiera podido ser utilizado por otra persona.

Se presentaba una nueva complicación si la da-

ma se negaba a pagar el transporte de la cuna. ¿Cuáles eran los derechos del conductor? Podía tomar posesión de la cuna. Pero, ¿con qué limitaciones? ¿Como garantía o como propietario? Estas dos condiciones no eran idénticas, pues si sólo tenía derecho de retención, todo acreedor que presentara documentos o pagarés gozaría de precedencia cuando llegara el momento de saldar deudas. Después de citar innumerables autoridades, el erudito doctor se inclina por la segunda posibilidad. Y remata el caso diciendo que, si alguien duda de la validez de su afirmación, debe consultar el libro *Recht der Fuhrleute* (Derecho de los carreteros), del doctor Harprecht, donde hallará dilucidada el punto en el Capítulo I, sección 4, párrafo 1, página 63.

Debo confesar que pude resistir la tentación de acudir a la fuente.

Después del problema de los niños recién nacidos, y de las complicaciones legales provocadas por su llegada, bien podemos volver nuestra atención a los preliminares de tan feliz acontecimiento.

Bernhard Pfretzscher, luminaria jurídica de Wittenberg, consagró considerables esfuerzos a este tema, y publicó una obra muy instructiva sobre las cartas de amor (*De litteris amatorus*, Von Liebensbrie-

fen, Wittenberg, 1744).

El estudio se divide en dos partes. Encara separadamente el amor honesto, legal y normal, y las pasiones culpables y criminales.

Caso primero, primera pregunta: ¿Hasta qué punto una carta de amor compromete al remitente y configura una promesa de matrimonio? Respuesta: si los padres del hombre aprobaron la carta, hay razón suficiente para considerar que existe ruptura de promesa matrimonial, de lo contrario la respuesta es negativa. Según parece, se trata de una solución justa, aunque en la práctica, rara vez ha ocurrido, desde los tiempos de Papiniano, que las cartas de amor fueran escritas con la aprobación de los progenitores.

Otro problema: La carta enviada por un lunático, ¿lo compromete en matrimonio? El problema no es sencillo. Si se examinan atentamente los diversos casos, se advierte que en varios el desorden mental fue provocado por el propio incidente amoroso. A veces, la pasión es tan honda que el pobre enamorado pierde completamente la cabeza. De acuerdo con algunos juristas, el loco por amor debe ser considerado un lunático y por consiguiente sus cartas no representan una obligación legal. El doc-

tor Pfretzseher cree que los expertos en medicina deben ser consultados con respecto a la situación exacta del autor de la carta.

Otra cuestión muy compleja: ¿Hasta qué punto la declaración de amor (por escrito) de un borracho compromete la responsabilidad del sujeto? El autor opina que ello depende del grado de intoxicación del individuo en cuestión.

Cuando se interpretan ciertas afirmaciones un tanto vagas y oscuras contenidas en las cartas de amor es preciso mostrarse extremadamente cauteloso. Las opiniones de los juristas coinciden en que las expresiones generales y de uso común no pueden ser fundamento de un proceso por ruptura de promesa matrimonial. Por ejemplo: "Eres mía. Quiero que seas mía". En cambio, las siguientes frases dan materia suficiente para un proceso legal: "Quiero que seas mía, y no me importa lo que diga la gente". "Eres mía, corazón, jamás te abandonaré..." "¡Sólo la muerte puede separarnos!"

Todo lo cual, formó sin duda un cuerpo de indicaciones muy útiles para los aficionados a escribir cartas de amor. Y muy especialmente llama la atención la última frase de la colección de ejemplos: "¡Si alguna vez me caso, tú serás la única elegida!" El

profesor Pfretzscher, desde un punto de vista estrictamente jurídico, clasifica esta afirmación en la categoría de las "promesas condicionales". De acuerdo con la lex permittens, un contrato adquiere validez, cuando incluye una condición determinada, sólo si dicha condición cobra carácter real. Es decir, si el autor de la carta decide no casarse nunca, la dama en cuestión no puede obligarlo a dar ese paso.

El problema final en el campo del amor honorable:

¿Qué ocurre si la destinataria no contesta? De acuerdo con nuestro autor, ella no está obligada a contestar. Si la declaración o propuesta ha sido hecha en términos suficientemente explícitos, compromete al remitente, aunque la dama no replique una palabra. Si hubiera alguna duda, corresponde interrogarla bajo juramento sobre la interpretación que ha dado a la carta.

El profesor Pfretzscher se ocupa muy brevemente del amor culpable e ilegal. Incluye sobre todo cartas de amor de personas casadas, es decir, las cartas dirigidas a una tercera persona. Si la esposa cometiera acto tan inadmisible, el esposo puede proceder de dos modos:

1) Si la esposa lo hizo por inexperiencia, y se

trata de un error inocente, debe ser perdonada.

2) Si lo hizo deliberadamente, el esposo debe abofetearla. Dicho castigo, aplicado en el momento oportuno, puede ser extremadamente útil, pues evitará tomar después medidas mucho más graves.

¿Y si la esposa sorprendiera a su marido escribiendo cartas de amor a otra mujer? No puede apelar a las bofetadas como método de intimidación y de aviso; debe resolver pacíficamente el asunto (?).

Después de esta opinión un tanto estrecha, nuestro erudito autor creyó sin duda que había creado un orden claro y preciso en la espesa maraña de los problemas jurídicos planteados por las cartas de amor.

El profesor Pfretzscher señala que es muy posible enloquecer a causa del amor. Francisco Gómez de Quevedo, el autor satírico y poeta español del siglo XVII, escribió un notable librito sobre un hospital en el que se trataba a los "lunáticos del amor"; pero se trataba simplemente de un burlón ejercicio del humor fantástico de Quevedo. A su vez, en 1726, la facultad de ciencias médicas de la Universidad de Helmstádt encaró el problema con toda seriedad y considerable aparato científico.

Creó la oportunidad de esta investigación el ca-

so de un joven estudiante de teología, que se enamoró de la criada de su padre. El hombre pertenecía a la iglesia evangélica; ella era feligresa de la iglesia reformada. Lo cual significaba que el eventual matrimonio de ambos jóvenes tropezaba con serios obstáculos. Cierto día los fieles de la iglesia evangélica recogieron varios volantes en los que se insultaba a su religión en términos blasfemos y obscenos. La investigación practicada descubrió que el autor de las hojas era el joven estudiante. Pero, ¿por qué atacaba a su propia fe? Se le citó a una reunión con el Consejo eclesiástico, donde confesó todo. Quería excitar al clero evangélico para que criticara con renovado vigor a la iglesia reformada; de ese modo se desarrollaría una disputa religiosa ardiente y prolongada, y entonces la dama de sus sueños se dejaría convencer, cambiaría de culto y se casaría con él... una compleja mezcla de pasión y de teología. Las autoridades eclesiásticas sospecharon que algo no andaba muy bien, y remitieron el joven a la facultad de medicina de Helmstádt. La opinión de los facultativos fue la siguiente:

"Responsum Facultatis Medicae: Después de comunicarnos los documentos referentes al cand. theol. C. H., y de requerir nuestra opinión sobre si

el candidato ya mencionado puede ser considerado persona cuyo judicium rationis per nimiun amorem pervertatur (es decir, que ha enloquecido por amor excesivamente violento), Nosotros, el Decano, y los profesores de la Facultad Médica de Helmstädt hemos estudiado cuidadosamente y examinando el caso, y aquí resumimos nuestro punto de vista:

"De las circunstancias establecidas en los documentos, se puede inferir ciertamente que existe cierto desequilibrio en el cerebro del individuo en cuestión, como que el amor frustratus (amor frustrado) puede provocar en las personas inclinadas a la melancolía una grave perturbación de las cualidades mentales, por lo cual no es posible considerarlo responsable de sus actos."

Pasó el tiempo, y el amor del estudiante de teología se fue debilitando a través de la acumulación de papeles burocráticos. La opinión de las facultad de ciencias médicas, fue enviada a la facultad de derecho de la Universidad de Wittenberg, la cual ordenó un nuevo examen médico. El joven fue llamado a comparecer ante una comisión médica, que lo examinó y redactó un extenso informe. De acuerdo con las actas, el caso tuvo un final sorprendente: el joven estudiante afirmó que se sentía per-

fectamente bien, y que ya no estaba enamorado de la criada de su padre.

El abuelo de todos los juristas románticos fue Samuel Stryk-Srykius, en su forma latinizada- que fue profesor en la Universidad de Halle. Fue también decano de la Facultad de Derecho, Consejero Privado, hombre de sustancia y de autoridad. Contribuyó a enriquecer la literatura jurídica con innumerables estudios. Uno de sus libros más famosos fue *De jure spectrorum* (Halle, 1700), en el que discutió los problemas legales y las complicaciones provocados por las acechanzas de fantasmas y de espectros.

Los fantasmas originaban muchas dificultades en los casos de arriendo de propiedades. ¿Tenía derecho el inquilino a dar por cancelado el contrato si en la vivienda aparecían fantasmas? Si los espectros eran "soportables"- es decir, si por ejemplo sólo producían algunos ruidos o gritos atenuados en partes alejadas de la construcción-, el contrato conservaba su validez. En los casos más graves, el inquilino podía rescindirlo. El propietario de la casa estaba obligado a aceptar la situación... salvo en el caso de que pudiera probar que no había existido perturbación antes de la llegada del inquilino, y que todos los inconvenientes habían sido provocados

por la mudanza de los nuevos ocupantes (probablemente porque éstos habían concitado la enemiga de algunos espectros o trasgos).

En caso de encantamiento probado, se invalidaba el contrato de venta. Si un yerno recibía de su suegro una casa encantada como parte de la dote de su esposa, podía devolverla y exigir que se le entregara el valor en efectivo. Además, los propietarios de casas embrujadas podían solicitar que se las liberara de impuestos.

Los espíritus malignos podían apoderarse no sólo de casas, sino también de seres humanos. ¿Qué ocurría si el marido o la mujer caían víctimas de esta situación? Si el problema se presentaba durante el compromiso, la otra parte podía dar por terminado el noviazgo. Pero si ya habían contraído matrimonio, el marido o la mujer debían soportar la situación; semejante eventualidad no era causa de divorcio. Por ejemplo, una mujer piadosa se vio poseída por un trasgo. La malignidad del duende se manifestó de varios modos. La buena mujer cayó en el descuido y en la suciedad, y todos los objetos valiosos de la casa desaparecieron poco a poco. El esposo se arruinó completamente, pero no pudo separarse de ella, pues todo era resultado de la in-

fluencia del trasgo, y no podía culparse a la mujer.

Otro problema importante era el siguiente: Si se hallaba un tesoro, descubierto bajo la guía de los espíritus, ¿el hallazgo era propiedad del descubridor o podía ser reclamado por el Estado? Aquí correspondía una actitud cautelosa, pues bien podía ocurrir que el espíritu guardián del tesoro no fuera el demonio sino cierto genio bondadoso. Por otra parte, correspondía establecer cierta diferencia cuando se comprobaba la intervención de los espíritus malignos. Si el espíritu se limitaba a revelar la ubicación del tesoro, y el feliz beneficiario de dicho consejo lo hallaba y retiraba mediante su propio esfuerzo, se convertía en propiedad legal de quien lo había hallado. Pero si el espíritu instruía al ser humano en las prácticas secretas y mágicas, y de ese modo llegaba al tesoro (es decir, si el diablo suministraba los medios) el tesoro debía ser confiscado por el Estado.

El profesor Strykius consagró su atención a otros muchos problemas igualmente espinosos. ¿Podía declararse muerto al esposo ausente cuyo espectro rondaba la casa?

No, porque esa presencia podía ser fraudulenta. En caso de asesinato, ¿era prueba suficiente que el

espíritu ensangrentado de la víctima apareciera en el lugar del crimen? Nueva respuesta negativa, y por la misma razón. ¿Era circunstancia atenuante que un duende hubiera persuadido al criminal para que cometiera el crimen? Sólo si se demostraba que dicho espíritu maligno había realizado frecuentes visitas al criminal, amenazándolo con romperle el cuello si se negaba a obedecer sus órdenes.

Otro trabajo importante del decano Strykius fue el *Tractatio juridica de alapa,* una disertación sobre el problema de las bofetadas en la cara.

El trabajo se dividía en cuatro capítulos y era un enfoque exhaustivo y cabal del asunto:

I. De alapae descriptione- definición de la bofetada.

II. De subjecto activo- el que abofetea.

III. De subjecto passivo- el que es abofeteado.

IV. De effectu alapae- consecuencias de la bofetada.

Insumiría mucho espacio reproducir detalladamente el discurso del profesor; pero vale la pena citar y describir algunos pocos ejemplos de su brillante lógica. Se creería que el primer capítulo era absolutamente innecesario; después de todo, una bofetada es una bofetada. Nada de eso. Hay acopio

de opiniones sobre el hecho de que un puntapié en la cara no es, ciertamente, una bofetada... pero la distinción se torna más sutil cuando el que abofetea es un hombre sin dedos. Si desde el día de la creación ello ocurrió alguna vez, poco importa... el espíritu jurídico se sentía excitado ante la posibilidad del hecho. Sea como fuere, y de acuerdo con Strykius, dicha bofetada no puede ser considerada de ningún modo una bofetada.

El autor revela considerable humanidad al opinar que el amo no tiene derecho a abofetear a su criado. Por otra parte, en ciertos casos el marido tiene pleno derecho a descargar la mano sobre el rostro de la esposa; por ejemplo, si la sorprende con otro hombre; o (como ya hemos visto) si ella escribe una carta de amor a un tercero; o si sale y regresa tarde en la noche. Pero si la bofetada provoca hemorragia nasal, el hecho puede ser causa de divorcio.

Pero, ¿qué ocurre si la esposa abofetea al marido? Hay dos posibilidades: 1) Si el marido es más fuerte, puede devolverle la bofetada. 2) Si es más débil, y la tentativa de represalia fracasa, puede iniciar juicio de divorcio contra su propia esposa. En ambos casos le queda al marido la alternativa de

aceptar pacíficamente la bofetada, resignarse y no decir una palabra.

El insulto verbal no debe ser vengado con una bofetada. Este principio legal es muy importante, pues en cierta ocasión se planteó el siguiente problema: ¿Si durante un baile, cierto caballero pide a una dama que le conceda el honor de una pieza, y ella se rehúsa, el hombre tiene derecho a abofetearla? Naturalmente, carece de ese derecho, pues la dama está perfectamente autorizada a elegir a sus compañeros de danza y, en todo caso, aunque dicho rechazo constituye un insulto no puede ser vengado con una bofetada.

En los bailes y en ocasiones similares pueden suscitarse otros incidentes. Los hombres de baja moral son capaces de pellizcar o de tocar a las damas virtuosas de un modo que nada tiene que ver con las necesidades de la danza. En tales casos el ofensor debe ser abofeteado inmediatamente; pues es norma jurídica que el castigo debe ser apropiado a la naturaleza del crimen. La ofensa inferida por la mano del varón debe ser castigada con la mano de la mujer ultrajada.

Miles de estudios de similar carácter barroco colman los estantes de las bibliotecas. Existe uno

sobre la jurisprudencia de la virginidad, y hubo una larga polémica para decidir si una muchacha que había sido violada podía llevar las flores blancas (o la corona de mirto) al acercarse al altar. Un jurista se inclinaba por la afirmativa; después de todo, las flores o la corona eran símbolos de inocencia moral, y la violación sólo había tenido consecuencias físicas, de modo que la virtud de la novia no había sufrido ningún daño. Los hombres que se ajustaban a la letra de ley se indignaron mucho; poco importaba el modo en que una muchacha había perdido su inocencia, lo cierto era que no podía aparecer en la iglesia con el símbolo de esa virtud. Se sugirieron algunas fórmulas de compromiso: muy bien, que se le prohibiera llevar la corona de la inocencia; pero por lo menos debía tener derecho a exigir del novio el precio de la inocencia.

Cierto doctor Simon Christoph Ursinus produjo un estudio sobre los derechos legales y los problemas de las prostitutas; probablemente sobre la base de exhaustivas investigaciones prácticas (De quaestu meretricio). ¿Cuándo es posible llamar meretrix a una mujer? Cuando vende por dinero sus favores. Pero si no acepta dinero, ¿cuántos amantes ha de tener para que merezca ese nombre? La jurispru-

dencia no ofrecía un criterio definido; de acuerdo con cierto autor, la cifra era de cuarenta. No podía reclamarse la devolución de un regalo hecho a una meretriz; si ella concedía crédito, y se le entregaba un pagaré, el pagaré debía ser cancelado. (¡Sombras de Judá y de Tamar!) Sino se había realizado ningún pago, ni firmado un documento, y sólo existía una promesa, ésta tenía fuerza legal.

Los expertos juristas de ojo de águila no omitían un solo punto. ¿Podía la meretriz dejar testamento? Y en caso afirmativo, ¿se le permitía dotar a alguna institución piadosa, o efectuar donaciones a una orden religiosa? Sin duda el autor pensaba en Friné, de quien se afirma que ofreció financiar con sus ganancias la construcción de las murallas de Tebas.

Y he aquí el más extraño problema jurídico: si una mujer de esta clase fuese dispendiosa, y gastase sin control sus ganancias, ¿se le podía nombrar un curador legal?

La respuesta es negativa, y de ese modo el doctor Ursinusse evita la tarea de indicar cómo podría actuar semejante curador.

Se consagraron extensos estudios a la jurisprudencia del silencio, de las narices, de los pies, de las manos y aún a la jurisprudencia de la mano derecha

o de la izquierda, sin hablar de los dedos considerados individualmente, etc.

¿Etcétera?

Pues también tal palabra suscitó problemas de carácter legal.

Este humilde pero comprensivo término, carente de existencia autónoma, eterno complemento de otros esta modesta y anónima expresión adquirió, gracias al profesor Strykius, individualidad e importancia propias. El patito feo se convirtió en orgulloso cisne.

Strykius le consagró un libro, al que denominó *Tractatio juridica de Etcetera* (Disertación jurídica sobre la palabra Etcétera). Desarrollaba su historia, su naturaleza, los usos correctos y los equivocados, los inconvenientes que podía provocar el uso erróneo, etc.

Por ejemplo, si en cierto documento legal es preciso enumerar todos los títulos de un príncipe reinante, no se debe interrumpir la lista en el tercer o cuarto título, para ahorrar tinta y espacio, apelando a la palabra "etcétera".

La obra exhorta a los escribanos públicos a esquivar la palabra, porque cualquiera de las partes podría, con acopio de malas intenciones, atribuir al

"etcétera" toda suerte de interpretaciones antojadizas.

También descubrimos en este libro que en aquellos tiempos se consideraba insulto extremadamente grave decirle a alguien: " ¡Tú eres un etcétera!" Y si bien, (como ya sabemos) dicho insulto no podía ser contestado con una bofetada, cabía denunciar al ofensor, y la ley obligaba al juez a aplicarle una sentencia muy severa. Es probable que la severidad de la pena tuviera un doble propósito: por una parte satisfacía el principio de retribución, y por otra desalentaba gradualmente el empleo de la palabra, hasta que al fin perdió su connotación insultante.

Etcétera.

4.

El período romántico de la jurisprudencia concluyó hace aproximadamente ciento cincuenta años, pero la estupidez de quienes apelan a los juicios se ha prolongado hasta nuestros días. Lejos de mi la idea de que los legisladores suministran intencionalmente ocasiones para la manifestación de la locu-

ra humana, y que los jueces eruditos, los abogados brillantes y los fiscales sagaces no son la regla antes que la excepción. Pero la complejidad de leyes y decretos, el desarrollo excesivo y a menudo terrible de párrafos, cláusulas, subcláusulas y precedentes, codificados o sin codificar, parece haber creado un terreno extremadamente fértil y apto para el desarrollo de una verdadera maraña de estupidez.

Tal fue el caso en Köslin, Alemania, donde poco después de la Primera Guerra Mundial un abogado realizó la hazaña casi increíble de representar a AMBAS partes en un juicio desarrollado ante dos tribunales diferentes. El hombre trató de disculparse afirmando haber creído que en la segunda instancia se trataba de un caso completamente distinto. Fue procesado y absuelto; pero la acusación apeló, y este peculiar jurista fue condenado a tres meses de prisión. Sin embargo, se mantuvo en suspenso la sentencia, porque el juez del tribunal de apelaciones consideró que la conducta del profesional obedecía a inexperiencia.

Y este caso me recuerda el caso del estafador que contrató los servicios de un abogado. Después de discutir los cargos, el abogado preguntó: "¿Y cuáles serán mis honorarios?"

“Vea, mi amigo”, replicó el hombre con una sonrisa inocente, “es muy sencillo. Si yo recibo algo, no le daré nada. Si no me dan nada, le daré algo”.

Hace más de veinte años, un abogado norteamericano comenzó una labor gigantesca: agrupar todas las leyes sancionadas por todos los gobiernos federales y estatales. Trabajó cinco años, y finalmente obtuvo la cifra total de un millón ciento cincuenta y seis mil seiscientos cuarenta y cuatro leyes. Los especialistas en estadísticas legales han calculado que la Segunda Guerra Mundial (y antes de ella el período de la crisis) casi ha duplicado dicho número. La batalla entre los derechos estatales y federales jamás cesó ni se interrumpió, de modo que aún hoy están en vigor una docena de leyes diferentes sobre el problema de la pena de muerte, el alcoholismo, y centenares de otras cuestiones. No es de extrañar, entonces, que florezca el abogado picapleitos, que a menudo las decisiones judiciales sean letra muerta; y que los delincuentes cometan crímenes que permanecen impunes. No siempre, ciertamente, pero con frecuencia suficiente para demostrar la locura de la legislación múltiple.

Tampoco es de extrañar que bastante a menudo la ley y la práctica engendren absurdos. Véase, por

ejemplo, el caso de la joven de Wáshington que conoció en una fiesta a un golfista profesional, y recibió de él algunos buenos consejos sobre el modo de mejorar su técnica.

Poco después, el hombre le envió una factura por doscientos dólares. La joven creyó que el hombre bromeaba, pero él le aseguró que era la tarifa acostumbrada, e insistió en el pago.

Asombrada, la joven consultó a un abogado amigo, y éste afirmó que en tales circunstancias la exigencia de pago era ridícula. "Si vuelve a hablarle del asunto, envíemelo", dijo el letrado.

Pocos días después recibió una factura de cien dólares, por el consejo legal recibido. ¡Y en definitiva tuvo que pagar las dos cuentas!

Las leyes poseen tremenda capacidad de supervivencia. A menudo se mantienen en los códigos sin ser derogadas durante siglos, y un abogado hábil en busca de un precedente o de una cláusula favorable a veces puede apoyarse en cierta práctica legal o en cierta reaccionaria ley puritana que nadie recuerda ni se ocupo jamás de eliminar.

Un edicto de Cromwell contra las blasfemias no ha sido derogado nunca en Inglaterra. Establecía un sistema de multas, graduadas de acuerdo con el len-

guaje empleado y con la posición social del ofensor. Así, un expletivo prohibido costaba 30 chelines a un lord, 25 a un caballero, 10 a un esquire, 6 chelines 8 peniques a un simple "caballero", mientras que "todas las personas inferiores" podían expresar sus sentimientos al módico precio de 3 chelines 4 peniques. Sin embargo, esas penas eran sólo por los "primeros delitos". Después de varias condenas, el delincuente corría el riesgo de que se lo declarara "blasfemo habitual" y se lo enviara a la cárcel. Todavía en la década de 1930 se imponían multas en ciertos lugares de Inglaterra (en Windsor, por ejemplo) a quienes juraban en público, y aún hoy es preciso cuidar el lenguaje que se usa en las Islas Británicas.

Una ley anticuada fue culpable de que se condenara a un hombre por "recibir de sí mismo con conocimiento de causa bienes robados". El Tribunal de distrito anuló la condena, pero lo cierto es que los jueces de Darlington habían aplicado una multa de cinco libras a un hombre llamado George Thomas Waterhouse, culpable de recibir alambre de cobre y objetos de bronce valuados en 4 libras, 3 chelines y 6 peniques, "que habían sido robados por George Thomas Waterhouse". Lo característico del

caso fue que, a pesar de que el señor Waterhouse estaba acusado de robar y de recibir, los jueces lo condenaron solamente por este último cargo. Sin duda fue un auténtico Jekyll y Hyde... pero salió bien librado. Fue otro caso en que la ley se pasó de inteligente, y terminó derrotándose a sí misma.

Un caso igualmente esquizofrénico ocurrió en los Estados Unidos, donde la señora Ruth E. Hildreth, de El Paso, Illinois, inició juicio contra ella misma por la suma de 20.000 dólares. Es comprensible que al poco tiempo anunciara en Eureka, Illinois, que había arreglado el asunto extrajudicialmente. Por supuesto, esta particular forma de locura tenía cierto método. La señora Hildreth afirmaba haber sufrido varias heridas en un choque de vehículos, cerca de Eureka, dos años antes del juicio. Acusaba a Leroy Schneider, conductor del otro coche, de responsabilidad en las lesiones sufridas, y exigía el pago de 20.000 dólares.

Pero Schneider murió en el accidente, y la señora Hildreth pidió que se la nombrara administradora de la propiedad del difunto, porque las heridas sufridas creaban en ella un interés personal en la disposición de la propiedad en cuestión. De modo que cuando inició el juicio, descubrió que lo hacía con-

tra el administrador de los bienes de Schneider... es decir, contra ella misma.

He mencionado la capacidad de resistencia de las leyes frente a los cambios y al progreso. En 1947, un minero fue sentenciado a cinco días de prisión en Coventry, por no pagar su cuenta de hospital. Los magistrados se mostraron muy considerados, y lo invitaron a cumplir la sentencia en Whitsuntide, con el fin de que no perdiera días de trabajo. Pero el caso demostró que en Gran Bretaña todavía es posible la cárcel por deudas. Hace más de un siglo los jueces de la Suprema Corte (con el entusiasta apoyo de Carlos Dickens, que en más de una novela describió el cuadro trágico de la Prisión para Deudores) reclamaron la eliminación de esta sección de la ley. En 1869 el Parlamento aprobó la Ley de Deudores, en la que se declaraba que "ninguna persona podía ser arrestada o encarcelada por falta de pago de una suma de dinero". Sin embargo, en 1946, 3.567 personas fueron llevadas a la cárcel por deudas.

El problema fue creado por la estupidez de los legisladores, que aceptaron excesivo número de excepciones a la ley; pues lo que en realidad les interesaba era terminar con la prisión por deudas

contraídas con acreedores privados. Pero aún hoy la gente puede ser encarcelada "por falta de pago de cualquier cantidad sumariamente recuperable ante los magistrados".

Pero el rasgo más particular es la discriminación entre deudas con personas de carácter privado y deudas con el Estado. Las deudas privadas no se extinguen por el hecho de cumplir una sentencia de cárcel; los impuestos impagos o la negativa a mantener a personas dependientes del acusado, las que por ese motivo se convierten en carga del Estado, pueden ser expiados mediante algunas semanas en la cárcel. Ello significa que el Estado, que de ese modo ha aumentado la deuda ofreciendo casa y comida gratis al deudor, se declara dispuesto a perdonar y a olvidar.

Hace algunos años, Sir Frank Soskice, en su carácter de fiscal general, presentó en la Cámara de los Comunes un proyecto con el fin de eliminar las leyes anticuadas que han sobrevivido obstinadamente. Algunas de ellas se remontan a 1235; la más reciente es de 1800. Hay algunas leyes todavía en vigor (y varias NO incluidas en la ley) en virtud de las cuales buen número de personas pueden ser condenadas a la picota o a la flagelación en público. Por ejemplo,

dichas penas serían aplicables a quienes vayan al cinematógrafo en domingo, o se entretengan en “diversiones profanas”.

Hay leyes parecidas en los códigos de casi todos los países del mundo.

Debido a la existencia de estas leyes envejecidas, a menudo la justicia embaraza sus propios movimientos. No hace mucho hubo un caso que fue una verdadera comedia. La sociedad cooperativa de Gorebridge presentó un reclamo contra James Turnbull, detenido en la prisión de Saughton. El hecho se originó en que la caja fuerte de la cooperativa se atascó y Turnbull- un excelente violador de cajas fuertes- fue llamado para abrirla. Trabajó a plena satisfacción de todos, salvo que, en el acto de abrir la caja, robó 316 libras en efectivo y 30 libras en objetos. La sociedad inició juicio y perdió el caso. El juez sustituto dijo en su fallo:

“Con verdadero pesar debo rechazar por incompetente la acción. La sociedad cooperativa Gorebridge parece haber sufrido una grave pérdida a consecuencia del acto delictuoso de Turnbull, y me veo obligado anegarles ayuda por razones meramente técnicas.”

“Las razones técnicas” eran muy sencillas.

Turnbull estaba cumpliendo una sentencia, y por consiguiente no era responsable de sus actos.

Hasta qué extremo las leyes pueden ser complejas y contradictorias lo demuestran ciertos decretos recientes, extraídos de los periódicos norteamericanos:

Las palomas no deben posarse en los techos de las casas o pasearse por los jardines de los vecinos. (Decisión oficial británica.)

Los encargados de los bares no contraen responsabilidad legal cuando juzgan la edad de los enanos. (Junta californiana de compensación.)

Los cálculos renales y el oro de los dientes extraídos son todavía de propiedad del paciente. (Asociación médica alemana.)

Cuando una manada de perros ocupa las vías del ferrocarril, no es necesario tocar el silbato para cada perro en particular. (Un tribunal de Tennesse, Estados Unidos.)

La mujer no está obligada a soportar al esposo que fuma la pipa en el lecho matrimonial. (Tribunal doméstico, Londres.)

No es delito criminal desear que alguien se caiga muerto. (Fiscal Charles Ireland, de los Estados Unidos.)

Los expertos de yo-yo no pueden practicar su arte en las cercanías de las escuelas... son una tentación para los niños, y los distraen. (Tribunal municipal, Estados Unidos.)

Una mujer tiene derecho a divorciarse si el esposo insiste en realizar todo el trabajo doméstico. (Tribunal doméstico, Londres.)

5.

Nada refleja la estupidez humana tan cabal y perfectamente como la manía de pleitear. Los hombres y las mujeres que pleitean incansablemente, sin la menor esperanza de éxito, a menudo sin razones de carácter material que lo justifiquen, años y años absortos en una disputa de menor cuantía, son gente que a menudo está al borde de la locura. Pero en muchos casos adoptan esa actitud absurda y suicida por simple estupidez.

En 1890 murió en la antigua ciudad de Szekesfehervar un abogado húngaro llamado Juan Farkas. Adquirió fama en el papel de defensor de muchos asaltantes de caminos. Se especializó en la defensa de bandidos, y amasó una fortuna considerable gra-

cias a su concentración en esta esfera del derecho.

Era soltero, pero tenía muchos parientes. Cuando se leyó el testamento, se comprobó que dejaba una propiedad de tres mil acres, dinero y otras posesiones a aquel de sus parientes que en el plazo de diez años fuera capaz de dar la más exacta respuesta a las siguientes preguntas:

1) ¿Qué es eterno e infinito sobre la tierra?

2) ¿Por qué la gente necesita dinero?

3) ¿Por qué la gente pleitea?

Hasta que se obtuvieran respuestas satisfactorias, debía dividirse la renta de las propiedades entre distintas instituciones caritativas.

Al cabo de una semana se presentaron alrededor de quinientos litigantes, divididos en dos grupos principales. Uno de ellos aceptó las condiciones, y pacientemente comenzó a formular respuestas a las preguntas. El otro impugnó el extraño testamento y trató de demostrar que en el momento de redactar el documento Farkas era insano.

Al cabo de diez años, los tribunales resolvieron que el testamento era válido. El número de litigantes se había reducido a veintidós, pero ningún juez alcanzaba a decidir cuáles eran las respuestas más correctas. (Uno de ellos escribió un libro de 150

páginas con el propósito de resolver los problemas suscitados.) El fantástico pleito duró más de cincuenta años. Uno de los abogados sugirió un compromiso. La propiedad había aumentado considerablemente de valor; ahora valía más de 200.000 libras, y propuso dividirla en partes iguales entre los herederos. Estos rechazaron de plano. En el curso de los cincuenta años más de sesenta personas habían sido sentenciadas por asalto y agresión, por redacción de libelos obscenos y por otros diversos delitos menores, cometidos dentro y fuera del recinto del tribunal, en ocasión con motivos de mutuos ataques de los antagonistas. El último juez que examinó el caso suministró la respuesta correcta a las tres preguntas. ¿Qué es eterno e infinito? Este pleito. ¿Para qué necesita dinero la gente? Para continuar el pleito. ¿Por qué la gente pleitea? Porque necesita dinero.

La tremenda inflación de 1945-46 liquidó la propiedad Farkas, y de ese modo acabó también con la manía litigiosa de sus herederos.

En Graz, Styria, un maníaco de los pleitos inició juicio contra un ruiseñor... o mejor dicho contra su propietario, un sólido ciudadano llamado Oscar Heinzel. Herr Heinzel tenía al ruiseñor en una jaula,

y todas las noches sacaba la jaula a una ventana abierta. Naturalmente, el ruiseñor cantaba... durante casi toda la noche. Uno de los vecinos, hombre que indudablemente carecía de todo sentido poético o musical, inició juicio contra Heinzel por perturbar la paz y provocar molestias. El caso recorrió tres tribunales, hasta que al fin fue fallado en favor del ruiseñor. He aquí el resumen preparado por el erudito juez:

"El consejo de la ciudad tenía completa autoridad para aplicar el párrafo 137 en relación con los intereses públicos. Si hubiera existido una molestia pública provocada por el humo, por un olor desagradable o por algún ruido objetable, se habría justificado la prohibición. Pero en este caso el consejo se excedió en sus atribuciones, pues es preciso respetar la libertad de los inquilinos individuales dentro de sus respectivos hogares, y en el caso en disputa no pudo establecerse que existiera una perturbación de la paz de tal magnitud que representara una molestia pública. Aquí se trata del caso de un pájaro que vive libremente en nuestro país, y que usualmente canta al aire libre. En tales circunstancias, mantener abierta la ventana no puede considerarse una molestia insoportable e inadmisible. Por consi-

guiente, revisamos los fallos de los dos tribunales inferiores."

Lástima que, entretanto, hubieran transcurrido siete años, y que el ruiseñor estuviese muerto.

Un hombre inició juicio contra una compañía ferroviaria por los "sufrimientos mentales" padecidos después de un accidente en el que sólo había recibido lesiones de menor importancia. Afirmó que ahora sufría de insomnio, y recibió alrededor de 1.600 libras en concepto de indemnización. Y una mujer exigió a un hospital una indemnización igualmente sustancial... porque el personal no había impedido su tentativa de suicidio. Se llamó a más de veinte expertos antes de rechazar la pretensión.

Uno de los pleitos más complicados se originó en un perro mestizo de cierta pequeña ciudad húngara. El animal, de carácter un tanto levantisco, vagabundeaba por la calle, y allí mostró "amenazadoramente" los dientes a un niño. Unos de los pocos policías de la ciudad fue testigo del lamentable incidente, y cursó una citación al propietario del perro, un campesino obstinado y de carácter independiente llamado Matias Fadgyas. El señor Fadgyas no esperó a que le llegara la citación. Enterado del asunto, presentó una queja contra el

policía, afirmando que frecuentaba el local de una agencia de personal doméstico, donde se entretenía en cortejar a algunas de las muchachas que a ese lugar acudían para contratarse como cocineras o mucamas. También presentó una queja contra el propietario de la agencia doméstica, acusándole de dirigir un lugar licencioso.

El magistrado multó a Fadgyas en la suma de cinco chelines, al mismo tiempo que éste iniciaba diversos juicios:

contra el magistrado policial que lo sentenció,

contra el comisionado policial, que nada hizo para evitar dicha sentencia,

contra el tribunal del condado, porque aprobó la multa,

contra un oficial de policía que se negó a considerar su queja con-tra el alguacil.

Pero esto no era suficiente. Fadgyas inició otros juicios:

contra el hombre que compró el mueble, cuya venta, fue ordenada por el tribunal, pues Fadgyas se negó a pagar,

contra el policía presente en el remate público,

contra un vecino que "se rió burlonamente",

contra el abogado que lo representó (a Fadgyas)

sin éxito.

Aun esto no era más que una de las etapas del asunto. Fadgyas prosiguió e inició litigio:

contra el Colegio de Abogados, porque no apoyó su queja contra el abogado del propio Fadgyas,

contra el presidente y los jueces del tribunal, porque su apelación fue rechazada,

y contra varios otros magistrados, jueces, empleados y diversos funcionarios de la administración judicial.

Todas estas quejas y procesos determinaron, a su vez, una cosecha de juicio por injurias y libelo contra Fadgyas. Entre los acusadores se contaban el primer policía, el propietario de la agencia de servicio doméstico, la policía, el alguacil, el vecino de Fadgyas, su abogado, y numerosos jueces y empleados del tribunal.

Durante tres años enteros la mitad de los casos examinados por el tribunal del condado tuvieron por figura principal a Fadgyas: unas veces como parte acusadora, y otras como acusado.

En la primera audiencia de la apelación Fadgyas fue condenado a un mes de prisión. Apeló nuevamente, e inició juicio el fiscal de la acusación y a su propio ahogado defensor. Al primero, porque había

empleado “términos insultantes”; al segundo, porque no se había expresado con “suficiente energía”.

Y todo por un perro mestizo.

Quizás en ninguna parte como en los Estados Unidos esta manía litigiosa ha alcanzado tan inmensas proporciones y producido tan ricos frutos (sobre todo para los abogados). Cuando Harry Ferguson, el inventor y multimillonario británico, inició proceso contra la compañía Ford, el caso dio ocupación a setenta y dos abogados (muy felices, por cierto, de participar en el juicio). Las declaraciones previas ocuparon 300.000 páginas de tamaño oficio, escritas con letra apretada, y varios centenares de miles de páginas con notas, pruebas y diversos documentos. En conjunto, se escribió más de un millón de páginas de documentación antes de que el primer abogado se pusiera de pie y se aclarara la garganta. Durante las primeras cinco semanas de procedimientos judiciales, las declaraciones testimoniales insumieron alrededor de cinco millones de palabras, aunque sólo se había llamado a tres testigos. Es verdad que se trataba de un juicio que implicaba el destino de varios millones de dólares. En definitiva, el caso fue resuelto fuera del tribunal, pero se gastó por lo menos un millón de dólares en

honorarios de abogados y en gastos judiciales.

Existe, naturalmente, la manía de los contratos, que posee manifestaciones semánticas particulares, por ejemplo, emplear cinco palabras allí donde una sola sería suficiente... y todo lo demás que tiene su contrapartida en el lenguaje de la burocracia. Hasta ahora, ningún abogado se ha atrevido a reconocer que un contrato vale exactamente lo que la buena fe de las partes contratantes; si lo hicieran, muchos de ellos se verían obligados a abandonar la profesión. Recuerdo que en cierta ocasión firmé en Hollywood un contrato que tenía siete páginas más (a un solo espacio) que el fragmento literario con el cual se relacionaba. Recuerdo también otro caso... en que las negociaciones insumieron nueve semanas y el esfuerzo de un equipo de abogados. Las dos presuntas partes del contrato estaban perfectamente de acuerdo sobre el principio que debía servir de fundamento a los detalles; pero cuando los abogados se apoderaron del asunto y comenzaron a masticarlo, como los perros mastican un hueso, todos caímos en la mayor de las confusiones. La discusión se tornó tan complicada que cada uno de los abogados se vio obligado a explicarse a sí mismo qué había querido decir... y en definitiva todo el asunto se echó a

perder, destrozado por los golpes implacables de los expertos en contratos.

Ciertamente, la ley, con toda su majestad, puede ser también expresión de suprema estupidez.

VII

LA ESTUPIDEZ DE LA DUDA

1.

El 11 de marzo de 1878 la Academia francesa de Ciencias se reunió para presenciar una interesante demostración. Du Moncel, el conocido físico, debía presentar el fonógrafo, la nueva invención de Edison. La ilustre asamblea se impresionó mucho cuando la pequeña y primitiva máquina comenzó repentinamente a hablar y repitió fielmente las palabras que Du Moncel había registrado pocos momentos antes.

De pronto, Jean Bouillaud, el famoso médico, un hombre de ochenta y dos años que se había pasado la mayor parte de la vida tratando de identifi-

car la relación entre ciertas funciones y determinadas regiones del cerebro, se puso de pie, se acercó a la plataforma y aferró por el cuello al infortunado Du Moncel.

"¡Sinvergüenza!", rugió. "¡Cómo se atreve a intentar engañarnos con esos ridículos trucos de ventrílocuo!"

Camilo Flammarion, que fue testigo personal del incidente, relata el caso en el primer capítulo de su libro *L inconnu*: "Y el enfurecido médico permaneció colérico y escéptico hasta el fin de su vida."

El 30 de septiembre, poco más de seis meses después de la demostración, la Academia de Ciencias realizó otra reunión. El obstinado escéptico solicitó la palabra, y declaró que, después de prolongada y cuidadosa consideración, mantenía un postura inicial; que el llamado fonógrafo no era otra cosa que un truco de ventrílocuo. "Es absolutamente imposible", dijo Bouillaud, "que el noble órgano de la palabra humana pueda ser reemplazado por el innoble e inconsciente metal".

Poca gente habría oído hablar de Bouillaud si Flammarion no lo hubiese inmortalizado. Pero la Academia Francesa tenía ya un miembro realmente inmortal: Joseph Jérome Le Frangais de Lalande, el

gran astrónomo que fue director del observatorio de París entre 1768 y 1807. Desarrolló la teoría planetaria, mejoró las tablas de Halley, catalogó cerca de cincuenta mil estrellas, y escribió gran número de obras sobre navegación. En 1781, Francois Blanchard (inventor del paracaídas) presentó su "nave voladora" dirigible. El hecho excitó la imaginación del público; el pueblo hablaba ya de los atrevidos aeronautas que surcaban el cielo de París. (En 1785 Blanchard cruzó en globo el canal de la Mancha.) Pero Lalande se apresuró a arrojar agua fría sobre tan calenturientas esperanzas. En el número del 18 de mayo de 1782 del Journal de Paris escribió un artículo destinado a pinchar el globo del señor Blanchard. "Desde todo punto de vista", escribió, "es absolutamente imposible que el hombre se eleve en el aire y flote. Para alcanzar ese objetivo se requerirían alas de tremendas dimensiones, y sería preciso que se movieran a la velocidad de tres pies por segundo. Sólo a un loco se le ocurriría abrigar la esperanza de que se realizara nada semejante..."

Menos de un año más tarde, el 5 de junio de 1783, los hermanos Montgolfier lanzaban su primer globo.

Al mes siguiente, el 11 de julio de 1783, el mar-

qués Claude Francois Dorothée de Jouffroy d'Abbans, el precursor europeo de la navegación de vapor, realizó su primera excursión en una nave de vapor por el río Saóne. Presentó la invención al gobierno, y éste solicitó la opinión experta de la Academia de París. He aquí la réplica: el experimento nada demostraba, y no valía la pena gastar dinero en el asunto.

Los primeros conquistadores del aire y del agua sufrieron la enemiga de los expertos científicos. Pero los precursores de los ferrocarriles no corrieron mejor suerte. La ciencia oficial los rechazó con gesto despectivo; se afirmó que las locomotoras jamás podrían ponerse en movimiento, que las ruedas giraban en el mismo sitio. Perolas ruedas, dando muestras de considerable descortesía, desmintieron la afirmación de los eruditos organismos; se movieron, y su desplazamiento se tornó más y más veloz. Entonces, la ciencia comenzó a argumentar que dichas velocidades no eran naturales, y que provocarían epidemias generales. De acuerdo con la opinión del Real Colegio Bávaro de Medicina, la persona que viajara en tren sufriría probablemente conmoción cerebral, y quienes desde el costado de las vías contemplaran el paso de un tren se desmayarían a

causa del mareo. Por consiguiente, (decían los médicos) si el gobierno tenía la audacia de dedicarse a tan peligroso experimento, debía erigir empalizadas a lo largo de las vías... por lo menos hasta la misma altura que los coches.

Flammarion y otros han puesto en la picota a muchos de estos “tontos de la duda”.

Durante siglos Europa entera ha asistido a la caída de meteoritos. Los fragmentos se conservaban en las vitrinas de los museos, acompañados de documentos debidamente autenticados con respecto al lugar y momento de la caída. Finalmente, la Academia francesa de Ciencia despertó de su digno letargo, y encomendó a Lavoisier, el gran químico, la preparación de un informe sobre los mencionados proyectiles. Cuando el informe fue presentado, la Academia declaró que el asunto era increíble, y que no podía aceptarse su realidad; era imposible que del cielo cayeran piedras. Esos “meteoritos” seguramente habían sido vomitados por alguna erupción subterránea. Me pregunto qué habría dicho ante este informe la mujer de Idaho en cuya casa, a principios de 1955, cayó un meteorito de regular tamaño, que atravesó el techo y golpeó con fuerza la cadera de la buena señora (le costó tres meses repo-

nerse del accidente). Es probable que hace ciento cincuenta años la Academia de Ciencias hubiera recomendado practicar excavaciones en el centro de Idaho en busca de un volcán subterráneo. Jacques Babinet, el físico francés, declaró que el cable submarino era una idea ridícula. Felipe Lebon, el químico e ingeniero que fue uno de los primeros en preconizar el empleo del gas con fines de iluminación, debió escuchar juicios categóricos en el sentido de que era imposible que una lámpara sin mecha se encendiera. Cuando William Harvey presentó su descubrimiento de la circulación de la sangre, sus colegas médicos lo atacaron con tal violencia que durante cierto tiempo perdió a la mayoría de sus pacientes.

El caso de Galileo fue quizás el más famoso, y casi concluyó trágicamente. Con sus tremendos descubrimientos astronómicos y cosmológicos se atrevió a irritar los nervios sensibles de la ciencia oficial contemporánea. En el siglo XVII la Sorbona insistía aún en enseñar la astronomía aristotélica, y pedía la ayuda del Parlement contra los "innovadores ateos". En 1624, los adeptos de Copérnico y de Galileo fueron desterrados de París, y se prohibió a los que permanecieron en la ciudad, bajo pena de

muerte enseñar ideas diferentes de las que sostuvieron las autoridades antiguas y aceptadas".

En la Universidad de Bolonia, los colegas de Luigi Galvani lo coronaron con un gorro de bufón; se rieron de él y lo llamaron "el maestro de baile de las ranas".

En 1840 la Academia Francesa decidió al fin prestar cierta atención a los fenómenos conocidos entonces bajo la denominación de "magnetismo animal" o "sonambulismo". Hoy hablamos de hipnosis. Como consecuencia del análisis practicado, el augusto cuerpo resolvió que en el futuro no perdería tiempo en tales experimentos... del mismo modo que la estupidez del perpetuum mobile o el vano sueño de la cuadratura del círculo, no se trataba de un tema apto para las deliberaciones de los sabios allí reunidos.

Recuérdese el caso de Semmelweis, el hombre cuya obra salvó la vida de millones de madres, gracias al descubrimiento de la causa de la fiebre puerperal. Su larga y trágica lucha (que acabó en un asilo de locos, con su espíritu completamente destrozado) ha sido descrita en muchas ocasiones.

Edward Jenner, una de las mayores glorias de la medicina británica, el descubridor del método de

vacunación, casi compartió la suerte de Semmelweis. Cuando explicó por vez primera su descubrimiento de la vacuna, sus colegas lo atacaron con furia casi inhumana. Las prensas lanzaron ensayos y panfletos desbordantes de veneno. Cierto doctor Moseley dejó escapar una frase en vena profética: "¿Quién puede prever las consecuencias que acarreará, a lo largo de años, la inyección de jugos animales en el organismo humano? ¿Qué pensamientos fermentarán en los espíritus contaminados de fiebre animal? ¿Qué influencias ejercerán sobre el carácter humano los fluidos de cuatro patas?" Otros adoptaron también los mismos lemas baratos. El doctor Rowley decoró la cubierta de su folleto con la imagen coloreada de un muchacho de cabeza de buey. El doctor Smyth mezcló su cólera profesional con buena dosis de mentiras, y presentó un caso extremadamente trágico como argumento contra Jenner. Relató la historia de un niño que había recibido la vacuna; después, ese ser (que ya no era humano) empezó a caminar en cuatro patas, mugiendo como una vaca y acometiendo como un toro a la gente.

Más recientemente, el profesor Ferragutti, que inventó y desarrolló el automotor movido por gas de carbón de leña, también debió soportar una fan-

tástica campaña de calumnias. Su invención fue de gran utilidad para Italia, que carecía de pozos petrolíferos y que sufrió particularmente las consecuencias de la falta de abastecimientos de nafta durante la última guerra. Ferragutti afirmaba que su combustible no sólo era más barato (sólo un 5 % del costo de la nafta) sino, además, mejor y más seguro. Naturalmente, las compañías petrolíferas y otros intereses combatieron su invención por todos los medios posibles. Se le acusó de falsificar las pruebas, y de sobornar a funcionarios y a expertos. Pasaron diez años antes de que se aceptara el invento; y podemos suponer que no le habrán servido de mucho consuelo las palabras que le dirigió Marconi: "Debe preparase para afrontar las mayores dificultades. Pero si usted es un auténtico inventor, superará todos los obstáculos... como lo hice yo, luchando contra todas las formas de la estupidez, entre las cuales la peor es la estupidez de la duda."

En 1911 (¡diez años después de que Marconi hubiera logrado enviar mensajes radiales de Cornwall a Terranova!) uno de los principales físicos austríacos escribió un extenso y burlón artículo sobre Nikola Tesla, el inventor de origen croata. Vale la pena citarlo, para demostrar cómo el experto an-

quilosado puede errar y mantener obstinadamente su posición aún frente a la evidencia misma:

"El señor Tesla nos promete una transformación del mundo. Llámase a su invención un "orden eléctrico mundial". Tiene el descaro de afirmar que es capaz de construir aparatos con los que puede transmitir el discurso, la palabra escrita o hablada a cualquier distancia... de modo que si alguien dicta o escribe en cierto punto del globo, su escritura o un facsímil mecanografiado aparecerá en la forma original casi simultáneamente en cierto punto distante. Va aún más lejos, y afirma que es posible desarrollar un instrumento que transmitirá música por medio de ondas eléctricas. Nos sentamos cómodamente en un sillón, tomamos en la mano el pequeño aparato receptor, lo encendemos, ¡y oímos una ópera cantada a inconmensurable distancia! ¡Esto es suficiente para demostrar que este supuesto hombre de ciencia es un soñador poco práctico, y más aún, peligroso! ¡Y aún se atreve a presentar su candidatura para el premio Nóbel!"

Un típico ejemplo de lo que el New Yorker denomina "la bola de cristal empañada".

El inventor de la primera máquina productora de hielo, el doctor Juan Gorrie, un español que ha-

bía emigrado a los Estados Unidos, murió en la miseria, humillado y amargado porque no pudo reunir el dinero indispensable para promover su invento, a pesar de que gozó de considerable favor en Florida, donde en 1850 efectuó la primera demostración pública. Su suerte no fue un caso particular; por cada inventor de éxito ha habido mil fracasos; y, en realidad, cada una de las invenciones conocidas podría haber sido aplicada muchos años antes de la fecha en que se difundió si no hubiera sido por la locura de la incredulidad, por la estupidez de la duda.

2.

Si el inventor ha debido superar graves dificultades, ¿qué decir del poeta, del pintor, del músico? ¿O del pensador, del reformador, del jefe religioso? La estupidez siempre ha teñido e influido el juicio de los contemporáneos. El hombre de ciencia y el poeta: ellos han sido los únicos auténticos profetas de la humanidad, y este privilegio les ha acarreado siempre y por doquier sufrimientos físicos y morales.

Ya hemos visto cuántos grandes inventores han sido objeto de repulsa y de burla, en lugar de recibir los laureles que merecían. Pero con mucha frecuencia se los coronaba... de espinas. Muchos sabios del Medioevo fueron condenados porque no lograron disipar las tinieblas que los rodeaban. El súbito y luminoso rayo del genio desconcertaba a los contemporáneos y acentuaba la ceguera que padecían. ¡Era tan difícil, tan arduo seguir a los grandes espíritus por el camino ascendente del saber! Resultaba mucho más cómodo permanecer en la seguridad de la llanura, y acusar al heraldo del futuro de magia negra o de pactos con el diablo.

Gabriel Naudé, que fue bibliotecario, primero del cardenal Mazarino, y posteriormente de Cristina, reina de Suecia, reunió buen número de datos, organizados cronológicamente, sobre los grandes hombres acusados de brujería. Su libro, llamado *Apologie pour les grands hommes faussement soupçonnés de magie,* fue publicado en París el año 1625. La obra suministra interesantes pruebas en el sentido de que, todavía a principios del siglo XVII, era muy necesario librar batalla contra los rumores engendrados por la estupidez. La última de las siete ediciones francesas del libro apareció en 1712; la traducción

alemana tenía lectores todavía en 1787.

Parece casi increíble, pero hubo cronistas que se hicieron eco de ciertas murmuraciones, y acusaron de brujería nada menos que al Papa Silvestre II. ¡A este hombre que en el siglo X estaba convencido ya de la redondez de la tierra, y que había diseñado un globo en el que aparecía el circulo polar y el Trópico de Cáncer! Pero el espíritu de sus contemporáneos y la ciencia de su época no estaban en condiciones de seguir el paso de sus cálculos y descubrimientos matemáticos. Algunos difundieron el rumor de que el gran prelado estaba tratando de evocar los espíritus de Paralelogramo y de Dodecaedro... nombres mágicos y malignos que habían leído con sus propios ojos en las notas del Papa. Los cronistas posteriores dieron realce a la fábula afirmando que Su Santidad mantenía en su corte a un dragón que diariamente devoraba seis mil personas.

La calumnia científica no se preocupaba de que el objeto del ataque fuera un filósofo pagano o un teólogo cristiano. Alrededor del *daimon* de Sócrates se desarrolló una compleja literatura. De acuerdo con la versión de Plutarco, este espíritu maligno vivía encaramado sobre el hombro de Sócrates, y le anticipaba en voz baja el desenlace positivo o nega-

tivo de todas las cosas. La ciencia medieval caviló durante siglos sobre este antiguo rumor; era incapaz de aceptar la posibilidad de que un ser humano alcanzara la sabiduría por medios normales. Entre los papas, León III, Benedicto IX, Juan XXII y Gregorio el Grande fueron víctimas de panfletos insultantes. De León III se afirmaba que había obtenido el trono papal mediante brujerías. Algunos hombres de negocios de cierta cultura se hicieron eco de las estúpidas calumnias que pasaban de boca en boca, y de ese modo nació uno de los libros más absurdos que jamás hayan circulado entre el público crédulo. Fue el llamado *Enchiridion Leonis papae serenissimo imperatori Carolo Magno in munus pretiosum datum, nuperrime mendis omnibus purgatum* (Roma, 1660). Algunos editores de París consideraron propio alentar la locura de la superstición, y tradujeron al francés esta colección de insensateces en latín. Las ediciones francesas datan de 1740, 1847, 1850 y 1897. Y aún hubo una edición moderna, publicada por los hermanos Garnier en la década de 1930. El libro contenía las "encantamientos secretos y la imágenes mágicas" del Papa León III; de acuerdo con el título, el pontífice los había enviado como don precioso a Carlomagno.

Este instructivo libro nos enseña cómo protegernos del mal de ojo y de otros peligrosos encantamientos. En tales casos, el mejor recurso es el siguiente:

"Aphonidas + Maltheurs + urat + puatia + condisa + fondem + ortoo + Noxio + apeis + Burgasis + Glay + venia serchani."

El signo + es el signo de la cruz. Era el truco permanente de los autores de libros "mágicos". De ese modo, garantizaban a las personas piadosas que los encantamientos eran eficaces por sus propios méritos y no por la ayuda del Maligno.

El Enchiridion también suministraba un método infalible para atrapar a un ladrón:

"Escríbanse los nombres de los que residen en la casa, arrójense los trocitos de papel en un vaso lleno de agua y dígase en voz baja el siguiente encantamiento:

"Aragon + labilasse + parandano + Eptalicon + Lambured +, yo te mando que me digas el nombre del ladrón!

"Si el nombre del ladrón está en uno de los papeles, subirá a la superficie. Si suben varios de ellos, es que hay cómplices."

No es de extrañar que el Papa León III (que,

naturalmente, nada tenía que ver con este fárrago idiota) fuera acusado de brujería. Lo mismo le ocurrió a Albertus Magnus, cuya “magia” no era otra cosa que el florecimiento del genio siglos antes de lo que podría considerarse el momento oportuno. (Construyó un fonógrafo primitivo, y realizó experimentos con cultivos de invernadero.) En Hungría, el erudito profesor Esteban Hatvani, llamado el “Fausto magiar”, fue también acusado de prácticas malignas. Ese fue también el caso de Roger Bacon, que concibió hace siete siglos la idea de la pólvora, la nave de vapor, el automotor, el avión, y también los sumergibles, el telescopio, los lentes de aumento, las enciclopedias y los rayos X. Naturalmente, se le acusó de mago y de brujo. Y lo mismo le ocurrió a Pietro de Abano, orgullo de la Universidad de Padua, sentenciado a la hoguera por brujería, pero que logró, por su “astucia”, morir en prisión antes de la ejecución de la sentencia.

¿Y qué decir de los poetas, los dramaturgos y los músicos? A los ojos de sus contemporáneos, Shakespeare no fue otra cosa que un cómico de éxito. Ni sus amigos ni sus compañeros de trabajo, los mismos con quienes pasó tantas noches en el Mermaid, comprendieron que era el más grande genio

dramático de todos los tiempos. Recuérdese la anécdota de Ben Jonson (aunque es posible que aquí ejerciera su influjo cierto celo profesional), a quien los actores del Globo dijeron en una ocasión que Shakespeare demostraba maravillosa fluidez; sus manuscritos no tenían tachaduras ni raspaduras; en ellos no se había eliminado una sola línea. Jonson gruñó: ¡Ojalá hubiera tachado un millar!

Samuel Pepys opinaba que *Romeo y Julieta* era la peor de todas las obras que había visto; de *La Duodécima Noche* dijo que era "tonta". En cuanto a *El sueño de una noche de verano*, afirmó que se sentiría contento si nunca más volvía a verla, pues la creía unas de las obras más ridículas y de menos gusto que jamás se hubieran escrito.

Con todas sus cualidades, Pepys representa en el caso el tipo medio de aficionado al teatro; pero Thomas Rhymer, el arqueólogo y crítico, que era también historiógrafo de la corte y dramaturgo, hablaba como crítico autorizado. En su *Short View of Tragedy,* condenó la incapacidad de Shakespeare para "preservar las unidades" en Otelo; y su crítica fue formulada en palabras muy duras.

"En el relincho de un caballo, en el gruñido de un perro hay más sentido, y yo diría que más senti-

miento humano que en la ridícula tragedia de Shakespeare. La escena de Bruto y de Casio recuerda el caso del payaso y del luchador que en la feria se exhiben y luchan por un premio de pocos centavos."

Los críticos posteriores también se mostraron diligentes en sus tiros contra el Cisne de Avon; creían sin duda que apuntaban a un gorrión. No merecen que aquí los nombremos, pero citaremos por lo menos las acusaciones más comunes contra el mágico dramaturgo y bardo inmortal:

Es excesivamente difícil de comprender. No tiene talento trágico ni cómico. Sus tragedias son los productos de un teatro de última categoría. Su comedia es excesivamente vulgar y no mueve a risa. No es original: es nada más que un copista. Nunca ha mostrado capacidad propia de invención; es un cuervo que se adorna con las plumas de otros pájaros más bellos. Su obra es irreal, imposible, exagerada, ridícula, preciosista, afectada, obscena, inmoral. Escribe para la multitud; se complace en descubrir horrores; carece de encanto o de gracia; no tiene ingenio y posee un estilo hinchado.

Entre los críticos alemanes, Johann Christoph Gottsched, que en el siglo XVIII ejerció gran in-

fluencia sobre el estilo y el pensamiento literarios de Alemania, fue el hombre que encabezó la protesta contra Shakespeare. Su enemiga provenía principalmente del hecho de que no alcanzaba a encasillar y a clasificar los dramas y las comedias que daban por tierra con las limitaciones de la convención teatral. Escribía a su modo el nombre de su víctima, pues la llamaba “Schakespear”:

“El desorden y la irrealidad que se originan en el incumplimiento de las reglas es tan visible y repulsivo en Schakespear que hallarán placer en él sólo aquellos que nunca hayan leído una obra de calidad superior. *Julius Caesar*, juzgada por muchos como la mejor de sus obras, contiene tanta bajeza que no puede ser leída sin repulsión. El autor acumula en ella los más diversos hechos, y en el más completo desorden. Aparecen artesanos y otras gentes bajas, los bribones luchan y dicen bromas vulgares; luego, entran en escena héroes romanos, y discutan importantes asuntos de Estado.”

Tanto el crítico como sus “reglas de oro” han caído hace mucho en el olvido. Pero en aquella época la forma era todo. Aun Voltaire estaba tan influido por la idolatría francesa de la forma dramática, que tejió una corona de espinas para el genio

que habla desafiado todas las unidades aristotélicas.

"¡Un bárbaro borracho!", dijo de Shakespeare. "¡Un payaso vulgar! *Hamlet* es obra tan bárbara que ni siquiera el público francés o italiano menos educado podría soportarlo. Cualquier patán campesino se expresaría en términos mas selectos y elegantes que Hamlet en sus monólogos".

Federico el Grande, que admiraba mucho a Voltaire, trató de adoptar las opiniones de su amigo francés. En una de sus cartas se permite el siguiente exabrupto:

"Quien desee convencerse de la falta de gusto reinante en Alemania, podrá hacerlo visitando los teatros. Allí se verá la versión alemana de las detestables obras de Shakespeare, y cómo los concurrentes escuchan y contemplan con delicia esas ridículas payasadas que serían más apropiadas para los salvajes del Canadá. Formulo tan dura crítica porque se trata de graves pecados contra las reglas fundamental de la escena. Quizás corresponda perdonar los extraños excesos de Shakespeare, dado que no es posible juzgar el arte primitivo con arreglo a las pautas propias de la madurez. Pero ahora tenemos este *Goetz von Berlichingen*, miserable imitación de las malas obras inglesas.

El público aplaude y exige entusiastamente que estas absurdas vulgaridades se mantengan en el repertorio. Sé que es imposible discutir acerca de gustos...”

La carta del rey de Prusia (escrita en francés) fue publicada por Rudolph K. Goldschmid en su obra *Der Kluge Zeitgenosse* (El contemporáneo discreto, Leipzig, 1930).

Algunos rehusaron reconocer la profética grandeza de Goethe. El “príncipe de los poetas” no escribía para las masas. La frase de Séneca se le aplicaba perfectamente: “Nunca pretendí complacer a la multitud; pues lo que yo puedo hacer, ella no lo quiere; y lo que a ella le complace, no puedo hacerlo”.

No vale la pena perder tiempo en los infantiles denuestos de un Pustkuchen, un Glover, o un Goeze. Ludwig Börne. el escritor político y autor satírico alemán que llevó tan amarga lucha contra Heine, desechó a Goethe con una sola frase- en la cual, por otra parte, se ocupaba en realidad de otro poeta: “Torcuato Tasso contiene todo lo que es Goethe, tanto en su grandeza como en su inferioridad”. Bottiger, director del museo de Dresde, después de citar unas pocas líneas de *Fausto,* agregó lo

siguiente:

"Si un poeta como Goethe incluye estos versos en sus obras, no podemos sorprendernos de que los franceses acusen a los alemanes de falta de gusto. De todos modos, no alcanzo a comprender por qué Herr Goethe eligió personajes tan pedestres como Clavigo, Egmont y Fausto para pintar ideas y actos humanos."

Franz von Spaun, publicista contemporáneo, también eligió al *Fausto* como blanco de sus ataques:

"Ni siquiera un hombre delirante, agobiado por la fiebre, farfulla tantas estupideces como el Fausto de Goethe. Mis dedos se resisten a sostener la pluma. Limpiar estos establos de Augias exigiría algo más que la fuerza de Hércules. No aludiré a la torpeza de los versos; lo que he leído es para mí prueba suficiente de que el autor no puede competir siquiera con los más mediocres talentos de la vieja escuela. Quizás el Fausto tenga una meta definida, pero el buen poeta no puede limitarse a un tosco diseño; es preciso entender el arte del dibujo y del color... Alguna gente produce versos que fluyen con la misma facilidad que el agua de un grifo, pero este flujo diabético de aburridos versos no es el rasgo distintivo de un buen poeta."

Y no olvidemos la nota necrológica que un anónimo ensayista de Weimar escribió seis meses después de la muerte de Goethe, en la revista Sachsenfreun*:*

"Nuestro Goethe está olvidado; no porque el pueblo de Weimar sea insensible a las realizaciones respetables, sino debido al propio carácter del hombre. En él nada habla de humano; sólo se cuidaba de sí mismo, y los grandes intereses de la humanidad le eran ajenos... Sus obras... bueno, si, le sobrevivirán; es decir, perdurarán los seis u ocho volúmenes en los que una mano de capacidad crítica separará el grano confundido entre cuarenta volúmenes de paja..."

Si un contemporáneo alemán sostenía tales opiniones sobre el más excelso poeta de su propia nación, ¿qué podían decir los extranjeros? De acuerdo con Coleridge, Fausto no era otra cosa que una serie de imágenes en camera obscura, una obra vulgar y de lenguaje soez. De Quincey se mostró más severo aún, pues opinó que incluso la más baja superstición egipcia, la embrujada Titania o el borracho Calibán no podían soñar con ídolos tan vacíos y lamentables como los que Goethe ofrecía a los alemanes.

Cuando alguien mencionaba a Goethe, Víctor

Hugo montaba en cólera. "¡Monstruo! ¡Bestia! La única obra que merece ser leída es *Los bandidos*". Uno de sus amigos intervenía discretamente: "¡*Los bandidos* fue escrito por Schiller, no por Goethe!" El gran francés, que no se dejaba desconcertar fácilmente, rugía: " ¡Ya lo ven! ¡Goethe ni siquiera ha escrito eso!"

En cuanto a Schiller, tuvo que soportar su buena dosis de estupidez contemporánea. Un periódico de título impresionante, el *Königliche priviligierte Berlinische Staatsund Gelehrte Zeitung*, descargó sus rayos coléricos sobre *Kabale und Liebe* en su número del 21 de julio de 1784:

"Otra lamentable desgracia se abate sobre nuestra época. ¡Qué descaro escribir e imprimir semejantes estupideces! Pero no queremos predicar. Que aquellos que pueden leer páginas de repulsivas repeticiones y de impías tiradas juzguen por sí mismos. Una obra en la que un petimetre sin seso discute con la Providencia a propósito de una muchacha estúpida y afectada, y en la que se suceden las bromas vulgares y los discursos confusos y tragicómicos. Escribir esto equivale a pisotear el gusto y el sentido común. En esta obra el autor se ha superado a sí mismo. Podrían haberse salvado algunas

escenas, pero todo lo que el autor toca estalla como burbujas al contacto de la mano.”

Cuando se publicó *Katchen von Heilbronn*, de Kleist, el diario Morgenblatt afirmó que constituía interesante lectura para quienes habían perdido el juicio.

Y no es necesario retroceder mucho en el tiempo. Max Nordau, el que fue crítico de moda, declaró que Ibsen era incapaz de seguir el desarrollo lógico de una idea, de comprender una sola premisa fundamental, de deducir la conclusión apropiada de una situación dada. Eduardo Engel, el historiador de la literatura, demostró (para su propia satisfacción) que Thomas Mann no sabía escribir en alemán.

“La novela *Buddenbrooks* no es otra cosa que dos gruesos volúmenes en los que el autor describe la inútil historia de seres inútiles en una charla totalmente vacía.”

Finalmente, citemos la opinión de los círculos de alta cuna sobre los experimentos literarios. El príncipe Hohenlohe-Schillingfürst, canciller del Reich Alemán, fue a ver *Hannele,* drama poético de Gerhard Hauptmann. En su diario alude a la obra, y la juzga un fárrago terriblemente realista, mezcla de

misticismo mórbidamente sentimental y de ingrato y molesto sensacionalismo.

"Después, fuimos a un restaurante para crearnos un estado de ánimo digno de un ser humano, con la ayuda de caviar y de champaña."

En la Europa anterior a 1914, el ser humano comenzaba en la categoría de barón. La observación del príncipe metido a crítico nos indica que el estómago humano comienza en el caviar...

3.

"Piedras y palos pueden romperme los huesos, pero los insultos no me lastiman", cantan los niños; sin embargo, muchos genios sensibles han sufrido bastante como consecuencia de la crítica injusta e implacable. De todos modos, a veces han sufrido cosas peores.

La figura de Cyrano de Bergerac es conocida sobre todo gracias a la obra brillante de Rostand; pero poca gente sabe que fue un genio olvidado y perseguido, uno de los primeros autores del género de la ciencia ficción, un poeta y un pensador maravillosamente claro. Ese olvido obedece a buenas

razones: por lo menos doce ediciones de sus obras fueron destruidas sistemáticamente por la misteriosa hermandad que perseguía a toda la producción literaria "antirreligiosa y antigubernamental" en la Francia anterior a 1789. Sus primeros libros sólo están en algunas grandes bibliotecas, y en los últimos doscientos años no hay rastro de sus obras en los catálogos de las colecciones privadas. La persecución llegó a tales extremos, que mientras se hallaba en su lecho de muerte alguien robó de su baúl cerrado con llave el manuscrito de su última obra, *La historia de la chispa*.

¿Quién recuerda hoy el nombre de Anitos, el comerciante en cueros que acaudilló la persecución contra Sócrates? ¿O el de los dominicos Caccini y Lorini, responsables de las torturas que soportó Galileo? Eran nulidades, y sin embargo destruyeron o casi destruyeron a uno de los más brillantes espíritus de la humanidad.

Dante Alighieri fue denunciado por los "Negros", el partido profrancés de Florencia, por desfalcador, extorsionador y funcionario venal que aceptaba sobornos. Fue exilado, y se le obligó a errar de un sitio a otro: de Verona a Padua, de Boloña a Lunigiana, de París a Milán. Y cuando en

Florencia se decretó una amnistía general, Dante fue excluido y murió en amargo destierro.

Casi sería posible escribir una historia de la literatura, agrupando a los autores según que hayan sido encarcelados o no. Platón no sólo fue encarcelado por el tirano Dionisos, sino también vendido como esclavo en Egina, y rescatado por uno de sus colegas académicos. Aristóteles fue llevado a la prisión por ateo; mil quinientos años después sus obras fueron quemadas por algunos fanáticos cristianos. Ovidio, el dulce cantor y maestro del amor, saboreó apenas la amargura del exilio... sin embargo, el destierro a Tomi, tan lejos de su amada Roma, fue quizás castigo peor que el encierro en una mazmorra. Mani, el gran fundador de una nueva religión, corrió una suerte harto más dolorosa. No sólo languideció en prisión muchos años, sino que acabó despellejado vivo. Boecio, el fundador del escolasticismo cristiano medieval, que fue consejero íntimo de Teodorico, rey de los godos, acabó sus días en prisión. Marco Polo pasó muchos años como prisionero de guerra en Génova; y allí, agobiado por mortal aburrimiento, dictó a Rusticiano su gran libro de viajes. La habilidad de Maquiavelo no impidió que Giulio de Medici lo arrestara, y que fuera

torturado y desterrado.

Martín Lutero fue secuestrado por los caballeros enmascarados de Federico el Sabio, y estuvo diez meses preso en Wartburgo. Tomás Moro perdió primero su libertad y luego la cabeza, porque se negó a reconocer la autoridad real en materia eclesiástica. Benvenuto Cellini, tan grande artista como talentoso autobiógrafo, estuvo preso en Castel Angelo, Roma, acusado de asesinato y de desfalco. (Probablemente era culpable de ambos delitos, por lo que no tendría derecho a figurar en esta galería de presos ilustres.) En la prisión, Miguel de Cervantes escribió su inmortal Don Quijote. Sir Walter Raleigh pasó trece años como involuntario huésped de la Torre Blanca, escribiendo los ocho volúmenes de su historia del mundo. (Llegó sólo hasta el año 130 a.C.). Fue puesto en libertad en 1616, y arrestado nuevamente dos años después. Esta vez, la sentencia tantas veces suspendida fue cumplida. Francis Bacon fue sentenciado por soborno y corrupción, a "detención por el tiempo que determinara la voluntad del rey" Ignoramos cuánto tiempo estuvo detenido Shakespeare por cazar en veda, pero sabemos que hubo de soportar veinticinco azotes por cierta aventura juvenil. Daniel Defoe fue puesto en

el cepo por un folleto satírico en el que se burlaba de la persecución desatada contra las creencias religiosas. Villon, quizás el más notable poeta del Medioevo, fue sentenciado a muerte no una, sino dos veces en el curso de su breve vida.

Antes de ser exilado, Voltaire fue dos veces huésped de la Bastilla. Uno de sus libros fue quemado públicamente, todas sus obras fueron puestas en el Index, y cuando murió se le negó entierro religioso. Beaumarchais fue a parar a la cárcel porque sobornó a un juez llamado Guzmán. Durante su detención escribió una brillante sátira sobre el sistema judicial de su época. Este trabajo le valió un nuevo proceso y la anulación de la sentencia. Pero fue uno de los pocos afortunados.

Schiller, que sufrió bastante la malignidad de los críticos contemporáneos, fue puesto en prisión por el duque de Württemberg, después de escribir *Los bandidos*. Silvio Pellico, el poeta italiano, fue víctima de la tiranía austríaca, uno de los más estúpidos despliegues de brutalidad de todos los tiempos. Se le arrestó como sospechoso de participación en la conspiración de los carbonarios. Primero fue torturado en las cámaras de plomo de Venecia (de las que Casanova había logrado huir tan ingeniosa-

mente), y posteriormente en las mazmorras de San Michele, en Murano. Su sentencia de muerte fue conmutada, gracias al perdón imperial, y debió soportar un largo período de prisión en una fortaleza. Pasó diez años entre las sombrías murallas de Spielberg, donde escribió su famosa obra *Le mie prigioni* (Mis prisiones).

Béranger, el "dulce cantor de la revolución" fue encarcelado por los Borbones... primero por tres meses, y luego por seis. También se le aplicaron fuertes multas y, como era muy pobre, debió cumplir una condena doble. Al fin, la Revolución de Julio lo libró de la persecución.

Alejandro Pushkin recibió primero una advertencia, y luego fue castigado por sus superiores del Ministerio de Relaciones Exteriores. Cuando se comprobó que ello no daba ningún resultado, se le quitó el empleo y fue internado en Mijailovo, donde creó *Eugenio Onieguin*, el gran heraldo del romanticismo europeo. Peor aún fue la suerte de Víctor Hugo. Después del golpe de estado de 1851, Napoleón III- a quien había apodado "Napoleón el pequeño"- lo desterró, y se vio obligado a vivir en el exilio (en Jersey) durante casi veinte años. Heinrich von Kleist, sin duda el más grande dramaturgo ale-

mán, fue arrestado por las fuerzas francesas que ocuparon Berlín, y pasó largos meses en una mazmorra.

Luis Kossuth, el gran jefe revolucionario de Hungría, y también uno de los principales escritores políticos de su época, pasó tres años en una prisión militar de Buda. Pocos son los poetas y escritores húngaros de la primera mitad del siglo XIX que lograron salvarse de la cárcel, dispensada generosamente por la opresión de los Habsburgo.

Turguéniev fue otra víctima de la tiranía reaccionaria de la década de 1850. Fue encarcelado porque escribió un poema en recuerdo de la muerte de Gógol. Dostoievsky, el otro gigante de la literatura rusa, se vio envuelto en una conspiración comunista-socialista. Fue sentenciado a la pena capital, perdonado a último momento, y condenado a trabajos forzados en Siberia. Estaba a punto de enloquecer, cuando un "acto de gracia" le permitió alistarse como soldado en el ejército. Maurus Jókai, el Dumas de Hungría, cumplió un mes de cárcel (de una sentencia que originalmente era de un año) porque publicó en su diario un artículo que provocó el desagrado del gobierno.

Verlaine, Wilde, Baudelaire... podríamos conti-

nuar indefinidamente esta lista. Algunos murieron luchando por sus ideales, como Petöfi, cuyo breve período de gloria fue como el resplandor de un cometa; otros perecieron en el patíbulo, como André Chénier, considerado con justicia el principal maestro del verso clásico francés desde Racine y Boileau. Y si abandonamos el pasado y fijamos la vista en los casos recientes, comprobamos que apenas hay país de Europa en el que la tiranía nazi, fascista o comunista (la cual es, desde cierto punto de vista, la estupidez total y organizada) no haya exterminado veintenas de poetas y de escritores, que formaban la vanguardia del espíritu humano. Todas las naciones lloran a sus mártires que han demostrado que la pluma puede ser usada como espada.

4.

Pero si la estupidez de la duda constituye una maldición, la estupidez del crédulo constituye su contrapartida cómica. No me refiero al "tonto" común, al hombre medio excesivamente crédulo... sino al sabio, al historiador erudito, al eminente hombre de ciencia que a veces puede ser engañado

con más facilidad aún que la persona sin cultura que posee un poco de sentido común.

El gran Químico que mide, mezcla y organiza la materia gris del cerebro humano, a veces se permite pequeñas bromas, reuniendo los más heterogéneos elementos y complaciéndose en sus extrañas interacciones.

A menudo el hombre cuyo cerebro está formado por elementos tan dispares adquiere gran erudición, se familiariza con los más secretos senderos de la ciencia, descubre los misterios naturales más recónditos; pero al mismo tiempo se muestra incapaz de descubrir los más torpes trucos de estafadores vulgares, y se somete con sorprendente ingenuidad a sus manipulaciones. A pesar de lo cual puede ser igualmente un distinguido hombre de ciencia, adorno de academias y de sociedades eruditas, de la misma jerarquía que sus colegas, los Tomases que con sus dudas tan a menudo han detenido el progreso de la humanidad.

Se conocen casos de académicos engañados por ardides que no habrían desconcertado ni siquiera a un escolar.

Uno de ellos fue el de Michel Chasles, el famoso matemático francés, profesor de geodesia y mecáni-

ca aplicada, profesor de geometría superior en la Sorbona, miembro de la Academia de Ciencia, autor de brillantes trabajos de carácter técnico, premiado con medalla de oro por la Royal Society, miembro honorario de las academias de Berlín, San Petersburgo, Bruselas, Roma, Estocolmo, Madrid, y de media docena de otras instituciones. Un estafador de escasa educación lo llevó de la nariz durante ocho años enteros, de 1861 a 1869, vendiéndole por sumas considerables las cartas falsificadas de las más ilustres figuras de la historia. No por cierto un par de docenas, o unos pocos. centenares o millares; durante esos ocho años el profesor Chasles adquirió nada menos que 27.344 documentos de esa clase. En el propio terreno del académico, Pascal estaba representado por 1.745 cartas, Newton por 622, y Galileo, por 3.000 "cartas originales". Aunque excelente matemático abstracto, Chales no contaba el dinero que gastaba, en todo esto. Durante los ocho años invirtió la suma de 140.000 francos... una fortuna considerable para la época.

El nombre del estafador era Vrain-Lucas, y supo tejer una red sorprendentemente espesa, con la que envolvió al profesor. Su versión era ingeniosa y convincente. Afirmó que el conde Bois-Jourdain,

par de la nobleza realista de Francia, se había visto obligado a huir del terror implantado por Robespierre. Embarcó para América, pero no lejos de la costa la nave debió afrontar una terrible tormenta. El buque se hundió y el conde pereció. Pero algunos pescadores que trataron de salvar a las víctimas, extrajeron del océano una caja que contenía la colección de autógrafos y de manuscritos del conde... ciertamente, un material de inmenso valor. Después de la Revolución, los herederos reclamaron el tesoro y lo conservaron como reliquia familiar; pero la segunda generación no experimentaba los mismos sentimientos de piedad familiar. Habían perdido mucho dinero, necesitaban capital, y estaban dispuestos a vender algunas piezas. Naturalmente, la operación debía desarrollarse en el mayor secreto... pues la familia era al mismo tiempo sensible y vanidosa, y era preciso mantener las apariencias. Esas "pocas piezas" llegaron poco a poco a la fantástica cifra de 27.344, y Chasles continuaba arrojándose sobre cada uno de los ofrecimientos con la pasión del coleccionista.

Las cartas estaban escritas sobre hojas en blanco arrancadas de viejos libros, en antiguos tipos de escritura, y el falsificador tuvo cuidado de sumergir

cada hoja durante varios días en agua salada. De ese modo evitaba toda sospecha con respecto a su cuento del naufragio.

Es característica de la ilimitada ingenuidad del gran matemático que jamás se le ocurriera averiguar por lo menos si el conde Bois-Jourdain había existido realmente. En todo caso, ¿era cierto que había parecido en el mar? ¿Quiénes eran sus herederos? ¿Dónde vivían? ¿Era posible tomar contacto con ellos e inspeccionar toda la colección? Nunca formuló estas preguntas, aunque debemos señalar que el estafador ideó una estratagema destinada a disipar todas las dudas. Vendió a Chasles algunas "cartas raras" cobró una suma considerable, y pocos días después se presentó, con aire dolorido, pidiendo la devolución de las cartas y ofreciendo rembolsar la suma pagada. Declaró que uno de los herederos, un general realista chapado a la antigua, se había enterado de la operación, casi había caído fulminado por un ataque de apoplejía (provocado por la cólera que experimentó) y había prohibido que en el futuro se realizara cualquier operación por el estilo de la concertada. Además, quería recuperar la propiedad familiar.

Si el gran matemático había alimentado alguna

duda, ésta se disipó inmediatamente después de la intervención del "general". Incluso rogó al "intermediario" que tranquilizara al "viejo guerrero"; después de todo, en su condición de antiguo académico, el propio Chasles podía ser un custodio fidedigno de los valiosos documentos. Vrain-Lucas afrontó la difícil misión, tranquilizó al quisquilloso veterano, y los tesoros del misterioso cofre continuaron afluyendo a las manos de monsieur Chasles.

Había ciertas pequeñas incongruencias. Las cartas de Pascal y de Newton estaban escritas en francés, y la hábil falsificación de la escritura podía engañar al lego. Pero, ¿por qué Alejandro el Grande escribía a Aristóteles en el idioma de Voltaire? ¿Por qué Cleopatra se carteaba en francés con Julio César? Pues estas "rarezas" (y otras más preciosas aún, como veremos) aparecían por centenares en el cofre milagroso.

El impostor tejió su red con perfecta lógica, y para todo ofreció una explicación razonable. "Esas viejas cartas", explicó, "no son, naturalmente, los originales, sino traducciones realizadas en el siglo XVI. No hay duda de que entonces se tenía a mano los originales, y que las traducciones son auténticas. La colección original se hallaba en los archivos de la

abadía de Tours, donde se hicieron las traducciones. Posteriormente se perdieron los originales, pero el propio Luis XIV aceptó como auténticas las versiones francesas, y las incorporó a su colección de autógrafos. El monarca y madame de Pompadour continuaron enriqueciendo la colección, que fue parte de los tesoros reales hasta el reinado de Luis XVI. En la tormenta de la revolución, el último e infeliz Capeto entregó toda la colección al conde Bois-Jourdain, con el fin de impedir que cayera en las despreciables manos de los jacobinos".

La explicación tranquilizó completamente a nuestro gran matemático.

Sin duda hubiera gozado discretamente de los tesoros que guardaba en el mayor secreto, si la vanidad no lo hubiera impulsado a publicar algunas de la piezas. No era amor propio individual, sino orgullo nacional francés.

Con las cartas adquiridas a tan elevado costo, se dispuso a probar que las leyes de la gravedad habían sido descubiertas por el francés Pascal... y no por Newton. Esa gloria debía ser considerada mérito particular del genio francés; era preciso que éste fuera restablecido en el puesto de honor que le correspondía en el campo de la física, y que le fuera

arrebatado por la perfidia inglesa.

El 15 de julio de 1867 la Academia de Ciencias realizó una importante reunión. Michel Chasles presentó sus pruebas: la correspondencia de Pascal con el joven Newton, junto con las notas agregadas a las cartas, en las que se formulaban claramente las leyes de la gravedad; también ofreció algunas cartas de la madre de Newton (que entonces era sólo un estudiante) en las que agradecía al gran francés la bondad que manifestaba para con su hijo.

El asunto cayó como una bomba. La venerable Academia parecía un hormiguero sobre el que se ha descargado un brutal puntapié. La mayoría aplaudió a Chasles, el sagaz patriota que había reclamado para la belle France el honor usurpado por un pérfido extranjero. Un eminente químico examinó la tinta utilizada en una de las cartas, y emitió una opinión cuidadosamente ponderada, en la que afirmaba que era auténtica y que pertenecía al siglo en que supuestamente había sido escrita la carta. Pero algunos espíritus obstinados no se dejaron convencer. “Aquí debe haber algún error”, dijeron, “pues de acuerdo con la fecha de la primera carta, Newton era apenas un escolar de doce años ¡Y es muy improbable que Pascal haya confiado su gran descubrimiento a un

niño!"

Las cartas presentaban otros pequeños errores y anacronismos que impulsaban a dudar de su autenticidad. Sir David Brewster, el físico escocés y biógrafo de Newton, intervino en la disputa y declaró redondamente que toda la correspondencia era una falsificación; de cualquier modo, todo el mundo sabía que Newton había comenzado a ocuparse de física mucho después, y que en la fecha de las cartas Pascal no podía haber soñado siquiera con la ley de la gravedad.

El profesor Chasles se mostró imperturbable. A los franceses que dudaban replicó (como suele hacerse en casos semejantes) que eran malos patriotas y espíritus negativos. Contra Sir David utilizó un arsenal completo de nuevos argumentos: presentó cartas de Galileo, dirigidas por el gran italiano al joven Pascal, en las que aquel ya aludía al principio de la gravitación. Con ello procuraba demostrar que Pascal trabajaba en esos problemas cuando Newton no había nacido todavía.

En vano los escépticos arguyeron que Galileo estaba ciego en la época indicada por las fechas de las cartas: pocos días después Chasles presentaba otra carta de Galileo en el original italiano, en la que

el viejo astrónomo informaba alegremente que su dolencia ocular estaba mejorando, y que ya podía volver a escribir. Pero aquí los escépticos descargaron un contragolpe aplastante: una de las cartas de Galileo había sido copiada textualmente de un libro francés publicado en 1764... es decir, más de un siglo después. El libro llevaba el título de *Histoire des Philosophes Modernes,* y su autor era Savérien. "Oh, no", replicó el invencible matemático. "Es exactamente al revés. Savérien copió el pasaje de una carta de Galileo". Y depositó sobre la mesa de la Academia una carta de Savérien dirigida a Madame de Pompadour, en la que agradecía a la marquesa por la amabilidad demostrada al permitirle examinar las cartas de Pascal, Newton y Galileo que poseía en su colección, lo cual le había ayudado mucho a comprender su obra sobre los filósofos modernos.

No es necesario decir que estas nuevas pruebas salieron todas del taller de falsificaciones de Vrain-Lucas.

¿Quién era este hombre de infinito ingenio?

Hijo de un horticultor de provincia, nunca pasó de la escuela elemental, pero cuando llegó a París consagró todo sus ratos libres a leer en las bibliotecas, devorando el contenido de muchos libros y ad-

quiriendo de ese modo una erudición confusa y sin sistema. Entró al servicio de un genealogista parisiense, que se ocupaba en investigar antecedentes familiares (por lo cual cobraba elevados honorarios), y allí Vrain-Lucas aprendió los elementos fundamentales de la falsificación de documentos. Un encuentro accidental lo relacionó con el matemático de infantil ingenuidad; comprendió las posibilidades que se le ofrecían, y comenzó su grandiosa obra de falsificación, cuyo éxito final nunca llegó siquiera a imaginar.

La disputa se desarrolló y floreció durante dos años enteros. Chasles se negó a revelar cómo habla adquirido las cartas, conservando discretamente el secreto familiar de los Bois-Jourdain. Cuando se sintió muy apremiado, abrió sus cajones a ciertos conocidos coleccionistas de autógrafos y desplegó los restantes tesoros. De ese modo esperaba probar la autenticidad del lugar de origen... y no cabe duda de que poseía ciertas piezas muy selectas.

Los coleccionistas examinaron con verdadera sorpresa los tesoros reunidos allí. Había 27 cartas de Shakespeare, 28 de Plinio, 10 de Platón y otras tantas de Séneca, 6 de Alejandro el Grande, 5 de Alcibíades, y varios centenares de Rabelais. También

había varios paquetes de cartas de amor de algunos siglos de antigüedad: algunas de Abelardo a Eloísa, 18 de Laura a Petrarca, y una (que seguramente era la piece de résistance) ¡de Cleopatra a Julio César! Y cuando pensaban que todo lo anterior habla agotado el precioso cofre, el viejo académico presentó, con sonrisa ligeramente sardónica, una carta de Atila, otra de Poncio Pilatos al emperador Tiberio; pero el documento culminante fue ¡una carta de María Magdalena dirigida a Lázaro...! después que este último resucitó de entre los muertos!

He aquí el texto de esta pieza extremadamente rara:

"Mi muy amado hermano: en cuanto a Pedro, Apóstol de Nuestro Jesús, espero que pronto lo veremos aquí, y estoy haciendo grandes preparativos para nuestra hermana María. Siento decir que su salud está declinando, y os recomiendo que la recordéis en vuestras oraciones. Estamos tan bien aquí, en tierra de los Galos, que nos proponemos no regresar a la patria durante cierto tiempo. Estos Galos, a quienes generalmente se llama bárbaros, de ningún modo merecen este calificativo, y por lo que hemos visto anticipamos que desde este país la luz de la ciencia se difundirá sobre la tierra. Nos gusta-

ría veros, y pedimos al Señor que te reciba en Su gracia."

"Magdalena"

Se necesitaba un patriota francés de tan ciego entusiasmo como Chasles para no advertir el "carácter" especial de esta falsificación. Los antepasados galos, sosteniendo en alto la antorcha de la ciencia, debían ser incluidos en la carta para inflamar el corazón del viejo matemático, de modo que no lamentara gastar su dinero en los importantes materiales que documentaban la gloria del genio francés.

Pero a los ojos de los restantes patriotas, esto ya era demasiado. No pudieron soportar la historia de María Magdalena, y emplazaron formalmente al profesor Chasles para que permitiera que expertos calígrafos e historiadores examinaran la colección. Chasles rehusó. Con la astuta tenacidad del maníaco dominado por una idea fija, explicó así su negativa: "Nada se obtendrá con ese examen, pues el historiador no es un experto calígrafo, y el experto calígrafo no es historiador".

Se negó a rendirse, y continuaba dispuesto a jurar sin la menor vacilación la autenticidad de la más escandalosa falsificación que se haya conocido ja-

más.

El desenlace fue provocado por un accidente de menor importancia. Vrain-Lucas cometió un delito en perjuicio de la Biblioteca Imperial, y fue arrestado por la policía. Se estudiaron sus antecedentes, y salieron a luz los complicados hilos del asunto Bois-Jourdain. La confesión del impostor quebró el orgullo del profesor. En la sesión de la Academia realizada el 13 de septiembre de 1869 reconoció humildemente que había sido engañado y que la gloria del descubrimiento de la gravedad pertenecía a Newton.

Durante el proceso, Vrain-Lucas se defendió con cínica franqueza. Afirmó no haber perjudicado al profesor Chasles; el placer que había causado al anciano caballero con sus falsificaciones bien valía 140.000 francos. También había prestado un servicio a su país, atrayendo la atención del público sobre el glorioso pasado de Francia.

Sin embargo, la patria se mostró desagradecida. Vrain-Lucas fue condenado a dos años de prisión.

El ridículo no mató a Michel Chasles. Digirió el dolor de la desilusión, el escándalo del proceso... lo único que no pudo digerir fue el paté que comió con excelente apetito a la edad de ochenta y ocho

años. Murió el 8 de diciembre de 1880, a consecuencia de un error gastronómico.

Podía prepararse una antología completa con los casos de hombres de ciencia engañados y estafados. Y a menudo ha ocurrido que la facilidad con que caían en el lazo estaba en relación directa con la erudición y la fama que poseían.

Uno de los casos más inocentes fue la broma que M. Bernard Le Bovier de Fontenelle, el eminente hombre de letras francés, hizo a sus amigos y colegas. (De Fontenelle murió a la madura edad de cien años, cuando ocupaba el cargo de secretario general de la Academia Francesa.) Cierto día invitó a almorzar a sus colegas del alto cuerpo. Después de la comida salieron a pasear al jardín, y allí el anfitrión llamó la atención de sus huéspedes sobre un extraño fenómeno. "Toquen este globo de vidrio, señores. Lo baña la luz del sol... y sin embargo está frío en la parte superior y caliente en la base. ¿Cuál podrá ser la causa?" La erudita compañía arguyó y teorizó. Se expusieron profundas y meditadas opiniones, y todas procuraban explicar el extraño fenómeno. Al fin Fontenelle se fatigó de tanto ejercicio mental. "Creo que puedo ofrecerles la respuesta exacta. Hace pocos minutos estuve en el Jar-

dín; y entonces el globo estaba caliente arriba y frío abajo. ¡Yo lo di vuelta y ahora está al revés!"

Sir John Hill, que vivió en el siglo XVIII, inventó una broma mucho más maligna, de la que hizo víctima a la Royal Society. Durante muchos años había tratado infructuosamente de ingresar. Pero el cuerpo insistía en rechazarlo, de modo que decidió vengarse. Cierto día el secretario de la Royal Society recibió una notable carta. Fue leída solemnemente en la sesión siguiente. El remitente era un médico rural, y en su misiva informaba que había logrado una curación milagrosa mediante la aplicación de alquitrán. Un marinero se había roto la pierna; el médico había reunido los distintos fragmentos, los había empapado en alquitrán uniéndolos fuertemente con vendas, y al cabo de pocos días las dos mitades de la pierna se habían unido completamente. Ahora el marinero caminaba como si jamás hubiera sufrido el menor accidente.

En esos días se hablaba mucho de las propiedades curativas del alquitrán; y sobre todo del uso que se le había dado para la preservación de las momias egipcias. Los campeones de esta panacea consideraron muy de su agrado el informe; era una nueva prueba de las teorías que estaban defendiendo. Al-

gunos escépticos afirmaban que no podía tratarse de una fractura compuesta; el médico en cuestión seguramente había exagerado, y quizás la cura había sido menos rápida. Todavía estaban discutiendo, cuando el médico escribió nuevamente: "Olvidé decirles en Mi primera carta", explicaba, "que la pierna del marinero era de madera".

Bory de Saint Vincent, el gran naturalista y geógrafo francés que exploró las Cícladas, Mauricio, Morea, Reunión y Santa Elena, fue víctima de un engaño más descarado aún. Se vio envuelto en la famosa historia de las ratas proboscídeas. Un veterano zuavo llamado Brinon acudió a la casa de Bory, y le ofreció especímenes vivos de una extraña especie zoológica, hasta entonces jamás vista. Eran ratas, pero no del tipo conocido en Europa. Tenían colas muy cortas, pero por otra parte los hocicos alcanzaban una longitud de varias pulgadas, como si fueran trompas en miniatura. Son las ratas proboscídeas del Sáhara, dijo el ex zuavo (Rats á trompe du Sahara). El naturalista compró un macho y una hembra por trescientos francos. Al cabo de poco tiempo la pareja formó una familia... pero ninguna de las ratitas tenía trompa. La investigación realizada reveló que el zuavo había sido ayudante en la mor-

gue, donde habría aprendido suficiente anatomía y cirugía, como para cortar las colas de las ratas y transplantarlas a la punta de los hocicos. Y la zoología debió renunciar a una nueva especie...

En los círculos científicos alemanes, el descubrimiento realizado por J. B. A. Beringer, profesor universitario y consejero ducal de Württenberg, provocó considerable sensación. En sus exploraciones, el sabio dio con una antigua cantera, en la que halló algunos fósiles interesantes- arañas, lombrices de tierra, orugas- que se hallaban preservados en la piedra. El profesor comenzó la investigación sistemática de la cantera. Hubo nuevos descubrimientos. Halló serpientes, ranas, lagartos fosilizados y- verdadero milagro- una araña con su tela, en el momento de atrapar una mosca. La excitación se intensificó... Algunas de las piedras extraídas exhibían reproducciones del sol y de la luna; y el feliz explorador halló también una piedra con el dibujo de un cometa. La parte más valiosa de los descubrimientos estaba formada por piedras con el nombre de Jehová en escritura hebrea. Y no se trataba de un dibujo grabado en la piedra, sino de letras en relieve.

Se esbozaron varias teorías. Algunos afirmaron

que todo era fruto de un lusus naturae, de un azar juguetón de la Naturaleza, como cuando volcamos un cubo de agua, y ésta forma toda suerte de extraños dibujos. Oh, sí, argüían otros, pero aunque arrojemos mil cubos de agua, jamás formaremos la imagen de una araña en el acto de atrapar una mosca, o el nombre perfectamente escrito de Jehová. Era preciso hallar otra explicación. Quizás esos fósiles no eran fruto de un accidente, sino resultado de una actividad consciente... del anima mundi, el espíritu mundial pensante y activo que impregna toda la Naturaleza.

El profesor Beringer tenía una teoría diferente, y la presentó al mundo con acopio de impresionantes detalles. En colaboración con su alumno Georg Ludwig Hüber, resumió todo el material, ilustrándolo con excelentes grabados de cobre. El librito fue publicado en Wurzburg el año 1726; su largo título en latín comenzaba con las palabras *Lithographiae Wircenburgensis*. (Hallé un ejemplar en la Biblioteca Nacional Austríaca de Viena. Entonces era un ensayo científico; hoy es un tesoro para bibliófilos, conservado en muy pocas bibliotecas.)

El profesor Beringer rechazó todas las teorías aventuradas. Un hombre de ciencia serio, dijo,

comprendía inmediatamente que no se trataba de fósiles. Las imágenes en cuestión eran obra de manos humanas. Seguramente habían sido creadas cuando los antiguos germanos aún vivían en las sombras del paganismo. Eran ídolos, fetiches, tótem, objetos de la adoración pagana, y como tales representaban un inconmensurable tesoro para los exploradores de la antigua cultura germana. Seguramente habían sido llevados a la cantera de Wurzburgo cuando los germanos se convirtieron al cristianismo. Era evidente que los primeros obispos cristianos no podían tolerar los símbolos del culto pagano, y obedeciendo sus órdenes el pueblo se reunió y enterró las imágenes. Era probable que en otros sitios se hallaran piedras del mismo carácter; y había sido providencial buena suerte del mundo de la ciencia que por accidente hubieran aparecido en Wurzburgo.

El razonamiento era simple y claro, y bastante aceptable. El profesor replicó con idéntica sencillez a los escépticos que no veían la relación de la palabra “Jehová” con el culto pagano. Sin duda había judíos entre la población germana; junto con los otros habían aceptado el cristianismo, y enterrado sus símbolos religiosos.

El librito llegó al rey de Sajonia. Se interesó en el descubrimiento, y envió al profesor un mensaje en el que le pedía algunas de las piedras con el fin de someterlas a un examen más atento. En Dresde se efectuó un estudio cabal del caso, y se llegó a una explicación mucho más simple que la del profesor Beringer.

Con celo e industria dignos de mejor causa, algunos estudiantes de Wurzburgo habían grabado y cortado las piedras. Luego, las habían enterrado en la cantera, teniendo buen cuidado de que el profesor las descubriera gradualmente. Era una estratagema audaz, pero dio buen resultado. Naturalmente, los falsificadores estaban comprometidos a guardar el secreto, y fue imposible desenmascarar a quienes se reían en secreto del erudito Beringer.

Dícese que el propio Beringer compró los ejemplares de su obra, y que los quemó secretamente; de ahí que el libro sea ahora una rareza de bibliófilo.

Los casos que hemos mencionado hasta aquí tienen por actores a hombres de ciencia y de letras poco versados en las maldades del mundo. Además, no se trataba de seres inclinados a la suspicacia. Pero el abate francés Domenechse preparó su propia trampa y cayó en ella.

En la biblioteca del Arsenal de París había un misterioso manuscrito; nadie sabía cómo había llegado allí. En el catálogo figuraba con el título de *Livre des Sauvages* (Libro de los salvajes); contenía extraños diseños y dibujos, y de acuerdo con la tradición de la biblioteca, era obra de un piel roja norteamericano. Paul Lacroiz, director dela institución, llamó la atención del abate Domenech, ilustre geógrafo, sobre el tesoro en cuestión. Sabía que el abate había viajado extensamente por América del Norte, México y otros países, y que era un experto en cuestiones indígenas.

El abate empezó a estudiar el manuscrito y al cabo de algunas semanas estaba en condiciones de ofrecer una interpretación.

Los diseños, dijo, no eran otra cosa que ejemplos de la antigua escritura por signos de los indios. Poseían tremenda importancia científica, pues aportaban valiosos datos sobre la antigua cultura indígena, y sobre ciertos períodos de la historia de estos pueblos. El abate confesó modestamente que no se hallaba en condiciones de descifrar algunos de los jeroglíficos, pero estaba seguro de que aludían a la migración de ciertas tribus y al misterio de sus antiguas religiones. Y resultaba particularmente sor-

prendente que estas ilustraciones primitivas incluyera detalles de cierto culto fálico. El mundo parisiense de la ciencia recibió el descubrimiento con considerable simpatía. Algunos sugirieron que el abate debía reclamar el Premio Volney, discernido por la Academia, pero luego prevalecieron otros criterios. El director de la biblioteca informó que poco antes de los estudios del abate, un misionero norteamericano lo había visitado y había preparado una copia exacta del manuscrito. Existía el peligro de que alguna sociedad norteamericana o mejicana publicara una edición facsímil, anticipándose a los franceses. Era un problema de prestigio nacional, de modo que, por recomendación del Ministerio de Bellas Artes, el gobierno resolvió publicar el estudio del abate Domenech a expensas del Estado.

El libro fue debidamente publicado bajo el siguiente título: *Manuscrit pictographique Américain précédé d une Notice sur l Idéographie des Peaux-Rouges par l Abbé Em. Domenech, Membre de la Société Géographique de Paris, etc. Ouvrage publié sous les auspices de M. le Ministre d Etat et de la Maison de l Empereur,* Paris, 1860.

De modo que Francia fue la primera en reivindicar la gloria.

Pero entretanto algo anduvo muy mal.

Cuando se distribuyeron los premios del Salón de París, el conde Walewski (hijo de Napoleón y Ministro de Estado) pronunció la acostumbrada oración oficial. El hombre se dejó llevar por la elocuencia. Declaró que Francia era maestra de todas las naciones, que la civilización occidental debía su existencia a la iniciativa francesa, y que llevaba el sello del espíritu y del carácter franceses.

En Alemania este panegírico fue acogido con bastante disgusto. J. Petzhold, el famoso bibliógrafo de Dresde, se sintió particularmente indignado. Y casualmente tropezó con el libro del abate Domenech, y se enteró de sus afirmaciones un poco extravagantes. ¿Civilización francesa? Petzhold tomó la pluma y pocas semanas después publicó un folleto de dieciséis páginas, con el siguiente título: *Das Buch der Wilden im Lichte französischer Civilisation* (El libro de los salvajes, a la luz de la civilización francesa, Dresde, 1861).

El veneno más peligroso de los indios no podía rivalizar con la ponzoña de los comentarios del bibliógrafo alemán al referirse a su tema: el saber francés. Para abreviar, diremos que se aclaró que el "Libro de los salvajes" no era otra cosa que el cuaderno de ejercicios de un escolar germano america-

no. Era evidente que el niño vivía en alguna granja aislada, y que había llenado las páginas con diversos dibujos para matar el aburrimiento.

La figura que sostenía un látigo no era un brujo indígena, sino el maestro con su caña. La misteriosa forma alargada no era el símbolo del rayo y del castigo divino, ¡sino simplemente una salchicha! El hombre de seis ojos no era el sabio y bravo jefe de una tribu, sino un monstruo nacido en la imaginación infantil. Y no se trataba de tres sumos sacerdotes con cierto objeto religioso entre los labios... ¡sino de tres niños que comían pretzels! El dios de las nubes, el espíritu del fuego y otras "representaciones trascendentales" debían su existencia al método usual de dibujo infantil: un pequeño círculo con dos puntos representa la cabeza, un gran círculo el estómago, y dos palitos son las piernas. En cuanto al culto fálico, el abate podía hallar en París buen número de esas obscenidades simplificadas: es costumbre de los vagabundos afear con ellas ciertas instalaciones consagradas a la higiene pública.

El problema tenía otro aspecto. El geógrafo francés no conocía el idioma alemán, ni sabía nada de la escritura gótica. Sin embargo, un hombre de mediana cultura habría advertido los característicos

trazos góticos, y cualquier alemán que visitara la biblioteca hubiera suministrado la información indispensable. Para el abate, cierto grupo de ideogramas representaba la idea "aguardiente"; pero evidentemente se trataba de la palabra alemana Honig (miel). El niño germano americano había dibujado una colmena y un barril de miel. Y debajo de los otros "extraños pictogramas" había docenas de palabras alemanas: will, Grund, heilig, Hass, nicht, wohl, unschuldig, schaedlich, bei Gott, etc.

Y así se derrumbó el bello castillo de naipes.

Pero la opinión pública y el orgullo franceses no sufrieron mella. El folleto de Petzhold fue traducido al francés, el bibliógrafo alemán fue muy elogiado, y el abate Domenech se convirtió en hazmerreír general. Todo lo cual no le impidió vivir hasta la madura edad de ochenta y siete años.

VIII

MITO Y ENSUEÑO

1.

Un autor oculto tras el seudónimo de Johannes Staricius publicó en 1615 un libro con el sugestivo título de "El misterioso tesoro de los héroes" (*Geheimnissvoller Heldenschatz*). La obra se basaba en los principios de la "ciencia mágica". Era la época en que incluso los hombres de ciencia responsables sentían la seducción de esta profunda rama del saber. Los legos se sentían más atraídos aún, pues la superstición se disfrazaba de ciencia, y quienes la aplicaban no tenían razón para temer que se les acusara de brujería. "El misterioso tesoro de los héroes" mereció los honores de muchas ediciones; he

extraído algunos pasajes característicos de la que se publicó en Colonia en el año 1750.

He aquí, por ejemplo, algunos excelentes consejos sobre el modo de evitar las heridas.

"Búsquese y hállese el cráneo de un ahorcado, o de uno que haya muerto en la rueda, sobre el cual ya haya brotado moho. Señálese bien el lugar y déjese intacto el cráneo. Vuélvase al día siguiente y prepárese el cráneo para que sea fácil recoger el moho. El viernes siguiente, antes de la salida del sol, acúdase nuevamente al lugar, ráspese el moho, recójaselo en un trocito de paño, y cósaselo al forro de la chaqueta, bajo la axila izquierda. Mientras se use la chaqueta, se estará a salvo de bala, filo o estocada."

De acuerdo con otra forma de la receta, es mejor tragar un poco de este moho antes de la batalla. El autor tenía un amigo, un valiente capitán, que atestiguó solemnemente el efecto de esta magia: durante veinticuatro horas hacía inviolable al sujeto.

Este "moho" no era la ridícula magia de las viejas gitanas, sino una verdadera panacea fundada en teorías científicas de la época que se relacionaban con el llamado moho del cráneo.

Esta particular sustancia era muy eficaz medicina de la antigua farmacopea. Su nombre oficial en

latín era usnea humana. De acuerdo con la opinión contemporánea, puesto que era producida por el cráneo humano, debía ser excelente remedio contra cualquier desorden cerebral. Su estructura mohosa también tenía el poder de detener las hemorragias... Ni siquiera era necesario aplicarlo a la herida; bastaba que el guerrero herido lo sostuviera en la mano cerrada.

Sabemos que después de cierto tiempo aparece en el cráneo humano una sustancia más o menos mohosa. Pero, ¿por qué "El misterioso tesoro de los héroes", insiste en que se utilice el cráneo de un ahorcado o de un decapitado? De acuerdo con la medicina mágica, ningún otro cráneo podía servir; pues en circunstancias normales la muerte era precedida por la enfermedad, y el cuerpo de un enfermo estaba manchado, de modo que era inapropiado para suministrar la panacea. Lógicamente, sólo el hombre que había muerto en buena salud poseía las cualidades indispensables; por lo tanto, era necesario conseguir cadáveres de ejecutados. El cráneo hallado en el campo de batalla también era apropiado; pero no era fácil obtener ese tipo de cráneo, pues los campos de batalla no siempre se hallaban a disposición del soldado que buscaba el precioso

moho.

En mis investigaciones tropecé con un periódico que anunciaba una ocasión única: la venta de cabezas humanas ofrecidas en el mercado libre. El número 7 del Ordentliche Wöchentliche Post Zeitungen, publicado en Munich en el año, 1684, trae un informe sobre la feria de Año Nuevo en Leipzig. Menciona como rasgo característico de la feria el hecho de que algunos comerciantes emprendedores estaban vendiendo cabezas de turcos, perfectamente envasadas en barriles. Pocas semanas antes se había librado frente a las puertas de Viena una gran batalla entre los ejércitos turcos y los cristianos, y los horribles trofeos seguramente habían sido recogidos allí. Al principio no hubo mayor demanda, a pesar de que las cabezas eran baratas (un tálero imperial por pieza). Pero después los soldados descubrieron la existencia de la original mercancía, y se formaron colas, y el precio se elevó a la inflacionaria cifra de ocho táleros imperiales.

El mundo animal también podía suministrar valiosos medios de protección. Staricius llama la atención de sus lectores sobre la gamuza. Es bien sabido, escribe, que en determinadas épocas las balas no hieren a estos veloces animales. Ello se debe

a que la gamuza conoce las hierbas que confieren inviolabilidad y, mientras dura la provisión, pueden pastar tranquilamente y sin el menor temor, conscientes de que es imposible hacerles daño. La cosa era muy sencilla, sólo se necesitaba recoger las hierbas en cuestión. Pero ¿dónde estaban, y cómo hallarlas? No podía esperarse que la gamuza suministrara la información correspondiente. Pero la Naturaleza daba la respuesta. En el estómago de la gamuza, las hierbas mal digeridas, mezcladas con pelo del propio animal, a veces formaban residuos endurecidos, que adaptaban la forma de pelotas. En las viejas farmacias se conocía este producto con el nombre de piedra-gamuza. Era un pariente pobre de la piedra bezoar, extraída del estómago de los antílopes y de otros animales asiáticos de cuernos, un material que fue tema de innumerables leyendas en su condición de supuesto antídoto infalible del veneno.

Por lo tanto, el cazador sólo debía esperar hasta que, con la desaparición de las hierbas milagrosas, la gamuza fuera nuevamente vulnerable; una vez derribado el animal, retiraba de su estómago la piedra gamuza, y se encontraba en posesión de la virtud mágica de todas las hierbas reunidas. He aquí las

instrucciones para el uso de la maravillosa sustancia:

"Cuando la tierra esté bajo el signo de Marte, redúzcase la piedra-gamuza a polvo, tómese una pizca de vino de malvasía, y luego comiéncese a correr, hasta que todo el cuerpo esté cubierto de sudor. Repítase tres veces la misma operación, y todo el cuerpo se tornará invulnerable."

Si todo esto no servía, había otros tipos de magia. En 1611, Kaspar Neithart, el verdugo de Passau (Austria) tuvo una idea brillante. Ofreció a los mercenarios, hombres por cierto no muy inteligentes, varios trozos de pergamino cubiertos de extraños signos y fórmulas. Y los convenció de que, si se colgaban los fragmentos alrededor del cuello (o, mejor aún, si los tragaban) serían inmunes al acero del enemigo.

Los signos mágicos y los encantamientos carecían de significado. Algunos incluían estas palabras: *Arios, Beji, Glaigi, Ulpke, nalat nasaa, eri lupie-* o grupos de letras elegidas al azar, insensatez pura. Pero las extrañas combinaciones y el misterio que siempre rodeaba a un verdugo excitaban la imaginación de los sencillos soldados, de modo que caían en tan primitivo ardid. Los trozos de pergamino eran pagados a precio de oro, y por lo menos tenían cierto

efecto: infundían extraordinaria bravura a los soldados, pues estaban seguros de que las armas enemigas nada podían hacerles. Y si alguno cala, no era probable que pudiera quejarse del fracaso del amuleto. Si un soldado era herido, existía una sencilla explicación: el enemigo había aplicado fórmulas mágicas más potentes aún. ¡Pero el amuleto había demostrado su valor, pues la herida no era mortal!

Este sencillo pero astuto ardid hizo rico a Neithart. Y famoso también, pues el relato del truco sobrevivió durante mucho tiempo; en él se basaron el Passauer Kunst (Arte de Passau) y muchas otras leyendas.

Posteriormente surgió un rival, que prometió un éxito mayor aún: el llamado tálero de Mansfeld, acuñado en honor de Hoier Mansfeld por sus descendientes, los condes de Mansfeld. Este antepasado de la distinguida familia era un hombre importante. Nació mediante una operación cesárea; es decir, no como cualquier mortal, sino como Macduff, conquistador de Macbeth. Fue afortunado en la guerra, y jamás perdió una batalla. Resumió su gloria en este lema: Ich, Graf Hoier, ungebohren, Hab noch keine Schlacht verloren (Yo, el conde Hoier, que no he nacido, no he perdido aún una

sola batalla). Los táleros, acuñados durante la Guerra de Treinta Años, en una cara tenían impreso el lema, y en la otra llevaban la imagen de San Jorge. Eran muy codiciados; los soldados se sentían felices de pagar diez o doce veces el valor nominal por cada uno de ellos.

Los mercenarios de cierta educación exigían de la magia protectora más que los soldados analfabetos. Generalmente utilizaban amuletos preparados por alquimistas y astrólogos con la ayuda de las ciencias ocultas.

Hoy es imposible interpretar los encantamientos mágicos incorporados a estos amuletos. Nadie ha podido explicar por qué incluso príncipes y generales tenían tanta fe en la palabra Ananisapta. Quizás era un acróstico formado por las letras iniciales de cierto poderoso encantamiento. Tampoco ha podido descifrarse el enigma de la llamada fórmula Sator; quizás jamás tuvo ningún significado. También se empleaban cuadrados mágicos, de abajo para arriba, de derecha a izquierda o diagonalmente era siempre la misma: treinta y cuatro. Y si se sumaban tres y cuatro el resultado era siete... cifra que, como todos saben, es la de mayor poder mágico entre todas. Locuras inofensivas, como las mascotas que los

conductores modernos suelen llevar, o las menudas supersticiones de nuestra vida cotidiana.

Pero la magia de la vida militar revestía formas más particularmente malignas. Los alemanes la denominaban Festmachen (asegurar). Quien la practicaba concertaba un pacto con el diablo. Las publicaciones contemporáneas mencionan muchos casos, y lo hacen con supersticioso temor. Un soldado sueco no tragó la hostia sagrada en la comunión, y después de retirarla disimuladamente de la boca, la utilizó como amuleto para invocar a las potencias infernales. Parece que el encantamiento no fue muy poderoso, pues cuando se descubrió el crimen le arrancaron la lengua y lo destrozaron en la rueda.

La Sociedad alemana de Medicina e Historia Natural publicaba un importante boletín oficial, escrito en latín. Su extenso título solía abreviarse, y se lo conocía simplemente como *Ephemerides*. Esta pomposa y autorizada publicación jamás dudó de la posibilidad de realizar el Festmachen mediante un pacto con el diablo. E incluso sugirió un remedio eficaz. El texto latino es un tanto desvergonzado y escatológico; aquí, me limitaré a dar una idea general. Por ejemplo, el hombre que se disponía a

combatir contra una persona sospechosa de alianza satánica, debía hundir la punta de su espada en el estiércol de los cerdos. En cuanto a las balas, antes de introducirlas en el mosquete, debía meterlas en su propia boca. Bueno, no exactamente en la boca, sino en otra abertura. Estas dos actitudes "intimidaban terriblemente" al diablo, luego lo enfurecían, y lo impulsaban a retirarse, dejando solo a su aliado... que entonces resultaba tan vulnerable como cualquier otro mortal.

Vaya lo dicho para demostrar cuál era la "actitud científica" en 1691.

Pero si todos estos amuletos y encantamientos de nada servían, había otros medios de asegurar la inviolabilidad frente a las armas del enemigo. Por ejemplo, la armadura.

Todo cuanto escribieron los autores clásicos, fue aceptado como la suprema verdad. Creíase absolutamente cierto que Vulcano había forjado para Aquiles una armadura que no sólo lo defendía de los golpes del adversario, sino que, nada más que de mirarla el enemigo era presa del pánico y se retiraba apresuradamente. (Un nuevo detalle de la psicología del gran héroe griego. Con semejante equipo, no era tarea difícil combatir contra los troyanos.) Durante

mucho tiempo se caviló sobre el secreto de la maravillosa armadura. Sólo se sabía que estaba hecha de un metal llamado Electrum; pero no tenían la menor idea sobre los ingredientes de tan extraordinaria sustancia. Al fin, Paracelso suministró la solución.

Todos los metales, aseguró, están sometidos a la influencia de determinado planeta. Por consiguiente, si se mezclan los metales apropiados cuando las constelaciones precisas ocupan el cielo, se obtendrá una nueva sustancia metálica, que poseerá las potencias secretas derivadas de la estrella. Paracelso bautizó al nuevo metal con el nombre de Electrum Magicum. Era una amalgama de oro, plata, cobre, acero, plomo, estaño y mercurio. La receta prescribía grandes cantidades de oro y de plata, de modo que no estaba al alcance de los pobres.

Pero no era cosa fácil de obtener ni siquiera para el rico. Los libros mágicos que explicaban la preparación del Electrum Magicum, afirmaban que no era posible el éxito, a menos que se aplicaran rigurosamente ciertas reglas muy complejas.

La primera afirmaba que todo el proceso debía ser, aún en los más mínimos detalles, de carácter marcial. El cielo, el aire, el estado de la atmósfera, el día, la hora y el minuto, el lugar, los implementos y

el fuego- y aún el alma, la moral y la voz del artesano- debían conformarse al espíritu de Marte. La forja y el martillo, las tenazas y el fuelle también debían ser manufacturados bajo las constelaciones apropiadas; con ese fin, debía buscarse el consejo de un astrónomo reputado. Marte, la estrella del Dios de la Guerra, desempeñaba el papel fundamental en todos los detalles astrológicos.

Pero veamos un ejemplo: ¿Cómo asegurar la "marcialidad" del fuego?

Muy sencillamente. El fuego provocado por el rayo era el único que merecía el calificativo de "marcial", pues caía del cielo con tremendo poder destructivo, acompañado por horrísono trueno. Por lo tanto, era preciso esperar hasta que el rayo incendiara un árbol o un trozo de madera, transportar el fuego a casa, alimentarlo cuidadosamente en algún recipiente, y mantenerlo hasta que llegaba el exacto período astrológico que debía presidir la forja de la armadura.

Los siete metales debían ser fundidos en siete diferentes constelaciones; ciertamente, una dura prueba de paciencia. Pero ni siquiera esto bastaba. También el propio armero, como ya hemos dicho, debía hallarse de humor "marcial". Su trabajo debía

elevarse sobre el tedio de las tareas cotidianas, y era preciso que se sintiera inflamado de pasiones vigorosas y guerreras. Lo cual no era difícil de conseguir, si durante la ejecución del trabajo se recitaban versos heroicos... y en voz tan alta como fuera posible. El ritmo vigoroso y marcial transformaría la brasa de la emoción marcial en llama constante y perdurable.

Se recomendaba particularmente este grupo de hexámetros:

Ut luvus imbelles violentos territet agnos,
Ut timidos faevos exhorret Dama Molossos,
Sic haec incutiant mortalibus arma timorem.

Se aseguraba éxito completo si se grababa sobre la armadura algún símbolo o lema sugestivo; naturalmente, las tiras destinadas a asegurar el cuerpo debían ser también de calidad mágica. Se prefería el cuero de lobo o de hiena. Se creía que ambos animales poseían carácter marcial. Ya desde los tiempos de Plinio se les atribuía cualidades hipnóticas: si miraban a un hombre antes que éste a cualquiera de ellos, el infeliz mortal enmudecía y quedaba paralizado. La piel de lobo era particularmente eficaz cuando había sido cortada del lomo de un animal vivo. Aquí, el concepto fundamental era más o me-

nos el mismo que presidía la teoría de la usnea humana. Cuando la esencia vital de un animal desaparecía, también se disipaban sus propiedades mágicas; por consiguiente, era necesario extraerlas mientras aún estaba vivo.

(Idéntica teoría se aplicó de un modo que podemos calificar de interesante y horrible al mismo tiempo, en las recetas que, según se decía, ayudaban a ganar pleitos. El abogado debía arrancar la lengua de un camaleón vivo, y colocarla bajo su propia lengua, mientras exponía su alegato. Era seguro que, de ese modo, ganaba el caso. Como todo el mundo sabe, los camaleones cambian de color de acuerdo con las necesidades.)

Ahora nuestro guerrero era invulnerable, y vestía la invencible armadura... Ya podía entrar en batalla. Pero no bastaba gozar de protección. Era necesario destruir al enemigo.

Aquí entraban en acción las espadas mágicas.

Las leyendas de la Edad Media abundan en estas espadas milagrosas. Apenas había héroe que no poseyera algún arma de este tipo... irresistible e indestructible. La mayoría tenía nombres especiales: Balmung, de Sigfrido; Durandal, de Rolando; Escalibur, del rey Arturo; Joyeuse, de Carlomagno;

Courtin, de Ogier; Haute Clere, de Oliviero... y así por el estilo. Y quienes se hacían eco de las leyendas no se detenían a pensar que las virtudes marciales y el coraje guerrero de los héroes perdía por lo menos el cincuenta por ciento de su valor... pues los triunfos eran mérito principal de sus respectivas espadas.

Con el fin de forjar una espada de esta clase era preciso combinar ciertos elementos más o menos horribles.

Era indispensable que la hoja hubiera servido ya para matar a un hombre. La vaina debía forjarse con el rayo de una rueda que el verdugo hubiese usado para romper los huesos de un condenado. Se fabricaba la empuñadura con el hierro de una cadena utilizada en un ahorcamiento. Debía forrarse la vaina con tela empapada en sanguis menstruus primus virginis... En general, y sin necesidad de que ofrezcamos mayores detalles, el lector advertirá que la receta parecía la obra de un desequilibrado.

Podría creerse que con semejante equipo el guerrero estaba en condiciones de salir a luchar bravamente contra el enemigo. Nada de eso... necesitaba algo más para eliminar cualquier posibilidad de desaliento: el elixir del coraje. Durante la Guerra de Treinta Años, se lo conoció bajo el nombre de

Aqua Magnanimitatis.

El noble brebaje se preparaba de acuerdo con la siguiente receta:

“En mitad del verano, tómese el látigo y castíguese vigorosamente un hormiguero, para que las hormigas, atemorizadas, exuden su secreción ácida y olorosa. Tómese cantidad suficiente de hormigas, y depósiteselas en un alambique. Viértase coñac fuerte y puro sobre ellas, séllese el recipiente y póngase al sol. Déjeselo allí durante catorce días, fíltrese y póngase en el licor obtenido media onza de canela.”

El brebaje debía beberse antes de la batalla, mezclando media cucharada en un vaso de buen vino. Inmediatamente, el soldado se sentía poseído del más heroico coraje. No se trataba de una pasión salvaje y sanguinaria, sino más bien del entusiasmo que lleva a realizar trascendentes y sugestivas hazañas.

Se aconsejaba también mezclar la poción con el aceite extraído de la cizaña, y frotarse las manos con la mezcla también convenía aplicarla a la hoja de la espada. Así preparado, un soldado podía afrontar sin dificultad a diez o doce adversarios, pues éstos sufrirían súbito desaliento. La naturaleza marcial de

las hormigas explicaba el milagroso efecto de la poción. Después de todo, es bien sabido que las hormigas son insectos guerreros.

Pero aquí no acababan los artificios heroicos.

También el caballo de batalla debía realizar prodigios de valor.

Las herraduras y el freno debían forjarse con hierro que ya hubiera servido para matar. Las herraduras hacían del caballo un animal valeroso, rápido, inteligente y ágil. Por otra parte, el freno convertía a la más salvaje montura en obediente criatura.

También existían métodos destinados a evitar la fatiga del caballo. Si de las riendas se colgaban dientes de lobo, el caballo podía galopar durante días enteros sin cansarse; por lo menos, así lo afirmaba la magia del siglo XVII.

Pero no basta que el soldado fuera inviolable y su espada invencible, ni que su alma estuviera impulsada por la pasión marcial. En campaña era preciso soportar muchas tribulaciones: frío, sed, hambre.

Se conocían varios encantamientos contra el frío. "Envuélvanse los pies en papel, pónganse encima las medias, y antes de calzarlas viértase un poco de coñac en las botas". En realidad, no era un

mal consejo; tampoco lo era el que sugería que se vertiera el coñac en la garganta del soldado, en lugar de hacerlo en las botas. El tercer método era un poco más complicado:

"Tome una cazuela de estiércol de paloma, redúzcalo a cenizas quemándolo, destílese la ceniza en lejía, y lávese con ella pies y manos. Si empapa la camisa y los calzones en la misma lejía, y luego seca cuidadosamente las prendas, soportará fácilmente el frío más intenso durante catorce días."

Contra la sed: Tome la piedra transparente, del tamaño de una arveja, que se forma en el hígado del capón de cuatro años, depositela bajo la lengua, y no sentirá sed.

Contra el hambre se conocía una antigua panacea. Aulus Gellius relata que cuando el guerrero escita no tenía alimento, se limitaba a ajustar un ancho cinto alrededor de la cintura. De acuerdo con la idea de los escitas, la intensa presión reducía el espacio ocupado por el estómago y los intestinos, y de ese modo no podían absorber nada; y si no podían recibir alimento, no tenía objeto tratar de llenarlos. La cosa parece verosímil. La idea contraria parece igualmente válida, pues en épocas posteriores a muchos se les ha ocurrido que la mejor manera de so-

portar una comida muy abundante consiste en aflojar el cinturón.

Con lo dicho, hemos pasado revista a casi todas las prácticas mágicas seguidas por los guerreros prudentes.

Desgraciadamente, los encantamientos no siempre daban buen resultado, pues la experiencia demostró que aun el soldado más cuidadoso podía caer herido.

Si una flecha u otra arma se rompía en la herida, debía utilizarse una fórmula mágica. Había muchas versiones, aunque la Iglesia las prohibió todas, ya que no eran otra cosa que encantamientos paganos, en los que se había reemplazado el nombre de los dioses por los de Jesús y de los santos. Un manuscrito húngaro del siglo XVII recomienda la siguiente fórmula:

"Una magnífica plegaria para extraer una flecha.

"Como Nicodemus, hombre piadoso y santo, extrajo los clavos de las manos y de los pies de Nuestro Señor, y ellos se deslizaron fácilmente, que esta flechase deslice fuera de tu cuerpo con la misma facilidad; que el Hombre que murió por nosotros en la Sagrada Cruz te ayude en este principio; repita tres veces la plegaria, y a la tercera vez tome

la flecha con dos dedos y extráigala."

No debemos reírnos del ingenuo creyente. Si su fe se mezclaba a veces con prácticas paganas, su misma ingenuidad podía servirle de excusa. Pero, ¿cómo disculpar la tremenda tontería de la medicina del siglo XVII, que inventó la receta y la aplicación del famoso y popular ungüento bélico"?

Este sorprendente emplasto requería ingredientes realmente fantásticos:

"Tome media libra de grasa de jabalí, media libra de grasa de verraco, y la misma cantidad de grasa de oso macho. Reúna una buena cantidad de lombrices de tierra, deposítelas en una vasija, selle el recipiente y caliente las lombrices hasta que queden reducidas a cenizas. Tome tres medias cáscaras de huevo llenas de estas cenizas, agregue un poco de moho de cráneo, al que se habrá dado la forma de cuatro nueces, y que haya crecido sobre el cráneo de un ahorcado o de un hombre muerto en la rueda. Tome dos onzas de heliotropo y tres onzas de sándalo rojo, reducidas a polvo fino; mezcle todo esto con la grasa, agregue un poco de vino, y se tendrá el noble Unguentum Armarium, el ungüento de guerra."

Y este terrible cocimiento, ¿se aplicaba real-

mente a la herida? Que el lector se tranquilice. Se aplicaba, no a la herida, sino al arma... al arma que causaba la herida (¡siempre, claro está, que el guerrero hubiera logrado preparar el emplasto!) Si no lo había conseguido, debía conformarse con otra sustancia.

Era esencial determinar qué proporción del arma había penetrado en el acto de herir. Precisamente esta porción debía ser cubierta con el ungüento... y la técnica variaba según que se tratara de un arma cortante o punzante. En el primer caso, el emplasto debía ser aplicado en la dirección general del borde cortante; de lo contrario, la herida se cerraría, pero permanecería abierta por dentro. Si se trataba de un arma punzante, el ungüento se distribuía alrededor de la punta, y un poco hacia arriba.

La siguiente etapa del tratamiento consistía en envolver el arma (a la que ya se había aplicado el ungüento) con una tela limpia, y depositarla en un lugar moderadamente tibio y a cubierto de corrientes de aire. Si el arma estaba expuesta al viento o a fuertes cambios de temperatura, la herida sufría inmediatamente las consecuencias. Debía cambiarse diariamente el vendaje, como si se estuviera tratando la herida.

Gradualmente uno comienza a comprender la razón que era la esencia de toda esta farsa científica. El extraño, procedimiento no era otra cosa que la aplicación de la llamada “terapia por simpatía”.

De acuerdo con esta teoría, las relaciones de los hombres, los animales, las plantas, y de todos los factores constituyentes del universo, están determinadas por la simpatía o por la antipatía. La sangre que manchaba el arma tenla la misma composición que la sangre de la herida; es decir, existía una “relación de simpatía” entre ellas. Del mismo modo misterioso que el imán atrae al hierro, la herida atraerla el misterioso poder curativo que existía en los ingredientes del “ungüento de guerra”. Por consiguiente, era suficiente que se tratara la sangre que cubría el arma... el herido sanaría aunque estuviese a cuarenta millas de distancia.

Ciertamente, el fenómeno parece misterioso. Pero la opinión científica general aceptaba totalmente la teoría del influjo simpático; por ejemplo, en caso de enfermedad, a menudo se utilizaba una muestra de sangre (examinada por separado) para diagnosticar la condición del paciente. Se toma una muestra de sangre,- decían las instrucciones- y se la deposita en un recipiente de vidrio, que habrá de

sellarse. De acuerdo con las leyes de la simpatía, la sangre en el recipiente de vidrio reflejará los cambios que se operan en la sangre del paciente; se mantendrá límpida si el estado del enfermo mejora, pero se enturbiara si la enfermedad se agrava.

Si el arma causante de la herida no pudiera ser hallada, habrá de escarbarse la herida con un trozo de madera, hasta que empiece a fluir la sangre. Y luego se aplicará a ese trozo de madera el ungüento mágico.

Por su parte, el paciente debía abstenerse de toda actividad mientras durara el tratamiento, y limitarse a mantener limpia la herida y a seguir una dieta.

Lo más interesante de todo el asunto era que casi todas las personas tratadas con este método sanaban; en cambio, la mayoría de aquellos a quienes los médicos procuraban salvar por otros medios, perdían la vida.

La explicación del enigma es bastante sencilla.

En lugar de desarrollar largos razonamientos médicos, veamos una de las recetas del método terapéutico conocido como Kopropharmacia:

"Si la hemorragia es muy intensa, prepárese una mezcla de incienso, sangre de dragón y áloe, agré-

guese un poco de estiércol seco de caballo y extiéndase sobre la herida. Pueden obtenerse buenos resultados con estiércol de cabra, reducido a polvo y mezclado con vinagre. También puede prepararse una aplicación con estiércol de ganso mezclado con vinagre fuerte."

Para que el tratamiento fuera más efectivo, el médico ordenaba una bebida curativa. Era preciso mezclar con cerveza un poco de album graecum, destilar la mezcla y dar al herido una cucharada de la poción todas las mañanas. Por lo menos, se trataba de una mezcla de fácil preparación, pues el album graecum de misterioso sonido se hallaba en todas las casas en que había perros...

Es evidente, por lo tanto, que los pacientes tratados con el "ungüento bélico" sanaban porque ningún médico manipulaba las heridas, de modo que la Naturaleza podía desarrollar el proceso curativo sin interferencia humana.

Quizás la mejor y la más universal de todas las curas contra las heridas de bala fue inventada por Ferene, un médico transilvano.

El erudito galeno fue médico de la corte de Sigmundo Bathory, príncipe de Transilvania. Era muy respetado por el príncipe, que no se separaba

de él. En 1595, Bathory condujo a sus ejércitos contra los turcos. El doctor Ferene tuvo que acompañarlo. Era un sabio pacífico y amante de la tranquilidad; odiaba la idea de salir con el ejército en campaña, aunque, naturalmente, no podía expresar sus sentimientos. Después de algunas semanas de vida incómoda y peligrosa, el doctor dejó entrever a algunos cortesanos que conocía una medicina maravillosa, capaz de salvar a un hombre de la acción de cualquier arma, aunque se tratara del cañón de mayor calibre o del más peligroso mosquete.

A su debido tiempo, el rumor llegó a oídos del príncipe. El doctor Ferene era hombre de extraordinaria erudición, de modo que bien podía haber descubierto algo importante. Bathory ordenó que el médico de la corte preparara la milagrosa poción, y el doctor Ferene puso alegremente manos a la obra. Pero declaró que necesitaba regresar a Brasso, la capital, porque allí tenía las medicinas y los ingredientes indispensables.

El príncipe ordenó que una fuerte escolta acompañara al médico durante su viaje a Brasso, y esperó el resultado. Lo recibió con sorprendente rapidez, pues el doctor Ferene se limitó a escribirle una carta:

"He hallado esta panacea en mi cofre de medicinas: a quien desee salvarse de herida de espada, de acometida de lanza y del terror de las balas de cañón... déjesele vivir en paz en Brasso. Y como considero que esta es la más segura medicina, aquí me quedaré a esperar el fin de la guerra; y aconsejo a Su Alteza y a todos los que deseen escapar a los peligros de la batalla que sigan mi humilde ejemplo."

No se conoce la respuesta del príncipe.

2.

El sueño de la invulnerabilidad, las distintas recetas para el equipo del héroe invencible, son cosas modestas comparadas con otro sueño de la humanidad, mucho más descabellado y más universal: el sueño de la eterna juventud, la ilusión de que es posible usurpar las funciones del propio Dios creando vida.

Aquí debemos comenzar por establecer la diferencia entre el "secreto" de la longevidad y el de la eterna juventud.

Entre los longevos célebres, Juan Rovin y su esposa ocupan un lugar distinguido. Rovin nació en

Karansebes, Transilvania. Vivió hasta la madura edad de 172 años, y su esposa Sara hasta los 164. De esta vida matusalénica, pasaron 147 años en feliz y armonioso matrimonio. De acuerdo con las crónicas contemporáneas, este matrimonio modelo tenía una dieta muy sencilla: leche y tortas de maíz. "Por consiguiente", dice la crónica del siglo XVI, "si se desea vivir largamente, sígase el ejemplo de estos dos seres: vivir frugal y sencillamente de pan y de leche o, si se carece de esta última, de agua".

Por muy tentadora que pudiera parecer la idea de vivir 147 años con la misma mujer (comiendo tortas de maíz y bebiendo leche) en general la humanidad ha preferido una vida más breve, compensada por las satisfacciones halladas en la buena mesa.

Sin embargo, el secreto de una larga vida ya había sido develado por la escuela médica de Salerno: Haec tria: mens hilaries, requies, moderata diaeta (Estos tres: serenidad mental, dieta moderada y tranquila). Y en el curso de los últimos dos mil años, la ciencia médica no ha cesado de reiterar la misma fórmula, tanto a ricos como a pobres. Ramazzini, rector de la Universidad de Padua, escribió especialmente para los príncipes una guía de la salud

(*De principium valetudine tuenda*, Padova, 1710). En ella aconsejaba a todos los gobernantes no comer ni beber en exceso, abstenerse de súbitos accesos de pasión, y elegir sus entretenimientos de un modo digno de su noble condición. Y si se desatara una plaga, el príncipe debía abandonar la capital y dirigirse a alguno de sus castillos.

Es fácil comprender por qué la Universidad de Padua albergó a estos campeones de la regla de oro. Pues aquí vivió y murió el más notable representante del concepto de la vida moderada, ser Ludovico Cornaro.

Este noble veneciano había pasado los primeros cuarenta años de su vida desafiando todos y cada uno de los principios de la escuela de Salerno. Sus excesos lo llevaron al borde de la tumba, de modo que abandonó la ancha vía de los placeres mundanos y resolvió seguir el recto y estrecho sendero de la moderación. Tenía ochenta y tres años cuando publicó sus experiencias en un extenso ensayo. Tres años después presentó otro volumen; cinco años más tarde, vio la luz el tercero. Pero consideró que aún había bastante material para nuevos libros. Esperó otros siete años, y a la edad de noventa y ocho publicó su famoso y amplio estudio, *Discorsi della vita*

sobria (Padova, 1558). Gozó otros seis años, de los gentiles placeres de una ancianidad serena y murió mientras dormía en su sillón, el 26 de abril de 1566, a la edad de 104 años.

El libro es un himno a la moderación, a la que Cornaro llama Hija de la Razón, Madre de Virtudes, Sustancia de la Vida; enseña a los ricos a gozar sabiamente de la abundancia; a los pobres a soportar su suerte sin resentimiento. Purifica los sentidos, fortalece el cuerpo, ilumina la mente, robustece la memoria, embellece el alma; afloja los lazos que nos unen a la arcilla, nos eleva por encima de nosotros mismos... y así por el estilo.

Pero este libro conquistó fama no sólo a causa de estos sentimientos, indudablemente discretos y delicados; sobrevivió a su autor durante siglos porque contenía la descripción de una dieta que él siguió con voluntad de hierro. Hace ciento cincuenta años era todavía uno de los temas enseñados en la Universidad de Padua; Ramazzini escribió un extenso ensayo sobre el asunto, y dio conferencias sobre aspectos conexos del tema.

El secreto del modo de vida de Cornaro consistía en comer y beber sólo la cantidad mínima necesaria para mantener el cuerpo. Construyó balanzas

muy precisas, con las que media su ración cotidiana: doce onzas de alimento y catorce onzas de bebida. (La onza italiana era un poco mayor que la inglesa.) Con esta dieta de encarcelado vivió hasta la madura edad de ochenta años, en que su familia comenzó a preocuparse por la posibilidad de que la excesiva moderación concluyera por perjudicarlo. Consiguieron persuadirlo de que era conveniente comer más. El viejo caballero se dejó convencer y aumentó en dos onzas la cantidad de alimento. Pero este modesto incremento le echó a perder el estómago, se enfermó, y todos temieron que el acto de glotonería que se le había obligado a cometer causara su muerte. Con gran dificultad curó de su enfermedad, y declaró que deseaba vivir de acuerdo con sus propias ideas, y que su familia haría mejor en mantenerse apartada del asunto.

El obstinado Matusalén continuó torturando a la hija de la razón y a la madre de virtudes, hasta que al fin consiguió aflojar los lazos que lo unían a la arcilla. Consiguió mantenerse con dos yemas de huevo diarias. Y las consumía por partes: una en el almuerzo, y la otra durante la cena.

Hasta aquí nos hemos ocupado de actos que fueron expresión de sabiduría... aunque a veces un

poco exagerada. Pero el resto es parte de nuestro tema principal.

Los apóstoles de la moderación conquistaron muy pocos discípulos. A decir verdad, la humanidad nunca se intereso por una vida muy prolongada, si ello implicaba tortas de maíz y de yemas de huevo. En lugar de vivir de tan sombría y tediosa realidad, prefirió seguir la pista de un sueño deslumbrante... la ilusión de la eterna juventud.

La idea de que debía existir cierta panacea milagrosa (algún medio que permitiera transformar la ancianidad achacosa en juventud triunfante, sin necesidad de mortificación) ha inspirado a la humanidad desde las fábulas mágicas de los mitos clásicos hasta los experimentos que el profesor Steinach realizó con glándulas de monos.

De acuerdo con la mitología griega, el secreto de la eterna belleza de Hera consistía en sus periódicas visitas a la Fuente de Juvencia, donde se bañaba. La tradición de siglos convirtió este cuento de hadas en realidad aceptada por la concepción del mundo antiguo, y la leyenda perduró hasta la Edad Media. Sin embargo, el poder rejuvenecedor de la fuente mitológica se vio más o menos refutado por la lista casi infinita que la misma mitología griega ofrecía de

las aventuras extraconyugales de Zeus. Si tan deslumbrantes eran la belleza y la juventud de la diosa, por qué estos devaneos amorosos?

La mitología escandinava ubicaba la fuente milagrosa, la Jungbrunnen en el castillo de Iduna. Lucas Cranach y sus compañeros de escuela pintaron docenas de cuadros sobre tan sugestivo tema, de un lado, entran en la fuente ancianos decrépitos y secos; del otro, salen seres jóvenes y bellos...

Las novelas románticas de caballería, los romances medievales, también incluyen extensas referencias a la fuente de la eterna juventud. Cuando comenzó la exploración de nuevos y desconocidos continentes, la gente supuso que entre los tesoros de estas "regiones meridionales" debía contarse la fuente maravillosa. ¿Se hallaba en la India, donde Alejandro el Grande ya la había buscado? ¿O en el país fabuloso del Preste Juan, al que la imaginación ubicaba en Asia o en Abisinia? Después del descubrimiento de América, estas especulaciones se concentraron particularmente, y un conquistador español equipó dos naves con el fin preciso de buscar la famosa fuente.

Su nombre, naturalmente, era Ponce de León, y se sabía (o se imaginaba) que Bimini era el nombre

de la isla donde se hallaba la fuente que milagrosamente convertía a los viejos en jóvenes. Conquistadores férreos y decididos a todo, probados en feroces batallas, atravesaron los océanos desconocidos en dirección a la isla misteriosa. La atrevida empresa no utilizaba como guía el compás dela ciencia... sino la estúpida charla de algunos nativos. Nada tan característico del alma del conquistador español, mezcla de desprecio a la muerte, de viril determinación y de credulidad infantil, como el hecho de que se dejara influir por una combinación de romances caballerescos y de historias fabulosas fabricadas por los indios. Es muy probable que la población nativa, que odiaba a los conquistadores, difundiera deliberadamente el cuento de la fuente mágica de Bimini con el mismo propósito que la movió a hablar del sueño de Eldorado... para desembarazarse de una vez de los invasores extranjeros.

Ponce de León no halló Bimini. Pero cuando navegaba hacia el norte descubrió una hermosa costa, cubierta de flores y abundante en frutas. Por causa de las flores que la adornaban generosamente la bautizó con el nombre de Florida. Durante cierto tiempo buscó la fuente, pero al fin se cansó del

asunto y embarcó de regreso a la patria, mas enfermo y más viejo que cuando salió.

El fracaso de la expedición a Bimini desilusionó a la vieja Europa, tan deseosa de rejuvenecimiento. Se comprendió que las fuentes de la eterna juventud eran simplemente fuentes termales, y que el influjo de las leyendas las había transformado en fantásticos e inalcanzables sueños de rejuvenecimiento.

Pero, como es el caso con harta frecuencia, la humanidad no pudo resignarse a la idea de perder uno de sus más queridos sueños.

No existía una Fuente de Juvencia, pero había seres humanos rejuvenecidos. Así lo afirmaron graves hombres de ciencia y famosos viajeros.

El caso más famoso fue el de la abadesa de Monviedro, de quien nos habla Velascus de Tarento. La piadosa virgen había alcanzado pacíficamente su centésimo aniversario en el convento donde residía, cuando ocurrió el milagro. De pronto, tuvo una nueva dentición; largos y abundantes cabellos negros reemplazaron a los escasos mechones blancos; el pergamino amarillento de su rostro se convirtió en fresca y rosada piel. La piadosa anciana se sintió poco complacida con esta broma de la Naturaleza; la situación provocaba en ella profundo embarazo...

sobre todo porque la noticia de su milagrosa transformación atraía a grandes multitudes.

Hubo también casos similares en otras "comunidades cerradas", pero de carácter completamente opuesto al de los conventos de monjas.

Paul Lucas, el anticuario y viajero francés, favorito de Luis XIV, llegó a Constantinopla durante un viaje por el Oriente. Según relata en su libro *Voyage dans la Turquie* (París, 1713) la esposa favorita del sultán había caído gravemente enferma. Dióse por sentado que el anticuario francés poseía conocimientos médicos (después de todo, era un "sabio") de modo que el sultán mandó buscarle, y le rogó que examinara a su esposa. El francés fue llevado al santuario interior del harén. Cuando entró en el cuarto de enferma de la sultana, vio salir a dos hermosas jóvenes.

-Son las odaliscas- explicó el eunuco que lo acompañaba- que el Padishá ha elegido para atender a la inválida.

El francés se sorprendió:

-Si el Sultán ha elegido a algunas de sus favoritas para esa tarea, ¿por qué prefirió precisamente a estas jóvenes e inexpertas criaturas?

El eunuco se echó a reír.

-No son tan jóvenes- explicó-. Ambas tienen bastante más de setenta años.

Lucas se sintió intrigado. Y al fin descubrió que las odaliscas bebían té preparado con cierta hierba, y que la bebida las mantenía jóvenes. El cauteloso viajero (que sin duda temió el asedio de las damas parisienses) agregó que la hierba sólo crecía en el jardín del Gran Serrallo, y que estaba destinada exclusivamente al consumo del harén.

Pero el más notable "milagro de rejuvenecimiento" fue el, caso del hindú de 370 años. Su sorprendente vida fue evocada por López Castanheda, el historiador de la corte portuguesa. Este hombre extraordinario alcanzó tan considerable edad no como venerable anciano, sino en todo su juvenil vigor, y con abundante cabello negro; pues durante su prolongada vida se rejuveneció por lo menos cuatro veces. Utilizó discretamente los recursos inagotables de su juventud: casó varias veces, se divorció de sus esposas (algunas de ellas fallecieron) y volvió a casarse. Tuvo no menos de setecientas durante períodos más o menos prolongados, a lo largo de su vida. Y como el autor del relato era un historiador de la corte, jamás se dudó de la autenticidad de la versión.

El milagro del rejuvenecimiento fue observado en el mundo animal... o por lo menos así lo creyeron millones de ilusos. Cuando el águila envejecía, utilizaba los rayos ardientes del sol para desembarazarse del plumaje gastado; luego, echaba plumas nuevas y vivía durante un siglo. Y era bien sabido que el ciervo recuperaba su juventud de tiempo en tiempo.

Por consiguiente, argüían los soñadores, el rejuvenecimiento no reconocía obstáculos biológicos; a lo sumo, era preciso hallar los medios de revigorizar el cuerpo humano senil.

¿Existía esa poción mágica?

La alquimia respondía a la pregunta con una afirmación rotunda y confiada.

El misterioso tinct sobre el que los eruditos alquimistas cavilaron durante mil años tenía muchos nombres. A veces se lo llamaba Gran Magisterium, o Materia Prima, o Elixir de la Vida; también recibía el nombre de Piedra Filosofal.

Esta poderosa magia no sólo transformaba en oro el metal sin valor, sino que también curaba todas las enfermedades y prolongaba la vida. Y aún aseguraba la eterna juventud, la inmortalidad del hombre feliz que lograra destilar el gran bálsamo de

la vida en sus alambiques y retortas.

Pero, ¿alguien había alcanzado éxito?

Aquí, la elocuencia de los alquimistas se convertía en modesto murmullo.

Oh, sí, replicaban, sin duda algunos han logrado romper el sello hermético del secreto. Pero no han querido desafiar las leyes de Dios y el mandato de la naturaleza; han preferido llevarse a la tumba el terrible secreto.

Este argumento tiene tal poder de convicción, que apenas me atrevo a refutarlo. En todo caso, lo único que podemos hacer es examinar la literatura de los alquimistas, para comprobar si alguien descubrió el Elixir de la Vida y lo utilizó en su propio beneficio.

Por mi parte, sólo he hallado tres candidatos: Artephius, Nicolás Flanel, y el pintoresco conde Saint-Germain.

Artephius fue un conocido alquimista del siglo XII. Sus obras manuscritas seguramente fueron muy apreciadas, pues se las conservó durante siglos, y a principios del siglo XVII fueron publicadas en libro. Uno de sus trabajos, *De vita propaganda*, encara el problema de la prolongación de la vida. Con el fin de destacar el valor de sus consejos, el autor señala

modestamente en el prefacio que escribió el libro a la edad de 1025 años. Como la mayoría de las personas saben a qué atenerse respecto de su propia edad, no queda otro remedio que aceptar esta venerable longevidad. Según Pico de la Mirándola, algunos hombres de saber la aceptaban. E iban más lejos aún; sostenían que el libro había sido escrito por el propio Apolonio de Tiana, el gran mago del siglo I de nuestra era, que habría vivido hasta el siglo XII, con el nombre de Artephius, gracias a la piedra filosofal. Los sabios que intervinieron en la polémica olvidaron sólo una posibilidad: que algún colega mal intencionado los hubiera hecho víctimas de un engaño (empresa que no ofrecía mayores dificultades, por tratarse de espíritus afectados por la fiebre de la alquimia).

Nicolás Flanel vivió en el París del siglo XIV. Alrededor de su figura la tradición tejió un manto de deslumbrantes leyendas. En su juventud compró por pocos francos un libro escrito sobre corteza de árbol, lleno de misteriosos símbolos y figuras. Como era incapaz de descifrarlos, hizo una promesa y fue en peregrinación a Santiago de Compostela. De regreso a su hogar, conoció en el camino a un médico judío, que le reveló la clave del enigma. Una

vez en París, siguió las instrucciones del libro y comenzó a transformar el mercurio en oro. Fabricó oro por valor de muchos millones, y consagró esa fortuna a fines de caridad. Como era verdad que un rico burgués llamado Nicolás Flanel había destinado grandes sumas a obras de beneficencia, la imaginación medieval, siempre ansiosa de milagros, confundió la figura del mercader con la del alquimista, y creyó todo lo que la tradición oral difundió sobre este último. Un creyente de celo particularmente ardoroso llegó al extremo de comprar la casa de Flanel, en el número 16 de la Rue Marivaux, y la demolió completamente, en la esperanza de hallar en algún escondrijo el milagroso libro de corteza de árbol.

La literatura sobre Flanel es abundante, y alude a buen número de diferentes "secretos", pero estos últimos pertenecen en realidad a la historia de la alquimia propiamente dicha. Baste decir aquí que se atribuía a Flanel el descubrimiento del Elixir de la Vida; que se aseguraba que no había muerto, afirmándose que en su ataúd se había depositado un muñeco de madera, después de lo cual había partido con su esposa hacia Oriente. Trescientos años después la feliz pareja aún vivía, como lo informa con

toda seriedad un viajero francés:

"En Asia Menor conocí a un derviche de gran cultura, que era adepto de las ciencias secretas. Entre otras cosas me dijo que el maestro en esas ciencias era capaz de prolongar su propia vida durante mil años. Mencioné el caso de Flanel, que había hallado la Piedra Filosofal, a pesar de lo cual había muerto, como cualquier otro ser humano. El derviche se echó a reír, y afirmó que todos estábamos equivocados. Flanel y la esposa seguían vivos, y los conocía bien; juntos habían pasado cierto tiempo, algunos años atrás, en la India... Me relató otros hechos de Flanel, pero de ellos no mencionaré los menos verosímiles."

El libro que contiene este extraordinario informe se llama *Voyage dans la Grece, l Asie Mineure, la Macédoine et l Afrique* (París, 1712), y está dedicado a Luis XIV. Su autor es el mismo Paul Lucas que relató sus experiencias en el Gran Serrallo, con las "jóvenes" de setenta y dos años rejuvenecidas por la misteriosa hierba de los jardines del harén... por lo cual, hemos de considerarlo, claro está, un testigo digno de la mayor confianza.

Bastará que reseñemos algunos elementos de la vida aventurera del conde Saint-Germain. Fue favo-

rito e íntimo de Luis XIV, llevó una vida de lujo y de placer, aunque nadie sabía de dónde sacaba el dinero; exhibía magníficos diamantes de gran tamaño, y se afirmaba que los fabricaba personalmente; estaba iniciado en los misterios de los Rosacruces... y así por el estilo. Nadie conocía sus antecedentes precisos. Algunos decían que su madre era una princesa española; otros afirmaban que su padre era un judío portugués. En los últimos años de su vida circuló otra versión, de acuerdo con la cual era hijo ilegítimo de Ferenc Rakoczi, príncipe húngaro y jefe de la prolongada rebelión contra los Habsburgo. A fines de 1912, una entusiasta dama inglesa, Mrs. Cooper-Oakley, insistía en probar la verdad de esta teoría ridícula y totalmente insostenible.

Todos estos misterios y secretos excitaron la imaginación de los contemporáneos del conde, y ayudaron a desarrollar la leyenda. Se aseguraba que el conde conocía el secreto del Elixir de la Vida, y que él mismo era inmortal. Naturalmente, algunas damas de cierta edad afirmaron que sus abuelas ya habían conocido al conde, y que entonces tenía el mismo aspecto juvenil que ahora se le conocía. El propio conde jamás habló francamente de su inmortalidad, pero de tanto en tanto dejaba escapar

una velada alusión, y de ellas podía deducirse que ya había pasado varios siglos en este mundo. Sabía contar anécdotas, con maravilloso arte, y era capaz de presentar episodios históricos muy antiguos como si hubieran ocurrido poco tiempo antes. En tales ocasiones a veces cometía un error... por cierto deliberado. Por ejemplo, relataba un caso de la vida de Enrique IV, y decía: "... y entonces el rey se volvió sonriente hacia mí... es decir, se volvió hacia el duque de X."

La sociedad aristocrática de París creía en la inmortalidad de Saint Germain, del mismo modo que había creído en la de Flanel. Si todos aceptaban la realidad del Elixir de la Vida, ¿por qué habrían de dudar de sus efectos? De modo que los rumores y las leyendas cobraron forma y se difundieron. Las damas de los salones de París murmuraban que el conde había asistido al concilio de Nicea, que había conocido al Salvador, y que varias veces habla estado en los banquetes de Poncio Pilatos, en calidad de invitado.

Algunos bromistas consideraron que, si la sociedad era tan estúpida, no era censurable explotar esa estupidez colectiva, de modo que un aventurero de maneras elegantes, un tal Gauve, decidió personifi-

car al conde Saint-Germain. El falso conde desempeñó su papel con arte exquisito. Relató aventuras que había vivido casi dos mil años antes; entusiasmándose, describió el palacio de Poncio Pilatos, y a la Sagrada Familia, y su amistad con la venerable Santa Ana, a quien posteriormente pudo prestar un gran servicio, pues fue la información suministrada por el conde en el concilio de Nicea la que determinó la canonización de la dama.

Cuando el auténtico conde se enteró del asunto, tan cercano al sacrilegio, se limitó a encogerse de hombros: "Si los tontos de París se complacen en tales estupideces", dijo al barón Gleichen, "que se diviertan. Mi única virtud es que parezco más joven de lo que soy realmente... y eso es todo".

La fábula no corrió solamente en París. Cruzó el canal de la Mancha y apareció en las columnas del London Chronicle. En el número del 3 de junio de 1760, este respetable órgano publicó un extenso artículo sobre la llegada a Londres del conde Saint-Germain. Un pasaje de la crónica describía un extraño incidente relacionado con el Elixir de la Vida. Como anécdota, la historia llegó hasta el siglo XX, y todavía aparece aquí y allá. Sin embargo, en el siglo XVIII se tomaba el asunto muy en serio, al punto, -

de que la gran Enciclopedia Larousse lo consideró ejemplo clásico de la estupidez humana, y reprodujo todo el artículo (página 70, volumen 14).

La versión ligeramente abreviada dice así:

"Una duquesa de sangre real pidió al conde que le diera unas gotas del líquido rejuvenecedor. En vista del elevado rango de la dama, no era posible rechazar el pedido. El conde le entregó una redoma, indicándole que tomara diez gotas en cada luna llena. La duquesa deseaba que su vieja doncella, Radegonde, no estuviera al tanto del secreto. Le dijo simplemente que se trataba de una medicina contra el cólico, y depositó el frasco en un cajón. Esa noche la duquesa fue a una fiesta, y mientras se hallaba ausente, la anciana Radegonde ingirió alimentos que no convenían a su constitución, y comenzó a padecer cólicos. Agobiada por el sufrimiento, tomó la redoma y la vació de un trago. Cuando varias horas después llegó la duquesa, halló en su dormitorio a una niñita de ocho años... Era Radegonde."

Esta anécdota ha aparecido- en una docena de formas diferentes- en cien distintos países. Lo cual demuestra la tenaz capacidad de supervivencia de los sueños de la humanidad.

Cagliostro no merece por cierto ser incluido en-

tre los alquimistas, aunque él mismo difundió el rumor de que conocía el Elixir de la Vida. Sin embargo, no fue como alquimista que adquirió sus conocimientos sino en el papel de Gran Copto, jefe supremo de una absurda Logia Masónica que seguía los ritos del "antiguo Egipto". Esta logia, en la que confluían toda suerte de confusos misticismos, no tuvo dificultad en reclutar adeptos en el París del siglo XVIII, donde prosperaban maravillosamente aventureros e impostores.

Cagliostro prometía a sus adeptos un doble rejuvenecimiento: moral y físico. El primero no atraía mucho a los parisienses... sin duda, se consideraban bastante morales, y no veían necesario exagerar la nota. Pero la renovación del cuerpo era asunto totalmente distinto. Sin embargo, el propio Gran Copto no publicó los detalles del asunto. Estos últimos aparecieron en un folleto anónimo que excitó la imaginación de los parisienses; por otra parte, algunos afirmaron que efectivamente había sido escrito por el propio Cagliostro. Su título era*: Secret de la régénération, ou Perfection Physique per laquelle on peut arriver a la spiritualité de 5557 ans*. He aquí la receta:

Retírese al campo en compañía de un amigo leal, y pase treinta y dos días a estricta dieta; durante este

período purifique su sangre con suaves aplicaciones de sanguijuelas. Al trigésimo segundo día acuéstese y tome una pizca de la materia prima. (Naturalmente, el secreto de ésta última sólo era conocido por el Maestro.) La absorción de esta dosis estará seguida de tres días de inconsciencia, pero no es necesario alarmarse, y al cuarto día se tomará otra pequeña porción, la cual provocará alta fiebre, delirio, la caída del cabello, el aflojamiento de los dientes y despellejamiento. Al trigésimo sexto día se tomará la tercera dosis, que determinará un profundo sueño, del que el paciente no despertará hasta el trigésimo noveno día. Durante este lapso crecerán nuevamente los cabellos y saldrán los dientes, y se renovará la piel. Al trigésimo noveno día se tomarán diez gotas de la materia prima, mezcladas en vino, después de lo cual se recomienda un baño de agua tibia. Al cuadragésimo día el sujeto del proceso despertará, cincuenta años más joven.

La gran ventaja de la cura consistía en que era posible repetirla cada cincuenta años. Su mínima desventaja era que no podía repetirse ad infinitum, porque cuando el sujeto alcanzaba la edad de 5557 años perdía su eficacia.

A pesar de esta lamentable limitación, el Gran

Copto se vio sin duda apremiado por sus adeptos, deseosos de conseguir la materia prima. Infortunadamente, anduvo complicado en el famoso o notorio asunto del collar, que suministró “materia prima” a tantos escritores (desde Dumas a Carlyle) y debió abandonar París, Francia, su Logia egipcia y a todas las apergaminadas momias que ansiaban rejuvenecer.

Otro “milagro” de alquimista se relacionaba con el maravilloso alcaest. Van Helmont, el médico y químico flamenco, inventor de la palabra “gas”, le cantó loas de inigualado fervor. El alcaest disolvía y fundía todas las sustancias: metal, madera, vidrio, diamante, piedras, plantas, músculos, huesos. Sus efectos eran tan universales como los del calor sobre la nieve. Van Helmont aseguraba haber hallado el milagroso elemento, y afirmaba que había realizado ya varios experimentos. Introducía carbón y madera en un recipiente de vidrio, agregaba un poco de alcaest... y al cabo de tres días la madera y el carbón se hallaban reducidos a una sustancia lechosa. Alrededor del tema surgió abundante literatura. Finalmente, Johann Kunckel, otro alquimista, que descubrió procesos para la fabricación de vidrio artificial de color y para la preparación de fósforo,

hizo estallar la bella pompa de jabón. Se limitó a formular una sencilla pregunta: si el alcaest lo disolvía todo, ¿por qué no ejercía su acción sobre el recipiente de vidrio en el que se lo guardaba? Después de lo cual, esta panacea desapareció del catálogo de la alquimia.

En la biblioteca del conde Alejandro Apponyi hallé un librito que es una notable rareza. Fue publicado en París el año 1716, por Longueville-Harcourt, y su título es el siguiente: *Histoire des personnes qui ont vécu plus d un siecle, et de celles qui ont rajeuni, avec le secret du rajeunissement, tiré d Arnauld de Villeneuve.*

El autor reunió un colorido ramillete de personas que vivieron un siglo o más, y de ancianos rejuvenecidos; entre ellas hallamos a nuestros viejos conocidos, la monja de Monviedro y el hindú de 370 años. Pero estas tradicionales figuras revisten menos interés que el ensayo de Arnaldus Villanovanus sobre la eterna juventud.

¿Quién era Arnaldus Villanovanus? Uno de los sabios famosos del siglo XIII: médico, astrónomo y alquimista, hombre de extraordinaria erudición, médico de corte de los papas Bonifacio VIII y Clemente V.

El ensayo publicado por Longueville-Harcourt no se encuentra incluido entre las obras impresas de Arnaldus Villanovanus. El autor francés nos dice que fue conservado en manuscrito; el texto latino pasó a manos del abate Vallemont, que lo entregó a Longueville-Harcourt. Que la historia sea o no auténtica, poco importa; en sí misma, es reflejo del estado de los espíritus en el siglo XIII.

El método descrito en el documento es modelo de lógica escolástica; cada paso es perfecto y razonable... pero la idea fundamental es falsa. Se ha construido una pirámide regular, pero puesta al revés, y como material se ha utilizado el que suministró la medicina medieval.

La premisa básica de la teoría es bastante sencilla. Las plantas, los minerales y los animales contienen por igual poderosos elementos curativos de las diferentes enfermedades. Sólo se necesita destilar la esencia de las drogas más potentes y crear una terapia en el transcurso de la cual el paciente que busca rejuvenecerse absorbe la panacea universal de todas las enfermedades en la dosis apropiada. Si el sujeto observa cuidadosamente las reglas, el resultado final debe ser el rejuvenecimiento.

Ante todo, es preciso obtener un poco de aza-

frán oriental, hojas de rosas rojas, madera de sándalo, la raíz del áloe y ámbar gris. Estos materiales serán reducidos a polvo y mezclados con cera y aceite esencial. El ungüento así obtenido forma una pasta, y debe ser extendido sobre la región del corazón todas las noches, antes de acostarse.

Luego, la dieta; su duración depende del temperamento del paciente. La más breve es de dieciséis días, la más prolongada de treinta. El menú es bastante simple: una gallina por día, preparada en sopa. Naturalmente, no se trata de cualquier ave... sino de una gallina alimentada durante dos meses con cierta comida especial.

Este alimento para pollos era un tanto extraño... se componía exclusivamente de víboras (Aquí corresponde recordar que durante varios siglos Europa padeció la manía de las víboras. Atribuíanse milagrosos poderes curativos, no sólo a las víboras, sino también al "bálsamo teriacal" que se obtenía de ellas. Este bálsamo se vendía en pequeña tortas redondas, llamadas trochisci (de ahí el nombre de troquista o droguista).

Naturalmente, las gallinas no estaban dispuestas a comer víboras con la misma facilidad que ingerían lombrices de tierra. Era necesario seguir otros mé-

todos. Primero se despellejaban las víboras, se cortaba la cabeza y la cola, se lavaban los cuerpos en vinagre, se los frotaba con sal y se los cortaba en pequeños trozos. Se colocaba en un recipiente el sabroso alimento, y se los mezclaba en partes iguales con romero, granos de anís y eneldo, agregando media libra de semillas de alcaravea; luego, debía llenarse el recipiente con agua limpia, y se ponía todo al fuego. Cuando el agua se había evaporado, se agregaba una buena porción de trigo puro, y se continuaba cocinando toda la mezcla, hasta que el trigo hubiere absorbido las valiosas cualidades de la víbora. El alimento estaba listo; se formaban pequeños glóbulos, arrollados en afrecho, y se servía a la gallina.

Mientras duraba la cura el paciente debía limitarse a comer diariamente dos platos de sopa de gallina y un poco de pan. Una vez concluido el período de dieta, el sujeto debía tomar doce baños- con el estómago vacío- en agua perfumada con ciertas hierbas.

Es imposible negar que toda esta concepción era lógica y razonable. No es posible alimentar al paciente con carne de víbora; entonces, que el efecto medicinal de la víbora sea absorbido por el

trigo, que el trigo sea comido por la gallina, y la gallina consumida por la persona deseosa de rejuvenecer.

Hasta ahora, el asunto marcha perfectamente. Pero inmediatamente sigue la piece de résistance de la cura, la esencia milagrosa que libra batalla en el cuerpo bien preparado (bien preparado por la sopa de gallina y el emplasto sobre el corazón) contra los procesos tóxicos del envejecimiento, y triunfantemente renueva la juventud. Los médicos medievales, herederos de la antigua medicina árabe y griega, alentaban innumerables supersticiones sobre el efecto de sustancias absolutamente fantásticas y costosas. Creían en el poder curativo de las piedras preciosas, de las perlas, del coral, de los dientes de hipopótamo, del marfil, del corazón de ciervo, etc. Villanovanus coleccionó las sustancias de más poderoso efecto, y concibió una receta irresistible. No repetiré aquí las proporciones; es poco probable que ninguno de mis lectores intente preparar la mixtura.

Se necesitaban los siguientes productos:

Oro	Jacintos	Coral rojo
Raíz de áloe	Esmeraldas	Limaduras de marfil
Madera de sándalo	Rubíes	Corazón de ciervo
Perlas	Topacios	Ámbar gris
Zafiros	Coral blanco	Moschus

Estos valiosos ingredientes debían ser reducidos a polvo, mezclados con aceite de limón y de romero, endulzados con azúcar, y del brebaje debía tomarse media cucharada después de cada baño.

Después de breve lapso, se observarían los resultados: la floreciente primavera de la juventud reemplazaría al gastado y seco invierno de la ancianidad. El proceso debía ser repetido cada siete años. Quien lo siguiera concienzudamente recuperaría su juventud una y otra vez.

El incrédulo que astutamente preguntara por qué el gran alquimista no había probado personalmente el milagroso elixir, y por qué no lo vemos en nuestro propio siglo como prueba maravillosa de la grandeza de la medicina medieval, recibiría contundente respuesta: Arnaldus Villanovanus ciertamente lo hubiera hecho, si se le hubiese dado la oportunidad. Pero, desgraciadamente, la nave en que viajaba de Sicilia a Génova naufragó, y el alquimista se ahogó en el mar.

3.

A mediados del siglo XVIII inflamó a París una nueva perspectiva de rejuvenecimiento.

¿Por qué buscar la fuente de la eterna juventud en Bimini, cuando se hallaba aquí mismo, al alcance de nuestras manos? La sangre, el fluido vital, estaba presente por doquier; circulaba en la venas de los jóvenes. Bastaba utilizarla en beneficio de los ancianos... aún quedaría buena cantidad para sus propietarios originales.

Robert Desgabets fue el primero que concibió la idea de la transfusión de sangre. Sólo se ocupó del aspecto teórico del problema; pero pocos años después, en 1664, Richard Lowers, el médico y fisiólogo inglés, efectuó con éxito la operación, utilizando dos perros. La noticia alentó a Jean-Baptiste Denis, médico de la corte de Luis XIV, y el galeno propuso intentar el atrevido experimento sobre la persona de seres humanos.

Se trataba de un torpe tanteo, comparado con las maravillosas hazañas de la medicina moderna. El objetivo final era el rejuvenecimiento; y se creía que se lo alcanzaría extrayendo la sangre envejecida e

introduciendo sangre joven. Las damas de París, tan reacias a envejecer, esperaron muy excitadas el resultado del experimento.

Un jornalero enfermo y anémico se ofreció como conejillo de Indias; afirmó que poco le importaba la posibilidad de un resultado negativo. De todos modos, no podía perder. El doctor Denis practicó primero una transfusión con sangre de cordero; milagrosamente, el paciente cobró nuevas fuerzas. La segunda transfusión también fue un éxito, y Denis se disponía a organizar un hospital consagrado a la "renovación de la sangre", cuando el tercer paciente murió... probablemente porque su grupo sanguíneo era diferente. La viuda acudió a los tribunales, exigiendo indemnización, y ganó el juicio. El fallo de los jueces prohibió nuevos experimentos del mismo tipo y, lo mismo que en tantos otros casos, aquí acabó otra de las ilusiones de la humanidad.

Pero los mortales, obligados a padecer el invierno de la ancianidad, y a cavilar sobre el recuerdo de antiguas primaveras, no podían resignarse a aceptar el curso natural de las cosas. Se volvieron hacia la Biblia, y repasaron cuidadosamente el pasaje del Libro Primero de los Reyes, en el que se relata

cierto incidente de la vida del rey David:

"Como el rey David era viejo, y entrado en días, cubríanle de vestidos, mas no se calentaba.

"Dijéronle por tanto sus siervos: Busquen a mi señor el rey una moza virgen para que esté delante del rey, y lo abrigue y duerma a su lado, y calentará a mi señor el rey.

"Y buscaron una moza hermosa por todo el término de Israel, y hallaron a Abisag Sunamita, y trajéronla al rey.

"Y la moza era hermosa, la cual calentaba al rey, y le servía, mas el rey nunca la conoció."

El texto bíblico nada dice del método de rejuvenecimiento; probablemente se esperaba que el viejo rey se sintiera reconfortado por el espectáculo de la juventud que de ese modo se le administraba; de modo que, gracias a una antigua superstición médica, Abisag fue utilizada también como... ¡botella de agua caliente!

Pero el inocente texto- pues él "no la conoció"- despertó considerables esperanzas en los viejos y en los enfermos. La historia de Abisag la Sunamita condujo a la extraña moda del sunamitismo.

Conoció su apogeo en el París del siglo XVIII, cuando la moralidad de la época y el espíritu del

siglo se hallaban en el punto más bajo, y los caballeros decrépitos alentaban la esperanza de recuperar su virilidad mediante esta cura tan peculiar.

El informe más detallado se encuentra en las memorias de Rétif de la Bretonne, el extraño personaje en cuyas obras- más extrañas aún- se delinea la geografía, la fisiología y la ética de las noches de París. El nombre de la proveedora de sunamitas que desempeñaban el papel de "botellas de agua caliente" era madame Janus. En su "instituto" esta mujer tenía cuarenta jóvenes bien adiestradas. El precio de una cura era dieciocho francos, la muchacha recibía seis, y madame Janus doce. La cura completa duraba veinticuatro días... mejor dicho, veinticuatro noches. Tres parejas de muchachas atendían el servicio, y se turnaban cada ocho días. La inteligente empresaria cuidaba los detalles: una de las muchachas era morena, y la otra rubia. Ni siquiera el más estricto moralista hubiera podido objetar el asunto, pues sólo se empleaban jóvenes de irreprochable reputación y perfecta inocencia. De acuerdo con la concepción "científica" general, únicamente doncellas estaban en condiciones de suministrar la cura... de lo contrario, podía temerse que hicieran más mal que bien. Para mayor seguridad, el cliente deposita-

ba como garantía una suma importante; si no cumplía las reglas, perdía el depósito.

La concepción de la sunamita descubrió otro medio de avivar el fuego de la vida y de encender la llama del entusiasmo. En resumen, la idea era utilizar el aliento humano para restaurar el vigor y la virilidad del ser humano.

En su libro *Syntagma inscriptionum antiquarum,* Tomás Reinesius, el famoso anticuario (1587-1667), describió una extraña y antigua piedra conmemorativa. Fue hallada por un arqueólogo de Boloña, de nombre Gommarus. La inscripción decía:

AESCULAPIO. ET. SANITATI.
L. CLODIUS. HERMIPPUS.
QUI. VIVIT. ANNOS. CXV. DIES. V.
PUELLARUM. ANHELITU.
QUOD. ETIAM. POST. MORTEM.
EIUS.
NON. PARUM. MIRANTUR. PHYSICI.
JAM. POSTERI. SIC. VITAM. DUCITE.

es decir, se trataba de una piedra conmemorativa erigida por L. Clodius Hermippus en honor de Esculapio y de Sanitas. Hermippus vivió hasta la ma-

dura edad de 115 años y 5 días, gracias al aliento de las muchachas jóvenes, y los médicos cavilaron mucho sobre el caso, aun después de la muerte de este personaje. ¿Por qué la posteridad no podía vivir del mismo modo?

Además, el método era mucho más agradable que el de Cornaro, que pasó toda su ancianidad con dos yemas de huevo diarias.

Pero, ¿quién era este Hermippus? ¿Dónde vivió? ¿Y cuándo? Y, sobre todo, ¿cómo aplicó la cura del aliento rejuvenecedor?

Los arqueólogos poco se preocuparon por la solución del misterio; sólo les interesaba descifrar la inscripción.

Heinrich Cohausen, médico de Münster, dio la respuesta en su famosa obra, *Hermippus redivivus*, publicada en numerosas ediciones y traducida a varias lenguas. (La edición original fue publicada en latín, en la ciudad de Francfort, el año 1742. La edición alemana popular llevaba este título: *Der wieder lebende Hermippus oder Curiöse Physicalisch-Medizinische Abhandlung von dér seltenen Art sein Leben durch das Anhauchen Junger Mágdchen bis auf 115 Jahr verlangern aus einer Römischen Denckhmahl genommen, aber mit medizinischen Gründen befestiget etc. von Joh. Heinr. Cohausen, ietzo aus*

d. Latein übersetz. Gedruckt in der alten Knaben Buchdruckerey, Sorau, Hebold, 1753. (Hermippus redivivo, o un extraño ensayo físico-médico sobre el curioso método destinado a prolongar la vida hasta la edad de 115 años mediante el aliento de jóvenes doncellas, tomado de un monumento romano, pero apoyado con razones médicos, etc. por Johann Heinrich Cohausen, y ahora traducido del latín.)

De acuerdo con el doctor Cohausen, el caso de Hermippus era bastante verosímil. Pues la ciencia (como el autor lo demuestra con acopio de citas) considera que el aire que los pulmones expelen está saturado de toda suerte de emanaciones y de átomos absorbidos en el interior del cuerpo, y producidos por la sangre y por otros líquidos del organismo. De acuerdo con la experiencia, el aliento del enfermo es infeccioso, porque lleva la simiente de la enfermedad. Por otra parte, si esta premisa es cierta, también debe serlo la contraria; el aliento de una persona sana contiene elementos sanos, vigorizadores y, si dicho aliento es inhalado por otros, esos elementos ingresaran en la sangre, la refrescarán y acelerarán su circulación.

Todo esto era especialmente aplicable, continuaba el razonamiento, al caso de las muchachas

jóvenes y sanas, No estaban tan alejadas del momento en que nacieron; es decir, del instante en que traen al mundo el más poderoso bálsamo vivificador, que después se agota paulatinamente, a medida que se desarrolla la vida de la mujer. No cabe duda de que el aliento y las exhalaciones de las muchachas poseen gran cantidad de este elemento esencial; y que el mismo, al entrar en el torrente sanguíneo del anciano, renueva su sangre cansada y gastada, y acelera el movimiento del pulso.

Naturalmente, el paciente debe seguir un sistema de vida adecuado y aplicar una dieta higiénica, pues en sí mismo el aliento de una joven no es suficiente para sostener al organismo... aunque es verdad, como lo afirman ciertos escritos misteriosos, que el aire contiene elementos nutritivos. Así, Plinio relata que en el extremo más alejado de la India viven hombres que carecen de boca. No comen ni beben, y se nutren con el aire que inhalan por la nariz, con el perfume de raíces y de flores, con el aroma de las manzanas silvestres. Hermolaus Barbarus menciona el caso de un romano que vivió del aire durante un período de cuarenta años. Olimpiodoros, el gran neoplatónico griego, habla de un hombre que vivió sin comer ni beber, sustentándose

simplemente con los elementos nutritivos del sol y del aire. Y todos los naturalistas conocen el ejemplo del avestruz, que vive exclusivamente del aire, con cuyo alimento algunos aún engordan (Cohausen olvidó citar el camaleón, el cual- de acuerdo con la creencia de los antiguos- también vivía exclusivamente de aire.)

Pero es preciso no extremar las cosas, pues los datos de ciertos autores no son muy fidedignos. Afírmase que un hombre a punto de morir puede reaccionar si se colocan algunas gallinas bajo el cuerpo del moribundo. Cuando el peso de su cuerpo ha provocado la muerte de las gallinas, el "espíritu vital" de las infortunadas aves pasa al organismo enfermo y lo revive. Tampoco es muy probable que las golondrinas, cuando abandonan los países septentrionales, se retiren a pasar el invierno a ciertas cavernas en la costa del mar, donde sobreviven sin comer ni beber hasta la llegada de la primavera. Según la misma versión, las golondrinas se mantienen muy juntas, y se alimentan mutuamente del "aliento vital". Además, si fuera cierto que en España existen hombres conocidos bajo el nombre de salutatores, que curan curan las heridas soplando sobre ellas, dicha práctica no tendría nada que ver

con la ciencia médica y debería considerársela magia negra.

El médico de la corte del obispo de Munster incluyó en su libro otras muchas citas. Menciona al humanista Marcilius Ficinus y al gran Bacom de Verulam; y resumiendo la opinión de los sabios, llega a la conclusión de que Hermippus había alcanzado realmente la edad de 115 años y 5 días. Sin duda, había llegado a tan madura ancianidad gracias al aliento de las jóvenes.

El doctor Cohausen también resolvió el enigma del m'todo seguido por el viejo romano para obtener durante tantas décadas la necesaria provisión de aire; después de todo, las muchachas se casan o envejecen, o sufren variadas vicisitudes. La respuesta era fácil: Hermippus había sido seguramente director de un orfanato. Para demostrar su teoría. El médico de Munster cita a Bacon, que en su libro *Silva Silvarum* publicó una observación en el sentido de que los retóricos y los sofistas consagrados a la enseñanza de la juventud, vivían todos hasta edad madura. Gorgias, Isócrates, Pitágoras... todos continuaron enseñando hasta edad centenaria, hazaña que debieron exclusivamente a la capacidad renovadora del aliento juvenil.

El libro del doctor Cohausen tuvo un éxito que no fue sólo literario. Cuando se publicó la edición inglesa, algunos médicos londinense aplicaron a sus pacientes el método de Hermippus. Por lo menos uno quiso realizar un experimento personal, y alquiló una habitación en un colegio de señoritas, con el fin de inhalar constantemente el aliento de las niñas.

Pero la bella burbuja estalló al poco tiempo.

El doctor Cohausen confesó que no tenía la menor intención de aplicar el método rejuvenecedor de Hermippus. Simplemente se había burlado del mundo con su exitosa mistificación científica. Quizás fastidiaban al inteligente médico las innumerables supersticiones que se disfrazaban de ciencia, y eligió esta forma para ridiculizar a los pomposos impostores. Y también es posible que no lo moviera ningún propósito particular, y que concibiera la broma sólo para divertirse.

Pero Bacon estaba en lo cierto cuando dijo que la juventud, la belleza, y la salud, si bien no transmitían el espíritu de la vida, por lo menos contenían la vida del espíritu, y por consiguiente rejuvenecían también al cuerpo. Naturalmente no era esta la juventud que perseguían tan tenazmente quienes so-

ñaban con el Elixir de la Vida, pero aún sus débiles reflejos constituyen recompensa suficiente.

4.

Si el alquimista podía preparar en sus alambiques y retortas una poción capaz de crear la eterna juventud- es decir, si era capaz de vencer a la muerte- ¿por qué no habría de alcanzar el éxito en el otro extremo de la línea vital, allí donde se dibuja ante nosotros el eterno interrogante del nacimiento? ¿Por qué, razonaban los incorregibles soñadores, no podíase crear vida artificialmente?

El homunculus, el ser humano creado por el hombre, comenzó con Paracelso a rondar las cuevas de los alquimistas. Hasta entonces sólo existían vagas concepciones. Paracelso suministró las primeras instrucciones detalladas sobre el método a seguir. Este hombre fabuloso, en cuyo cerebro pareciera que se hubiesen combinado una docena de formas intelectuales- que fue ora médico de éxito, ora charlatán, ora brillante inventor, o confuso adepto de las ciencias ocultas- resumió en su obra *De natura rerum* los conocimientos de la época sobre el ho-

munculus:

"Se ha discutido mucho si la naturaleza y la ciencia nos han dado los medios de crear un ser humano sin ayuda de mujer. En mi opinión, es empresa perfectamente posible y que no contradice las leyes naturales. He aquí cómo debe procederse: colóquese buena cantidad de simiente humana en un alambique. Una vez sellado éste, se lo mantendrá durante cuarenta días a una temperatura igual a la temperatura interior del caballo" (es decir, debía enterrarse el alambique en estiércol de caballo) "hasta que empiece a fomentar, a vivir y a moverse. En ese punto ya tendrá forma humana, pero será transparente e insustancial. Durante otras cuarenta semanas deberá ser alimentada cuidadosamente con sangre humana y mantenida en el mismo lugar cálido, y al cabo de ese período se tendrá un niño vivo y auténtico, como el que nace de mujer, pero mucho más pequeño. Es lo que denominamos homunculus. Debe ser atendido con cuidado y diligencia, hasta que crezca lo suficiente, y comience a mostrar indicios de inteligencia."

El resto se halla envuelto en la bruma característica de Paracelso. Pero en definitiva resulta que el homunculus debe ser considerado una criatura útil;

pues como debe su existencia al saber científico, todo lo conoce sin necesidad de educación, está familiarizado con los más recónditos secretos de la Naturaleza, y puede ayudar a sus amos en la realización de hazañas portentosas.

El gran charlatán sin duda estaba satisfecho con su propia erudición, y no necesitaba la ayuda de estos muñecos artificiales, pues los biógrafos no señalan la presencia de un homúnculo entre los miembros de su familia. Los alquimistas que le siguieron tampoco aluden a la realización de experimentos con niños fabricados en tubos de ensayo.

Sólo conocemos un caso, en el que no uno sino diez homunculi fueron creados en el taller del alquimista.

Un hombre llamado Kammerer, secretario del conde Francisco José Kueffstein (1752-1818), ofrece una reseña detallada, desde 1773 en adelante, de los gastos, los ingresos, los viajes y los actos cotidianos de su amo (Este diario fue publicado por primera vez en el almanaque oculista Le Sphinx, y posteriormente fue reimpreso por Jean Finot en su obra *La philosophie de la longevité*. Kueffstein fue un rico propietario y alto funcionario de la corte de Viena). El diario relata con el mismo seco estilo

asuntos tan diversos como el costo de las posadas y del polvo arroz utilizado en las pelucas, o el método de creación de los diez homúnculos.

De acuerdo con esta crónica, durante sus viajes a Italia el conde Kueffstein conoció el abate Geloni. Este se sentía tan atraído como el propio conde por los misterios de los Rosacruces. Los dos hombres se encerraron en el taller de Geloni, y pasaron cinco semanas explorando día y noche los misterios de la vida. Tan tenaz laboriosidad se vio coronada por el éxito: cierto día las criaturas de la ciencia comenzaron a agitarse en los alambiques. Con sus propio ojos el sorprendido secretario vio diez homúnculos: un rey, una reina, un arquitecto, un monje, un minero, una monja, un serafín, un caballero, un espíritu azul y otro rojo.

Cada uno de ellos se hallaba en un recipiente de medio galón, lleno de agua y cuidadosamente sellado. Los recipientes fueron llevado al jardín y enterrados en un cantero. Por espacio de cuatro semanas se regó el cantero con cierto misterioso cocimiento, después de lo cual comenzó a fermentar. Esta fermentación ejerció sin duda considerable efecto sobre las pequeñas criaturas, pues comenzaron a chillar como ratones. Al vigésimo noveno día

se desenterraron los alambiques, y fueron llevados al taller, y después de unos pocos días de "tratamiento complementario" Kammerer pudo ver otra vez a sus nuevas relaciones.

Quedó sorprendido del cambio que habían sufrido. Habían crecido, estaban más desarrollados, y era fácil discernir las características de la vida futura. Los hombres tenían barba, y las mujeres poseían encanto y belleza. El abate les había suministrado ropas, el rey tenía corona y cetro, el caballero espada y lanza, y la reina un costoso collar.

Pero a medida que crecían, aumentaban las dificultades. Era necesario alimentarlos cada tres días, de acuerdo con cierta receta secreta, y en cada ocasión había que sellar los recipientes, pues los cautivos revelaban creciente inclinación a huir. En todo caso, revelaban mal carácter; en cierta ocasión, mientras recibía su alimento, el monje mordió el pulgar del abate (¿Antagonismo profesional?).

Hasta aquí, las anotaciones de Kammerer parecen imitación exacta de los cuentos fantásticos de E.T.A. Hoffmann o de Edgar Allan Poe. Pero ahora un dato real: el conde regresó a Viena y presentó sus "criaturas" a la logia rosacruz local. El secretario no da detalles de la notable exhibición; sólo dice

que uno de los espectadores fue expulsado por el conde porque se atrevió a llamar a los homúnculos "horribles escuerzos". Además, menciona a un conde Thun que creyó todos los dichos y hechos de Kueffstein, y posteriormente colaboró en los experimentos realizados por este último. Este conde Thun era bien conocido entonces en Viena. Era un "médico milagroso", y se afirmaba que curaba a sus pacientes sólo con tocarlos. Su carrera concluyó en Leipzig, el año 1794, cuando se reunió en su sala de espera enorme número de pacientes, de modo que le fue imposible atenderlos a todos. Para resolver el problema, se limitó a vendarles los ojos, y ordenó a sus ayudantes que ejecutaran las maniobras habituales. Pero se descubrió el engaño, y el conde desapareció de la vista del público.

Pero volvamos al diario.

A medida que los homunculi envejecían, se tornaban cada vez más rebeldes. Antes solían iluminar a su amo con lecturas discretas y ofrecían muchos sabios consejos. De pronto, todo cambió. El rey sólo quería hablar de política; la reina sólo se interesaba por asuntos de etiqueta; el minero se ocupaba exclusivamente de problemas del mundo subterráneo. Y si estaban de mal humor, molestaban al con-

de con declaraciones burlonas y sin fundamento. El pobre conde estaba bastante deprimido. En cierta ocasión quiso preguntar al monje cómo podía hallar un manuscrito de Paracelso que se había extraviado... y ocurrió un terrible accidente. El alambique se le deslizó entre las manos, se rompió en pedazos, el monje cayó al suelo y se hirió gravemente. En vano trataron de salvarlo, de lograr que reaccionara; aún los poderes magnéticos del conde Thun fracasaron, y el pequeño monje murió. Con cartulina negra le prepararon un ataúd, lo enterraron en el jardín, y su padre adoptivo derramó amargas lágrimas.

Pero eso no fue todo. Cierto día Kammerer echó una ojeada al taller, y comprobó con horror que el rey había escapado de la prisión de vidrio, y trataba afiebradamente de quitar el sello que cubría el recipiente de la reina. El secretario dio la voz de alarma, acudió velozmente el conde, y juntos iniciaron la caza del enamorado homunculus, que saltaba de un mueble a otro, revolviendo salvajemente los ojos. Consiguieron capturarlo cuando cayó rendido de cansancio. Y aun entonces consiguió morder la nariz del amo y causarle una fea herida.

El propietario de la familia homuncúlea debió sufrir otra desilusión. No podía resignarse a la pér-

dida del monje. Con la ayuda de conde Thun inició un nuevo experimento: se trataba de crear un almirante. El almirante artificial fue creado con todas las reglas del arte, pero alcanzó apenas el tamaño de una pequeña sanguijuela, y falleció al poco tiempo.

Aquí el diario del secretario guarda silencio sobre el desenlace de la situación. No sabemos cómo concluyó la cría artificial de seres humanos. De acuerdo con el almanaque ocultista, el conde Kueffstein cedió a los ruegos de su esposa, profundamente conmovida por el "sacrilegio", y disolvió esta familia tan poco natural. Ignoramos cómo lo hizo, y qué destino les dio.

Tampoco conocemos la respuesta a un interrogante de mayor importancia: Esta fantástica historia, ¿tenía algún fundamento? ¿O fue pura invención del secretario? Si se trata de esto último, ¿qué propósito lo guió? Los adeptos de Paracelso creían en la verdad de todo el relato: de acuerdo con ello, Kueffstein había seguido las instrucciones del gran alquimista, y de ese modo había creado los Paracelso, homunculi. Otros, aunque fieles admiradores de consideraban muy aventurada la teoría de los homúnculos. Es imposible, decían, desafiar tan audazmente las leyes de la Naturaleza. Por otra parte,

argüían, todo indica que las pequeñas criaturas no eran otra cosa que los espíritus elementales que desempeñan tan importante papel en las enseñanzas de Paracelso. Son criaturas sobrenaturales pero transitorias: sujetas a las leyes de la Naturaleza, seres intermedios entre los humanos y el auténtico mundo de los espíritus.

Esta explicación es tan clara en su propia oscuridad, que nos sentimos inclinados a aceptarla; pero hay un detalle que nos mueve a vacilación: la vejiga de vaca con que se sellaban los recipientes. Recuerdo las antiguas ferias, en Europa Central, que solía frecuentar cuando era niño, y Minimax, el diablillo encerrado en un tubo de vidrio... un espectáculo que siempre me atrajo poderosamente. "¡Minimax, cumple tu deber!" ordenaba el amo, y el diablillo se hundía hasta el fondo del recipiente, otra orden, y el muñeco subía rápidamente. En las ferias francesas se daba al juguete el nombre de diable cartésien, aunque no se sabe de cierto que el inventor haya sido Descartes. La esencia del truco consiste en colocar el pequeño juguete en un recipiente lleno de agua hasta el borde, equilibrándolo hasta que flote. El interior del muñeco está lleno de aire, que ha absorbido a través de un agujero en el estómago. Se

sella el recipiente con una vejiga de vaca. Si alguien presiona la vejiga con el dedo, el agua desplazada llena el estómago de Minimax; aumenta el peso, y el muñeco se sumerge. Cuando desaparece la presión, el aire desplaza el agua, y el obediente diablillo vuelve al lugar original.

Podemos suponer, naturalmente, que el conde Kueffstein trajo de Italia el juguete, y con el fin de mantener el secreto del asunto engañó a su propio secretario. Pero, ¿cómo es posible que uno de los Minimax-homunculi escapara de la prisión y empezara a correr entre los muebles de la habitación?

Creo que he hallado la respuesta en la trágica historia de los procesos por brujería. En junio de 1603, el parlement de París sentenció a una mujer llamada Marguerite Bouchey a ser quemada en la hoguera. Se la acusaba de mantener en su casa un demonio familiar, una mandrágora viva, y de cuidarla y alimentarla. Sometida a tortura, la infortunada mujer confesó que los cargos eran ciertos, su anterior patrón le había regalado el incubus. Era un trasgo repugnante, de pequeñas proporciones, parecido a un monito muy feo...

El "rey" enamorado del conde Kueffstein era probablemente una adquisición realizada en Italia, el

mono amaestrado de algún saboyardo errante. El abate Geloni instruyó al conde, no en los misterios de las ciencias ocultas, sino más bien en algunos trucos de magia. El desconcertado secretario hizo lo que habitualmente hace la gente que difunde la nueva de hechos misteriosos: coloreó, agregó y exageró todo cuanto vio, y al fin es posible que él mismo creyera haber visto un Don Juan diminuto en lugar de un monito maligno...

De todos modos, hemos logrado establecer la siguiente premisa: de acuerdo con la enseñanza de Paracelso, era posible crear seres humanos sin ayuda de la mujer. Si esta teoría era correcta, cabía suponer que las mujeres también podrían engendrar niños por vías diferentes de las que prescribe la Naturaleza.

Y la prueba cabal de lo que afirmamos es un fallo judicial. (Publicado en *Curiosités judiciaires*, de B. Waré, París, 1859, pero citado frecuentemente en la literatura alemana del siglo XVII. Aparece, por ejemplo, en *Der Grosse Schauplatz*, Hamburgo, 1649-1652, de G. Plí. Harsdúrffer, en *Relationes Curiosae*, Hamburgo, 1683-1691, de E. G. Happel, y en *Metamorphosis telae judiciariae*, Nuremberg, 1684, de M. Abele.)

Ocurrió en la ciudad de Montpellier que un noble llamado Aiguemere entró al servicio del cardenal Valette, y lo acompañó a Alsacia. Después de cuatro años de ausencia, Aiguemere falleció. Por diversas razones, la esposa no pudo seguirlo cuando se incorporó a la corte del cardenal, y permaneció en la casa señorial, donde pasó los cuatro años en honorable reclusión.

Los hermanos del noble fallecido, los señores De La Forge y De Bourg-Le-Mont experimentaron considerable sorpresa cuando, poco después de la muerte de Aiguemere, fueron informados de que su cuñada viuda, lady Madeleine, estaba embarazada La sorpresa se convirtió en indignación cuando se enteraron del feliz acontecimiento: la viuda había dado a luz un niño. Poco les importaba la moral de lady Madeleine, pero el niño fue inscripto en los registros eclesiásticos como hijo del finado señor Aiguemere, y por consiguiente como legítimo heredero de todas sus tierras y posesiones.

Esto ya era demasiado. Los dos hermanos iniciaron proceso, con el fin de obtener la declaración de ilegitimidad del niño. Poca duda cabía respecto del resultado probable. Como estaba demostrado que la viuda no había visto a su esposo durante

cuatro años, el tribunal declaró que el difunto no podía ser el padre, por lo que el niño fue declarado ilegitimo y excluido de la herencia.

Pero la viuda no aceptó el fallo. Apeló al parlement de Grenoble (en Francia los parlements eran cortes de apelación). Fundó su reclamo en la solemne declaración de que durante la ausencia de su esposo había llevado una vida pura y virtuosa, ningún hombre había entrado jamás en sus habitaciones, y por consiguiente era imposible que un extraño fuera el padre de su hijo. Lo que había ocurrido era fantástico pero real: la mujer afirmó que, poco antes de morir, el esposo la había visitado. No real y físicamente... sino durante el sueño de la dama. De todos modos, este encuentro conyugal había tenido exactamente los mismos efectos que una noche de amor en la vida real. Pronto se advirtieron las consecuencias, y entonces ella había relatado el caso a varios testigos. Por lo cual pedía que se escuchara a esos testigos y a varios expertos.

Y entonces se dio una situación que desconcertó a todos los espíritus sensibles.

El parlement de Grenoble aceptó los testigos.

Las nobles damas Isabel Delberiche, Louise Nacard, Marie de Salles y otras se presentaron a decla-

rar. Afirmaron, bajo juramento, que al principio de su preñez Lady Madeleine les había hablado del sueño milagroso, y que había asegurado que jamás había tenido relación con ningún hombre que no fuera su esposo; por lo cual el niño que esperaba debía ser fruto de este sueño extremadamente vívido.

Esta interesante evidencia fue completada por cuatro parteras: Mesdames Guillemette Garnier, Louise Dartault, Perrette Chauffage y Marie Laimant. Las cuatro femmes sages atestiguaron unánimemente que el fenómeno era muy posible, y que conocían otros casos similares.

El parlement de Grenoble era muy concienzudo, y no se contentó con la opinión de las cuatro comadronas. Llamó a prestar declaración a cuatro médicos prestigiosos, con el fin de escuchar opiniones realmente expertas. Los doctores Denis Sardine, Pierre Mearaud, Jacques Gaffié y Alienor de BellevaI declararon, después de madura reflexión, que el caso de Lady Madeleine no era inverosímil. Uno de los argumentos de más peso esgrimidos fue el ejemplo de los harenes turcos, donde (de acuerdo con los expertos) ocurría a menudo que, a pesar del aislamiento en que se hallaban las odaliscas, y de

que el amo no ejercía con frecuencia sus derechos conyugales, las mujeres presentaban de tanto en tanto a su señor los frutos del amor. Según palabras de Harsdórffer, la explicación médica del caso era "inapropiada para oídos virtuosos".

Estos ponderados testimonios fueron examinados cuidadosamente por el parlement de Grenoble, y se dio sentencia en favor de Lady Madeleine. El fallo decía lo siguiente:

"En vista de las pruebas obtenidas, de las opiniones y de los razonamientos expertos presentados por muchos médicos, parteras y otras personas de valer residentes en Montpellier, sobre la verosimilitud del hecho debatido, el tribunal ordena que el niño en cuestión sea declarado hijo legítimo y heredero del señor de Aiguemere. Además, conjura a los señores De La Forge y De Bourg-le-Mont, como demandantes en primera instancia, a declarar que la arriba mencionada Madame d'Aiguemére es mujer virtuosa y respetable, formulando una atestación por escrito de este hecho después que este fallo haya adquirido validez. Fechado el 13 de Febrero de 1637, etc."...

Era demasiado. Los hermanos se hubieran resignado a que el bastardo usurpara el título y la pro-

piedad, pero extender un certificado moral a la cuñada adúltera, y convertirse en el hazmerreír de Montpellier... Era evidente que toda la ciudad participaba en una conspiración en apoyo de la viuda. El padre "soñado" había muerto y no podía intervenir; el padre real era seguramente un alto funcionario que movía los hilos de la extraña comedia.

Encolerizados, los dos hermanos apelaron a la suprema autoridad, la Sorbona de París. Aquí los conspiradores de Grenoble y de Montpellier carecían de influencia. La Sorbona anuló el fallo de Grenoble, y lo calificó de "erróneo en el más alto grado"; el "niño del sueño" fue declarado ilegitimo y despojado de su herencia.

¿Y qué decir de las opiniones expertas de los médicos de Montpellier? No es posible criticarlos muy duramente, pues en el siglo XVII, todavía se creía generalmente que el viento podía fecundar la matriz femenina.

Como en tantos casos parecidos, el origen de esta particular teoría biológica se encuentra en la literatura clásica. En su *Georgicón* (111, 271) Virgilio canta a Céfiro, el Viento del Oeste, que es capaz de desempeñar el papel del padrillo y de fecundar el vientre de las yeguas. Plinio explica en términos

científicos este milagro, y lo expone con su habitual concisión:

"Es bien sabido que en Portugal, en el distrito de Lisboa y del Tagus, las yeguas escapan del Viento del Oeste y son fertilizadas por él. Los potrillos nacidos de dicha unión son extremadamente veloces, pero no viven más de tres años." (Lib. VIII, e. 421/2.)

Pierre Bayle, en las notas de su ensayo *Hippomanes*, consideró que este mito merecía detallada discusión. Considerable número de autores latinos (Varro, Solinus, Columella, etc.) tomaron muy en serio la capacidad amorosa del viento. El hecho hubiera tenido poca importancia, pero lo cierto es que este viento lascivo continuó soplando hasta fines del siglo XVI. Entre los muchos representantes de la teoría, Bayle menciona a Louis Carrion, profesor de la Universidad de Lovaina, y firma creyente en los conceptos señalados. Esta irresponsable tradición fue característica del hombre de ciencia encerrado en su gabinete, que prefería creer en la autoridad de un libro antes que en los viajeros que habían visitado Portugal y solicitado en vano ver yeguas fertilizadas por el viento. Nadie las había visto jamás, todas las yeguas afirmaban que sus po-

trillos habían sido engendrados en legítimo matrimonio.

Gradualmente se descubrió el origen de la leyenda. En la antigüedad, los marinos fenicios habían explorado la costa occidental de Iberia, regresando con la noticia de que la suave brisa oceánica fertilizaba el suelo; en los ricos prados pastaban caballos veloces como el viento... como si el viento mismo hubiera sido el padre de tan bellos animales. Alguien confundió los elementos de la metáfora, los mezcló con cierta salsa científica, y los presentó al mundo.

El parlement de Grenoble no se hubiera atrevido a emitir su celebrado fallo si dichas leyendas no hubieran sido consideradas entonces hechos auténticos. Si las yeguas portuguesas habían desafiado las leyes de la Naturaleza, ¿por qué era imposible que una noble dama francesa concibiera en el sueño?

Aproximadamente cien años después, a mediados del siglo XVIII, la Sociedad Real de Londres se ocupó de un caso semejante. No se conocen detalles de la discusión o de su resultados, pero el asunto fue sin duda muy jugoso, como lo demuestra la amarga sátira escrita por Sir John Hill, enemigo jurado de la Academia, bajo el seudónimo de Abraham Johnson. Fue un libro muy popular y aún llegó

a la biblioteca de María Antonieta. Su título: *Lucina sine concubitu.*

Sir John partía de la concepción científica contemporánea según la cual el aire abundaba en innumerables animalculae, pequeñas criaturas, invisibles al ojo desnudo.

Si entraban en el organismo femenino, cobraban fuerza, y en condiciones favorables se transformaban en seres humanos. Esta era la explicación del incremento de la raza caballar portuguesa, pues el viento del oeste traía considerable cantidad de estos animalculae. El autor, Abraham Johnson, afirmaba haber inventado un artefacto llamado cilindrico-catoptrico-rotundo-concavo-convex. Con él había extraído del viento cierto número de animalculae, y los había extendido sobre un papel, como si hubieran sido huevos del gusano de seda. Bajo el microscopio se los veía claramente como hombres y mujeres en miniatura, pero bien desarrollados. En interés de la ciencia, había continuado el experimento: obligó a su criada a tragar algunos, mezclados en alcohol... y la muchacha quedó embarazada.

La maligna sátira despojó para siempre a Céfiro de su gloria de semental. Naturalmente, los franceses también se ocuparon del asunto, y un año des-

pués apareció una "sátira de la sátira", con este sugestivo título: *Concubitus sine Lucina, ou plaisir sans peine* (Londres, 1752).

Uno de los aspectos más divertidos del caso fue que el gran Albrecht von Haller tomó el asunto en serio, y lo incluyó en su *Bibliotihera anatomica.*

El ejemplo de las yeguas portuguesas fertilizó la imaginación de los fabulistas, aunque en el caso de estos últimos la esencia del asunto no era la paternidad del viento, sino más bien la de la nieve. La colección *Cent Nouvelles Nouvelles* (publicada por primera vez en 1432) relata la historia del mercader que regresa después de una ausencia de diez años, y encuentra en su hogar un niño más que los que dejó. La esposa ya ha preparado una explicación: "Juro que no he conocido a otro hombre que tú. Sin embargo, una mañana bajé al jardín para recoger un poco de acedera; arranqué una hoja y la comí. Sobre la planta habla caído un poco de nieve fresca. Apenas la hube tragado sentí lo mismo que las veces anteriores en que quedé embarazada. Es evidente que este bello niño es nuestro hijo." El esposo era hombre discreto y cauteloso; fingió creer la historia. Esperó unos años, hasta que el niño creció, y entonces lo llevó consigo en viaje de negocios, y lo

vendió como esclavo en África, por cien piezas de oro.

Cuando regresó, su esposa le preguntó por el hijo. “Ay, querida mía”, suspiró el mercader, “cuando desembarcamos en África, el calor era terrible, y nuestro muchacho, que era hijo de la nieve, comenzó a derretirse. Y antes de que pudiéramos prestarle ayuda, se disolvió ante nuestros propios ojos. La anécdota sobrevivió durante siglos; y aún bajo la forma de relato jocoso demuestra que dicha paternidad no era considerada imposible entonces. Posterionnente, Grécourt utilizó el mismo tema en su poema *L`Enfant deneige.* El húngaro Samuel Andrad, en otra versión transformó la acedera en carámbano, como fertilizador más probable.

Uno de los más coloridos ejemplos de paternidad “a distancia” fue utilizado por el famoso novelista magiar Maurus Jokai, en su novela *Un aventurero notorio en el siglo XVII.* Naturalmente, Jokai amplió y desarrolló la historia original, condensada en pocas frases en la fuente que el autor utilizó, la *Rheinnischer Antiquarius.* El aventurero contrajo matrimonio con una muchacha rica de Holanda, que persuadió a su esposo de la conveniencia de viajar a las Indias Orientales, para adquirir fama y riqueza en los tró-

picos. Al cabo de pocos años se elevó a la categoría de alto funcionario y regresé al hogar, donde halló un niño. La esposa ya tenía preparada una explicación: cierta noche en que ansiaba hallarse junto a su esposo, se vio milagrosamente transportada a las Indias Orientales, y retornó al hogar después de breve interludio conyugal. El esposo se comportó sensatamente, y fingió creer el relato; pero poco después la llevó consigo en un corto viaje, y la arrojó a un lugar de arenas movedizas, donde pereció miserablemente.

Puede afirmarse que con esta cita en el sueño se ha completado el círculo: hemos retornado al sueño de la viuda de Montpellier. El relato holandés fue incluido en el libro del erudito Martin Zeiler*: Miscellanea oder Allerley zusammen getragene politische, historische und andere Denckwürdige Sachen* (Nuremberg, 1661). Zeiler, profesor de la Universidad de Ulm, afirmó que poseía informaciones definidas sobre el caso. Había ocurrido en Vlissingen, apenas cuatro años antes de la publicación de su libro; y la viuda en cuestión había sido transportada a las Indias Orientales por los "espíritus benévolos".

Después de lo anterior, el viaje de la señora Samuel Guppy reviste, hasta cierto punto, carácter de

anticlímax. Afirmóse que la buena señora había realizado su excursión en 1871, y que se había visto "precipitada instantáneamente" de su hogar en Highbury a una casa en la calle Lambis Conduit, a unas tres millas de distancia, donde cayó ruidosamente en medio de una séance. En su libro *Duendes y trasgos sobre Inglaterra.*, dice Harry Price: "Naturalmente, todo el asunto fue un engaño; pero este moderno "tránsito de Venus" (en paños menores, y de un peso de 107 libras) no fue nunca desmentido formalmente. Y, quizás afortunadamente, la excursión nocturna no tuvo otras consecuencias... es decir, la familia Guppy no aumentó.

5.

La ciencia insistió en aclarar el misterioso enigma de la vida humana. Por una parte, intentó crear vida por medios artificiales; por otra, con considerable hybris, procuró convertir a la muerte misma en fuente de vida.

Este proceso recibió el nombre de palingénesis.

Con el fin de comprenderlo, ante todo debemos familiarizarnos con los extraordinarios detalles del

renacimiento del fénix.

En su condición de símbolo, el fénix representaba en el mundo antiguo la inmortalidad, la eternidad. Los emperadores de Bizancio lo utilizaron en ese carácter como elemento decorativo de sus monedas y medallas. Durante siglos los gobernantes europeos utilizaron en sus monedas al ave inmortal, y la convirtieron en representación de los ideales de pureza, perfección y virtud. En 1665, la reina Cristina de Suecia ordenó fundir una medalla con la imagen del fénix. Además, había una inscripción con la siguiente palabra, escrita en letras griegas, y de sonido perfectamente griego: Makellos. Desgraciadamente la misteriosa palabra no pudo ser hallada en ningún diccionario. Los filólogos cavilaron e investigaron, pero sin el menor éxito. La reina esperó cierto tiempo, y al cabo, reveló muy regocijada el misterio: no se trataba de una palabra griega, sino alemana. Makellos significa simplemente "inmaculado".

Con respecto a la apariencia del fénix, todas las descripciones coinciden en que era un hermoso pájaro. Su forma era parecida a la del ave del paraíso, pero de proporciones considerablemente mayores... como las de un águila bien desarrollada. Tenía la

cabeza y el cuello dorados, y el plumaje del pecho era azul brillante; el cuerpo estaba cubierto por plumas rojas, amarillas y verdes, y la larga cola recorría toda la gama del anaranjado claro al púrpura. Este acuerdo universal sobre la descripción del fénix era tanto más notable cuanto que nadie lo había visto nunca con sus propios ojos. Sin duda alguien había imaginado, al principio de la leyenda, el aspecto probable del glorioso pájaro, y esta descripción imaginaria había pasado de un libro a otro, más o menos como un pájaro salta de rama en rama.

El lugar donde ocurría el milagro del renacimiento había sido siempre Egipto, en el templo del dios Sol, en Heliópolis. Cuando el pájaro sentía que había llegado el momento, se acercaba desde el este con ruidoso batir de alas, amontonaba perfumadas hierbas secas sobre el altar del dios Sol, y se acostaba en el nido así formado. Los rayos del sol, reflejados por el brillante plumaje, incendiaban el nido, y el fénix se convertía en cenizas. Al día siguiente, de las cenizas emergía un gusanito, que comenzaba a crecer, y echaba plumas, pocos días después el nuevo pájaro aparecía completo, perfecto en todos sus detalles, echaba a volar, y comenzaba una nueva etapa de su vida, en verdad inmortal.

Los autores griegos y latinos estimaban que los "cielos vitales" del fénix inmortal duraban de 500 a 540 años. Las 3214 fuentes egipcias eran más precisas: de acuerdo con estas últimas, el fénix llegaba cada seiscientos cincuenta y dos años al templo del dios Sol, para consumirse en el fuego. Afírmase que fue visto durante el reinado del faraón Sesostris, en 2555 a.C., luego durante el reinado de Amós, en 1904 a.C. y así sucesivamente. De acuerdo con estos datos, los astrónomos modernos han llegado a la conclusión de que los 652 años de vida del fénix (es decir, el llamado período del fénix), correspondían al tiempo transcurrido entre dos pasajes de Mercurio por las órbitas del Sol. De modo que el fénix no habría sido otra cosa que un símbolo astronómico, un jeroglífico que señalaba el tránsito de Mercurio.

Por lo tanto, el "gusano" fue seguramente una simple abreviatura, que surgió del polvo de viejos libros, y se transformó en deslumbrante pájaro en la imaginación de poetas y fabricantes de mitos. Por otra parte, hemos de reconocer que no todos los hombres cultos creían en la tradición del fénix. Hubo escépticos que, a pesar de que no estaban en condiciones de descubrir el origen del mito, hallaron argumentos de peso para oponerse a la existen-

cia del pájaro milagroso. Apelaban a un sencillo argumento: de acuerdo con la Biblia, Noé embarcó en el Arca un macho y una hembra de cada especie; por consiguiente, los animales que sobrevivieron al Diluvio sólo pudieron reproducirse de acuerdo con las leyes de la Naturaleza. Y esta premisa se oponía absolutamente a cualquier mito alusivo a un pájaro que nacía o renacía de sus propias cenizas, pasando por un estado intermedio de gusano.

No es éste el lugar apropiado para analizar esa explicación científica o seudocientífica. Pero quien alguna vez haya mirado desde una altura en dirección a las pirámides de Egipto, y contemplado la puesta del sol en el desierto, con sus ardientes colores, comprenderá fácilmente el mito del fénix. Pues este espectáculo cotidiano es uno de los más prodigiosos fuegos artificiales ideados por la Naturaleza. Se diría que el sol poniente ha incendiado el desierto, y que las llamas alcanzan al cielo, tiñéndolo de rojo. Es fácil advertir que la imaginación de los hombres primitivos pudo interpretar este espectáculo celestial afirmando que el sol se quemaba en su propio fuego, para renacer al día siguiente...

Pero los hombres eruditos de siglos pasados rara vez abandonaban sus gabinetes. Los viejos tomos

encuadernados en cuero formaban impresionantes hileras, y contenían el testimonios de grandes y famosos predecesores. Alguien había efectuado la descripción del fénix; otro lo había seguido; y luego un tercero, y al fin se contaban decenas y centenas de "testigos". Y si veinte sabios, o cien afirmaban algo, sin duda era verdad...

Sin embargo, el fénix también abrió paso a la teoría de la palingénesis.

Al principio, la ciencia no quiso acometer la tarea de obtener hombres del polvo. Cuando mucho, procuraba hacerlo con algunas flores. Nada se pierde en la Naturaleza, decían los soñadores de la ciencia. Si la reina de las flores, la magnífica rosa, era reducida a polvo mediante un proceso adecuado, en las cenizas aún se hallaban las sales propias de la flor viva. En cada grano de sal sobrevivían todos los elementos constituyentes de la planta... exactamente como en la semilla. Por lo tanto, las sales debían ser extraídas químicamente de las cenizas, y después de depositarlas en un alambique, puestas al fuego. Bajo la influencia del calor, estos elementos se separaban de las sales y se unían con arreglo a las "leyes de la simpatía". La rosa crecería ante nuestros propios ojos, echaría brotes, y finalmente aparecería en toda

su belleza la flor completamente desarrollada. La única diferencia residía en que esta flor artificial no era otra cosa que el fantasma, el espíritu abstracto de la original. Y cuando se apartara del fuego el alambique, la flor recreada artificialmente comenzaría a encogerse y desaparecería.

Esta era la teoría. Pero, ¿alguien había logrado descubrir el "proceso apropiado" para revivir una flor muerta?

Afirmase que sí. El testigo es Sir Kenelm Digby, autor inglés, comandante naval y diplomático; hombre que había servido sucesivamente a Carlos I, a Cromwell y a Carlos II; amigo de Descartes, y autor de gran número de libros y folletos.

Sir Kenelm no afirmó haber sido testigo presencial: su testimonio es de segunda mano. Cita a André Duchesne (o, según el nombre que se le daba en el mundo de la ciencia, Andreas Quercetanus) el "padre de la historia francesa", que con sus propios ojos había visto doce botellas selladas en el taller de un alquimista polaco. Una contenía las cenizas de una rosa, la otra las de un tulipán, y así por el estilo. El polaco colocaba las botellas sobre un fuego moderado, y al cabo de pocos minutos aparecían las flores milagrosas. Cuando retiraba del fuego los re-

cipientes, las flores quedaban reducidas a cenizas.

¿Quién era este alquimista polaco, y dónde practicó su magia? Ni Digby ni su fuente original aclaran estos interrogantes. Pero todos los que posteriormente escribieron sobre la palingénesis citan religiosamente el testimonio de los médicos francés e inglés, y a través de estos, los resultados obtenidos por el misterioso polaco. Y hay buen número de obras que tratan la teoría y la historia de la palingénesis: desde *Curiosités de la nature* (París, 1753), del abate de Vallemont, a *Histoire critique des pratiques superstitieuses* (Paris, 1702), de Pierre Lebrun; desde *Aufschlüsse zur Magie* (Munich, 1806), de Karl von Eckartshausen, a *L`alchimie et les alchimistes* (Paris, 1860), de Louis Figuier. Pocos autores se remontan a Quercetanus; la mayoría se consideran felices de utilizar el trabajo de Sir Kenelm *Discours sur la végétation des plantes* (1661), conocido de los autores continentales por el título de la traducción francesa.

Otro testigo citado con frecuencia fue Athanasius Kircher, el erudito jesuita romano. Afirmábase que también él había logrado revivir una flor reducida a cenizas. La mostró a la reina Cristina de Suecia, pero una noche de invierno dejó en la ventana

el recipiente, y una helada imprevista quebró el cristal. Digby atestigua la verdad de la historia. “Kircher me explicó el secreto del proceso”, escribe, “pero entonces yo me hallaba ocupado en asuntos de más peso, y no realicé personalmente el experimento”.

Una verdadera lástima. Y lo peor es que Sir Kenelm no se mostró tan comunicativo como aparentemente lo fue el padre Kircher; no publicó el importantísimo secreto: a saber, cómo recrear animales (animales reales, vivos y comestibles) a partir de las cenizas.

Pues Digby aseguraba que lo habla logrado. Eligió una magnífica langosta viva y, utilizando su propio método secreto, la cocinó, la hirvió, la remojó y la curó, hasta que quedó reducida a cenizas de langosta, embebidas en las sales que constituían la base de su renacimiento. Continuó torturando estas cenizas, hasta alcanzar éxito; de las cenizas salieron pequeñas langostas, y crecieron, se desarrollaron y engordaron, para suministrar al fin la materia prima de un plato muy sabroso.

En realidad, al reservarse el secreto, Sir Kenelm adoptó una actitud muy egoísta... ¡sobre todo si se considera el precio actual de la langosta! Otros de-

mostraron mayor espíritu de solidaridad, y ofrecieron al mundo el resultado de sus investigaciones. En el segundo volumen de la obra de Eckartshausen hay por lo menos treinta recetas sobre el modo de “recrear” plantas y animales a partir de sus respectivas cenizas. Infortunadamente, ninguna de ellas servirá para dar variedad al menú de la familia común. Los consejos incluidos en el libro se refieren a la recreación o renacimiento de jejenes, escorpiones, serpientes y lombrices de tierra. Tomemos un ejemplo: las lombrices de tierra son muy pequeñas al principio, pero si se les suministra una abundante dieta de tierra, se convierten en especímenes gigantes.

Si el lector no tiene interés por las lombrices de tierra o por los escorpiones, puede intentar el siguiente experimento: tome un pollo joven, colóquelo en un alambique, redúzcalo a polvo, selle herméticamente el contenido y entiérrelo. Pocos días después se formará un líquido viscoso, bajo la influencia de la fermentación. Vierta el contenido en una cáscara de huevo vacía, cierre la abertura, deposite el huevo bajo el cuerpo de una gallina, y ésta empollará otro pollito.

Esta absurda fata morgana de la palingénesis

poseía efectivamente cierta base real. Las muy discutidas sales se hallaban en las cenizas de la planta, y si el recipiente pasaba repentinamente de un medio frío a otro caliente, es muy posible que sobre el vidrio se formaran ciertos depósitos... como los que forma el hielo sobre el vidrio de una ventana. El resto era fruto de una imaginación lujuriosa y del rumor que cobraba mayores proporciones a medida que pasaba de boca en boca.

El libro del abate de Vallemont trae el grabado en cobre de un gorrión encerrado en un recipiente de vidrio. Fue "creación artificial" de un químico francés llamado Claves; surgió del polvo, y el polvo retornaba, según que se lo mantuviera sobre el fuego o se lo retirara de él. La posibilidad de esta "vida fantasmal" condujo a la ciencia a ciertas conclusiones definitivas. Y tan importante doctrina debe ser tratada con el debido respeto; al fin y al cabo, fue aceptada por hombres serios y eruditos.

Por otra parte, es bien sabido que en los cementerios a menudo aparecen los espíritus de los muertos, vagabundeando entre las tumbas. El pueblo supersticioso cree que dichas apariciones son los propios muertos; otros afirman que cierto demonio cobra esa forma fantasmal y desarrolla un

juego infernal con los mortales. La palingénesis suministró a la ciencia la clave del enigma. Las sales contenidas en el cuerpo humano, y liberadas por la fermentación, se elevaban a la superficie del suelo, y allí, de acuerdo con la ley de simpatía, la sombra del muerto cristalizaba en una aparición visible. Los supuestos fantasmas no eran otra cosa que fantasmas... es decir, desde el punto de vista científico, fenómenos comunes y cotidianos.

Una teoría valiosa, sin duda. Era un golpe mortal asestado a la superstición. Arruinaba (o abrigaba la esperanza de arruinar) el floreciente negocio de los médium y todos los que se dedicaban a evocar el espíritu de los muertos. Después de todo, y de acuerdo con esta explicación, no evocaban a los auténticos espíritus, sino a los falsos... sombras artificiales que se elevaban de las sales del cuerpo humano. Seguramente era el truco al que apelaban todos, desde la Bruja de Endor al último adivino de feria.

¡Lástima grande que la teoría científica fuera por lo menos tan absurda como la superstición a la que se proponía combatir!

IX

LOCURA ERÓTICA

1.

En todos los tiempos hubo pensadores prestigiosos y, hasta cierto punto, moderadamente misántropos, que afirmaron con la mayor seriedad que el amor es una enfermedad- por lo menos, una forma de locura temporaria- y que las personas que la padecen deben ser tratadas como enfermos. El tema ha dado materia para millones de buenos y de malos chistes; ha sido veta inagotable de escritores y dibujantes, actores cómicos y psicoanalistas un tanto frívolos.

Los amantes poco se han preocupado de toda esta agitación, y por supuesto han tenido razón en

proceder así. Pero la noble pasión, el poderoso impulso; la inspiración y la excelsitud del amor a menudo se mezclan con lo risible, y desde el principio de los tiempos la estupidez ha representado cierto papel en las relaciones de los sexos. Aquí no nos ocuparemos del desequilibrio del amor, de la locura que aguijoneó a Orlando en sus años sombríos, del prístino Trieb de los pueblos germánicos, sino más bien de las más superficiales tonterías del amor, es decir, de lo que los franceses llaman la folie erotique.

2.

En esta esfera no hay motivo para retornar al mundo antiguo, a las crónicas griegas y romanas. Sabemos que el amor, en el sentido que se le atribuye modernamente, era casi completamente desconocido en el período precristiano. En su carácter de madre de la familia, la mujer era objeto de gran respeto; se la colocaba sobre un pedestal, donde se la dejaba en paz. Y, ciertamente, jamás se la perseguía. En el seno del matrimonio, poco se hablaba de amor. Si el hombre deseaba diversión y estímulo, se

volvía hacia la hetaira... y, salvo escasas y brillantes excepciones (una Aspasia, por ejemplo) jamás buscaba ni hallaba en ellas alguna forma de realización espiritual.

El amor según lo entendemos hoy (suponiendo que realmente entendamos de qué se trata) se desarrolló en el período de la caballería. Ello se debió en parte a la influencia alemana, pues en el Norte las mujeres gozaban de mayor libertad, y en parte al culto de la Virgen, que abrió los ojos de los hombres a las posibilidades femeninas, más allá de lo que era la simple reproductora o la meretriz. Ante todo, debemos definir el carácter del amor en la época de la caballería. Nada mejor, con ese fin, que citar a Karl Wienhold, cuya obra *Die deutschen Frauen in dem Mittelalter* (Las mujeres alemanas en la Edad Media), aunque publicada hace cerca de cien años, todavía constituye el principal trabajo sobre el tema:

“La época de la caballería creó la institución del Frauendienst (servicio o culto de las mujeres). Regulaban la vida del caballero normas diferentes de las que eran propias de la vida normal y comunal; distintos eran su código de honor, sus tradiciones y sus costumbres. La meta de la vida del caballero era demostrar su virilidad y su valor mediante actos de

audacia. Esta actitud fomentaba el espíritu de aventura, y una de las leyes supremas a que se ajustaba el caballero: la protección al débil, y particularmente a las mujeres. Lo cual, a su vez, se desarrolló finalmente hasta convertirse en el servicio a una sola mujer... Cristalizó en una costumbre convencional, a menudo carente de auténtica pasión, y se convirtió en tradición superficial, la cual, sin embargo, influyó sobre todos los aspectos de la vida... Este servicio caballeresco se cumplía siempre en beneficio de mujeres casadas, pues ellas detentaban el más elevado rango de la alta sociedad. El propósito era simplemente desarrollar un juego entretenido de las pasiones intelectuales y amorosas. El caballero elegía una dama (frouwe) y le ofrecía sus servicios. Para él era una necesidad casi esencial encontrar a la dama y convertirse en su caballero (frouwenritter). Si la dama aceptaba al oferente, éste realizaba todas sus hazañas en nombre de la elegida. Por otra parte, de acuerdo con las leyes de la caballería, la dama no podía aceptar los servicios de otro caballero. Como símbolo de su aceptación, otorgaba al caballero una cinta, un velo o una corona, que él llevaba en el casco o en la punta de la lanza... para que el recuerdo de la dama lo acompañara constantemente en sus

aventuras caballerescas y le inspirara grandes hazañas.”

(Más adelante hablamos del papel peculiar e indiferente que el esposo desempeñaba en todo esto.)

Las tradiciones de la caballería francesa también merecen ser mencionadas. Las obras de los trovadores provenzales demuestran que el servicio del caballero tenía varios grados. En el primero de ellos, el caballero alimentaba sus sentimientos en su propio corazón y no se atrevía a confesar su secreto amor (Feignaire). Si había revelado el secreto a la dama en cuestión, pasaba al segundo grado, que era el de peticionante (Pregaire). Si la dama aceptaba el ofrecimiento de servicio caballeresco, el caballero se convertía en “el que había sido escuchado” (Entendeire). Pero antes de alcanzar este grado, debía someterse a un período de prueba, que duraba mucho tiempo... a veces hasta cinco años. Una vez concluido el servicio de prueba, la dama recibía al caballero, transformado ahora en serviteur. No se trataba de un asunto privado, ni de un acuerdo íntimo, murmurado al oído: por el contrario, adoptaba la forma de una ceremonia pública. Y esta ceremonia se ajustaba exactamente a las mismas formalidades que la que establecía un vinculo entre el señor feudal y su

vasallo. La dama se sentaba en un sillón, el caballero se arrodillaba frente a ella, y pronunciaba su voto de caballería con la cabeza descubierta, las manos juntas, como en el acto de orar. Para demostrar su conformidad, la dama tomaba entre sus manos las del caballero, y finalmente sellaba el vasallaje con un beso feudal. El caballero se comprometía a servidumbre; la mujer, en cambio, no tenía ninguna obligación.

"Todo lo que el caballero hacía, ya se tratase de participar en un torneo o de intervenir en una cruzada, lo hacía en nombre de su dama, y por su gloria y bajo sus órdenes. Cuando Hartmann von Aue salió a luchar contra los sarracenos, cantó: "Nadie me pregunte por qué voy a la guerra; pues les diré por mi propia voluntad que lo hago obedeciendo la orden del amor. Nada puede cambiarlo; nadie puede quebrar votos y juramentos. Muchos se vanaglorian de lo que hacen por el amor, pero son vanas palabras. ¿Dónde están los hechos? Verdadero amor es el que impulsa a un hombre a abandonar la tierra natal y a marchar a países distantes. Ved cómo el amor me arranca del hogar, aunque ni siquiera todos los ejércitos del sultán Saladino habrían podido tentarme a partir de Franconia...

Es verdad que en todos sus actos el caballero abrigaba la esperanza de una recompensa. Esta podía revestir diversas formas. Era considerada una recompensa en sí misma el hecho de que, gracias a su Frauendienst, el caballero se elevara sobre el tedio de la vida cotidiana y alcanzara cierto exaltado estado de ánimo (hóchgemuoutsin).

Albrecht von Johannsdorf, un Minnesänger del siglo XII, en una de sus canciones pide una recompensa a su dama.

¿Acaso las canciones que te he dedicado y las hazañas que realicé no merecen recompensa?"

"Tranquilízate", replica la dama. "Recibirás tu recompensa y serás feliz".

"¿Cuál será mi premio, noble dama?"

"Tu creciente fama y la mayor exaltación de tu espíritu son recompensa suficiente". Y eso era todo.

Así se acostumbraba despedir al caballero; sin embargo, durante siglos no advirtió que este "espíritu más exaltado" era indicio de una pasión más bien unilateral. El hombre se consagraba, soportaba duras pruebas, recibía heridas en los torneos, iba en peregrinación a Tierra Santa... y mientras tanto la dama se contentaba con aceptarlo todo graciosamente, sin dar absolutamente nada en cambio. Los

historiadores alemanes archivaron estos amores unilaterales bajo el rubro de “amor romántico”, y se complacieron particularmente en la palabra Minne, que era tan delicado rótulo de este inocente y encantador sentimiento. Pero aparentemente todos olvidaban que el romance florecía sólo en el hombre; en todo el asunto, el papel femenino era incoloro e insípido... absolutamente pasivo.

Pero, ¿para qué querían las damas esa adoración? Quizás por la sencilla razón de que se trataba de un galanteo... en lo que a ellas respecta, un galanteo carente de pasión y de sentimiento.

Así como el caballero necesitaba a la dama, ella necesitaba esta excitación de las emociones y de los sentidos, para llevar un poco de color a su vida monótona. Sabemos que durante la Edad Media el fundamento del matrimonio era, en la abrumadora mayoría de los casos, el interés familiar y no el amor. En la elección de esposo, los padres no consultaban a las hijas. A veces, ella encontraba paz y serenidad en esa unión sin amor; pero más a menudo era presa de mortal hastío. Y tampoco podía estar segura de la paz y de la serenidad, pues en su círculo íntimo el esposo medieval a menudo revelaba modales bastante toscos.

Considérese la noble pasión que la Canción de los Nibelungos atribuye a Sigfrido con respecto a Kriemhild. Sin embargo, véase lo que ocurrió después del conocido incidente en que Kriemhild insulta a Brunilda (hecho que perturbó considerablemente la paz de la corte de Worm). La propia Kriemhild relata a Hagen lo que Sigfrido le hizo:

"Mucho sufrí por ello", dice la dama real

"Pues en castigo el cuerpo me llenó de cardenales."

En los "altos círculos" estos castigos no eran de ningún modo raros. Ni siquiera una princesa podía estar segura de que el esposo no le daría una azotaina; hallamos incidentes de este tipo en las crónicas de diferentes siglos. Schweinichen, "recto y noble caballero", relata en su interesante diario un episodio muy edificante de la vida conyugal del duque y la duquesa de Legnitz. El duque ofrecía un gran banquete, y al mismo había sido invitada cierta madame K., a la que la duquesa no podía soportar. Por consiguiente, esta última se negó a asistir al banquete. El duque "hirvió de cólera", y fue a las habitaciones de la duquesa para tener una explicación. Schweinichen, que era chambelán del duque, relata

el caso con cierta reserva:

"Su Gracia usó palabras extremadamente duras contra la duquesa, y le dijo que, como había invitado a gran número de cortesanos, deseaba que la duquesa se reuniera con ellos inmediatamente. Después de muchas excusas, la duquesa exclamó que no deseaba sentarse al lado de una perra como madame K. Ante lo cual la cólera de Su Gracia subió de punto, y empezó a tutoyer (tutear) a la duquesa, y dijo: "Tú sabes que madame K. no es una perra". Y luego abofeteó tan fuertemente a la duquesa, que ella trastabilló, y yo alcancé a tomarla en mis brazos. Su Gracia estaba a punto de golpear más severamente a la duquesa, pero yo cerré rápidamente la puerta. Debido a esta actitud Su Gracia se enojó muchísimo conmigo, pues dijo que nadie tenía derecho a interferir cuando un marido castigaba a su mujer."

De lo que siguió baste decir que, después de prolongadas negociaciones, y de la estipulación de diferentes condiciones, la duquesa se mostró dispuesta a perdonar y participar en el banquete, "a pesar de que tenía un ojo de color muy morado, debido al golpe que había recibido".

Sin duda, fue un golpe aplicado con mucha

fuerza. Pero se trata de un exceso de menor importancia, comparado con el puntapié que el caballero La Tour-Landry menciona en el poema didáctico dirigido a sus hijas. El manuscrito data del siglo XIV, contiene noventa y ocho capítulos de preceptos para una conducta moral y civilizada, e ilustra estas normas con ejemplos y breves anécdotas. El buen caballero hace gran hincapié en la obediencia, y relata el caso de una mujer que siempre contradecía a su marido. Finalmente, el esposo se enfureció, la derribé de un golpe y, cuando yacía en el suelo, le aplicó un puntapié en el rostro, rompiéndole el puente de la nariz. Y ésta es la moraleja que el gentil padre extrae de la historia: "Y así la mujer quedó desfigurada para siempre, a causa de su malvada naturaleza. Mejor habría estado si se hubiese comportado discretamente, obedeciendo al esposo, pues a éste le incumbe mandar, y es virtud de la mujer la obediencia y el silencio." El caballero no tiene una palabra de censura para el esposo.

Quizás el pasaje citado baste para caracterizar la vida doméstica en la época de la caballería. Las mujeres, encadenadas a maridos borrachos y brutales, gozaban de cierto amos y señores salían de caza, o respiro sólo cuando sus marchaban a la guerra, o

visitaban la corte real. Por otra parte, durante estas ausencias se sentían oprimidas por las tediosas y estrechas limitaciones de castillos y mansiones. Establecer una relación amorosa ilegal era asunto de peligro; en cambio, el inofensivo Frauendienst era precisamente lo que más convenía al entretenimiento y diversión de las nobles damas. Por lo tanto, mostraron la mayor inclinación a popularizar esta peculiar institución, que en si misma no era otra cosa que un juego de amor... es decir, un galanteo prolongado.

¡Era tanto lo que el caballero aceptado podía hacer para honor y entretenimiento de su dama!

Si sabía escribir versos, elogiaba los encantos y las virtudes de su ideal... los ponía por las nubes, y aún más alto. He aquí un breve muestrario de, las encantadoras comparaciones que los caballeros del amor utilizaban para dirigirse a la dama elegida:

"Oh, Estrella de la Mañana, Capullo de Mayo, Rocío de las Lilas, Hierba del Paraíso, Racimo de Otoño, Jardín de Especias, Atalaya de Alegrías, Delicia Estival, Fuente de Felicidad, Foresta Florida, Nido de Amor del corazón, Valle de Placeres, Reparadora Fuente de Amor, Canción del Ruiseñor, Arpa del Alma, Pascua Florida, Perfume de Miel,

Consolación Eterna, Peso de la Bienaventuranza, Prado Florido, Dulce Limosna, Cielo de los Ojos... etc... etc...

Arnaut de Marueil, un trovador provenzal, estaba tan intoxicado de amor que, deseoso de inventar nuevas formas de elogio, glorificó a su dama en los siguientes términos: “Oh, Espejo de Amor, Llave de Gloria, Sol de Marzo, Lluvia de Abril, Rosa de Mayo, Sombra Estival...”

Sea cual fuere nuestra opinión sobre estos exaltados elogios, lo cierto es que se les atribuía sentido literal. Rambaut, conde de Orange, cantó así: “La sonrisa de mi graciosa dama me hace más feliz que si cuatrocientos ángeles me sonrieran desde los cielos. Tanta alegría siento, que podría reconfortar a un millar de entristecidos, y todos mis parientes podrían vivir de ese sentimiento, sin más alimento...

Palabra inflamadas, pero no vacías, pues el trovador era ciertamente muy capaz de este entusiasmo ultraterreno. Es bien conocida la historia de Jaufre Rudel y la condesa de Trípolis. Ha sido utilizada muchas veces en varias versiones románticas (entre ellas, el poema de Heine es quizás la más conocida), por lo que el lector de espíritu concreto y escéptico bien puede negarse a creer una palabra. Sin embar-

go, la sustancia del relato es absolutamente real. Friedrich Diez descubrió la fuente original, que relata la historia con la tersura de las viejas crónicas:

"Jaufre Rudel, duque de Blaya, se enamoró de la condesa de Trípolis, sin haberla visto jamás, nada más que de oír los relatos de su caridad y de otras virtudes, que difundían los peregrinos que regresaban de Antioquía. Comenzó a componer magníficos poemas dedicados a la condesa; y luego, consumido de anhelo, tomó la Cruz y embarcó para Oriente. En camino lo abatió grave dolencia. Cuando llegaron a Trípolis, sus compañeros, creyéndole muerto, depositaron su cuerpo en un rincón. La condesa, que todo lo supo, acudió presurosa, se sentó en el lecho y tomó entre sus brazos al duque. El noble caballero revivió, vio a la condesa y agradeció a Dios porque había prolongado su vida hasta ese feliz momento. Y luego murió en brazos de la condesa. Ella lo enterró con grande honores en la Iglesia de Trípolis, y, postrada por el dolor, ese mismo día se retiró a un convento."

Diez reunió otros datos contemporáneos sobre el duque de Blaya, comparó la versión de la crónica con los poemas de Rudel que aún se conservaban, y llegó a la conclusión final de que la historia era real.

Esta extática pasión explica los innumerables absurdos que caracterizan el amor caballeresco. No se trataba, sin embargo, de un fenómeno debido a desequilibrio o a una concepción quijotesca del amor. Estas actitudes se fundaban en sentimientos auténticos, y el mundo consideraba muy seriamente los relatos de tan grotescas hazañas. En la mayoría de los casos la dama se mostraba un tanto renuente, y debía ser cortejada y asediada de acuerdo con las reglas del juego, hasta que finalmente aceptaba al enamorado caballero, dejando librado al criterio de este último qué hazañas debía realizar para demostrar su amor. Pero había casos en que, con sádica crueldad, la dama fijaba personalmente muy duras condiciones, y su rendido admirador se sometía a ellas sin la menor protesta.

Anthony Méray relata la historia de los tres caballeros y de la "prueba de la camisa". Tres nobles paladines competían por los favores de una dama. Finalmente, ella decidió inclinarse por el que vistiera la camisa de la dama en el torneo. Puede creerse que se trataba de una prueba sencilla... salvo que el caballero no debía vestir la camisa encima ni debajo de la armadura, sino en lugar de ella, sobre el cuerpo desnudo. Era una muerte segura o, en las más favo-

rables condiciones, implicaba sufrir terrible castigo de espada y de lanza. Dos de los tres caballeros tuvieron el buen sentido de rechazar la prueba, y se retiraron. Ocurrió lo inevitable: al fin del torneo el caballero fue llevado medio muerto a presencia de su dama, y en los ojos del herido aún brillaba la pasión. Como era costumbre, la dama ofreció un gran banquete y sirvió a sus huéspedes, en honor del héroe. En esta ocasión, ella se deslizó la camisa manchada de sangre sobre su propio vestido, y con este extraño tocado desempeño el papel de anfitriona.

En los torneos caballerescos era frecuente vestir la camisa de una dama; naturalmente, casi siempre se la llevaba sobre la armadura. Era una especie de talismán que protegía al caballero y le infundía nuevas fuerzas. Hoy daríamos a esta práctica el nombre menos grato de fetichismo. Wolfram von Eschenbach habla del heroico Gamuret, que vestía la camisa de su bien amada Eerzeloyde, no sólo durante los torneos sino en batalla. Uno de los De Couroy envió su propia camisa ala amada, pidiéndole que durmiera en ella. Mucho después, Brantome describe, en un capítulo consagrado a las bellas piernas, una costumbre bastante extraña. Dice haber conocido nobles que, antes de ponerse un par de medias

de seda nuevas, las enviaban a la dama de sus sueños, solicitándoles que usaran la prenda durante ocho o diez días. "Y entonces", escribe el más celebrado chismoso de todos los tiempos, "comenzaban a usarlas, con gran placer de sus cuerpos y almas".

El fuego del amor caballeresco tenía muchas variaciones. Está el caso del señor Guillen de Balauni, que eligió por amada a la señora de Javiac. La dama consideró con benevolencia los ruegos del caballero, y lo aceptó como servidor regular. Durante cierto tiempo este amor platónico continuó de acuerdo con los cánones establecidos, pero un día el señor de Balauni se enteró del caso de una pareja de enamorados que habían disputado, para reconciliarse después. Y el protagonista de la historia suministró algunos detalles íntimos... entre otras cosas, explicó cuán dulce era hacer las paces con la dama, después de un período de amorosa disputa.

Tanto agradó la idea al señor de Balaun, que quiso probar con su propia dama el sabor agridulce de la disputa y la reconciliación. Naturalmente, ante todo debía pelear con ella, y lo logró torpemente, pues no se le ocurrió nada mejor que expulsar a un mensajero que le traía una carta de la señora de Ja-

viac. A poco la dama lo visitó personalmente, para averiguar por qué estaba resentido. El caballero se las dio de ofendido, y también la sacó con cajas destempladas. Este debió haber sido el primer acto de la juguetona disputa. Pero aquí la comedia se convirtió en drama, pues la dama se negó a tener nuevo trato con su descortés enamorado, y cuando éste apareció en el castillo de la señora de Javiac, la noble dama ordenó que lo arrojaran al foso.

Habiendo fracasado, el pobre Balaun apeló a un intermediario. Pidió a uno de sus amigos que explicara a la enojada dama el verdadero motivo de su conducta, con el fin de dar por terminada la disputa. El amigo regresó con la siguiente respuesta: "Muy bien, la señora de Javiac os perdona, pero como penitencia exige que os arranquéis la uña del dedo meñique, y que se la enviéis con un poema en el que condenaréis vuestra propia locura". No hay mejor ejemplo del estúpido romanticismo de la época de la caballería que el resto del relato. El señor de Balaun mandó buscar al cirujano, se hizo arrancar la uña, y con lágrimas de dolor y felicidad compuso los versos que se le pedían. Luego se dirigió al castillo de su amada, acompañado por el amigo. La dama lo esperaba en la entrada; el caballero cayó de rodillas,

y le presentó la uña arrancada y el poema; ella, bañada en lágrimas, aceptó ambos presentes, y el señor de Balaun recibió como recompensa el beso del perdón.

Después de lo cual, quizás es más fácil comprender la famosa balada de Schiller, sobre el guante que la dama arroja a los leones. El caballero acepta rescatarlo, pero con él cruza la cara de la cruel mujer. La anécdota aparece por vez primera en Brantóme, que asegura su autenticidad. Para demostrar la verosimilitud del caso, Brantóme cita otro caso del que fue testigo presencial. Una dama exigió a su enamorado que, como prueba de la profundidad de sus sentimientos, se atravesara el brazo con una daga. El caballero estaba muy dispuesto a satisfacer el pedido, y Brantóme se vio obligado a emplear toda su fuerza para evitar tan absurda automutilación.

(Este tipo de belle dame sans merci existe aún en nuestro siglo. En el proceso realizado en, Venecia contra la condesa Tarnowska- acusada de asesinar al esposo- el fiscal utilizó con bastante éxito los anteriores asuntos amorosos de la dama. Así, se descubrió que había tenido un admirador, el conde Bergowski, a quien exigió, como prueba de amor, que en su presencia se atravesara la mano con una

bala. El enamorado desenfundó inmediatamente un arma y disparó sobre su propia mano.)

Brantóme también cita el caso del caballero de Genlís, que paseaba con su amada sobre un puente del Sena, cuando de pronto la dama se sintió poseída por el demonio del galanteo sádico. Dejó caer al río su precioso pañuelo de encaje y urgió a de Genlís a que se arrojara al río para rescatarlo. El caballero protestó en vano que no sabía nadar; la dama lo calificó de cobarde, y Genlís se zambulló. Felizmente, en las cercanías se hallaban algunos boteros, que recogieron a de Genlís cuando poco faltaba para que se ahogara. El relato no aclara si la experiencia enfrió el ardor del caballero.

Las expansiones de los trovadores eran para la dama secreta fuente de goce; pero en general la etiqueta de la época no permitía que se nombrara a la noble señora. No se prohibía describirla, para que fuera posible reconocerla; pero era preciso acatar las reglas del juego.

De modo que todo esto equivalía más o menos a probar unas gotas del licor erótico en las bodegas del amor. La relación se expresaba cabal y públicamente sólo cuando el caballero combatía en un torneo por el honor de su dama.

Todavía resulta difícil comprender la institución de las justas... o por lo menos esta parte de ella. Marido y mujer se sentaban en el palco, y contemplaban serenamente al caballero que entraba en batalla en representación de una mujer casada. A veces ocurría que el propio esposo participaba en el torneo... y luchaba por la gloria de otra dama, que bien podía ser la esposa del admirador de la mujer del primero. (Esto parecerá un poco complicado, pero no podemos evitarlo.) Esta tontería puede ser comprendida sólo si conocemos los elementos del Frauendienst, y recordamos que la mayoría de los torneos se celebraban en honor de las damas. Más enorgullecía a un caballero el título de serviteur d'amour que cualquier hazaña heroica en la guerra.

Tan en serio tomaban esta servidumbre, que a menudo la dama conducía a la arena al caballero, sosteniendo una cadena delicadamente forjada, o una cinta de seda, como símbolo de la adhesión masculina.

En 1468 se celebró una gran justa en la corte de Borgoña, en honor de la esposa de Carlos el Temerario. Los caballeros desfilaron uno tras otro, y de pronto apareció una extraña procesión. Al frente cabalgaba un enano sobre un minúsculo caballo

blanco, detrás, varios escuderos arrastraban un enorme castillo de utilería. La imitación de madera tenía cuatro torres y toscas almenas. Los muros llegaban al suelo, y ocultaban lo que habla en su interior. El enano se detuvo frente a la tribuna de las demás y leyó la siguiente proclama:

"¡Grandes y graciosas princesas y damas! ¡El caballero que es prisionero de su dama os saluda con la mayor humildad! Está preso en este castillo, y sólo la gracia y el perdón de su dama pueden liberarlo. Por lo tanto, os conjura, muy nobles princesas y damas, a que os reunáis en consejo... quizás la que no debe oponerse a la liberación del caballero esté presente en vuestras deliberaciones. El caballero abriga la esperanza de que el juicio de las damas lo libertará de su dolorosa cautividad, pues de lo contrario no podrá participar en el torneo de hoy... etc..."

Las princesas y nobles damas resolvieron que el caballero debía salir de su prisión. Después de lo cual, el enano abrió la puerta del castillo de madera (utilizando para ello una enorme llave) y, con agradable sorpresa de las damas, apareció un caballero llamado Roussy, con su armadura completa y su caballo bellamente enjaezado.

En estos torneos, el caballero llevaba invariablemente el voto o favor de su dama en el casco o en la lanza. Era siempre algún accesorio de la vestimenta femenina: una cinta, un velo, una pluma, un guante, un collar o algún objeto semejante. Eran los famosos talismanes, llamados en esa época faveurs o emprises damour. A veces, en el calor de la batalla, dicho faveur caía al suelo; en tales ocasiones, desde la tribuna la dama arrojaba otro a su caballero. Y a veces (como puede verse en el romance caballeresco llamado Perceforest) en medio de los violentos encuentros los objetos caían en gran número; entonces, las damas, presas de gran excitación, arrojaban más y más objetos, arrancándolos de cualquier parte; de modo que cuando concluía el torneo, advertían horrorizadas que prácticamente se habían desnudado en medio de la multitud, la cual reía de buena gana.

Era obligación del marido mostrarse complacido si el caballero o campeón de su esposa triunfaba... aún si el derrotado era el propio marido. Esa era la costumbre, y nada se podía contra ella. Era más que una costumbre: era la moda y la moda es peor tirano que cualquiera de los maestros de la estupidez. Es muy capaz de alargar una pollera, hasta conver-

tirla en una pieza de género de doce yardas de longitud; o de hinchar la misma prenda con una crinolina o un miriñaque.

Del mismo modo, la moda del Frauendienst llegó a verdaderos extremos. Excelente cosa era que el caballero se consagrase a la tarea de proteger a las mujeres, y lo mismo puede decirse de la institución de los caballeros andantes, que salían a defender viudas y huérfanos; pero bajo los dictados de la moda, el magnífico principio pronto se deterioró. La pauta uniforme de los torneos no satisfizo a los espíritus más inquietos. Era preciso inventar algo nuevo para conquistar el favor de las damas.

La innovación consistió en que el caballero procuró- en honor de su dama- aumentar las dificultades que debía afrontar en el curso del torneo. Algunos caballeros se negaron a llevar armadura en las manos, en los brazos o en las piernas, procurando demostrar de ese modo que sus respectivos ángeles guardianes los protegerían mejor que el hierro o el acero.

El duque de Santré habla de la llegada a París de un caballero extranjero, que llevaba brazaletes de oro alrededor del codo derecho y del tobillo derecho; ambos brazaletes estaban unidos por una larga

cadena, también de oro. Se cometían tonterías semejantes aún cuando se tratara de una verdadera batalla. En las *Chronicles de Froissart* se menciona el caso de unos jóvenes caballeros ingleses, que en 1336 desembarcaron en Francia para luchar por su rey. Llevaban parches sobre uno de los ojos, pues habían jurado a sus respectivas damas que hasta que hubieran demostrado su coraje en algún hecho heroico, sólo utilizarían un ojo.

Cuando el caballero andante se cubría con la armadura verde y salía a buscar aventuras, cometía muchas idioteces... el tipo de hazaña temeraria tan maravillosamente caricaturizada en Don Quijote. La más brillante sátira de todos los tiempos nos lleva a olvidar que estas cosas ocurrieron realmente, y que eran tomadas absolutamente en serio.

Poco a poco, la situación de las mujeres desamparadas pasó a segundo plano. El caballero andante deseaba exaltar la gloria de su propia señora. Cuando llegaba al dominio de un señor feudal, formulaba un desafío, llamando a todos los caballeros a enfrentarlo en combate pour l'amour de sa dame. Estas invitaciones venían acuñadas en los más corteses términos. El desafiante pedía a su adversario que lo recomendara al favor de su propia dama, y le desea-

ba al mismo tiempo que gozara de todos los placeres del amor con la elegida de su corazón. Después de intercambiar estas corteses fórmulas, se arrojaban el uno sobre el otro, y procuraban romperse mutuamente la cabeza... pour l'amour de sa dame.

El vencedor no se satisfacía con la mera gloria. Las costumbres de la caballería incluían la extraña condición de que el caballero vencido debía ofrecerse como esclavo a la dama del vencedor. Desafiar esta convención implicaba el ostracismo, la expulsión de las filas de la caballería. En un baile de la corte, Juana, reina de Nápoles, honró a un caballero de Mantua bailando con él. El noble caballero se sintió abrumado por el honor, y allí mismo juró que partiría inmediatamente y que no regresaría hasta haber conquistado dos caballeros para el servicio de la reina. Logró su propósito, pero la reina (de acuerdo con la costumbre) recibió bondadosamente a los caballeros y les devolvió la libertad.

Vulson de la Colombiére relata un caso más fantástico aún. El caballero del cuento se comprometió a obtener para su amada los retratos de treinta damas... naturalmente, después de vencer a los correspondientes serviteurs. El valeroso predecesor de Don Quijote llevaba pintada sobre su pro-

pio escudo la imagen de su dama, y así salió a cumplir su propósito. Cuando se topaba con un caballero que no estaba dispuesto a reconocer que el rostro pintado sobre el escudo era más bello que el de su propio dama, lo desafiaba a combate singular. El caballero vencido debía someterse, y entonces se pintaba el rostro de su dama bajo el retrato de la dama del caballero andante. La crónica afirma que el heroico caballero logró alcanzar su objetivo al cabo de un año.

La responsabilidad de esta colección de estupideces no incumbe solamente a los caballeros. Aunque intoxicados por estas oleadas de romanticismo mal digerido, sin duda se velan alentados por las mujeres. Complacía a las damas esa admiración que mitigaba un poco tanto hastío, y además su vanidad se sentía halagada. La dama de un castillo vecino podía ser de más elevado rango; en cambio, el caballero de esta dama había coleccionado mayor número de retratos, había llevado a más países los colores de su amada, y cometido más descabelladas tonterías.

Es posible que todo esto no fuera auténtico amor; pues el verdadero afecto habría provocado un sentimiento de ansiedad por el hombre que salía a

luchar; una mujer de corazón no habría aumentado el peligro alentando aventuras y hazañas tontas y fútiles. En lugar de auténtico sentimiento, se trataba de vanidad mezclada con estupidez.

Un manuscrito único, escrito en el siglo XIII, contiene la historia de Ulrich von Lichtenstein. No fue escrito por él mismo, pues aunque el noble caballero compuso algunos hermosos poemas de amor, y fue uno de lo más destacados Minnesanger de su época, murió sin saber leer ni escribir. Dictó sus canciones y su propia biografía a un escribiente.

La historia oficial ha demostrado cierto desprecio por las memorias del noble Ulrich, y ha prestado poca atención a su contenido. No es difícil comprender la razón de esa actitud. Von Lichtenstein fue quizás el peor de todos los tontos que se enamoraron de las mujeres y las sirvieron. Fue la imagen viviente del imaginario Don Quijote. Naturalmente, los historiadores serios se sienten un tanto embarazados ante este estúpido héroe de tantas aventuras amorosas. Sin embargo, creo que están equivocados, pues si el apasionado caballero llegó a los peores extremos, lo hizo impulsado por la moda de su tiempo, y no es posible pintar el cuadro de una época si se omiten esas corrientes que periódi-

camente la recorren y que configuran la moda.

El manuscrito original se hallaba en Munich, en la Biblioteca Estatal bávara, aunque ignoro si ha sobrevivido a los azares de la guerra. Su título es *Frauendienst.* Aquí he utilizado la edición de Tieck, publicada en 1812 en la ciudad de Stuttgart, bajo el título*: Frauendienst oder Geschichte und Liebe des Ritters und Sdngers UIrich von Lichtenstein von ihm selbst beschrieben* ("Servicio de las mujeres, o historia del caballero y cantor U.v.L., relatada por él mismo").

Ulrich von Lichtenstein fue un rico noble de Estiria. Murió en 1276. Su tumba se conserva aún hoy; y es notable porque en ella se conserva la más antigua inscripción alemana que hoy se conoce.

Los autores de biografías a veces apelan al clisé que consiste en comenzar la descripción del carácter de su héroe con las siguientes palabras. "Ya en su temprana juventud reveló las características que más tarde determinarían su carrera..." Este gastado lugar común muy bien podría aplicarse a Ulrich. Era un jovenzuelo cuando se enamoró de una dama de alcurnia, cuya compañía buscaba constantemente. En su condición de paje de noble cuna tenía acceso a las habitaciones de las damas, donde a veces se bebía el agua en que su adorada se había lavado las

manos.

Es difícil establecer quién fue esa dama. De acuerdo con los datos de la autobiografía, puede darse por seguro que era mujer de muy elevado rango. Algunos indicios parecen apuntar a la esposa del príncipe Leopoldo de Austria.

Cuando el joven UIrich fue armado caballero en Viena, consideró llegado el momento de ofrecer formalmente sus servicios a la dama. Pero un caballero no tenía tan fácil acceso a una dama como un paje, de modo que debió buscar un intermediario. Afrontó la tarea una de las tías de Ulrich, íntima amiga de la dama elegida por el caballero.

Aquí comienza una larga relación. Ulrich envió sus canciones a la dama; ella las aceptó, y aun las elogió, pero contestó que no necesitaba un caballero, y que Ulrich no debía soñar siquiera con que sus servicios fueran aceptados. Con esta actitud la noble dama se atenla a las antiguas normas del galanteo: actitud de rechazo y palabras de aliento, manteniendo así al desgraciado amante en constante tormento de duda.

En cierta ocasión la dama dijo al tío de Ulrich: “Aunque vuestro sobrino fuera de mi mismo rango, no lo querría, porque el labio superior le forma una

fea protuberancia." Según, parece, el enamorado caballero tenía el característico labio de los Habsburgo... sólo que en su caso se trataba del labio superior y no del inferior.

Apenas la tía entregó el mensaje, UIrich se dirigió a Graz, llamó al más hábil cirujano de esa ciudad de Estiria, y le ofreció una gran suma de dinero para que le operara el labio. El cirujano acometió la tarea y la realizó con éxito... ¡y seguramente fue el primer caso que la historia registra de cirugía plástica! Claro está, entonces no se conocían anestésicos ni drogas calmantes, de modo que el cirujano propuso maniatar al caballero; temía que el dolor lo impulsara a realizar un movimiento brusco; el cuchillo podía deslizarse, y la operación fracasaría. Evidentemente, el buen doctor no sabía mucho de las virtudes caballerescas ni de la esencia del Frauendienst. Un auténtico caballero no podía perderse la oportunidad de soportar la tortura sin un solo quejido, en homenaje a su dama. Von Lichtenstein rehusó dejarse maniatar; se sentó en un banco, y no hizo un gesto ni emitió un solo grito mientras el cirujano reducía el labio a proporciones más normales.

La operación tuvo éxito, pero el infeliz paciente debió pasar seis meses en Graz, inmovilizado en su

lecho, hasta que la herida curó completamente. Entretanto, perdió muchísimo peso, y prácticamente se convirtió en un esqueleto.

No podía comer ni beber; tenía los labios cubiertos por un horrible ungüento, y no lograba retener nada en el estómago. "Mi cuerpo sufría", escribe el incorregible enamorado, "pero mi corazón estaba feliz".

La dama se enteró de la intervención quirúrgica, y poco después escribió una carta a la tía de Ulrich, informándole que abandonaba su residencia y que viajaría acierta ciudad, donde con mucho gusto vería a la tía. "Y puede traer a su sobrino... pero sólo porque deseo ver su labio corregido; por ninguna otra razón".

Al fin llegó el gran momento en que el noble caballero pudo expresar sus sentimientos, cara a cara con su adorada belleza, a la que siempre, en sus poemas, había llamado la Pura, la Dulce, la Bondadosa. Llegó el día, y apareció la dama; a caballo y sola, mientras la escolta quedaba muy rezagada. UIrich espoleó su caballo y se puso a la par de la dama; pero ella, naturalmente, se apartó rápidamente, como si el encuentro le desagradara. El infortunado joven no sospechó que esta actitud se ajustaba a las

normas del juego amoroso. Ulrich estaba tan terriblemente embarazado, que sintió que la lengua se le pegaba al paladar, y no fue capaz de pronunciar una sola palabra. Profundamente avergonzado, se retrasó, y luego trató nuevamente de aproximarse, pero continuaba mudo. Cinco veces repitió la maniobra, y siempre con los mismos resultados negativos. Acabó la cabalgata, y se perdió la oportunidad. Ya de regreso, Ulrich sólo se atrevió a aproximarse a la dama para ayudarla a desmontar.

Y entonces ocurrió algo inesperado.

La Pura, la Dulce, la Bondadosa aceptó la ayuda del caballero y desmontó, mientras Ulrich sostenía el estribo; pero antes de poner el pie en el suelo arrancó un mechón de cabellos de la cabeza de Ulrich y le murmuró al oído: "¡Esto, por vuestra cobardía!"

Mientras se frotaba el cuero cabelludo, el inexperto enamorado reflexionó sobre la misteriosa (?) observación y como ya no confiaba en la palabra hablada, nuevamente apeló al escribiente. En un extenso poema explicó sus sentimientos, y la buena tía se encargó de llevarlo a la dama. Aquí surgió otra situación inesperada. Ulrich recibió una respuesta, pero la mala suerte seguía encarnizándose en su per-

sona. No sabía leer, y su escribiente se hallaba ausente. Durante diez días guardó contra su pecho la carta que no podía leer, durante diez días enteros padeció en el umbral de la bienaventuranza, hasta que el escribiente (la única persona en quien confiaba) regresó al lado del caballero. Ulrich sufrió terrible desilusión. La carta contenía un poema, muy breve, en el que cada sílaba era una gota de veneno. Era evidente que los versos habían sido compuestos por la propia dama, y en ellos se expresaba la idea de que quien deseaba algo prohibido a sí mismo estaba negándose:

Wer wünscht, was er nicht soll,
Der hat sich selbst versaget wohl.

Y para que no cupiera ninguna duda, la poetisa de elevada alcurnia repetía tres veces las dos líneas.

Pero esto no podía desalentar al obstinado amante. Era parte de todo este absurdo sistema el que, si provenía de la Pura, la Dulce, la Bondadosa, aún la maldad debía ser aceptada humildemente. Su amor no flaqueó, pero como las palabras no daban ningún resultado, intentó demostrar con hechos que merecía el favor de la dama.

Ulrich comenzó a aparecer en todos los torneos del país, y a luchar valerosamente por el honor de

su señora.

Rompió cien lanzas contra sus adversarios, y siempre triunfó. Ya se le conocía como uno de los mejores caballeros. Pero continuaba persiguiéndolo su mala estrella: cierto día recibió fuerte golpe en la mano derecha, y perdió el dedo meñique. Salió del torneo, se dirigió a la ciudad, y una vez allí el cirujano descubrió que el dedo seguía adherido a la mano por una o dos pulgadas de piel, y que quizás fuera posible salvarlo. Se necesitaron varios meses de tratamiento, pero al fin el dedo curó, aunque quedó definitivamente deformado.

Y aquí comienza el verdadero relato, cuyo eje es este meñique.

Entretanto, von Lichtenstein había hallado un nuevo intermediario, en lugar de su tía, la cual evidentemente no era muy eficaz. Un caballero de su amistad tenía acceso a la corte ducal, y aceptó desempeñar el papel de mensajero. El amigo informó a la dama cuán heroicas hazañas ejecutaba Ulrich para demostrar su amor; hacía poco tiempo, agregó el caballero, que aun su dedo meñique había sufrido las consecuencias de tan hondo sentimiento. “No es verdad, son todas mentiras”, replicó la dama. “He oído de personas que me merecen confianza que

todavía conserva dicho dedo".

Esta despectiva observación entristeció a Ulrich von Lichtenstein; nuevamente montó a caballo, pero se dirigió, no a la casa del cirujano, sino a la de un íntimo amigo. Invocó su amistad, ¡y le pidió que le cortara el dedo! Al principio, el otro caballero se negó, y entonces el propio Ulrich apretó el cuchillo sobre el dedo y amenazó cortárselo. De modo que el amigo tomó un martillo, asestó un golpe al cuchillo, y el dedo voló por aire. La herida fue vendada y, de acuerdo con el relato del propio Ulrich, el caballero comenzó a componer un poema. Cuando concluyó su extensa obra maestra, hizo preparar una buena copia y la encuadernó en terciopelo verde; luego, encargó a un orfebre que fabricara un cierre para el libro, el cual debía tener la forma de un dedo de oro. ¡Y en esa envoltura de oro guardó el meñique que se había cortado!

El intermediante entregó el libro a la dama, y esperó los resultados. La reacción fue inmediata. Cuando vio el horrible regalo, la dama exclamó: "¡Dios mío, jamás creí que un hombre sensato pudiese cometer semejante tontería!

Pero el incidente la movió a enviar un mensaje: "Decid al noble caballero que guardaré el libro en

mi cajón, y que diariamente contemplaré su dedo meñique; pero que no crea que se ha acercado a su meta ni siquiera el grosor de un cabello; ¡pues aunque me sirviera durante mil años sería tiempo perdido!”

A pesar de estas últimas palabras, el tenaz caballero se sintió transportado de alegría, pues consideraba que su dedo meñique estaba mucho mejor en el gabinete de la dama que adherido a su propia mano. Poseído de entusiasmo, concibió una empresa que sería la culminación de sus hazañas caballerescas en honor de la dama.

De todas las locuras registrada y documentadas en la época de la caballería, ésta fue la más absurda, y hoy nos resulta casi imposible comprender tan pervertida y deformada interpretación de los deberes y derechos del caballero. Pues Ulrich von Lichtenstein no era loco ni masoquista; el suyo fue un caso evidente de estupidez temporaria pero aguda.

Cierto día abandonó su castillo de Estiria, con el propósito ostensible de acudir a Roma en peregrinación. Pero pasó el invierno en Venecia, donde vivió de incógnito, ocupado en visitar las tiendas de los sastres locales y encargar ropas. Entiéndase bien:

no ropas masculinas, sino femeninas. Y tampoco las compró para su bien amada, sino para sí mismo. Compró un guardarropa entero: doce polleras, treinta corpiños, tres capas de terciopelo blanco, e innumerables accesorios y prendas de diverso tipo. Finalmente, ordenó dos largas trenzas adornadas con perlas.

Cuando concluyó sus aprestos, y llegó la primavera, Ulrich preparó un detallado plan de viaje. Se proponía partir de Mestre, atravesar el norte de Italia, Carintia, Estiria y Viena, para llegar a Bohemia. El viaje debía llevarle veintinueve días, de acuerdo con un itinerario cuidadosamente calculado, en el que se preveían la hora de llegada a cada ciudad, y las posadas en que se hospedaría. Un mensajero montado llevaba consigo este plan a cada uno de los puntos de la ruta, y en cada sitio leía una proclama, en la que se afirmaba que el noble caballero se proponía viajar de incógnito y sostener un torneo en las diferentes etapas del trayecto. No viajaba en su condición de Señor de Lichtenstein, sino como innominado caballero... pero vestido con ropas de mujer, como la Diosa Venus en persona. La proclama decía:

"La Reina Venus, Diosa del Amor... saluda a to-

dos los caballeros, a quienes aquí informa que se propone visitarlos personalmente, para instruir a todos y a cada uno en el modo de servir a las damas y de conquistar su amor. Se propone partir de la ciudad de Mestre con destino a Bohemia, y lo hará el día de San Jorge, y al caballero que con Ella rompa lanzas durante el camino, lo recompensará con un anillo de oro. Que el caballero envíe el anillo a la dama de su corazón; pues dicho anillo posee el mágico poder de engendrar en el corazón de los destinatarios auténtico amor por los remitentes. Pero si en el torneo la Diosa Venus venciera al caballero, será obligación de éste inclinarse hacia los cuatro rincones de la tierra en honor de cierta dama. El rostro de la Diosa permanecerá velado durante todo el torneo. Y el caballero que, informado de la llegada de la Diosa, se negara a enfrentarse con Ella, será considerado por Ella ajeno al ámbito del amor, y entregado al desprecio de todas las damas nobles."

Es característico de la época que el pobre Ulrich no fuera metido en una camisa de fuerza o llevado al manicomio; por el contrario, la nueva aventura fue recibida con general aclamación. Cuando leemos la descripción de la "gira de Venus", sólo hallamos universal aprobación. La "Diosa" fue recibida so-

lemnemente a lo largo de la ruta, y ni un solo caballero esquivó el enfrentamiento. El resultado final fue por demás impresionante: Ulrich, en su atuendo venusiano, rompió trescientas siete lanzas, y distribuyó entre sus adversarios doscientos setenta anillos de oro. En el curso de estos encuentros no sufrió el menor daño; y en cierta ocasión realizó la hazaña de desmontar a cuatro caballeros en una sola justa.

Esta extraña empresa no convirtió a von Lichtenstein en una figura cómica. La más antigua colección de Minnesanger alemanes es el códice Manasse, de Zurich, que data de fines del siglo XIII; los propios cantores aparecen en una serie de bellos retratos en miniatura. Allí Ulrich está en muy buena compañía: se lo ha colocado entre Hartmann von Aue y Wolfran von Eschenbach, ambos muy destacados poetas. Cabalga con su armadura completa, en un caballo de hermosos arreos. En el casco, cuya visera está cerrada, se ha pintado la imagen de Venus arrodillada. Por consiguiente, la época no creía de ningún modo que su actitud fuera particularmente ridícula.

Como ejemplo de la pompa y circunstancia que rodearon el viaje, véase la entrada en Mestre:

Formaban la vanguardia cinco escuderos, seguidos por un portaestandarte que llevaba una bandera de color blanco nieve. Lo acompañaban dos trompeteros. Luego, venían tres caballos con armadura, y tres sin ella; más atrás, varios pajes, que transportaban el casco plateado y el escudo del caballero. Luego, otro trompetero con cuatro escuderos, que portaban plateados manojos de lanzas, dos muchachas vestidas de blanco, a caballo, y dos violinistas, también a caballo. Finalmente, la Diosa Venus en persona, cubierta por un manto de terciopelo blanco que le llegaba hasta los ojos; bajo el manto, un vestido de mujer, de seda y linón, y la cabeza cubierta por un sombrero recamado de perlas. Bajo el sombrero, dos largas trenzas adornadas también con perlas.

Así ataviada, Venus recorría la ruta elegida. Los caballeros competían por el honor de romper lanzas con "ella". Llegado el momento de la justa, Venus se calzaba la armadura bajo el vestido, y en lugar del sombrero se tocaba con el yelmo... pero debajo de este último continuaban colgando las trenzas. Sería fútil describir los torneos, a pesar de que el noble UIrich relata escrupulosamente cada uno de ellos. En cierta ocasión se topó con un estúpido de su

mismo calibre: un rey, vestido de mujer en honor de su dama, con peluca y trenzas. Y los dos idiotas disfrazados se arrojaron el uno sobre el otro, y al brutal choque los escudos volaron en pedazos.

A lo largo de la ruta, las damas recibían al campeón con expresiones de ilimitado entusiasmo. En Tarvis, doscientas mujeres se reunieron por la mañana frente a su alojamiento para acompañarlo a la iglesia. Estas misas y procesiones fueron quizás el aspecto más característico de toda la gira venusiana. Hoy diríamos que es blasfemia; pero en esa época a nadie conmovía que un hombre, disfrazado de mujer, entrara en la iglesia acompañado por una procesión, ocupara un asiento en el sector reservado a las mujeres, y aún tomara la comunión con el mismo grupo.

El aventurero del amor impresionó mucho a los corazones femeninos, pero siempre permaneció fiel a su propio amor, aunque debió sufrir grandes tentaciones. En un caso los servidores de una dama desconocida invadieron el dormitorio de Ulrich, cubrieron de rosas la persona del caballero, y le entregaron un precioso anillo de rubí, regalo de la noble dama, que deseaba permanecer en el anonimato.

Pero el más extraño episodio de este extraño

viaje es tan peculiar, que quizás lo mejor sea citar al propio Ulrich von Lichtenstein. En una aldea de Estiria, no lejos de su propio castillo, después del torneo se encerró en sus habitaciones; pero luego escapó por otra puerta. La Diosa Venus recuperó su condición masculina. He aquí el relato de UIrich:

"Entonces, en compañía de un servidor de confianza, salí al campo y visité a mi querida esposa, que me recibió muy amablemente y se sintió muy complacida de mi visita. Allí pasé dos días magníficos, fui a misa el tercero, y rogué a Dios que preservara mi honor, como lo había hecho siempre. Me despedí afectuosamente de mi esposa, y con el corazón fortalecido regresé a reunirme con mis compañeros."

Estas pocas líneas revelan que, entretanto, Ulrich von Lichtenstein había contraído matrimonio; su autobiografía nos informe después que ya era padre de cuatro hijos. Ni esta magnifica familia ni su amante esposa impedían sus actividades amatorias en otras direcciones. De tiempo en tiempo, sobre todo durante el invierno, regresaba a su castillo y reanudaba la vida conyugal; pero con la llegada de la primavera, abandonaba otra vez el cálido nido para perseguir sus románticos ensueños. Aparentemente,

la esposa no veía nada objetable en estas actividades. Y aun es posible que su esposa se sintiera halagada por la fama conquistada por el esposo durante su Frauendienst. También es muy posible que ella tuviera su propio serviteur.

Naturalmente, el "incógnito" de la gira de Venus era mera formalidad; todos sabían que bajo el corpiño de seda latía el viril corazón de Ulrich von Lichtenstein. También lo sabía la elegida de su corazón. Cierto día, el mensajero confidencial llegó al alojamiento de Ulrich, portador de una inesperada comunicación. Traía un anillo de la amada del tenaz caballero. "Ella comparte la alegría de vuestra gloria", decía el mensaje, "y ahora acepta vuestros servicios, y como voto os envía el anillo". El "loco del amor" recibió arrodillado el presente.

¡Pobre hombre! Si hubiera conocidos las reglas y normas del juego de amor medieval, hubiera anticipado con matemática precisión el siguiente movimiento de su dama. Pasaron algunos días, y apareció nuevamente el intermediario, pero ahora su expresión era sombría y desalentada. "Vuestra dama ha descubierto que os entretenéis con otras mujeres; esta fuera de sí de cólera, y reclama la devolución del anillo, pues os considera indigno de llevarlo".

Cuando oyó estos reproches, Ulrich von Lichtenstein, caballero sin miedo y sin reproche, rompió a llorar amargamente. Lloró como un niño, se frotó nerviosamente las manos, quiso morir. El mayordomo del castillo, un caballero barbudo y anciano, oyó los sollozos y los gritos y acudió presuroso; y al ver el estado en que se hallaba UIrich, "mezcló sus lágrimas con las del noble caballero". Los dos afligidos campeones hicieron tal escena de gemidos y de llantos, que al cabo apareció el cuñado de Ulrich, les reprochó su afeminada conducta, y después de prolongada discusión logró contener un tanto el flujo lacrimoso.

El tenaz amador pasó días amargos. En su dolor, se volvió hacia la poesía, y envió sus versos a la "cruel belleza". Y luego, dice en su relato: "Me separé dolorido de mi mensajero; y visité a mi querida esposa, a quien amo más que a nadie en el mundo, a pesar de que elegí por señora a otra dama. Y con ella pasé diez días felices, antes de continuar viaje bajo mi carga de aflicción".

Quizás sea difícil, a siete siglos de distancia, comprender este "sistema rotativo"; pero lo cierto es que formaba parte de la época de la caballería.

El romance de Ulrich llegó a su culminación de-

finitiva. Los poemas ablandaron el corazón de la cruel belleza; días después llegó otro mensaje en el que la dama perdonaba al caballero, y le concedía una entrevista personal. Pero para evitar toda publicidad indeseable, invitaba al caballero a disfrazarse de mendigo y a mezclarse con los leprosos que esperaban limosna a la entrada del castillo. Allí se le daría la señal secreta para la cita.

Ni siquiera entonces el Don Quijote del amor comprendió el juego. Vistió los harapos de mendigo, y pasó varios días errando entre los leprosos, enfermo de asco y de náuseas. Varias veces la lluvia empapó sus ropas, y el frío de la noche mordió sus carnes ateridas. Finalmente, llegó una doncella con el anhelado mensaje: a tal y cual hora de la noche debía apostarse al pie de la ventana, con una luz en la mano. UIrich se despojó de las ropas de mendigo, y esperó, cubierto solamente por una camisa, bajo la ventana. A la hora señalada descendió una especie de plataforma de sábanas, el caballero puso el pie en ella y se sintió elevado hasta la ventana por gentiles pero firmes manos femeninas. Apenas entró en la cámara le echaron sobre los hombros una capa de seda recamada de oro, y lo llevaron a presencia de la dama. Después de tantos años de fatigas, estaban al

fin en el umbral de la bienaventuranza.

La dama lo recibió amablemente, elogió su lealtad, y le dijo muchas frases halagadoras. Pero las emociones reprimidas derribaron todas las barreras y Ulrich comenzó a exigir pruebas tangibles del amor de la dama. Naturalmente, era imposible satisfacer el pedido; alrededor de la dama había ocho servidores; pero UIrich se negó a escuchar razones, y se mostró cada vez más atrevido. Finalmente, juró que no se movería de allí hasta no recibir la recompensa del Beiliegen.

Se trataba de otra institución peculiar de la época de caballería. Su nombre completo era Beiliegen auf Glauben. En esencia, consistía en lo siguiente: se permitía al caballero acostarse junto a su dama durante una noche entera... pero sólo "dentro de los límites de la virtud y del honor". Debía jurar que no intentaría lesionar la castidad de la dama, y generalmente se cumplía el juramento. Era quizá la forma más retorcida de galanteo.

El único modo de calmar a Ulrich fue prometerle su recompensa... pero con una condición. La dama dijo que accedería al pedido del caballero, si éste demostraba primero su lealtad, para ello, debía subir nuevamente a la plataforma de sábanas, y ésta

descendería un poco; y una vez que UIrich hubiera demostrado su constancia, se le permitiría entrar en la cámara de su amada. Esta vez Ulrich decidió proceder sobre seguro; aceptó la prueba... pero únicamente si, mientras tanto, podía retener la mano de la dama. Se aceptó la condición, el caballero subió a la plataforma y, mientras ésta descendía lentamente, la Dulce, la Pura, la Bondadosa señora dijo a UIrich: "Veo que merecéis mi favor... besadme ahora..."

Casi desvanecido de felicidad, UIrich elevó sus labios sedientos pero cometió el error de soltar la blanca mano. En ese mismo instante fue arrojado, con plataforma y todo, al patio del castillo. Y por cierto que no fue casualidad... cuando sus doloridas piernas le permitieron incorporarse, la plataforma había desaparecido.

¡Y ni siquiera esta experiencia enfrió su ardor! La dama inventó una explicación, y Ulrich continuó escribiendo versos, hasta que llegó el desastre final. El diario no explica qué hizo la dama, consumada maestra en torturas amorosas, pero sin duda fue algo terrible, pues el propio UIrich afirma que le fue imposible perdonarla. Y así acabó su Frauendienst, pues (según propias palabras de Ulrich), sólo un loco podía servir indefinidamente sin ninguna espe-

ranza de recompensa".

Lo cual, en todo caso, demuestra que este idiota del amor se creía hombre discreto.

3.

La adoración abstracta, ultraterrena de las mujeres en la época de la caballería fue sin duda cosa buena y noble; pero los enamorados aplicaron excesiva tensión a la cuerda vibrante del romance, hasta que al fin se rompió. Estos adolescentes barbados, revestidos de armadura, y aficionados al laúd, empezaron a crecer, y a comprender que las damas, a las que habían puesto sobre tan elevado pedestal, eran, después de todo, nada más que mujeres... y que a veces no merecerían tantos sacrificios.

Tannhäuser (no el Tannhäuser de las leyendas, sino el auténtico, que vivió entre 1240 y 1270) se rebeló contra el "yugo de las mujeres" y en sus poemas satirizó audazmente los ideales de la caballería:

Treuer Díenst der ist gut,
Den man schónen Frauen thut...

Buena cosa era el servicio leal prestado a las

mujeres bellas... pero luego enumera las exigencias que es preciso satisfacer antes de que la mujer adorada conceda ninguna recompensa. El amante ha de levantarle un palacio de marfil puro; le llevará desde Galilea la montaña que otrora fue asiento de Adán, conseguirá el Santo Grial, y la manzana que Paris dio a Venus... y entonces recibirá el más grato de los presentes. Por otra parte, ella es muy capaz de no dirigirle nunca la palabra, a menos que él le lleve el Arca de Noé. La Pura, la Amable, la Bondadosa Señora tenía muy diferente aspecto a los ojos de Tannhäuser:

"Ja Dank sei ihr, ihr Nam'ist Gute.

Hei hei! es blieb zu fern ihr einst die scharfe Rute."

("Sí, gracias a ella, su propio nombre es Bondad.

¡Eh, eh! ¡Demasiado lejos de ella estuvo antaño el látigo duro!")

En otras palabras, se malcrió a la dama por evitarle castigos en la infancia.

Tannhäuser fue el único, de todos los poetas de la época, que comprendió claramente la situación. No le pasó inadvertido que la mayoría de las elegidas no veían en la profunda pasión del caballero otra cosa que mero galanteo.

"Sprech'ich ein Ja, sie saget Nein,
So stimmen stets wir überein".
("Cuando yo digo Sí, ella dice No,
Y de ese modo siempre coincidimos.")

Gradualmente se acercó el fin inevitable de la época del amor caballeresco. El hombre del Renacimiento, más sensual, se reía de las exangües languideces de sus antepasados, y buscaba en el amor alegrías más concretas. La palabra Minne también perdió su antiguo significado. Una erudita obra alemana señala con dolor: "Desde el siglo XV, la expresión Minne, otrora de noble significado, se vulgariza cada vez más, y al cabo se la utiliza sólo para describir innobles placeres corporales".

Hasta qué punto estos placeres eran "innobles" es asunto discutible; pero no cabe duda de que abrieron brecha en el castillo medieval de la folie erotique. La actividad práctica del hombre del Renacimiento prevaleció en todos los terrenos, y si bien la estupidez floreció en muchas otras esferas, los locos por amor fueron mucho más raros. Por supuesto, no desaparecieron completamente; mientras hubo mujeres incapaces de experimentar auténtica pasión y de entregarse generosamente, hubo hombres atormentados por el galanteo irresponsa-

ble, por el juego cruel del regateo sexual. En este sentido, ya he citado algunos pasajes de Brantóme, que vivió en el siglo XVI; pero en realidad se trataba de los últimos restos de la época de la caballería.

En el siglo XVII redescubrimos nuestro tema. Pero ahora el Minne se ha afrancesado... su nombre es galanterie (de acuerdo con Montesquieu, superficial y delicada pretensión de amor).

Quizás su escenario más apropiado fue el Palacio Rambouillet, en París. Las precieuses son los personajes de este complicado y vaporoso espectáculo. La adoración de la mujer, extinguida desde la época de la caballería, revivió en la perfumada atmósfera de los grandes salones. De nuevo la mujer subió a su pedestal, aunque ahora trepó por propia iniciativa. Pero tan pronto ocupó ese lugar, exigió el servicio de sus admiradores tan imperiosamente como sus antepasadas. Naturalmente, ya no se trataba de romper lanzas ni de salir a campo abierto; las armas eran las del intelecto y del esprit. La conversación ingeniosa, los cumplimientos bien pensados, los versos pulidos... he ahí los medios necesarios para conquistar los favores de una dama.

Los efectos literarios y los excesos de la precieuse han sido cabalmente explorados por la brillante y

devastadora sátira de Moliere. La galanterie de los exclusivos salones no era otra cosa que un galanteo interminable llevado a los extremos de la estupidez, adornado y desarrollado por la moda de la época.

De acuerdo con las precieuses, “las mujeres eran los adornos de la Naturaleza, creadas para recibir adoración y para vivir rodeadas de hondos sentimientos, a cambio de lo cual ofrecían amistad y respeto”. Y los caballeros- por lo menos en los salones de las damas de Rambouillet- se consideraban contentos de recibir dicha compensación. Estas damas eran tan frágiles y sensibles que Julie d’Angennes, por ejemplo, se desmayaba cuando en su presencia se decía alguna expresión vulgar. Sabemos que de sus conversaciones se excluían las palabras comunes y corrientes, y se las reemplazaba por expresiones nuevas y más refinadas... Un extraño era incapaz de comprender la conversación, y Claude de Saumaise, el erudito clásico francés, compiló un diccionario separado de este lenguaje (*Dictionnaire des Precieuses*). Por ejemplo, la palabra mano era considerada muy vulgar, pues la gente común la utilizaba para el trabajo manual. Por consiguiente, fue rebautizada con el nombre de la belle mouvante (la bella móvil). La palabra espejo fue reemplazada por la expresión le

conseiller des Graces (el consejero de las Gracias). Sillón era demasiado común... y se lo llamó commodité de la conversation (conveniencia de la conversación).

En estos salones sólo se hablaba de la excelencia de las damas, de sus magníficas virtudes y perfecciones; y de la total satisfacción que impregnaba el alma del varón cuando éste podía vivir adorando los pies de su dama. He aquí la carta que Guez de Balzac, uno de los más respetados escritores de la época, dirigió a Madame Rambouillet, con motivo de haber recibido de la dama el grato regalo de unos frascos de perfumes:

"Los poetas romanos cantaron la gloria de los perfumes de Venus. Pero mi regalo viene de una mano más excelsa que la de esta diosa común: viene de la diosa del amor, auténticamente celestial, virtud que ahora se ha manifestado a la humanidad descendiendo desde las alturas sublimes del cielo. Y no puedo dejar de vanagloriarme ante todos y cada uno de la gracia que ahora he recibido. Todas las cosas humanas, todos los tesoros de la tierra están a su disposición. Y así como no puede haber mayor gloria que la creada por vuestro regalo, en el mundo no hay gratitud comparable a la mía. En mis palabras

sólo se expresa pequeña fracción de mis sentimientos, y la mayor parte de ellos queda guardada en lo profundo de mi corazón."

Las damas de los salones desarrollaban un frío juego de amor: sentimental, etéreo y fantástico, con cierto matiz platónico, y todo ello diluido en literatura y expresado en hipérboles vacías y alambicadas. Pero lograron que muchos jóvenes románticos y inexpertos aceptaran las reglas del juego. Bussy-Rabutin, que en su madurez ya estaba muy lejos de estas tonterías platónicas, describió su juvenil pasión por una bella viuda:

"Alentaba yo tan ridícula concepción del respeto debido a las mujeres, que mi bella viuda podría haberse muerto de angustia a mi lado, si no hubiera comprendido mi tontería y no me hubiese alentado. Y durante mucho tiempo ni siquiera me atreví a tomar nota de su benevolencia. Creía firmemente en la imposibilidad de conquistar el amor de una dama si no había consagrado cierto tiempo a suspiros, llorosas lamentaciones, ruegos y cartas de amor. Mientras no hubiera cumplido estas obligaciones, no me consideraba con derecho a esperar el menor favor."

Como se advierte en esta cita, la hermosa viuda

no se negaba a hacer ciertas concesiones ocasionales, difícilmente compatibles con la "sensibilidad" de los seres etéreos que habían "descendido de los cielos".

El juego de la galanterie no era en el fondo otra cosa que la forma primitiva de un galanteo cruel y ridículo.

4.

Debido a los siglos de influencia árabe, las mujeres españolas vivían en una atmósfera muy parecida a la de un harén. No sólo la opinión pública se oponía a las relaciones entre hombres y mujeres; los furiosos celos del esposo también imposibilitaban completamente el contacto con los presuntos amantes. Cuando el marido se hallaba impedido de vigilar personalmente a la mujer, lo reemplazaba la dueña, que con ojos de Argos cumplía su misión. Es cierto que la astucia femenina siempre hallaba medio de burlar la guardia más estricta; pero estos casos nada tienen que ver con la historia de la estupidez humana. Muy al contrario.

Y sin embargo, en España, que carecía prácti-

camente de vida social, también hallamos una versión algo más atenuada del juego de amor desarrollado con tanta pasión en la época de la caballería, y en el lugar que se hubiera creído menos apropiado: la corte real. La vida social de la corte española sufría el influjo de una de las más extrañas invenciones del espíritu humano: la etiqueta española. Fue ideada por Felipe II, que la transmitió a sus sucesores, junto con un imperio que ya empezaba a agrietarse por todos los costados.

La etiqueta española convirtió en divinidades las personas del rey y de la reina. Y los dioses no sonríen. La risa y la diversión fueron desterradas de la corte. De Felipe IV se afirma que en toda su vida sólo rió tres veces.

La reina tenía una dama de compañía de cierta edad, la Camarera Mayor. Su tarea consistía en mantenerse constantemente al lado de la reina, y en observar con férrea severidad el cumplimiento de la etiqueta. "¡La reina de España no debe reír!" advirtió una vez en que la joven reina estalló en carcajadas, ante las piruetas de un payaso de la corte. "¡La reina de España no debe asomarse a la ventana!" aunque la ventana daba al solitario jardín de un monasterio. En otra ocasión, como la reina hallara mu-

cho placer en la charla ociosa de sus loros, la Camarera Mayor con sus propias manos retorció el cuello de las infortunadas aves.

Esta Camarera Mayor era la duquesa de Terranova, una mujer de cierta edad. Gozaba de completa autoridad en todos los asuntos de etiqueta; pero cuando la reina quedó embarazada, la duquesa pasó un mal rato. La costumbre española permitía que durante los primeros meses del embarazo la futura madre satisficiera cualquier capricho o apetito. La reina aprovechó la ocasión, y cuando la odiada bruja apareció para el saludo matutino, le aplicó dos fuertes bofetadas. "No pude resistir la tentación", se apresuró a decir la reina, y la venerable Camarera Mayor no pudo decir una palabra.

En esa atmósfera, las damas de compañía se morían de hastío. También tenían una supervisora, la Guardadama, la cual, con la ayuda de varias colaboradoras, vigilaba la moral de las cortesanas. Las mujeres casadas no podían servir a la reina; sólo se aceptaban vírgenes o viudas. Debían vivir en el palacio; pero para que la vida que llevaban fuese más soportable, las reglas de la corte les permitían tener uno o más "admiradores oficiales". Y éstos tenían su propio título: galanteos de palacio. El caballero

podía ser casado o soltero, viejo o joven... para el caso era lo mismo, pues no existía la menor posibilidad de que sus servicios obtuvieran alguna recompensa concreta. Sólo gozaba del derecho de adorar y de servir a su dama.

La sátira de Cervantes no produjo ninguna impresión en El Escorial; simplemente, se dieron por no enterados. El caballero de la corte tenía íntima afinidad espiritual con Don Quijote y sus predecesores. En todo el año sólo disponía de unos pocos días, durante los cuales se le permitía gozar de la compañía de su adorada. En raras ocasiones se veía en público a las damas de compañía: en las grandes recepciones de la corte, durante las procesiones y las fiestas, quizás en ocasión de un auto de fe, cuando refrescaban sus ojos y sus oídos con el espectáculo de las llamas y los gritos de los herejes y de las brujas que ardían. En esas circunstancias el caballero podía estar de pie al lado de su dama y cortejarla... claro está que sólo dentro de los límites del más estricto decoro. Esta actividad gozaba de cierto particular carácter oficial debido al privilegio de los galanteos de conservar puesto el sombrero en presencia del monarca (derecho que compartían con los grandes de España). Se les concedía dicho pri-

vilegio porque de acuerdo con la teoría oficial, el caballero estaba tan desconcertado en presencia de su dama, y tan embriagado de amor que no podía controlarse, de modo que si hubiese sostenido el Sombrero en la mano, seguramente lo habría dejado caer.

El resto del año, el galanteo podía rondar el palacio y esperar hasta que su dama apareciera durante un instante en la ventana. Entonces le declaraba su amor... pero sólo por señas. Este lenguaje por señas consistía (de acuerdo con la tradición española) en que el enamorado se llevaba el pañuelo a los labios, luego a la frente, y finalmente al corazón. Según las memorias de la condesa d'Aulnoy, en tales ocasiones el caballero enamorado suspiraba y gemía tan ruidosamente que podía oírselo a bastante distancia. Con el fin de obtener por lo menos alguna satisfacción física de carácter sustitutivo, los caballeros sobornaban al cirujano que sangraba regularmente a las damas de compañía, para que les entregara subrepticiamente alguna venda o servilleta empapada en la sangre de la bien amada.

A pesar de todo, ese galanteo oficial era considerado gran distinción y honor. Viejos y jóvenes por igual intrigaban y luchaban por el privilegio; y

los elegidos ofrecían hermosos regalos a sus damas. La condesa d'Aulnoy afirma que durante su visita a España comprobó que más de un galanteo se arruinó completamente debido a esta manía de los regalos.

5.

A principios del siglo XVIII arraigó en Génova la institución de los cicisbeos. En esencia, se trataba del derecho de la dama noble a tener no uno sino varios galanes, que le prodigaban las indispensables atenciones personales. Si la dama tenía varios caballeros, éstos se dividían celosamente las responsabilidades. Uno la asistía en el tocado matutino, otro la acompañaba a la iglesia, el tercero la sacaba a pasear, el cuarto la escoltaba en las fiestas, el quinto aseguraba los placeres de la mesa, el sexto manejaba las finanzas de la señora. Se consideraba que estos deberes constituían los más dulces privilegios. Tanto se difundió la moda, que al cabo de cierto tiempo se estimó verdadera desgracia que una dama no tuviera un cicisbeo, o que un hombre de cierto rango no consagrara la mayor parte de su tiempo a

esas tareas.

La posición del esposo se parecía bastante a la que tuvo durante la época de la caballería; estaba obligado a aceptar al admirador de su esposa... y hacerlo de acuerdo con ciertas formalidades solemnes y públicas. La diferencia consistía sólo en que el caballero medieval rara vez veía a su señora, mientras que el cicisbeo rara vez se apartaba del objeto de su amor. En circunstancias ordinarias, el esposo no formulaba objeciones a esta compañía permanente; pues los cicisbeos se mostraban más celosos unos de otros que lo que podía estar el marido de su mujer. Eran guardianes muy eficaces. Podían presentarse inconvenientes sólo cuando había un solo cicisbeo; pero después de todo lo mismo ocurre en cualquier época cuando el galanteo pasa a mayores. Y a menudo sucedía lo mismo que en el Frauendienst medieval: el propio esposo se convertía en cicisbeo de otra dama casada.

La institución del cicisbeo se distinguía de las relaciones comunes, más o menos públicas, más o menos toleradas, en que estaba organizada y legalizada; pues cuando se discutían los contratos matrimoniales, uno de los aspectos importantes del acuerdo era el número de cicisbeos que podría

aceptar la futura esposa. Desafiar la tradición hubiera sido fatal... tan fatal como oponerse a los dictados de la moda. En toda la historia de Génova sólo se conoce el caso de un hombre valeroso que se atrevió a adoptar esa actitud: el marqués Spinola, a quien la muy vulgar pasión que experimentaba por su prometida le movió a insistir que se incluyera en el contrato una cláusula contraria a la venerable costumbre. Exigió franca y desvergonzadamente que, mientras durara el matrimonio, la esposa no aceptara ningún cicisbeo; por su parte, se comprometía a no asumir ese papel en el servicio de ninguna mujer.

La estúpida moda se extendió de Génova a otras ciudades italianas. Los autores contemporáneos se sintieron un tanto desconcertados ante la difusión de esta manía, y al fin no se les ocurrió otra excusa que la idea de que toda la institución representaba realmente un progreso general de las costumbres, pues impedía que los jóvenes nobles se dedicaran a placeres y a ocupaciones más viciosos.

6.

Los más sombríos capítulos de la folie erotique corresponden a la combinación del sexo con la religión. No es éste el lugar apropiado para escribir una historia de las diversas sectas y religiones, desde los Jumpers (Saltarines) a los anabaptistas, de los "Convulsionistas" a los "Tembladores" o Holly Rollers... para no referirnos sino a un tipo especial de cisma que sigue el principio fundamental de "servir a Dios mediante la danza". Cuando la folie erotique se combinó con la manía religiosa, el resultado fue una revuelta contra el ascetismo de las iglesias establecidas, o la aplicación más extremada aún de esos mismos principios ascéticos.

Las protestas francas contra los dogmas ascéticos tienen diferentes explicaciones. La motivación es a menudo de carácter sofístico. Pero, con excepciones relativamente poco numerosas, todas coinciden en un punto: la importancia de la satisfacción sexual. Aunque parezca extraño, esta opinión no excluye la idea de que sexo y pecado son términos idénticos. Pero los sectarios agravaban la cosa con la afirmación de que el pecado estaba permitido, y aun era necesario y deseable, en interés de la salvación.

El fundador de una de las más horribles sectas rusas, los Chisleniki, afirmaba lo siguiente: “Los hombres deben ser salvados del pecado. Pero si no pecan, no pueden ser salvados. Por consiguiente, el pecado es el primer paso en el camino de la salvación”. Taxas Maxim, el campesino de Shemenov que estableció este curioso principio, lo transformó en uno de los principales dogmas teológicos de su secta. Otro apóstol ruso, el misterioso monje Serafín, declaró en 1872: “Sólo en el pecado es posible hallar la verdadera salvación del alma. Cuanto más se peca, más glorioso es el mérito del Salvador”. Con toda franqueza estos sectarios llamaban al pecado la “puerta de acceso a la gloria del Otro Mundo”.

Otras sectas fueron tal vez menos radicales, pero los principios esenciales eran los mismos. Está el caso de los “rusos errantes”, que afirmaban que el mundo estaba en poder del demonio; por lo tanto, carecía de importancia evitar el pecado. Por el contrario, todo estaba permitido... incluso el crimen, el robo o el asesinato. Una primitiva secta cristiana, fundada por Carpócrates de Alejandría, declaró que los seres humanos de este mundo se hallaban permanentemente en poder de demonios malignos. De

modo que mucho mejor era conciliarlos viviendo en la disipación... y, por supuesto, las mujeres debían ceder francamente a las exigencias masculinas. La secta de Carpócrates fue una de las primeras en abolir el matrimonio; por principio, todas las mujeres eran compartidas por todos los hombres de la comunidad.

Durante los siglos posteriores no faltaron imitadores que profesaron las mismas creencias y siguieron las mismas prácticas. Los Paterniani o Venustiani afirmaban que Dios y Satán compartían la responsabilidad de la creación de la humanidad. Dios era responsable de la parte superior de nuestro cuerpo; y el diablo, de la parte inferior. De ello se deducía naturalmente que los "órganos satánicos" del hombre debían ser aplicados al "trabajo del Diablo".

En el siglo XIV, los Lothardi concibieron un dogma más particular aún. Afirmaron que los hombres debían llevar una vida moral... mientras estuvieran al nivel del suelo. Pero a la profundidad de tres elles (un elle equivalía a siete décimos de yarda) las normas morales perdían validez. Por consiguiente, se reunían en recintos subterráneos, donde realizaban terribles orgías: salvajes flagelaciones,

toda clase de perversiones sexuales, asesinatos y suicidios.

Los Lothardi se caracterizaron por lo extremado de sus puntos de vista y por sus retorcidos razonamientos. Pero muchas sectas aceptaron y aprobaron el pecado y la perversión por otras razones de carácter general. Argüían que, al hombre santificado por la fe, el mal no podía hacerle ningún daño; ninguna aberración de la carne podía manchar el ropaje del alma purificada por la fe auténtica. Hace siete siglos, los Beghardi representaron este punto de vista en Alemania; en nuestro propio siglo, fue también el concepto afirmado por los Shakury y los Pryguny de Rusia.

Uno de los profetas de la lujuria, Dulcinius, que vivió en el siglo XIV, dividió la historia en tres períodos. Durante el primero- hasta el nacimiento de Cristo-, Dios gobernó el mundo. En el segundo- desde Cristo hasta el año 1300-, Jesús fue el amo espiritual de la humanidad. Pero después, el Espíritu Santo siguió al Padre y al hijo; y el Espíritu Santo se hallaba representado por Dulcinius. En su reino, la disipación sexual no era un pecado. El profeta, que había reunido seis mil adeptos, tuvo mal fin; el Papa Clemente IV lo excomulgó, fue detenido junto con

su esposa, y ambos fueron muertos en la rueda y quemados luego.

Algunas sectas- por ejemplo, los Euquitas- convirtieron al acto sexual en parte de su ritual religioso. Los Euquitas asesinaban a los niños engendrados en estas orgías, recogían la sangre de los infantes y quemaban los cuerpos en una hoguera; luego, se mezclaban las cenizas con la sangre recogida, y se preparaba un horrible brebaje. (Osellus, que relata la ceremonia, agrega que el propósito del asesinato de los inocentes era "destruir el sello adherido fuertemente al alma humana y evitada por los demonios del mal, para que dichos demonios pudieran entrar sin inconveniente en los cuerpos, y concertarse libremente con ellos.")

Los Bogomils, muy activos en Francia, permitían también la relación promiscua de los sexos. Afirmase que los Fraticelli practicaban orgías similares. Bozovius afirma que "los niños nacidos de esas relaciones eran arrojados de unos a otros, en el círculo de los sectarios, hasta que perecían".

En 1723 la policía de Montpellier cayó sobre el refugio de una secta consagrada casi exclusivamente a los placeres sexuales. Se llamaban los "multiplicantes", y sus orgías solían prolongarse desde el sá-

bado por la noche hasta el lunes por la mañana. Esta secta reconocía por lo menos la institución del matrimonio... pero sujeta a ciertas modificaciones. Dichos matrimonios, bendecidos por el profeta de la secta, unían a los cónyuges por el término de veinticuatro horas, y debían ser consumados en un lecho especial, bajo la mirada vigilante de tres testigos. Los "multiplicantes" fueron tratados duramente por las autoridades. Los jefes fueron ahorcados, los hombres sentenciados a galera perpetua, y a las mujeres se les afeitó la cabeza y se las encerró en conventos.

Los profetas y las profetisas de estas extrañas sectas tuvieron innumerables predecesores y sucesores. Veinte años antes de la exterminación de los multiplicantes, existió una secta llamada Buttlarsche Rotte (la banda Buttlar), encabezada por Eva Margarita von Buttlar, mujer de buena familia, que a la edad de quince años contrajo matrimonio con Jean de Vesias, maestro de pajes en la corte de los duques de Sajonia. En colaboración con un confuso teólogo, llamado Justus Gottfried Winter, y con un poetastro de nombre Appenzeller-Leander, inventó una nueva religión, cuyo objetivo era la creación (o más bien recreación) de un ser primigenio, bisexual

e inmaculado. La secta sólo tenía un objetivo real: satisfacer los apetitos sexuales de los fundadores. Tal era el propósito franco o secreto de tan extrañaos mesías como Rosenfeld, de Berlín (1718-1781), que organizó un harén de siete muchachas, con el fin de "romper los siete sellos del Libro de la Vida"; del inglés Henry James Prince y Pigott, que fundó la "Secta del Amor", y el "Refugio de Amor"; del arzobispo Kowalski, cuya extraña fe floreció en Polonia hasta que, en 1928, fue encarcelado. Hubo muchos otros... y algunos de ellos desarrollan sus actividades en nuestros días. La folie erotique que los aquejaba aprovechó la profunda estupidez de sus adeptos y víctimas masculinos y femeninos.

Los adamitas duraron mucho tiempo. La secta original estaba encabezada por cierto Prodicus; sus miembros asistían desnudos al servicio divino. Explicaban esa actitud diciendo que la virtud era real sólo cuando no faltaban las tentaciones. Se declaraban contra todos los placeres de los sentidos, pero aparentemente el dogma era puramente teórico, pues cedían con frecuencia a las tentaciones de que estaban rodeados. Rudolf Quanter, en su obra *La mujer en las religiones de las naciones,* declara que el culto de esta secta "no era mucho mejor que las orgías en

los templos de Astarté". La secta desapareció pronto, pero los principios sobrevivieron durante siglos. Bajo diferentes formas, aparecieron en otras épocas y lugares. A veces sus adeptos se denominaban "Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre", o Picards, Marocanes, Tirelupins, o Nicolaites. A mediados del siglo XIX fue preciso llamar a las tropas para que intervinieran en el distrito de Chrudim, en Bohemia, contra un grupo de sectarios adamitas, dirigidos por un intrépido tejedor ambulante, llamado Pelzmann. Durante la primera década del siglo XX apareció en los Estados Unidos un matrimonio Sharp; ambos cónyuges representaron los papeles de Adán y de Eva, en un sincero esfuerzo por restablecer el Paraíso en la tierra de acuerdo con la tradición legada por sus predecesores adamitas.

El culto de la desnudez a veces adoptaba formas más refinadas y más astutas. La secta Mucker de Koenisberg, fue organizada por dos hombres llamados Ebels y Diestel, a principios del siglo pasado. Esta extraña organización alcanzó gran éxito en los círculos aristocráticos del nordeste de Alemania. La teoría de sus dogmas fue tomada de los escritos del poeta místico Johann Heinrich Schónherr, pero en realidad se trataba de una estúpida mezcla de insen-

sateces disfrazadas de profunda sabiduría (Tiefsinn). De todos modos, esa dosis de tontería no fue obstáculo para el desarrollo del grupo. Ebels era hombre de gran prestancia física; la forma de su religión resultaba tentadora y atractiva, y de gran poder sugestivo sobre los espíritus inclinados a la piedad soñadora; la mayoría de sus adeptos eran individuos que secretamente habían estado reprimiendo sus deseos sexuales. Ebels, en quien los miembros de la secta veían al "Hijo del Hombre" (es decir, una reencarnación de Jesús) tenía tres mujeres. La primera (la menos respetada y la de menor jerarquía) era su esposa legal. En la compleja terminología de la secta, se la llamaba la "Envoltura". La seguía Emilie von Schroetter, la "Naturaleza de las Sombras"; y la de mayor jerarquía era su "primera esposa en el espíritu", Ida von Groeben, que llevaba el bello nombre de "Naturaleza de la Luz". De tiempo en tiempo cada uno de los miembros de la secta debía confesar sus pecados a estas mujeres, arrodillándose humildemente a los pies de la dama confesora (naturalmente, la mayoría de los pecados era de carácter sexual).

"Cuanto más se hablaba de todas estas cosas", escribió el doctor Sachs, de Koenigsberg, que había

pertenecido al núcleo principal, pero que abandonó la secta y fue uno de los testigos de la acusación en el proceso que se siguió a los Mucker, "y cuanto más groseras eran las expresiones utilizadas, más exaltados elogios se recibían, y más rápidamente se avanzaba por el camino de la santificación. Pero si la confesión no era importante; es decir, si los pecados no eran muy graves, se recibían severos reproches, y se acusaba al sujeto de «aferrarse a sus pecados», de traficar con el demonio, de no ser ni blanco ni negro... Si se obtenía la confesión, se daba gracias a Dios, que se sentía complacido".

Más importantes que las confesiones eran los "ejercicios de santidad". El primero de ellos, el "Beso del Serafín", era relativamente inocente: los creyentes de sexos opuestos debían saludarse con la punta de la lengua. La principal etapa de santificación consistía en una prueba sistemática, destinada a determinar si los sectarios eran realmente indiferentes al espectáculo de bellas mujeres desnudas. Sin embargo, en este aspecto era evidente la malicia de los métodos refinados: no se desnudaba todo el cuerpo. Aquellas que eran consideradas dignas de participar en el juego, debían desnudar alguna parte de su anatomía habitualmente no visible a los ojos

masculinos. Esta primitiva forma de strip-tease ocurría generalmente durante el "servicio divino". De ese modo, cada reunión aportaba una nueva sensación... lo cual era probablemente el propósito de los fundadores. Este despliegue de desnudeces llegaba aparentemente a extremos, y el acto sexual sólo se interrumpía, por lo general, en el momento de la concepción. Nunca participaban mujeres de edad, y aún se les negaba información, porque "no podían comprender".

Los "ejercicios de santificación" desarrollados por los Mucker tuvieron muchos imitadores. Por ejemplo, los Bdenje ("Vigilias") instituidos por el notorio Rasputín, olas llamadas "pruebas" ideadas por Daria Smirnova, que fundó una secta en San Petersburgo. Esta "santa" o "Divina Madre" se desnudaba en compañía de sus adeptos masculinos, para "poner a prueba el vigor de su fe"; pero las pruebas" eran tan escandalosas, que cuando la Smirnova fue procesada en 1914, las audiencias se desarrollaron en recintos privados.

Häusser fue uno de los últimos "grandes Salvadores" que turbaron la paz de Alemania durante casi diez años. Este extraño profeta, que murió en 1927, había quedado impotente después de una vida

de frenética disipación, y por lo tanto se dio a predicar la supresión de los placeres de la carne... pero personalmente se esforzaba en obtener por lo menos satisfacciones sustitutivas, reviviendo las prácticas de la sunamita. Sus discípulos creían firmemente que "el gran Lou" había logrado la "teleprocreación", y este absurdo fue discutido solemnemente por el rebaño de fieles.

La estupidez, en sus formas sexuales y religiosas, ha creado muchas otras sectas y originado dogmas pervertidos. Por ejemplo, los "purificantes", cuyo centro estaba en Siberia, y cuyas enseñanzas se difundieron hasta Finlandia y el sur de Rusia. Su dogma principal era la supremacía de las mujeres. Afirmaban que, como el pecado había llegado al mundo a través de Eva, por sus hijas se obtendría la salvación. Fue una secta de matices acentuadamente masoquistas; y fue descrita en detalle por el propio Sacher Masoch, el hombre que dio su denominación a esta aberración sexual.

Los moravios, o Herrnhuter, también crearon una religión con muchos oscuros elementos de perversión sexual. (No me refiero aquí a los Hermanos de Plymouth, ni a los actuales Herrnhuter, cuyos núcleos se encuentran en diversos lugares de Ale-

mania, Gran Bretaña y los Estados Unidos, sino más bien a la historia primitiva de esta secta, en las décadas del cuarenta y cincuenta del siglo XVIII.) El conde Zinzendorf, su fundador, vivía aún, y sus particulares inclinaciones fueron casi exclusivamente responsables de la fantástica interpretación que los moravios hicieron de ciertos hechos bíblicos. Identificaban completamente el sexo con la religión, y todo el culto se fundaba en la herida que la lanza del legionario abrió en el costado de Cristo, cuando los verdugos quisieron comprobar si el Salvador estaba muerto. Sólo una profunda neurosis sexual puede explicar el hecho de que Zinzendorf transformara en acto sexual la penetración de la lanza del legionario. Zinzendorf creó "vice-esposos", o "procuradores matrimoniales", que eran representantes de Cristo, en su carácter de auténtico esposo de todas las almas humanas. Algunos de los primitivos himnos moravios constituyen sorprendentes expresiones de obscenidad enfermizamente sentimental.

Los skoptsi fueron una de las más horribles sectas que el mundo conoció. Representan quizás el último grado de la locura humana. Como casi todas las sectas modernas, los skoptsi también tuvieron

sus antecesores en los primeros tiempos del cristianismo. Por lo que sabemos, Orígenes y Leoncio de Antioquía fueron los primeros cristianos que se castraron; el árabe Valerio reivindicó la dudosa distinción de haber organizado una secta sobre la idea de la castración. Estos sectarios se convirtieron en peligro público; no se contentaban con castrar a sus propios fieles, y hacían víctimas por doquier, entre individuos completamente ajenos a tales ideas religiosas. En un año de cosecha particularmente "rica" castraron a 690 hombres. La idea de que la extirpación del órgano sexual pecaminoso era grata a Dios (idea conocida ya en los tiempos precristianos), nunca desapareció totalmente de la vida de las sectas. Pero aparte de la horrible institución de la castración con "fines musicales" (durante mucho tiempo los eunucos representaron sobre la escena papeles femeninos, y los niños castrados formaban los coros de la iglesia) esta idea sólo halló expresión en una serie de tragedias individuales. Después de la desaparición de los valerienses, no volvió a constituir el fundamento de una comunidad sectaria. Hasta el siglo XVIII no hallamos grandes grupos de castrados en Rusia. En 1715 se arrestó a cierto número de estos desequilibrados en el distrito de

Uglitch, de la provincia de Jaroslav. Dos años después se realizó gran número de arrestos en Moscú, donde la secta estaba dirigida por un hombre llamado Lupkin. Después de su muerte, su nombre y su tumba se convirtieron en bandera y lugar de peregrinación de sus adeptos. En 1738 la zarina Ana Ivánovna ordenó que el cuerpo fuera exhumado y quemado.

Pero la epidemia de autocastración se difundía cada vez más. Los procesos posteriores revelaron hechos horribles: canibalismo, asesinato de niños, etc. De todos modos, las medidas represivas resultaron inútiles. En 1771 apareció el Mesías de los skoptsi. Era Kondradtij Sselivanov, un original aventurero que se hacía pasar por el zar Pedro III. Los skoptsi todavía adoran en él al Hijo de Dios, y consideran que su misión fue más importante que la de su "hermano" Jesucristo.

No es necesario seguir detalladamente la historia posterior de los skoptsi. Fueron particularmente numerosos durante la segunda mitad del siglo XIX. El más elevado porcentaje correspondía a las provincias rusas de Orel y Petersburgo, en las que había ocho skoptsi por cada cien mil habitantes. Algunos distritos estaban libres de esta plaga religiosa, pero

Galitzia, y sobre todo Rumania, estaban infestadas. Bernhard Stern, estimó su número en las tres principales ciudades rumanas (Bucarest, Galatz y Jassy) en no menos de veinte mil. Un hecho curioso, observado por Hechetorn: en Jassy todos los conductores de los coches de plaza eran skoptsi.

De acuerdo con esta secta, tanto Cristo como su "hermano", Sselivanov, eran eunucos; Cristo había predicado el dogma de la castración, pero en el curso de siglos el texto del Nuevo Testamento había sido deformado y falsificado, de modo que no era posible reconocer esta idea central. Sólo unas pocas frases dejaban entrever el gran secreto. Así, la expresión "bautismo de fuego" aludía a la castración.

Los iniciados de esta secta absurda pasaban por dos grados: el primero, o pequeño sello, llamado también "primer blanqueo" o "montar el caballo pío", y el sello imperial, "segundo blanqueo" o "caballo imperial". Los cirujanos de la secta eran tan hábiles, que rara vez se presentaban complicaciones. En las grandes ciudades como Moscú y Petersburgo, a menudo se sujetaba a las víctimas a un ingenioso artefacto en forma de cruz (Mantegazza: *Relaciones sexuales de los humanos*). Pero independientemente de los métodos y etapas, el objetivo final era

el mismo: destruir los órganos sexuales tanto de los hombres como de las mujeres. Aunque parezca extraño, la capacidad para el goce sexual, y aun la de concebir no siempre eran destruidas por estas operaciones. Y se sabe de algunas mujeres skoptsi que se dieron a la prostitución.

Las reuniones de los skoptsi eran una nauseabunda mezcla de éxtasis religioso, sadismo y prácticas sexuales pervertidas, que a menudo desembocaban en el crimen. Los skoptsi representan la más horrible y repugnante forma del ascetismo. Hubo otras formas más benignas, pero todas se fundaban en la folie erotique deformada o desviada, todas eran efecto de la estupidez sexual. Las sectas de flagelantes han durado casi dos mil años. Los Chlystes de Rusia en nada cedían a las sectas flagelantes de la Edad Media, y eran tan capaces como estas últimas de combinar la lujuria y el desequilibrio con la tortura; poco antes de la Primera Guerra Mundial, los Devil Hunters de Estados Unidos golpearon a un niño hasta matarlo, en su esfuerzo por expulsar al diablo del cuerpo del infeliz infante. A la misma categoría pertenecen las extrañas escenas de flagelación de la secta de la "Sagrada Madre", María Mesmín, que fue procesada en Burdeos el año 1926.

En muchos casos no corresponde tomar muy en serio estos excesos: se trata de simples aberraciones del gusto. En todo ello hay más ridículo que tragedia. Pero el caso de los Devil Hunters demuestra que, en circunstancias especiales, esta manía puede provocar graves perturbaciones en la comunidad. Y aún si el asesinato del infortunado niño fue accidental, el ascetismo a veces impulsa a los fanáticos a quitarse la vida, o a matar a sus compañeros de cofradía. En este sentido, la historia cultural ofrece abundantes pruebas. A menudo ocurre que los sectarios se suicidan, en la estúpida creencia de que Dios exige de ellos un sacrificio especial... y aun el supremo sacrificio.

El ascetismo no se detiene ni siquiera ante las más horribles formas de la muerte. Porque Cristo fue crucificado, este modo de terminar con la vida ocupa un lugar de cierto privilegio en el pensamiento sectario de autodestrucción. Los "convulsionistas", que se reunían en la tumba del abad París, se limitaban a jugar con la crucifixión de un modo que armonizaba con sus restantes locuras. A último momento, cuando el juego amenazaba adquirir contornos graves, aflojaban las cuerdas y retiraban los clavos, y revivían a tiempo a las mujeres

torturadas. Pero en muchos otros casos este juego religioso sexual acababa en desastre. El zapatero italiano Mateo de Casale se colgó de una cruz frente a su casa; poco faltaba para que muriese, cuando algunos transeúntes se apiadaron de él y lo bajaron. Acabó sus días en un manicomio, víctima de insanía ascética.

En 1823 la "sagrada Margarita", fundadora de una extraña secta en Wildisbuch, Suiza, fue torturada bestialmente por sus adeptos. Estos la mataron porque les había prometido que resucitaría al tercer día después de su muerte. Fue crucificada, y le clavaron clavos de hierro en los pies, en las manos y en el pecho. Y como no demostró dolor, y "solamente alegría en su muerte de mártir", cumplieron el último pedido de la mujer, y le hundieron en la cabeza una cuña de hierro, de las que se usan para partir madera. Los asesinos nunca fueron castigados.

El efecto de sugestión de estos actos puede ser notable, y la manía sectaria se extiende en círculos cada vez más amplios. Fue dudoso privilegio de Rusia haber producido una variada gana de sectas, todas fundadas en los principios del asesinato y el suicidio en masa. En todos los casos existían ocultos motivos o causas de carácter sexual. Cierta secta

rusa predicaba la bienaventuranza de la muerte mediante la estrangulación; en otra, los miembros eran quemados vivos; otros preferían morir enterrados. A menudo los habitantes de aldeas enteras perecían por el fuego. En el distrito de Olonetz murieron de este modo tres mil sectarios. En 1896-97 cierto Feodor Kovalev enterró vivos a veintiuno de sus fieles... pero olvidó incluirse. En 1917 un predicador llamado Chadkin condujo a sus fieles al bosque, donde todos debían morir de hambre. Vistió de harapos a las mujeres, y les prohibió llevar alimento o bebida. Comenzaron a agravarse los padecimientos del grupo, y uno de aquellos infortunados huyó. Chadkin temió que la policía pudiera hallarlos, y resolvió que todos debían morir inmediatamente. Primero se asesinó a los niños, luego a las mujeres, y finalmente a los hombres. Cuando llegó la policía, sólo encontró con vida a Chadkin y a dos de sus apóstoles”

No es fácil determinar hasta qué punto estas sectas perduran y se mantienen activas. Hace treinta años todavía se filtraron noticias de algunas extrañas y temibles comunidades, activas en la región de Moscú. En ellas la folie erotique halló su forma final y más frenética, demostrando que la estupidez pue-

de impregnar todos los campos de la actividad humana, todas las formas del pensamiento y de la fe.

X

EL FIN DE LA ESTUPIDEZ

1.

Este libro no pretende ser una historia completa, y ni siquiera un análisis sistemático de la estupidez. El tema es tan vasto como la humanidad misma, con toda su historia escrita y no escrita. A lo sumo, he procurado esbozar el tema, como lo hicieron otros antes que yo. Por otra parte, creo que nunca se escribirán demasiados libros sobre la estupidez, la cual ha causado a los hombres más perjuicios que la sífilis o que la peste.

He tratado de cubrir los principales aspectos del problema; pero aunque algunos de los capítulos tienen exceso de material, apenas he rozado la superfi-

cie de la enorme documentación existente.

No he examinado la estupidez de quienes quieren descifrar las leyes invariables del tiempo y adivinar el futuro. No es fácil calcular cuánto gasta la gente en astrólogos, adivinadores de la fortuna y otros especialistas por el estilo... pero bastaría que se invirtiera la cuarta parte de esa suma en escuelas, hospitales o institutos de investigación científica para que el mundo fuera un lugar mucho más grato.

Una sola firma alemana solía imprimir un millón de ejemplares anuales de su *Gran Libro de los Sueños,* que pretendía interpretar y explicar todos los sueños, por muy variados que fuesen. Freud nos enseñó que los sueños reflejan lo que ha ocurrido y lo que está ocurriendo en nuestro subconsciente (para decirlo de un modo muy simplificado); pero ni Freud ni sus sucesores han sugerido jamás que los hombres deban elaborar sus planes, modificar sus vidas o aceptar presagios del futuro porque así lo diga un libro absurdo. Un economista hindú calcula que en su país se gasta en astrólogos y en brujos por lo menos una vez y media la suma que se destina a educación y atención médica. A juzgar por los anuncios que llenan las páginas de los diarios de la India (y de muchos otros países) no se trata de un

cálculo fantástico.

He aquí una breve lista de títulos publicados en los Estados Unidos y relacionados todos con cuestiones de astrología:

Astrología y accidentes.

Su futuro y las estrellas.

Astrología y matrimonio.

El zodíaco, y el alma humana.

Libro de astrología del estudiante.

Astrología familiar.

Astrología y carreras de caballos.

La influencia de las estrellas sobre las cotizaciones de bolsa.

Cómo y cuándo jugar bridge, en relación con las estrellas.

No es de extrañar que con frecuencia se lean en los diarios anuncios de este tipo:

"Dama de buena posición y educación, nacida Escorpión, busca relacionarse con caballeros nacidos en Tauro. Objeto: matrimonio."

Se ha calculado que la población de los Estados Unidos gasta ciento cincuenta millones de dólares anuales en astrólogos, adivinos y otros charlatanes. Esta maravillosa presunción de los hombres, los cuales empiezan por aplicar nombres arbitrarios a las estrellas del cielo, y luego extraen trascendentales

conclusiones de esa nomenclatura arbitraria, constituye una de las más notables pruebas de la inmortalidad de la estupidez.

Pero la astrología es sólo uno de los variados métodos con los que se procura penetrar los misterios del futuro. En la antigüedad y durante el medioevo se conocieron cien distintas formas de adivinación, veintenas de métodos aplicados a la predicación del futuro. Sólo tenían una característica común: jamás daban resultado. Cuando acertaban, lo debían a mera coincidencia, o gracias al tipo de profecía estilo Macbeth, en la que ciertas cosas ocurren gracias a la deformación voluntaria de los hechos. He aquí una lista parcial:

Dafnomancia- adivinación por medio del laurel.

Cleromancia- adivinación mediante dados, huesos, etc. o echando suertes.

Botanomancia- adivinación por medio de las plantas.

Pegomancia- adivinación por medio de las fuentes.

Sicomancia- adivinación mediante hojas de sicomoro.

Xi1omancia- adivinación por medio de hojas caídas.

Espodomancia- adivinación mediante cenizas.

Geomancia- adivinación por medio de arena.

Commiomancia- adivinación mediante cebollas.

Alectriomancia- adivinación por medio de peleas de gallos.

En realidad, cualquier cosa podía servir de fundamento al arte adivinatorio: el pan, los dados, las llaves, las lámparas, los pájaros, los nombres, las flechas, las ratas, las hojas de zanahoria, el queso, la sal, los números, los ojos, el dinero, los espejos, el fuego, el incienso, los huevos, los accidentes, la cera, el agua (con agua se practicaban diez clases diferentes de adivinación), la poesía, los topos... Como se ve, era posible elegir. Y muchos métodos sobreviven aún en nuestros días.

Estúdiese cualquier publicación ocultista o espiritista y se hallarán veintenas de anuncios, cada uno de los cuales ofrece consejos detallados sobre el futuro, la salud o los problemas sexuales y financieros del lector. No es éste el lugar adecuado para tratar la estupidez que sirve de caldo de cultivo a los falsos médium, a los clarividentes, a los fotógrafos del espíritu y a los restantes charlatanes cuyos métodos fueron denunciados por Harry Price, el barón Schrenck-Notzing, Houdini y muchos otros. Tam-

poco aludimos aquí a quienes creen honestamente en la vida futura y en la comunicación espiritual. Quizás sólo persiguen un bello sueño; y quizás es posible también que posean particular capacidad para autoengañarse... por lo menos la mayoría de ellos viven consagrados a una auténtica búsqueda de conocimientos y de iluminación. Pero el delito y el ocultamiento siempre tuvieron cierta natural relación, y quienes explotan la credulidad de los auténticos creyentes pueden hacerlo sólo porque existe un fértil suelo de estupidez en el que madura la cosecha de la superstición y del engaño.

2.

Consideremos ahora el caso de los coleccionistas. No el de quienes consagran tiempo y dinero, conocimiento y amor a reunir obras de arte o a formar una buena biblioteca. Me refiero a los hombres y a las mujeres en quienes coleccionar es una manía devoradora. Han existido coleccionistas de cerraduras, de llaves, de llamadores; de bastones, de pipas, de tarjetas de visita, de programas, de avisos fúnebres, de billetes de ferrocarril. En París existió

una famosa colección de escarbadientes. Un coronel de húsares vienés llegó a reunir doscientos mil soldaditos de plomo. Otro savant formó, al cabo de treinta años, la colección de naipes más completa del mundo.

Y luego, existen los coleccionistas de modas y de accesorios del vestir. Sombreros, cuellos, pelucas, peines, guantes, pañuelos, abanicos, hebillas, tirantes, ligas, corsés, zapatos... cada uno de estos artículos halló sus admiradores. Algunas de estas colecciones poseen real valor para los historiadores y diseñadores, para los artistas o los investigadores.

Pero, ¿qué decir del caballero del Gante que se especializó en coleccionar botones? Reunió por lo menos treinta y dos mil unidades, de todas las épocas y países, de todas las clases y ocupaciones. La colección constituía un auténtico microcosmos de historia cultural... y de estupidez humana. Los botones identificaban no sólo la chaqueta a la cual pertenecían, sino también toda la casa, la ciudad misma en que el propietario de la chaqueta vivía y se movía. Tomemos un ejemplo de fines del siglo XVIII: los petimetres usaban botones del tamaño de un dólar de plata, sobre los que se habían esmaltado artísticas miniaturas. Al año siguiente piedras pre-

ciosas y valiosos camafeos ocuparon el lugar de los botones. En 1786 las personas de categoría llevaban las iniciales de la amada grabadas en los botones, de arriba a abajo, de modo que una ojeada al estómago del sujeto permitía enterarse del nombre de la elegida. En 1787 la moda decretó que sobre los botones debían pintarse flores, pájaros, mariposas y diversos símbolos. En 1788 era obligado exhibir en los botones diversos edificios: el Louvre, Notre Dame, las Tullerías, el Arco de St. Denis, etc. Durante la Revolución, los temas fueron, naturalmente, el gorro frigio, la Bastilla, o el retrato de Marat; y algunos llegaron a utilizar la guillotina como motivo de adorno.

Pasemos de los botones a las cajas de fósforos. ¿Recuerda el lector a Silvestre Bonnard, el alter ego de Anatole France, y el príncipe ruso a quien conoció? El príncipe era un gran coleccionista; visitaba Sicilia con el propósito de comprar a los campesinos- a cien liras la pieza- las cajas de fósforos decoradas con los retratos de Garibaldi y de Mazzini, que aquellos habían ocultado. Le interesaban las cubiertas, no las cajas mismas... ¡y había reunido nada menos que 5.714 cubiertas diferentes! Un personaje creado por la ficción, que está muy por de-

bajo de los que ofrece la realidad. En la exposición realizada en Estocolmo el año 1935 se exhibieron 16.000 piezas... y se trataba nada más que de una selección. Una caja de fósforos casi le costó la vida al rey Chulalongkorn, de Siam; caminaba por una calle de Londres, y estuvo a un paso de ser atropellado por un ómnibus cuando cruzó la calzada para recoger una caja de fósforos que buscaba desde hacía mucho tiempo.

Los apasionados coleccionistas de envases de cigarrillos están estrechamente relacionados con los anteriores. Uno de ellos, ¡llegó a reunir sesenta millones de ejemplares!

En todo caso, estas colecciones parecen poseer cierto mínimo sentido. Pero ¿qué decir del parisiense que coleccionaba las gastadas zapatillas de baile de las coristas de la Opera? ¿O de Sir Edward Manvill con sus setenta mil cigarros? ¿O del doctor Jackson, cuya pasión eran los naipes, aunque personalmente jamás jugó? La lista no sería completa sin el nombre del doctor Chardon, de París, que coleccionaba corchos... pero únicamente los corchos de las botellas cuyo contenido había saboreado. Cada corcho tenía su correspondiente rótulo de identificación; y el buen doctor pasó los últimos años de su

vida oliéndolos y recordando los tiempos y los placeres idos.

Antonin Louis Clapisson, el compositor francés, coleccionaba los silbatos que el público de París utilizaba para expresar desagrado con los actores o las obras. Otro hombre de teatro se especializaba en coleccionar obras que nunca habían sido publicadas o representadas. Un corrector de pruebas alemán coleccionaba erratas, y consagró treinta años a esa tarea. Cuando descubría un error en el manuscrito de alguna celebridad literaria, lo robaba. Cuando murió, sus herederos comenzaron a arrojar al cajón de desperdicios la enorme pila de papel, hasta que uno de ellos echó una ojeada a uno de los papeles. La colección fue rematada a buen precio. En este caso la monomanía resultó por lo menos provechosa.

Hay un grupo de coleccionistas que podrían denominarse maníacos de las reliquias. Hace algunos años uno de ellos robó uno de los tubos del órgano de Haendel. Camilo Schwarz, el famoso artista de music-hall, se especializaba en coleccionar flores que habían crecido sobre la tumba de personajes famosos. Otro aficionado a las reliquias compró al dentista del general Pershing una de las muelas del

famoso militar, y pagó por ella una gran suma. El comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Norteamericana en la Primera Guerra Mundial se encolerizó mucho al enterarse del caso, de modo que algunos de sus oficiales acometieron la tarea de recuperar la muela. A decir verdad, realizaron una magnífica tarea: al cabo de algunas semanas habían conseguido trescientas diecisiete muelas "auténticas" del general Pershing.

Si se coleccionan muelas, ¿por qué no hacer lo mismo con cráneos enteros? Este tipo de colección fue moda en París a mediados del siglo XVIII; las damas de la aristocracia solían tener alguno sobre el tocador. Lo adornaban con cintas, y a menudo fijaban encima una vela de cera cuya luz utilizaban para decir las oraciones nocturnas.

Una afición apenas menos siniestra que la del doctor F. W. Davidson, de Nueva York, en nuestro propio siglo. Coleccionaba (y quizás todavía lo haga) ejecuciones. A principios de la década de 1930 ya había acumulado dos mil fotografías... según decía, por razones puramente científicas. Credat judaeus Apollo, para citar a Horacio.

El inquisitivo médico tuvo un notable antecesor en Lord Selwyn, que siempre andaba rondando por

las cercanías de Tyburn, con el fin de contemplar a las víctimas del patíbulo. Y para completar el trío, podríamos citar a Sir Thomas Thyrwitt, que vivió a principios del siglo XIX, y que coleccionaba cuerdas que habían sido utilizadas en ahorcamientos. Su más antiguo "tesoro" databa del siglo XIV: la cuerda con que Sir Thomas Blunt fue ahorcado por alta traición. En su estudio había reunido una variada colección: cuerdas que habían acabado con la vida de víctimas políticas, criminales comunes y suicidas. Quizás su mayor orgullo eran las cuerdas que habían servido para ahorcar perros, de acuerdo con la extraña costumbre medieval a la que ya nos hemos referido. Había lazos toscamente trenzados con ramas de sauce, empleados para ahorcar a los rebeldes irlandeses, y también tenía la cuerda de seda con que Lord Ferrers había sido ejecutado... como correspondía al privilegio de Su Señoría.

Y para completar esta breve reseña, nada mejor que mencionar la colección más inútil del mundo. La organizó un hombre llamado Frank Damek, residente en Chicago. Comenzó su colección en 1870. Se trataba de formar un juego completo de naipes... pero cada naipe debía ser hallado por él en la calle. Es difícil establecer cómo concibió tan absurda

idea, pero lo cierto es que mostró notable tenacidad. Al principio fue bastante fácil. Al cabo de diez años sólo le faltaban quince figuras del mazo. Pero entonces la empresa se tornó más difícil. La suerte pareció abandonarlo. Algunos años halló en las calles de Chicago hasta tres de los naipes que le faltaban; luego pasaban los años y no encontraba una sola. Al fin, sólo le faltaban tres cartas: la sota de bastos, el tres de espadas y el dos de oros. Un día creyó que el propio Satán le estaba haciendo una broma, y que el mazo de cartas que alguien había dejado sobre el borde de un muro era nada más que un espejismo. Pero eran cartas absolutamente reales. Allí estaban la sota de bastos y el tres de espadas, pero... sí, era una broma del demonio: la única carta que faltaba era el dos de oros. Pasaron los años; Damek encaneció. Al fin, veinte años después de comenzar la colección, un día inolvidable del año 1890, la suerte le sonrió. ¡A sus pies estaba el dos de oros, y el espectáculo le pareció más bello que la más hermosa muchacha del mundo!

Nadie negará que el hombre de Chicago formó la colección más inútil del mundo. De todos modos, ¿cómo clasificar la colección de Río Caselli, el bibliófilo italiano? Dedicó veinticinco años a crear

una biblioteca con los libros más aburridos del mundo. Con este fin revisó y seleccionó la literatura mundial, hasta que halló 8600 volúmenes dignos de ser incluidos. Muchos de ellos eran obras muy apreciadas por los críticos y recomendadas por universidades y casas de altos estudios. La colección tenía carácter privado, pero cuando se filtró el rumor de que las obras de un celebrado autor contemporáneo se hallaban entre las elegidas, el quisquilloso escritor desafió inmediatamente a Caselli a sostener un duelo. La disputa pudo arreglarse sin derramamiento de sangre, pero después del incidente no se admitieron más visitas a la extraña biblioteca. Los libros más aburridos del mundo sólo podían distraer a su propietario, si éste deseaba distraerse de ese modo.

3.

Después de ofrecer al lector un muestrario de la estupidez humana a través de las épocas, las profesiones y los países, sólo resta abordar un problema. Un problema desagradable, pertinaz, y sin embargo esencial. Abrigo la esperanza de haber demostrado

el elevado costo, los peligros y los males de la estupidez. Naturalmente, se plantea el siguiente problema: ¿Es posible curar la estupidez?

El mejor modo de determinar la naturaleza secundaria, derivada, no congénita de la estupidez consiste en observar su desarrollo en los niños. Un niño inteligente se idiotiza gradualmente, durante su primera pubertad (es decir, en el tercer o cuarto año de su vida). Caracteriza a este período el persistente y vigoroso deseo de conocimiento sexual. Si dicho deseo es objeto de grosera y arbitraria represión (como es el caso muy a menudo), y si se le aplican una serie de calificativos injuriosos, el niño reprimirá su instinto y su deseo de conocimiento. Se comportará como si nadie supiera de todo ello... y aún lo fingirá en su fuero interno. Pues para todos los niños es muy importante estar seguros del amor y del apoyo de sus padres y del medio. Este no querer saber (que incluye cierto elemento de venganza infantil) fácilmente puede ser transpuesto a otros campos. Una vez que el niño advierte que no es conveniente saber, no tarda en alimentar verdadero temor al conocimiento... y finalmente se convierte en auténtico estúpido. Existe, como sabemos, sólo un tipo de auténtico conocimiento... y es el que se

relaciona con la humanidad. Si no permitimos su libre desarrollo o, mejor dicho, si no sabemos orientarlo, ni le permitimos hallar formas compensatorias adecuadas, fomentaremos artificialmente la estupidez de niños y de adultos. Crearemos inválidos sociales. Esta condición psicológica generalmente acompaña al niño a medida que se transforma en adulto, y su expresión en el hombre o en la mujer es también la estupidez.

¿Cuán a menudo hallamos personas incapaces de juzgar con independencia, de tomar sus propias decisiones, con prescindencia de lo que otros hagan? Si tienen alguna iniciativa, si conciben un pensamiento original, sienten que no pueden estar en lo cierto. Pero apenas oyen o comprueban que otros dicen o hacen lo que ellos habían pensado, se sorprenden o amargan, porque hubieran podido decir o hacer lo mismo. La estupidez es el resorte tanto de las actitudes antisociales como de los casos extremos de conformismo... engendra tanto a los anarquistas como a las masas gregarias de los países totalitarios.

Es indicio del oculto temor al conocimiento el hecho de que la gente introduzca constantemente en su conversación las expresiones: “No lo sé”, o

"¿No le parece?" Cuando desean decir algo profundo o importante, empiezan por disculparse, porque no se sienten seguros de sí mismos.

Otra fuente de estupidez, como ya hemos visto, es la duda. Se expresa bajo la forma de una aparente parálisis cerebral. Ocurre a menudo que el dudoso encara los problemas con claridad y sensatez; el inconveniente reside en que duda de su propio conocimiento, en que no confía en su propio saber. También puede considerar que todos los problemas tienen dos aspectos, y que cada problema admite dos soluciones... y debido a las dudas que lo aquejan, teme expresar cualquiera de ellas. Muchos procuran superar esas dudas mediante la burla y el cinismo. Lo consiguen... pero sólo superficialmente, pues en lo más hondo de la personalidad persiste el sentimiento de inseguridad.

El origen de la estupidez puede hallarse en la infancia, en la duda y también en la vida de los instintos. O la víctima es ignorante, y está insegura de que sus deseos sean ética y socialmente correctos, o sus emociones y sus deseos chocan entre sí, y este conflicto provoca la duda que influye todas las funciones mentales, domina los procesos del pensamiento y por lo tanto engendra estupidez.

Es el fenómeno que denominamos "ambivalencia".

Tiene muchas formas: odio y amor, actividad y pasividad, características masculinas y femeninas que luchan unas con otras. Estas fuerzas opuestas pero de igual intensidad convierten al espíritu en permanente campo de batalla. La estupidez libera al hombre de este doloroso estado; y aunque la estupidez es esencialmente una condición dolo, rosa, el sufrimiento es en ella menor que cuando se padecen los tormentos de la duda. Por consiguiente, a la frívola pregunta: "¿Hace bien ser estúpido?", a veces podemos responder afirmativamente.

Sin embargo, el hombre psicológicamente sano no puede ser estúpido. Créase o no en el psicoanálisis y terapias semejantes, no es exageración afirmar que uno de los más importantes y de los más felices descubrimientos de nuestro siglo es el siguiente concepto, rara vez bien comprendido: *Sabemos ahora que la estupidez es un problema de carácter médico... y por consiguiente, la estupidez es curable.*

Suponiendo, naturalmente, que alguien quiera ser curado.

FIN... pero

LA ESTUPIDEZ HUMANA NO TIENE FIN